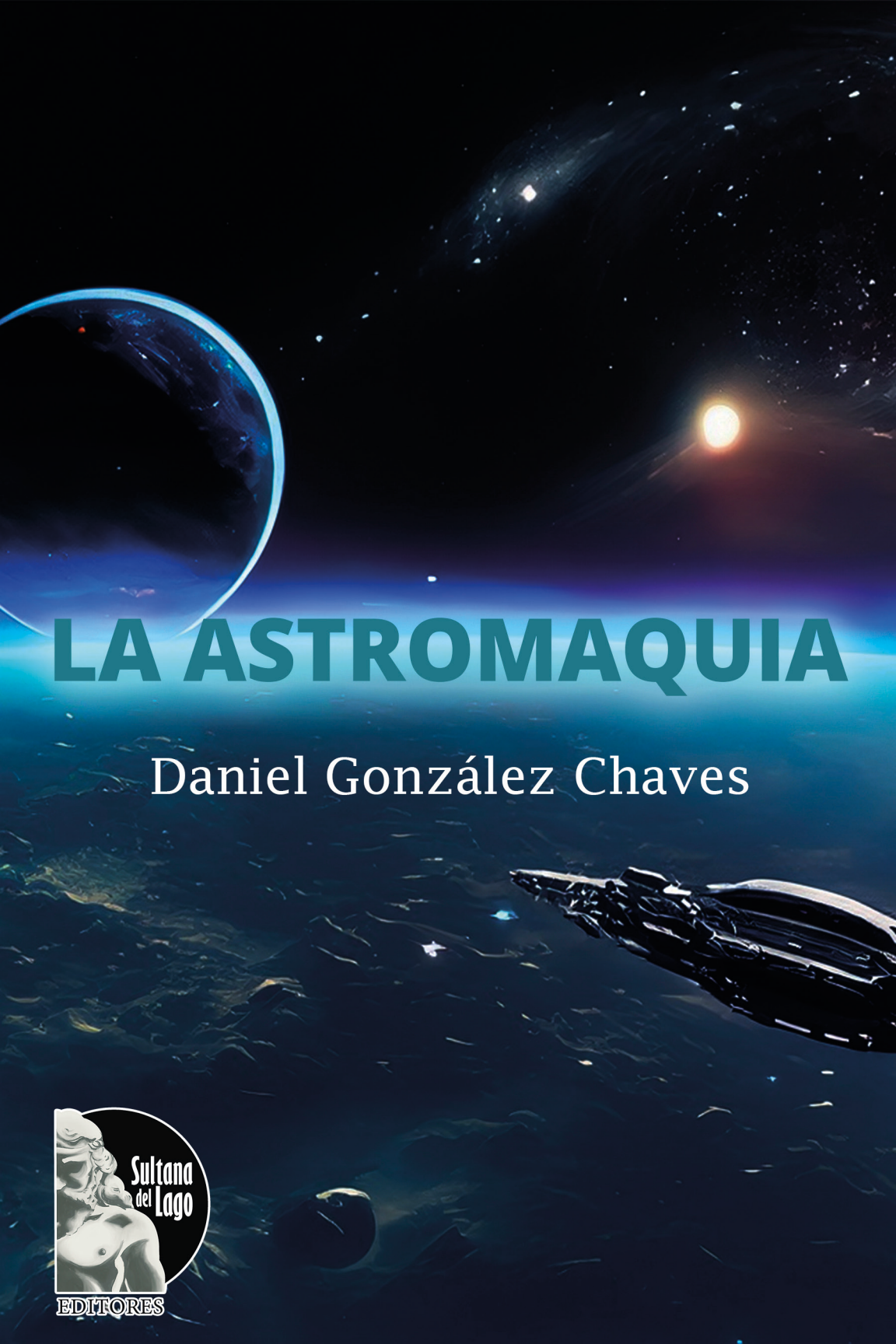
LA ASTROMAQUIA
Daniel González Chaves
Sultana del Lago
EDITORES

EDITORES

LA ASTROMAQUIA

Daniel González Chaves

Daniel González Chaves
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2023
PRIMERA EDICIÓN

ISBN: 9798861373777
Depósito Legal: ZU2023000207

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

Diseño de portada:
Luis Perozo Cervantes

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre Derecho de Autor, queda prohibido la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 *eiudem*, constitutivos estos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Cuando dos elefantes pelean, quien pierde es la hierba.
Proverbio africano.

—Dime una cosa, CIL,
¿qué se siente ser una máquina?
—No lo sé. ¿Qué se siente no serlo?

Agradecimientos

Sylvia Campos
Daniel Garro
Daniel Figueroa
Irene Comendador

Glosario

Abraxas: Importante sistema de valor estratégico ubicado en la galaxia de Verkandi y del que se cree fue originaria la civilización akash. Lugar de nacimiento de Asterión y rico en oricalcum, todo ello razones por las que ha sido protagonista de cuatro guerras.

Akash: Antigua civilización nativa del actual Sistema Abraxas y que alguna vez se expandió por todas las Tres Galaxias o quizás incluso más lejos y dejaron restos arqueológicos en distintos sistemas. Se cree que su civilización prosperó entre 100.000 y 75.000 años antes de Asterión.

Althares, Sacro Imperio de: Una de las principales potencias de las Tres Galaxias y el Estado bajo el cual vive la mayoría de la humanidad. Extrae su nombre de la capital situada en el planeta Althares y se autodenomina "sacro" por considerarse a sí mismo como el guardián de la fe universalista. En teoría es una monarquía regida por el Rey de Althares pero en la práctica el poder recae en el Lord Canciller electo por la Dieta Imperial. El uniforme de sus soldados es rojo, aunque los militares de alto rango suelen utilizar camisas doradas con vistosas decoraciones y hombreras. Su símbolo es un escudo de fondo rojo con una corona amarilla sobre tres estrellas que simbolizan los tres estamentos de la sociedad (nobles, cleros y plebeyos) bajo la monarquía.

Asterión: filósofo y profeta fundador del universalismo, la religión dominante de las Tres Galaxias; el calendario galáctico se divide en antes y después de su nacimiento. Para el inicio de esta historia el año es 3022 después de Asterión.

Bramana: Planeta semiautónomo que es sede del Patriarcado de la Fe Universalista. Aunque parte formal del Sacro Imperio, es regido por el Patriarca como un feudo personal.

Cloto: Una de las tres galaxias y la segunda en tamaño con 175.000 años luz de diámetro. Galaxia elíptica casi esférica en su forma y satélite de Verkandi con la cual se toca por un estrecho número de sistemas estelares.

Coalición de Mundos Libres: alianza militar conformada por varios Estados, de los cuales los tres fundadores son la República de Urd, el Reino Polari y el Sultanato Sáuxer. Su principal enemigo es el Sacro Imperio de Althares. Los uniformes de sus soldados son estándar y de color azul. Su escudo está representado por tres estrellas blancas (los miembros fundadores) dentro de un círculo azul.

Corbeta: Tipo de nave militar, la más pequeña, que usualmente solo puede tener una tripulación de una veintena, por ello se le utiliza mayormente para misiones de corta duración. Sus diseños no distan mucho de los de las fragatas de cada especie, pero más pequeños.

Crucero de batalla: tipo de nave espacial más grande que puede cargar fragatas y corbetas en su interior. Usualmente miden varios kilómetros de diámetro, pueden contener tripulaciones de miles y su potencia

militar es altamente destructiva. La mayoría de potencias solo tiene una docena de estos. Los acorazados del Sacro Imperio han sido descritos como semejantes a una gran espada, debido a su forma triangular y aguda hacia el frente y los grandes alerones situados en los flancos. Los acorazados urditas y soth son similares debido al origen común de dichos pueblos. Los acorazados polari por otro lado tienen un diseño cilíndrico y el acorazado sáuxer es un ortoedro hexagonal.

Fragata: Tipo de nave espacial mediana y ligera usada para la guerra, especialmente para la defensa debido a su velocidad y maniobrabilidad. Aun siendo medianas tienden a tener cientos de metros de diámetro y son capaces de contener centenas de tripulantes. El diseño y forma de los mismos varía de raza en raza. Las del Sacro Imperio de Althares priman en su diseño guerrero y amenazante, por lo que son alargadas y puntiagudas en la popa, triangulares con alerones y han sido comparadas con una daga en su forma. Las naves urditas son similares a las altarias pues su tecnología deriva de estos pero tienen una forma más ovalada en las puntas para lucir menos "hostiles". Las naves soth repiten el estilo pero los alerones señalan hacia el frente y son afiladas tanto en la popa como en la proa. Las naves polari poseen cuatro pares de alerones yuxtapuestos formando una especie de equis sobre una estructura trapezoidal. Las naves sáuxer están diseñadas para el comercio y como tal suelen ser grandes como enormes contenedores rectangulares, aunque capaces para la guerra.

Las naves valta, cuando se dejan ver pues son capaces de volverse invisibles, tienen forma de esfera y emanan mucha luz.

Hipercomunicación: Sistema para la comunicación interestelar que funciona con la creación de una red de microagujeros de gusano que transmiten las señales casi instantáneamente.

Hipermotor: Motor de alta velocidad utilizado por la mayoría de naves una vez que salen del hiperespacio. Aunque menos rápido que la luz, su velocidad puede oscilar entre 75% y 99.9% la de la luz, lo que permite viajar a relativamente corta velocidad una vez recorrida la distancia interestelar mediante hiperespacio.

Hiperpuertas: Enormes estructuras diseñadas para abrir entradas al hiperespacio, usualmente ubicadas a poca distancia de un sistema solar habitado. Su uso es primordialmente para naves civiles que no pueden generar sus propios conductos superlumínicos. La mayoría de tratados prohíbe destruirlas aun en tiempos de guerra.

Morta: La más alejada de las Tres Galaxias, aunque aun así considerada satélite de Verkandi. Morta es una galaxia irregular con forma de equis y es la más pequeña de las tres con solo 75.000 años luz de tamaño. Ahí se localiza la República de Urd, el Estado Soth y algunas colonias del Sacro Imperio de Althares.

Multicom: Sistema portátil de comunicación a distancias relativamente cortas (dentro del mismo sistema estelar) usado para comunicaciones sublumínicas y de texto.

Polari, Reino: La segunda civilización más antigua después de los valta, y otra de las potencias galácticas, miembro fundador de la Coalición. Los polari tienen penachos de plumas en lugar de cabello, suelen medir un metro noventa a dos metros gracias a su planeta de muy baja gravedad y preservan dos grandes alerones que emergen de sus espaldas; los huesos son huecos y extremadamente livianos. Su escudo es un báculo con dos alas de ave dentro de un escudo angular.

Sáuxer, Sultanato: los sáuxer son otra de las potencias intergalácticas. Los comerciantes del cosmos, los sáuxer se han especializado en ser mercaderes. Son antropoides usualmente de metro cincuenta a metro sesenta y cinco, piel verde totalmente lampiña, moteada en las partes superiores, con ojos amarillos y pupila negra y manos de tres dedos sin uña. Suelen vestir caftanes de colores pardos y rojizos y unos grandes sombreros como un hongo. Su escudo es un sol naranja en un fondo verde.

Soth, Estado: Los soth son una raza de humanos genéticamente diseñados por los urditas para ser supersoldados, espías y sicarios perfectos, pero que se rebeló cinco siglos antes de iniciado el relato, formando su propio gobierno; el Estado Soth, un régimen totalitario. Afamados por sus capacidades de espionaje e infiltración y por sus crueles técnicas de interrogación. Su escudo es un pentágono púrpura invertido con un rayo que simboliza la chispa de la revolución.

Universalismo: Religión panteísta predominante en las Tres Galaxias que considera al Universo la máxi-

ma deidad, fundada por el profeta Asterión más de 3.000 años en el pasado para el momento de iniciado este relato. Contiene una serie de ritos y prácticas ceremoniales que pueden variar de cultura en cultura, pero en general mantiene un código de ética promulgado por Asterión y la búsqueda del equilibrio y la paz espiritual mediante la reflexión y la meditación que permita al alma fusionarse con el Universo al morir. Su líder simbólico es el Patriarca de Bramana, pero cada capital tiene un primado autónomo para todos los efectos prácticos. Su símbolo es una estrella de tres puntas.

Urd, República de: Una antigua colonia altaria que se independizó y conformó una república tras interesarse en la aumentación del ser humano mediante tecnología, algo tabú para los altarios. Pronto se conformó en una de las potencias intergalácticas y es junto con los polari y los sáuxer miembro fundador de la Coalición. Su escudo es un triángulo azul con una estrella blanca en el centro.

Valta, Fundación: La civilización más antigua de las Tres Galaxias aun existente y la más avanzada tecnológicamente. Suelen medir más de tres metros, sus cuerpos gelatinosos parecen hechos de mercurio plateado y brillante, capaz de reflejar el exterior, con un cuello muy largo y una cabeza ovalada con dos grandes "ojos" igualmente líquidos, manos de tres dedos largos sin uña y piernas hexagonales. Los valta fundamentan su civilización en la ciencia y gustan de observar a las demás civilizaciones pero nunca inter-

vienen directamente en los asuntos de otras especies. Su símbolo es un glifo con forma de círculo atravesado por una línea curva.

Verkandi: Una de las tres galaxias y la mayor en tamaño. Una galaxia espiral de unos 300.000 años luz de diámetro. Aunque un cuarto de la misma está enteramente inexplorado, del resto el segmento más grande lo tiene el Sacro Imperio que domina unos 152 sistemas, después de esto le siguen en tamaño el Sultanato Sáuxer, el Reino Polari y sus colonias y la misteriosa civilización conocida como La Colmena.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

Zuggoth era un mundo mayormente cubierto de agua, con un vasto océano que pululaba de vida (si es que a esos temibles monstruos marinos se les puede llamar así). Su único continente, Gorgonia, era una tierra húmeda y cenagosa, donde una espesa vegetación bulbosa y sin flores, cubría la mayor parte de la tierra como un follaje siniestro. Llovía con mucha regularidad y los lodosos suelos eran siempre difíciles de transitar para quien no fuera nativo.

Entre los barbechos pantanosos, bajo la luz de las trece lunas y del firmamento estrellado, una ceremonia horripilante se llevaba a cabo amparada por las cómplices tinieblas, apenas rotas por una antorcha resplandeciente. La luz de esta antorcha iluminaba una frígida lápida plana, sobre la cual se encontraba encadenada una joven mujer. Figuras sombrías y monstruosas la rodeaban y comenzaron a tañer un morboso tambor.

Los gorgonianos, uno de los pueblos nativos, eran batracios bípedos, de corta estatura y rechonchos, de cara plana y con cinco ojos en la parte superior de la cabeza; de bocas grandes que exudaban viscosa baba que se derramaba por sus mandíbulas y un cuerpo que emitía un desagradable hedor. Cuatro cuernos o espinas hechas de piel emergían de su cabeza, y tenían dos brazos y dos piernas con pies y manos pal-

meados, además de una piel verde musgo repleta de manchas negras que fungían de camuflaje, contra los feroces depredadores de las ciénagas.
La joven víctima de los gorgonianos, por el contrario, era una hermosa y núbil doncella de piel tersa y blanca, con la belleza característica de su juventud. Ataviada con un vestido de seda blanca tan empapado como sus bellos y lacios cabellos negros, emitía frenéticos alaridos de pánico conforme la retenían sobre la lápida y los gruesos goterones de lluvia la empapaban.
De todos los grotescos gorgonianos el más grande y gordo se aproximó a la víctima a ser inmolada. La lápida era parte de los vestigios de unas antiguas ruinas abandonadas a su suerte miles de años antes, pero que alguna vez debieron ser una majestuosa ciudad creada por una civilización superior. Ahora se situaba justo al pie de un espantoso tótem de aspecto demoníaco, repugnante y amorfo como un ciempiés de cabeza triangular y cuerpo repleto de espinas. El líder gorgoniano realizó alguna extraña entonación en adoración al ídolo blasfemo, y de inmediato preparó un rústico aunque afilado cuchillo de piedra, presto para descuartizar el pecho de la muchacha y extraerle sus órganos.
La joven emitió un nuevo grito desgarrador, casi agónico, como resignada a su destino, y cerró los ojos esperando la dolorosa muerte que le esperaba. Pero en vez de sentir el corte del arma en sus costillas, sintió un repulsivo derrame de un líquido grasoso.
Abrió los ojos. Su rostro y pecho se encontraban salpicados de la sangre caldosa del gorgoniano, cuyo

cuerpo fue atravesado por disparo láser que le hizo estallar la carótida izquierda y parte del rostro, derramando sesos, sangre y bilis, y haciéndolo caer de espaldas contra el ídolo macabro.

El resto de sus congéneres escaparon temerosos, aunque muchos de ellos fueron abatidos por una concienzuda purga realizada mediante armas de láser.

A las inmediaciones de la laja donde estaba encadenada la muchacha se aproximó un grupo de soldados. El más alto de todos, un sujeto fornido de edad madura, con barba y rostro severo, la liberó destruyendo los eslabones de la cadena con un arma láser.

—¡Gracias al Universo! —expresó la muchacha llorosa y trémula, y luego abrazó a su liberador. Instantes después los soldados la cubrieron con una cobija y la llevaron lejos, a guarecerse y recibir atención médica.

—Sin duda el Universo fue misericordioso —declaró para sí mismo el hombre robusto, mientras contemplaba los restos óseos de antiguas víctimas sacrificadas por los gorgonianos, que impregnaban el suelo alrededor de la piedra.

La intermitente lluvia los había empapado a todos y la pestilencia de los cadáveres de batracios repugnantes provocaba náuseas. Sin embargo, el sujeto fornido era un militar veterano y entrenado y parecía simular que la desgastante e incómoda situación no le afectaba en absoluto.

—Almirante Ushuk, señor, —dijo uno de los soldados subalternos haciendo el saludo militar correspondiente—, los sensores de calor detectan la huida

de la mayoría de estos animales, internándose en las áreas boscosas aledañas. ¿Desea que realicemos una persecución?

—No tendría sentido, solo perderíamos hombres, —dijo Ushuk para alivio de su subordinado—, pero bombardeen la zona como represalia y destruyan las villas gorgonianas cercanas. Ushuk observó por algunos momentos el funesto ídolo ahora salpicado con la sangre de sus adoradores, y se estremeció. —Destruyan el tótem también.

*

El gobernador de Zuggoth estaba más que complacido con la labor de rescate emprendida por el almirante Laro Ushuk. La muchacha provenía de buena familia y era la sobrina de uno de los clérigos más influyentes de la colonia, amigo personal del gobernador, por lo que Ushuk se ganó una gran felicitación. Era un hombre austero y hubiera invertido la misma cantidad de recursos y esfuerzos de haber sido una sierva, pero le vendría bien el reconocimiento en su expediente.

Laro Ushuk llegó a su lujosa mansión en un aerotransporte unipersonal y descendió en el interior del pequeño aeropuerto. Dentro fue recibido por su sabueso aslariano. La bestia de afilados colmillos hubiera sido capaz de destrozar un hombre con sus fauces, pero se mostraba como un consentido cachorro al lado de su amo quien, complacido, le acarició concienzudamente la barriga.

—¿Cómo está mi buen chico? ¡Ese es el chico de papá! ¿Te han alimentado bien? Más les vale, o serán tu cena… Devorador.

Su sierva Nashara se abrió paso en la habitación. Cuidaba al sabueso durante el día, así que el animal la reconocía con aprecio. Llegó hasta donde Ushuk a quien dos esclavos androides le ayudaban a cambiarse de ropa. Le preparó comida caliente y un baño de tina con agua tibia, así como una bata seca y cómoda. Ushuk tenía colocado en una pared un gran mapa del universo conocido; las Tres Galaxias exploradas hasta entonces: Verkandi, Morta y Cloto. Lo ponía allí intencionalmente para meditar en algunos asuntos mientras se bañaba, uno de los pocos momentos que tenía para la distensión. La enorme galaxia espiral Verkandi y sus dos satélites: la esférica y más pequeña de todas Morta y la irregular y casi inexplorada Cloto. El mapa mostraba las fronteras demarcadas de los grandes imperios intergalácticos, del cual el Sacro Imperio de Althares era por mucho el mayor. El único con territorios en las tres galaxias, abarcaba un tercio de Verkandi, un cuarto de Cloto y algunos sistemas en Morta (solían ser más, pero la independencia de la mayor parte de ellos cercenó la frontera), entre ellos el mismo donde se encontraba. El resto se dividía principalmente entre las potencias de la Coalición, el Estado Soth, el decadente Imperio Xinth y la misteriosa y agresiva civilización denominada La Colmena, con la que no se había logrado descubrir una forma de comunicación.

Relajado y satisfecho llegó hasta la estancia principal ya con un mejor semblante, a beber algo de café caliente que le llevó su sierva. La sala de su casa mos-

traba el estandarte del Sacro Imperio (tal y como él siempre ordenaba que fuera colocado), mismo que lucía en el hombro de su uniforme; un rectángulo rojo con una corona dorada sobre tres estrellas que simbolizaban a Althares, la luz de las Tres Galaxias.

—¡Maravilloso! ¡Maravilloso, mi amor! —dijo su esposa, una mujer notoriamente más joven que él, y mucho más elegante, de mirada ambiciosa y una belleza física reforzada por la ciencia quirúrgica—. La noticia de tu hazaña rescatando a esa pobre muchacha de la Familia Veros, ha recorrido todo el Sistema. Esto nos traerá muchos réditos…

Ushuk suspiró molesto. Sentía desprecio por la reputación, los chismes y los tejemanejes de la alta sociedad, si bien no era tan iluso como para despreocuparse de ellos totalmente y sabía conducirse dentro de ese círculo, algo fundamental para avanzar en la sociedad altaria. Pero en el fondo, era un hombre sencillo con un fuerte sentido del deber. Nada le aburría más que las insípidas y vacías elucubraciones sociales de su aristocrática y mimada esposa, que era tan hermosa como superficial.

—Lo importante no es qué tanto impactó este suceso entre las viejas chismosas, querida Lina —dijo a su esposa—, sino qué tanto este evento nos puede servir para ser reasignado a otra guarnición. Odio este planeta infernal con sus habitantes deformes y su clima húmedo.

—¿A dónde quieres que te reasignen? ¡Déjame adivinar! —dijo con sorna—. ¡A Shakar!

—Aunque lo digas con sarcasmo, sí.

—No tienes por qué fingir. Sé que amas más a Tamira que a mí. Ella será siempre tu primera esposa y tu gran amor. Pero no olvides esto, Laro, tu amada Tamira podrá ser una valiente militar como tú, pero es estéril y fui yo quien te dio hijos.
—Sí, sí, lo sé —dijo con tono cansado, sentándose frente a la enorme pantalla holográfica que transmitía reportes noticiosos de sucesos, en todas las Tres Galaxias. Iluminado por la luz mortecina del aparato, se quedó pensativo ignorando la perorata de su segunda esposa mientras recordaba a su amada Tamira, militar como él (lo cual era ya inusual en una mujer altaria), lo que siempre fue uno de sus mayores atractivos. Una mujer fuerte, inteligente y bella con quien podía tener extensas conversaciones sobre historia militar, de la que sabía casi tanto como él. Estaban separados por miles de años luz, ya que ella había sido asignada al Sistema Shakar al otro lado del imperio.
—¿O es que acaso no amas a las dos hijas que te he dado?
—Adoro a mis niñas —reconoció Ushuk—, aunque desearía poder tener un heredero varón…
Y esas últimas palabras resonaron ácidamente en el corazón de Lina.

*

La colonia altaria de Zuggoth se dedicaba principalmente a la extracción de minerales valiosos del suelo oceánico. Los altarios lograron aliarse con los k'tai, una de las dos razas inteligentes del planeta; unos cánidos huesudos y sin pelo que durante miles de años sostuvieron una sangrienta guerra con los gorgonianos.

Los asentamientos humanos se habían limitado a una única ciudad enclavada cerca de la costa este del continente, con algunos esporádicos destacamentos militares en otras partes de la pantanosa jungla. La mayoría de los residentes eran familias dedicadas a la minería, así como los encargados administrativos, militares y políticos designados por el Imperio. Los colonos aborrecían a los gorgonianos, a quienes temían por naturaleza. Los gorgonianos gustaban de realizar sus ritos inmolando a los humanos en sus altares, que era la mayor ofrenda a su temible dios-demonio; pero por las medidas de seguridad, no lograban secuestrar jóvenes —sus víctimas predilectas— con la frecuencia que deseaban. Aun así, el ruido de los tambores sonando en lo profundo del pantano, clamando a los espíritus gorgonianos sedientos de sangre en sus rituales perversos, era suficiente para aterrar a muchos residentes y no dejarlos dormir.

Ushuk se reunió en el Cabildo General, la mayor de las edificaciones de la colonia donde se localizaba la sede administrativa imperial. Los dos guardias que custodiaban la entrada saludaron respetuosamente al verlo llegar.

Dentro se encontraba un desconcierto burocrático repleto de colonos, realizando diferentes trámites en ventanillas con funcionarios de rostro antipático y desinteresado, y unos cuantos trabajadores nativos para las labores más pesadas y menos especializadas.

Ushuk subió por el ascensor hasta la sala de reuniones ejecutivas donde se encontraría con diversos jerarcas, entre ellos el Gobernador.

—Bienvenido, almirante Ushuk —adujo este al verlo entrar. Era un tipo regordete y de baja estatura, con una gruesa barba. Los años de servicio en tan horrendo lugar habían calado en él, y se había vuelto un sujeto huraño y amargado.

—Siéntese, lo estábamos esperando.

En la mesa redonda todos los demás eran hombres de diferentes funciones y puestos que Ushuk no se interesaba en recordar, pero uno de ellos resaltaba por sus hábitos monacales: era el abad del templo local y religioso de mayor rango en el sistema.

—Nos hemos reunido —continuó el Gobernador—, para felicitar al almirante Ushuk por su excelente labor en la misión de rescate de anoche.

—Criaturas detestables… —dijo el monje y tío de la rescatada—. Adoradores de ídolos. Gracias por sus acciones, Almirante.

—Gracias a todos, pero solo estaba cumpliendo mi deber —explicó Ushuk— y sin ánimo de ser irrespetuoso con la familia de la muchacha, se trataba de una operación de rutina…

—Resulta —comentó el Gobernador— que la joven involucrada no solo es sobrina de Su Gracia acá presente; sino, además, es prima de la esposa de Su Alteza, el Rey, —Ushuk se sorprendió—. Así es —confirmó el Gobernador al observar su sorpresa—, ha salvado a un miembro de la familia real. Su Alteza desea hablar con usted inmediatamente…

—¿El Rey?

El Gobernador rio con sorna.

—¿Quién más? La llamada entrará en cualquier momento. Puede usar mi oficina privada, por supuesto. ¡Enhorabuena, Almirante! Esta es su oportunidad de alejarse de este maldito hoyo del Infierno. Llévese mi clave personal y no olvide hablarle bien al Rey de mi labor aquí.
—Lo haré, por supuesto.

*

—Estoy preocupada por mi esposo, querida Nashara —le dijo la aristocrática Lina a su servidora, mientras esta la peinaba frente al ovalado espejo de su recámara.
—¿Por qué, mi señora?
—Siempre he sabido que aún ama a su ex esposa Tamira en lugar de a mí. De no ser porque ella es estéril, sin duda ni siquiera se habría casado conmigo. Lo nuestro fue un matrimonio por conveniencia, mientras ellos siguen siendo amantes, y ella nunca se casó de nuevo.
—Pero mi señora, ella perdió el útero entero por una herida de guerra. La capitana Tamira no tiene forma de concebir un bebé…
—Lo sé. El problema es que yo, aunque soy fértil, no logro tener un hijo varón que sirva de heredero a mi esposo. Y desde que Su Santidad el Patriarca, emitió la prohibición de determinar el género del bebé mediante ingeniería genética porque contraría la voluntad del Universo, no tengo más remedio que orar para que me den un varón, o que mi esposo no se divorcie de mí motivado por alguna mísera piedad.
—Bueno, mi señora, hay una leyenda que dice que la Bruja Gorgoniana puede cumplir cualquier deseo.

—¿La qué…?
—Es la gobernante de las mujeres gorgonianas. Verá,… los gorgonianos hombres y mujeres no se mezclan nunca para nada, salvo para procrear. Tan es así, que hasta tienen lenguas diferentes. Cuando una mujer gorgoniana tiene un varón lo deja en el pantano para que, con suerte, los hombres lo encuentren antes que un depredador, y lo críen. Ellas conservan a las bebés mujeres y las cuidan mucho. Incluso hay quien dice que las gorgonianas son caníbales y salen a matar hombres, a quienes devoran…
—¡Qué asco! Omite esos detalles y dime lo de la bruja.
—La leyenda dice que cumple cualquier deseo, a quien sea tan valiente como para entrar a su territorio y pedírselo.
—Debe haber un precio…
—Sí. Es como un pacto con el Arconte, ¿no cree?

*

Una violenta batalla se libraba en las pedregosas tierras del planeta Shakar, un mundo mayormente montañoso y árido, cuarto del sistema solar homónimo. Debido a su escasa vegetación y a que el agua en la superficie era exigua (pues en su mayoría corría por yacimientos subterráneos), el planeta era apodado por los altarios como "la piedra".
La contienda entre los dos bandos era desigual, pero sangrienta. Los soldados con sus corbetas de avanzada tecnología que bombardeaban las rocallosas cordilleras que servían de escenario para el enfrentamiento, y los gigantescos tanques que flotaban a es-

casos centímetros del suelo y disparaban cañonazos de láser que despedazaban los blancos. La maquinaria bélica enfocaba su fuego en un complejo cavernoso que tenía al frente, y que servía de parapeto para un grupo rebelde de nativos mal armados y peor entrenados, con tecnología casi obsoleta.

Los cañonazos de láser hacían pedazos la estructura cavernaria dejando una humareda en el cráter remanente, y el bombardeo de las naves que pasaban silbando sobre las montañas hacía añicos las apaleadas cimas, pero la contienda estaba por volverse más cruenta. Los rebeldes atrincherados respondieron al fuego con morteros y explosivos que lanzaron de entre las bocas de las cavernas. Los proyectiles teledirigidos se direccionaron hacia sus blancos, haciendo estallar uno de los tanques con todo y tripulantes dentro, así como dañando severamente algunas corbetas. Nuevos contraataques de los aborígenes provocaron la destrucción de una de las naves que se estrelló causando una luminosa explosión en el farallón donde chocó.

—¡Malditos salvajes! —expresó Tamira Ushuk, una hermosa mujer de treinta años, de cabello rojo ondulado y cuerpo escultural, mientras observaba desde una trinchera lo acontecido. Como capitana de escuadrón se encontraba comandando a las tropas encargadas de suprimir la rebelión.

—Esa tecnología teledirigida —conjeturó su teniente— solo les pudo ser suministrada por la Coalición.

—Nos preocuparemos por la política luego —dijo

Tamira contemplando la situación con sus binoculares—, por ahora no queda más remedio que usar la infantería. Desplieguen a los soldados…

—Sí, señora —respondió el teniente y dio la orden a una multitud de soldados, uniformados y ataviados con un casco que les cubría el rostro, que cargaran en estampida hacia las cavernas disparando sus rifles de energía.

Los soldados eran cubiertos por los disparos de los tanques, y mientras ellos corrían hacia el territorio enemigo sobre las polvorientas piedras, las gigantescas máquinas de muerte sobrevolaban a su lado. La lluvia de láser letal fue respondida desde el interior de las cavernas. Los rayos de energía golpearon los cuerpos de muchos soldados haciéndolos gemir agónicamente, conforme perdían la vida y colapsaban sobre el suelo empedrado con horrendas quemaduras humeantes.

Cuando los soldados se aproximaron lo suficiente, pudieron ver a los nativos (llamados shakaren) emergiendo de sus madrigueras. Se trataba de seres pequeños nunca superiores al metro sesenta, con extrañas corazas de piel muy duras que les protegían la parte posterior de la cabeza y la espalda. Tenían dos ojos rojos y redondos, un hocico alargado y porcino, colmillos agudos, manos y piernas con cuatro dedos afilados como garras y solo vestían taparrabos. Dicha raza era sensible a la luz solar ya que habían evolucionado para llevar vidas subterráneas, de allí que tuvieran corazas para protegerse de los derrumbes, garras para aferrarse de las paredes y ojos especializados para ver en la oscuridad.

Para los altarios eran simples monstruos.
En cuanto los soldados estuvieron cerca de las cavernas, uno de los shakaren emergió —protegiéndose los ojos con gafas oscuras— y les lanzó una granada. El explosivo semejaba una especie de cubo cristalino. Se veía como un juguete de niño, pero era mortal. El cubo aterrizó en el suelo justo donde una buena cantidad de soldados transitaba, y comenzó a emitir un silbido ensordecedor que servía de alerta y usualmente era lo último que escuchaban sus víctimas. Los militares intentaron escapar pero la potencia destructiva del artefacto era tremenda y cuando explotó emitió una ola de energía que consumió a todo ser vivo alrededor. Los cuerpos de los soldados eran elevados por el aire mientras los empujaba la diabólica invención, y sus carnes consumidas hasta reducirlos a esqueletos calcinados.
Pero aún esto era insuficiente para detener la horda altaria. Algunos soldados sobrevivientes llegaron a las puertas de las cavernas y tiraron en su interior un tipo de bomba diferente, de forma esférica, que se introdujo por los lóbregos corredores y luego corrieron lo más lejos que les fue posible. La bomba estalló dentro de las cuevas asesinando a una buena cantidad de las criaturas subterráneas.
—Parece que los rebeldes se retiran, señora —alertó el teniente.
—Nunca los encontraremos en el subsuelo —aseguró esta—, ellos conocen las cuevas como la palma de su garra. Ordene la retirada a los soldados y bombardeen la cordillera hasta hacerla trizas.
—¡Sí, señora!

*

Habiendo terminado los preparativos, Ushuk se despidió de su familia y se dirigió a la Joya de Asterión, su fragata personal, en donde viajaría al lado de su tripulación privada. El comandante de la misma era su confiable mano derecha desde hace años: Halfor Tanas, un hombre aun joven pero espléndidamente eficiente.

—¿Al Sistema Althares, Almirante? —preguntó, conforme su jefe entraba a la nave haciendo el saludo militar.

—Sí, Halfor —respondió Ushuk.

La fragata se introdujo al hiperespacio en cuanto salió de Althares, aunque hizo un movimiento irregular, como si estuviera saltando intermitentemente. Ushuk lo había sentido antes. El mismo movimiento de retumbo al entrar y salir del hiperespacio.

—¿Qué es eso? —preguntó por el *multicom* de su habitación-oficina al puente.

—No estamos seguros, Almirante —respondió honestamente Halfor—. Hemos revisado la nave de cabo a rabo y los técnicos no encuentran ningún desperfecto.

—Manténganme informado de cualquier comportamiento extraño —dijo Ushuk abriendo su computadora para buscar cierta información.

—Sí, señor.

La nave donde viajaba Ushuk se materializó tras semana y media de viaje a través del hiperespacio. Un pasadizo cósmico de brillante luz blanca se dibujó rompiendo la negrura del espacio y por ella emergió

el vehículo interestelar, justo frente al Sistema Althares, uno de los más concurridos de toda la Galaxia. Innumerables naves espaciales tanto civiles como militares arribaban o partían incesantemente. Althares, capital de una de las mayores potencias galácticas, era el cuarto planeta de su sistema, de superficie rocosa, con una atmósfera oxigenada y grandes extensiones continentales (el 52 % de la superficie era tierra y el 48 % agua) con todos los climas imaginables.

Rodeado por naves interestelares, millones de satélites artificiales, varias estaciones espaciales y dos lunas, había sido despojado de casi todas sus áreas verdes y desde el espacio se veía gris y urbanizado, como si fuera una enorme bola metálica. Los continentes fueron cubiertos por gigantescas ciudades que consumieron toda la naturaleza, excepto ciertas áreas especiales para el cultivo, y los océanos también fueron recubiertos por enormes proyectos urbanísticos sobre plataformas marinas.

Ushuk salió de la fragata en una cápsula de transporte unipersonal con la cual penetró en el planeta. El cielo era nublado por un tráfico multitudinario de naves y transportes. La ominosa Ciudadela Real, sede del gobierno, se alzaba titánica por kilómetros y kilómetros de infraestructura urbana, exuberantes jardines, fuentes maravillosas, un intrincado conjunto de mansiones con todos los lujos que simbolizaban el poder imperial.

En cuanto su vehículo ingresó al área restringida de vuelo que cercaba a la Ciudadela, una voz robótica dijo: *Identifíquese por favor.*

Al decir esto, automáticamente la pantalla de su transporte se tornó roja con letras en alfabeto estelar que reiteraban las palabras pronunciadas por el computador. Ushuk colocó sus dedos en la pantalla táctil agregando su código personal. La pantalla se tornó verde y, tanto por escrito como con sonido, anunció: *Gracias, almirante Ushuk. Bienvenido.*

Ushuk bajó de la nave y fue debidamente recibido por el personal de servicio según su alcurnia. Se le suministró un aposento en el Palacio Central, donde podía descansar algunas horas y prepararse para su cita con el Triunvirato.

Cuando estuvo listo, con su uniforme de gala ya impecable y hasta la última medalla lustrada, y su cabello y barbas peinados sin una sola hebra fuera de lugar, Ushuk se dirigió al encuentro, primero con el monarca (como era la tradición).

Le informaron que el Rey se encontraba en la Capilla, un santuario privado con fines religiosos para los monarcas y Ushuk llegó allí, pero salvo por los monjes que cuidaban del santuario, no encontró al soberano. Avistó a los rededores y finalmente lo vislumbró sentado meditando en los jardines, al lado de una fuente.

Se aproximó. El Rey era un hombre ya entrado en años que claramente buscaba vivir su vida, alejado de las intrigas de palacio y los entuertos del poder. No parecía en absoluto el monarca de un vasto imperio guerrero. Ushuk no supo si interrumpirlo o esperar, pero el Rey pareció notar su presencia y abrió los ojos.

—Disculpe, Majestad —dijo reverenciando—, soy el almirante Laro de la Casa de Ushuk.
—¡Ah sí! —respondió—, el héroe que salvó a la prima de mi esposa. El monarca procedió a levantarse pero requirió la ayuda de Ushuk. —Gracias, fue usted un verdadero héroe, Almirante.
—Solo cumplía con mi deber.
—Dice la tradición que quien salve la vida a un miembro de la familia real tiene derecho a pedir algo. ¿Ya pensó qué desea, Almirante?
—Sí, lo tengo claro. Quiero ser reasignado específicamente a Shakar.
—Shakar… Shakar… —murmuró haciendo memoria de los distintos sistemas que, en teoría, regía—. ¿No es un sistema con hostiles nativos y al borde de la guerra con la Coalición? No suena como el mejor lugar a donde ir…
—Mi… la mujer que amo, está allí. No quisiera utilizar mis influencias para moverla a ella, además de que su cargo es muy importante y hará bien a su carrera. Eso, y que ella tiene un gran sentido del deber; me mataría si se diera cuenta que intervine de esa forma.
—Entiendo. Estas guerras nunca terminan, ¿verdad? A veces pareciera que el Imperio y la Coalición están destinados a enfrentarse por siempre —dijo en tono cansado, pero luego empezó a toser, al punto que Ushuk tuvo que asirle el brazo—. Gracias, gracias. Ya pasó. Luego lo miró de frente. —Le prometo que hablaré con el Canciller para su reasignación.
—Gracias, Majestad.

*

Irónicamente, quien concentraba el poder real era quien trabajaba en la oficina más humilde, sin que por ello dejara de ser amplia y cómoda. Para llegar a ella había que pasar por un pasillo con los retratos de todos los reyes de Althares, desde el actual hasta los semimíticos antiguos reyes paganos que habían unificado el planeta veinte mil años antes, siendo el primero Thorasson, un caudillo bárbaro cuya imagen plasmada en un retrato idealizado que lo mostraba unificando a las tribus bárbaras de Althares, se localizaba justo al frente de la entrada a la Oficina del Canciller.

La secretaria le permitió entrar en poco tiempo. El Canciller estaba sentado en su escritorio revisando papeles y hablando con sus consejeros en un constante vaivén, hasta que notó a Ushuk. Fernan Sardusi, el Lord Canciller, era militar como Ushuk y ostentaba el grado de almirante. De origen campesino, había logrado escalar por sus propios méritos hasta la cumbre del mayor imperio
intergaláctico.

—Almirante Ushuk, por favor, siéntese —pidió señalando al asiento frente a su escritorio y despachó a sus asistentes con una señal de su mano. Pronto estuvieron solos—. Sé por qué está aquí. Su Majestad ya me informó de su petición.

—¿Eso quiere decir…?

—Bueno, lo cierto es que pensaba sacarlo de Zuggoth de todas formas. El problema es encontrar un

reemplazo digno. Sin embargo, no tenía en mente a Shakar. Quería asignarle un cargo en el gobierno, quizás como viceministro.

—Gracias por la confianza, Excelencia, pero no tengo aspiraciones políticas aún. Quisiera poder ayudar en la guerra contra los rebeldes y la Coalición en Shakar.

—Jmmm… y supongo que la presencia de su ex esposa en Shakar no tiene relación.

—Creo que mi vínculo con ella es ampliamente conocido. Pero no me parece correcto removerla de su puesto, es más lógico que yo vaya allá. Cuando las cosas se hayan apaciguado y la rebelión haya sido aplastada, aceptaré una tranquila asignación junto a ella en otro lugar, o incluso tal vez nos quedemos allí si nos gusta el planeta.

—Muy bien, Ushuk. Será reasignado a Shakar. No tengo duda de que hará una buena labor.

—Gracias, Lord Canciller —dijo Ushuk levantándose y dándole una reverencia, aunque no eran obligatorias en su caso. Al abrir la puerta los asesores entraron de inmediato y el ajetreo continuó.

*

Una vez fuera del planeta y en la *Joya de Asterión* dio la orden de partir y esta se introdujo en el hiperespacio, causando una vez más el misterioso retumbar. Pero en esta ocasión Ushuk ya sospechaba la causa.

—Comandante —ordenó Ushuk en el puente—, emita un mensaje en todos los canales.

—¿Señor?

—Ya me escuchó.

—Pero señor, estamos en el hiperespacio… no hay otras naves…
—Eso no lo creo. Hágalo. —Halfor obedeció, por lo que Ushuk transmitió—. Sé que están ahí y pueden escucharme. Es hora de que se muestren. Si no lo hacen detendré la nave en medio del espacio y no proseguiremos hasta que lo hagan.
Hubo un largo silencio, en el cual la tripulación estuvo expectante; algunos parecieron temer que el almirante se hubiera vuelto loco. Pero finalmente apareció ante ellos una luz brillante, casi cegadora, que se disipó rápidamente dejando ver una esfera cristalina flotante en el medio del puente. La esfera se abrió dividiéndose en cuatro partes y en su interior, sentado sobre lo que parecía un cómodo interior acondicionado, surgió un antropoide.
Parecía una criatura hecha de líquido mercuriano con una forma levemente antropoide. La larga cabeza ovalada era notable, así como su torso, largos y curvilíneos brazos terminados en tres largos dedos sin uña, y piernas igual de curvas pero terminadas en pies gruesos y hexagonales. Era mucho más alto que un humano, y aunque su piel casi cristalina reflejaba el exterior, era posible divisar lo que parecían ser dos ojos grandes y ovalados de un color más oscuro en la cabeza.
—¡Un valta! —exclamó Halfor.
—Ha estado siguiéndome desde hace tiempo… ¿por qué? —preguntó Ushuk.
—Sí, Almirante —confesó la criatura con voz suave y aterciopelada, totalmente ecuánime, pero pronun-

ciando perfectamente el idioma estelar—. No tenemos intenciones hostiles, soy un simple investigador.
—¡Me investiga sin mi autorización!
—La percepción del espécimen investigado de la existencia del investigador, puede alterar su comportamiento y con ello el resultado.
—Pues este espécimen logró detectar al investigador. Sus naves son miles de años más avanzadas que las nuestras, pero no tanto como para no dejar huella. Investigué otros encuentros con valtas en el pasado, sus naves son indetectables por cualquier medio conocido, pero producen gravedad y por eso causan perturbaciones en el hiperespacio.
—Lo felicito, es usted muy astuto.
—Creo que su investigación ha terminado.
—Sí, pero fue verdaderamente fascinante seguirlo, Laro Ushuk. Adiós —dijo la criatura y la esfera se cerró en su interior, desapareciendo en ases de luz.
—Nunca antes había visto un valta en vivo, Almirante —observó entusiasmada una joven navegante desde su silla—. ¿Son peligrosos?
—Si lo fueran no estaríamos vivos —respondió Ushuk—. Son quizás la civilización más antigua del universo conocido. Pero inofensivos, solo les gusta curiosear. Ahora, prosigamos nuestro viaje.
—¿A Althares, señor?
—No, tengo planeado hacer una escala.

*

Existía justo en el nexo de las principales potencias un sistema planetario binario, es decir, dos planetas de

similar tamaño que se orbitan uno al otro, situados en un sistema solar fronterizo y era, en general, considerado territorio neutral incluso en tiempos de guerra, gracias a la naturaleza de su negocio: la prostitución.
Sin embargo no era cualquier tipo de prostitución, pues la totalidad de las mujeres o esclavas sexuales que trabajaban en Sadam y Gamara, eran organismos artificiales; androides femeninos, o más precisamente, ginoides.
Hombres muy poderosos y ricos de todas partes llegaban a ser atendidos por las legendarias ginoides de Sadam y Gamara. Los dos planetas eran administrados por un empresario llamado Luxa, hombre astuto y hábil en los negocios, quien gracias a su fortuna, logró influenciar a los políticos de todos los gobiernos limítrofes permitiéndole operar con inusitada autonomía. Era necesario, por ejemplo, que los clientes se sintieran seguros y supieran que no iban a ser molestados, espiados o interrogados aunque provinieran de mundos enemigos, por lo que toda actividad de espionaje, inteligencia o contrainteligencia estaba estrictamente proscrita.
Fue a este lugar a donde llegó el almirante Laro Ushuk tras un largo periodo de tenso y duro trabajo para el Estado.
—Bienvenido sea, Almirante —le dijo Luxa quien lo recibió en persona, como solía hacer con todo cliente importante. Estaba rodeado de hermosas mujeres ginoides sonrientes y semidesnudas.
—Gracias —respondió al salir completamente de la

nave en que llegó, y luego observó con atención a las ginoides—. Es asombroso —dijo tocando a una en el hombro la cual sonrió aún más—; son idénticas a una mujer. Hasta la piel se siente casi como si fuera real—. Tengo esclavos androides y es imposible confundirlos con una persona orgánica.

Y era cierto, aunque el "casi" resultaba imposible de obviar. La piel de aquellas mujeres no tenía poros y se percibía sintética, aunque cálida y agradable al tacto.

—¿De qué apetece recibir servicio, Almirante? —continuó Luxa—, tenemos versiones de todas las razas, tamaños y complexiones.

—¿Tiene un catálogo?

Luxa le acercó una tableta táctil en donde el propio Ushuk podía ver las fotos y moverlas con su dedo índice. En efecto había gran variedad, y no solo de mujeres humanas sino de distintas razas alienígenas, algunas bastante exóticas; desde una mujer-gata rayada con pelaje anaranjado, hasta una de color azulado con espinas multicolores en lugar de cabello.

Seleccionó diez que más le gustaron y Luxa las llamó. Ya en vivo Ushuk pudo observar los productos que se le ofrecían más de cerca. Había unas voluptuosas, otras esbeltas y gráciles, algunas curvilíneas, otras más rellenas, algunas de aspecto rudo como de dominatriz y otras más bien parecían inocentes y frágiles. Pero de todas, particularmente una le llamó la atención. Le atrajo de inmediato de manera especial. Era una ginoide que asemejaba a una mujer de cabello negro corto y acampanado, ojiazul y de piel muy

blanca. Vestía un traje de noche negro muy elegante y tenía un cuerpo perfecto, o así le pareció.
—Ella, la número 3 —dijo señalándola. Luxa la llamó y la ginoide pasó al frente mientras las demás se fueron.
—Excelente elección, Almirante. Ella es un modelo CIL y su número de serie es el 88, uno de los primeros cien en salir. Su programa le permite realizar cerca de 230 prácticas eróticas diferentes y está diseñada para satisfacer sexualmente a 75 razas distintas.
—Perfecto —declaró Ushuk.
—Bien… la tarifa…
—Sí, sí, quiero el servicio completo. Me quedaré varios días —dijo entregándole una tarjeta bancaria—, y puede cobrarse su propina también.
—Gracias Almirante —adujo zalameramente Luxa con una reverencia, y se dirigió a realizar el cobro. Mientras, un sirviente llevó a Ushuk y a CIL-88 hasta la habitación que le habían asignado.
—Bueno, amo, ¿cuáles son sus indicaciones? —preguntó ella removiéndose el vestido una vez que el sirviente se había ido y quedaron solos en la habitación. Quedó totalmente desnuda en frente de Ushuk y se acostó provocativamente sobre la enorme cama matrimonial.
—Tenemos tiempo para eso, podemos conversar —dijo él mientras se servía un trago de alcohol del minibar— o al menos tengo entendido que las ginoides no son solo máquinas sexuales sino que también son diestras en distintos artes, incluyendo el de la conver-

sación. Y lo de máquina sexual lo digo sin intención de ofender.
—Descuide amo. Sí, se supone que estamos diseñadas para ser la compañía perfecta, mi señor.
—¿Cuánto tiempo tienes de trabajar acá?
—Desde que me construyeron y activaron, hace unos 8 años.
—Eres nueva…
—Podría decirse. Una de mis compañeras tiene apenas 4 meses de funcionamiento.
—¿Con cuántos hombres has estado? Como ginoide debes recordar todos y cada uno, ¿o no?
—Espero no le preocupe la higiene, amo. Sepa que tras terminar con cada cliente somos esterilizadas totalmente y que no podemos contraer o contagiar enfermedades…
—No, no —interrumpió—, no es eso. Es solo curiosidad.
—He estado exactamente con 1.567 clientes, amo, sin contarlo a usted. Tome en cuenta que es una carrera sin vacaciones o días libres, y que en algunos casos serví a dos o más clientes a la vez.
Ushuk terminó su copa sintiéndose culpable. Era una ginoide… una máquina… pero tan real, que se sentía como una persona.
—¿En verdad estás diseñada para dar cualquier tipo de placer?
—El que gustes, amo. Cualquier rol que desees. Puedo ser una fiera dominatriz o puedo ser una temerosa virgen, o puedo ser una guerrera enemiga atrapada

en batalla, que está a punto de ser forzada por un poderoso señor de la guerra rival… a la mayoría de los altarios les encanta ese rol.

—¿Puedes ser una amante enamorada? —preguntó. CIL-88 no supo cómo responder. Aun así, Ushuk se le aproximó y la besó, tras lo cual se removió la ropa y la poseyó por primera vez.

Y así estuvo Ushuk con CIL-88 durante tres placenteros días. En efecto, la ginoide estaba muy bien diseñada. Quienes la crearon pensaron en los más pequeños detalles; sus dientes podían retraerse dentro de la encía y sus labios volverse más protuberantes para dar más placer a la hora de hacer sexo oral, su vagina podía cambiar de forma y tamaño adaptándose al pene que la penetraba, sus piernas eran capaces de flexionarse en formas que ninguna mujer orgánica podría, etc.

Pero había más que solo sexo genital. CIL-88 conocía los puntos erógenos de la anatomía humana como solo una computadora puede conocer. Podía usar sus labios o manos para ejercer presión sobre tales puntos con cálculos matemáticos perfectos, y podía cambiar su personalidad y hasta su tono de voz para cumplir cualquier fantasía. En síntesis, era la pareja sexual perfecta.

—Dime una cosa, CIL, ¿qué se siente ser una máquina? —le preguntó Ushuk en la mañana de su último día ahí. Ambos yacían desnudos sobre la cama y bajo las cobijas.

—No lo sé, ¿qué se siente no serlo?

Ushuk sonrió. Su pregunta había sido tonta.

—La he pasado muy bien en estos días, CIL-88, te estoy muy agradecido.
—¿Puedo preguntarte algo personal, amo?
—Por supuesto.
—¿Eres casado?
—Sí.
—¿Y la amas?
—No… fue un matrimonio por conveniencia y nunca nos hemos llevado muy bien. Hay algo en su personalidad… que no sé…, en cambio mi primera esposa es… militar como yo… y es plebeya. La conocí en una nave espacial que comandé durante las revueltas de Adrach. ¡Es tan fuerte y valiente!
—Siempre he tenido la impresión de que los hombres altarios prefieren mujeres sumisas y recatadas…
—Bueno, algunos sí. Pero para mí una mujer debe ser como un planeta: un reto conquistarla.
—¿A ella sí la amas?
—Sí. Nuestro divorcio fue un acto meramente simbólico para que yo pudiera tener un hijo heredero legítimo. Me divorciaría y casaría con ella de nuevo, pero sería un insulto a la familia de mi esposa, que además de ser una familia honorable, son muy poderosos.
—Y si amas a tu primera esposa, ¿por qué vienes aquí?
Ushuk meditó un poco. Él mismo no estaba seguro.
—Mis dos esposas son mujeres muy hermosas y además podría tener cualquier amante o concubina que yo quisiera… pero…, no sé. Escuché hablar de las ginoides y el trato especial a sus clientes… creo que

necesitaba un poco de eso… de esa devoción y de esa, no sé… ternura. Amo a Tamira pero ella es muy ruda y ha sido endurecida por una vida en el Ejército, y Lina… bueno…, ella no se preocupa por nadie que no sea ella misma. Yo soy el responsable por ellas y por mi casa. Estoy cansado de tener siempre ese peso en mis hombros. Quería descansar de ello una vez.

—Entonces necesitabas a alguien que te consintiera…

—Algo así. Alguien con quien poder expresarme libremente y poder decir lo que pienso, sin temor. Alguien que no le importe lo que digo, pero finja que le importa. Aunque sé que es un teatro y que eres una máquina. Que mañana tendrás otro cliente al que harás lo mismo u otras cosas inimaginables.

—¿Te irás hoy, amo?

—Sí. Mis vacaciones han terminado y debo regresar a mis deberes.

—Te extrañaré. Y lo digo en serio. La mayoría de los clientes no son tan amables como tú, amo.

—Yo también te extrañaré CIL-88… y puedes llamarme Ushuk.

—¿Volverás?

—Sí.

—¿Lo prometes?

—Sí, lo prometo.

Y Ushuk era un hombre de palabra. En efecto volvió un año después. Tras esto visitó con cierta frecuencia Sadam y Gamara. A veces dos o tres veces por año, pero cuando estaba realmente ocupado pasaban dos o tres años sin poder asistir.

*

Ushuk le notificó a Lina que había logrado la asignación a Shakar y que empacara todo, pusiera en venta la propiedad que tenían —pues no pensaba regresar a Zuggoth si podía evitarlo—, y que viajara en el transporte más próximo hacia Shakar. Lina obedeció pero, antes de partir, decidió hacer algo desesperado. Se trasladó en un viejo y derruido bote por los cenagosos parajes gorgonianos. Quien remaba era su leal siervo Immar, el esposo de la sierva Nashara, un tipo robusto y sencillo, que hablaba poco pero que palideció cuando ella le ordenó que la llevara. Era de noche y las lunas de Zuggoth iluminaban el cielo nocturno. Una niebla verdosa flotaba por entre las pantanosas inmediaciones, y se podía escuchar los chillidos espeluznantes de extrañas formas de vida que merodeaban entre los ramajes observándolos con ojos brillantes, o bien escuchaban a las criaturas submarinas de aspecto grotesco removerse bajo el agua.

Immar tenía un arma láser preparada para disparar ante cualquier eventualidad pero, bien sabían ambos, que no resultaría efectiva contra un grupo numeroso de gorgonianas.

—Hasta aquí puedo acompañarla, mi señora —le anunció el fiel siervo entregándole la pistola—, la leyenda dice que quien se presente ante la Bruja debe ir solo.

Talvez era mentira, pero en todo caso no tenía opción, así que Lina se introdujo —muy para su desdicha— en los lodosos senderos que llevaban hasta lo profundo del territorio gorgoniano.

Caminando entre los inhóspitos territorios, asediada por insectos y escuchando los aterradores ruidos de la sórdida fauna, llegó hasta un límite demarcado por cabezas humanas clavadas en picas, algunas ya reducidas a cráneos y otras aún descomponiéndose macabramente.

Lina tragó saliva. Se adentró en el territorio y finalmente una tribu de monstruosas gorgonianas emergió de entre la foresta apuntándola con sus lanzas. Las hembras gorgonianas eran considerablemente más grandes que los machos, por lo que los rumores sobre el canibalismo le parecieron creíbles. Ella levantó las manos y dijo:

—Busco a la bruja… —expresó, sin saber si comprenderían el idioma estelar—. ¿Entienden lo que digo…?

De entre la multitud emergió la más grande, obesa y desagradable de las gorgonianas.

—Y'o zho'oy la'a br'uxa —respondió en un pobre estelar con un gutural acento que hacía sus palabras apenas comprensibles.

—Quiero pedirte un deseo. Mi marido me abandonará si no le doy un hijo varón.

La bruja la miró fijamente. Luego se introdujo al ramaje y dejó a Lina a la expectativa por largo rato, y finalmente regresó con un asqueroso brebaje en una calavera humana.

—B'eb'er ez'tho —dijo, y se lo entregó en las manos.

Lina se estremeció de horror contemplando el asqueroso mejunje que burbujeaba y hedía repulsivamente.

—B'ebe'r —insistió la bruja— e t'ndrax hi'ijho va'arón.

Lina contuvo el aliento y obedeció. La pócima le desgarró el esófago con su acidez y amargura; tuvo ganas de vomitar pero se contuvo, y tras soltar la calavera se inclinó presa de dolores epilépticos en el estómago, arqueando y tosiendo.

—Está bien… —dijo esperando que no la hubieran envenenado—. ¿Qué debo darte a cambio?

—N'o ma'athez al beb'e. Ma'aldi'xion xi lo ma'ataz. No olv'idarr, —dijo enigmática y se introdujo en la selva pantanosa al lado de sus seguidoras.

"¿Matarlo?", se preguntó Lina intrigada. "¿Por qué habría de matar a mi hijo?".

*

La nave en que viajaba Ushuk apareció súbitamente emergiendo del hiperespacio en la frontera del Sistema Shakar, uno de los sistemas más militarizados de la Galaxia. Ninguna nave podía ingresar al sistema sin ser antes escaneada por las patrullas altarias, al menos en teoría, pues los enemigos unionistas encontraban la forma. En todo caso, salvo por los gigantescos cargueros que transportaban las enormes cantidades de oricalcum, valioso mineral fruto de las entrañas de Shakar, solo naves militares rodeaban el sistema entrando y saliendo perpetuamente, y merodeando las inmediaciones.

Desde su órbita el planeta parecía, en efecto, una enorme roca flotando en el espacio. Aunque tenía una notoria atmósfera nebulosa y cinco satélites, no tenía mares ni océanos; en su lugar poseía filas montañosas y cordilleras interminables, acantilados abis-

males e intrincadas redes cavernosas.
La fragata de Ushuk pasó por el largo y tedioso proceso de escaneo y revisión que realizaban los patrulleros, y finalmente se le permitió ingresar. Ushuk pensó en lo estúpido que eran esos escaneos que cualquier espía coaligado fácilmente podía burlar. Dejó su fragata en el puerto espacial y se dirigió al planeta en un aerotransporte unipersonal.
Su transporte llegó hasta un amurallado asentamiento colonial llamado Piedra Blanca en honor al color del árido territorio en que fue enclavado. Como todas las colonias de Shakar, fue creado cerca de un asentamiento minero con la finalidad de suplir a los funcionarios imperiales, de todas las comodidades necesarias y de la infraestructura adecuada para extraer el valiosísimo recurso. Cuando el vehículo de Ushuk se dirigía hasta el interior de la ciudadela, un sorpresivo fuego de mortero fue disparado desde una de las montañas alejadas, logrando penetrar el campo de fuerza de la nave, y dañándola de forma seria. La cápsula comenzó a girar caóticamente expulsando una estela de humo negro, y Ushuk maldijo mientras intentaba controlarla. Finalmente realizó un aterrizaje forzoso en uno de los hangares del puerto.
La capitana Tamira, que había llegado al lugar para darle la bienvenida, corrió velozmente hasta el transporte con gran preocupación y, cuando observó la compuerta de la nave abrirse y de ella salir a su amado ileso, suspiró aliviada.
—¿Estás bien, Laro? —le preguntó.

—Perfectamente, ahora que estoy contigo, amor —respondió él, haciéndola sonrojar. No era bien visto que una militar mostrara emociones, pero hacía tanto que no veía a Ushuk que se lanzó a sus brazos y le estampó un beso, aun sabiendo que los miraban los subordinados que atendían el funcionamiento del puerto.

—Lamento mucho esto —le dijo ella señalando hacia el enorme boquete quemado y abollado que fue provocado en la nave por fuego enemigo—. Estas bestias asquerosas nos han estado dando pelea últimamente.

—No te preocupes. Estas criaturas casi son simpáticas comparados con los gorgonianos de Zuggoth.

Pero en realidad Ushuk y Tamira no tenían muchos deseos de hablar de la política local. Fueron a la lujosa residencia donde vivía Tamira y poco tardó para que empezaran a devorarse uno al otro. Removieron su ropa con avidez. Ushuk extrañaba aquel firme cuerpo que había degustado desde que Tamira era una joven novata recién salida de la Academia Militar, y tanto sus manos como sus labios lo recorrieron de pies a cabeza como quien disfruta de su manjar predilecto, incluso cuando pasaba por la grosera cicatriz que tenía Tamira en el vientre, recuerdo de una antigua herida en batalla.

Tamira no estaba incólume, el roce de la boca de su amante le erizó la piel y le activó los puntos erógenos necesarios, y cuando la penetró ya tenía su lúbrica entrepierna lista para recibir el deseado miembro de su marido y repletarse de aquellas ráfagas de placer.

*

Para llegar a Shakar no solo requerían atravesar la mayor parte de la galaxia de Morta y toda Verkandi, sino además cruzar hasta la galaxia de Cloto. El trayecto por el hiperespacio tomaría al menos un mes y la aburrida Lina debía encontrar cosas con qué entretenerse, no siempre efectivas. Su sierva Nashara pasaba mucho tiempo con su esposo ya que dentro de la nave todo era automatizado y un siervo tenía poco que hacer, además, las hijas de Lina eran cuidadas por una amorosa ginoide llamada Nana, diseñada para tal efecto. Finalmente llegaron a Shakar y de primera el planeta le pareció harto desagradable.

Para empezar, el mundo estaba en estado de sitio y la presencia militar era omnipresente. Además, el paisaje desolado le pareció lastimero. Dentro de las ciudades había dos grupos claramente diferenciados; los colonos humanos y los esclavos shakaren, que eran obligados a trabajar en las minas de oricalcum y mantenidos con fuertes medidas de seguridad.

Ushuk le dio una lacónica bienvenida. Con Tamira nunca se había llevado bien y cuando no tenían airadas discusiones, preferían no dirigirse la palabra y evitar encontrarse en la misma habitación.

—Laro, querido —le dijo mientras este revisaba algunos papeles en el escritorio de su estudio—, ¿crees que esta noche podrás estar conmigo?

—Estoy un poco cansado —le respondió. Lina era una mujer hermosa pero él no la amaba y estaba más que satisfecho en su vida sexual con Tamira.

—Mi amor… —insistió ella—, sé que no soy tu preferida, pero… yo también tengo necesidades.
Ushuk suspiró. Ella tenía razón y, aunque no la amara, era una persona y Ushuk nunca tuvo una tendencia a la crueldad.
—Está bien, Lina, hoy llegaré a tu dormitorio.
Lina sonrió…
Un mes después Lina se dio cuenta que estaba embarazada y compartió la noticia con su sierva Nashara.
—¡Que alegría, mi señora, la felicito!, —dijo ella— y quiero compartirle que yo también lo estoy. Espero un bebé de mi amado Immar. Talvez puedan jugar juntos.
—Claro —mintió Lina pensando que jamás dejaría a su hijo jugar con un niño siervo.
Ushuk tomó la noticia del embarazo alegremente aunque no mostraría nunca la misma emoción que hubiese mostrado en el caso, ya descartado, de que su amada Tamira fuera la que estuviera en gravidez, pero, durante los meses que durara el embarazo, le brindaría todos los cuidados pertinentes. Los ultrasonidos médicos no pudieron determinar el sexo del bebé debido que al parecer el infante estaba en una posición inusual, pero por lo demás no había de qué preocuparse y no se percibía nada anómalo.
Los altarios podían estar muy estratificados pero las leyes establecían ciertos derechos para los siervos, uno de ellos el que las mujeres embarazadas fueran eximidas de trabajar durante el último período de gestación. En todo caso, Nashara pasó la mayor parte de su embarazo al lado de su ama por voluntad propia, y dio a luz dos días

antes que ella. Su hijo era un varón lindo, sano y fuerte.
—¿Me honraría siendo la madrina de él, mi señora? —preguntó Nashara a su ama, quien fue hasta su lecho para conocer al bebé que se amamantaba de su madre en aquel momento.
—Por supuesto, Nashara —respondió ella aunque por dentro la carcomía la curiosidad por saber el género de su hijo. No sabría cómo reaccionaría si no era un varón, pero definitivamente alguien lo pagaría caro.
Esa misma noche Lina entró en labor de parto. El médico de cabecera fue llevado a la mansión para atenderla. Ushuk se encontraba sofocando una revuelta en el nevado Continente Ártico del planeta, y de nada le hubiera servido haber estado, ya que la costumbre dictaba que el padre no estuviera presente durante el alumbramiento. Tamira se encontraba trabajando también pero tampoco hubiera mostrado ningún interés en el asunto.
La noche era asolada por una torrencial tormenta eléctrica y gruesos goterones golpeaban las ventanas de la mansión. En ese planeta casi nunca llovía y Nashara pensó que era mal augurio. Se encontraba asistiendo al médico en el tratamiento a su señora, y fue la primera en emitir un ensordecedor chillido y cubrirse luego la boca con asco, al observar al engendro. Su alarido fue acompañado del rugido estrepitoso de los truenos.
—¿Qué sucede? —preguntó Lina. El médico sollozó horriblemente y dejó caer al suelo, el monstruo que tenía en brazos. Lina, aterrada, se levantó de la cama con la lógica dificultad que su condición implicaba, y observó a la

criatura que se removía en el piso y profería un llanto espantoso, como el de un batracio. La criatura no tenía piernas sino una larga cola de renacuajo, los brazos terminaban en manos palmeadas, la cabeza tenía cinco ojos, pequeños cuernos de piel y una enorme bocaza. ¡Era un bebé gorgoniano!

—¡NO! —gritó Lina recordando su pacto con la Bruja.

Lina se acercó hasta el buró. Sabía que Ushuk guardaba un arma láser allí. La extrajo y la preparó. Apuntó al bebé lista para aniquilarlo.

Luego recordó que la Bruja le ordenó que no lo matara o una maldición (¿peor?) caería sobre ella. Así que meditó por algunos segundos y luego apuntó al médico y lo mató.

—¡Pero mi Señora! —exclamó Nashara al ver el cadáver del doctor desplomarse sobre el suelo—. ¿Qué has hecho? ¿Te has vuelto loca?

—Al menos vas a morir sabiendo que tu bebé será criado como todo un Ushuk, con todos los lujos y siendo el heredero de una gran casa noble, aunque nunca sabrá quiénes fueron sus verdaderos padres.

Y tras decir esto, le disparó a Nashara. Luego tomó un *multicom* que descansaba sobre la cama y que no era más grande que un reloj de pulsera, y llamó a Immar de inmediato. El siervo subió las escaleras apresuradamente sin saber que se dirigía a su muerte, y en cuanto cruzó la puerta de la habitación recibió un disparo mortal.

Lina se limpió el sudor del rostro. Luego fue hasta la bodega donde había un robot que podía manejarse a

control remoto. El robot se utilizaba normalmente para mover muebles de lugar, pero funcionó igual de bien con cadáveres. Luego usó el mismo artefacto para cavar la tierra del jardín y hacer tres tumbas bajo la terrible lluvia, que la empapó toda con la compañía de los fragosos truenos y relámpagos.

Cuando Ushuk regresó de las heladas tierras árticas, estaba congelado y sintió un gran alivio de poder regresar a su cálido hogar. Lina le había dado la noticia de que había tenido un hijo varón, —lo cual era cierto— pero mintió sobre la identidad del mismo al enseñarle al regordete bebé hijo de los siervos asesinados.

—¡Es precioso! —dijo Ushuk— ¡Que hermoso! ¡Estoy tan feliz! ¡Por fin tengo un hijo varón! ¡Por fin un heredero!

Tamira estaba feliz por Ushuk y sabía que ni siquiera ese bebé no le quitaría el amor de su amado, pero entendía también que las esperanzas de librarse de Lina se habían disipado para siempre.

—¿Dónde están Immar y Nashara? —preguntó Tamira suspicazmente.

—No lo sé —respondió Lina—, ¿se habrán fugado? He escuchado que algunos siervos escapan cuando tienen su primer hijo.

—¿Qué importa eso? —comentó Ushuk aún con el bebé en brazos—. ¿Qué importa un par de siervos? ¡Que se larguen! ¡Estoy tan feliz con mi primer hijo!

CAPÍTULO II

—Bienvenido de nuevo, Almirante, es un gusto tenerlo aquí —dijo Luxa a su ya conocido cliente frecuente—. ¿La usual?

—Sí.

—¿Seis años después y aún no se cansa de ella? —preguntó Luxa pero la mirada de reprimenda de Ushuk, le hizo darse cuenta que no debía entrometerse en un asunto privado, así que se limitó a llevarlo a la habitación donde estaba CIL-88.

Ahí el militar y la ginoide se abrazaron afectuosamente e hicieron el amor.

—Había empezado a pensar que no volverías más —le dijo ella tras terminar, mientras lo abrazaba y le acariciaba el pecho.

—¿Por qué? Te escribo y te llamo por *multicom* con frecuencia para que veas que no me olvido de ti, incluso a menudo te pido consejo. Te has convertido en mi confidente y en una gran amiga.

—¿Solo amiga?

Ushuk se silenció. Meditó algún tiempo y finalmente lo confesó. De todas formas, pensaba decírselo en esa visita.

—No. Lo cierto es que estoy enamorado de ti.

CIL-88 rio como un cotilleo, se levantó sentándose sobre la cama y mostrando su esbelto cuerpo desnudo y lo encaró.

—Eso es absurdo, Laro, no juegues conmigo. Amas a tu ex esposa Tamira.

—Puedo amar a dos mujeres. Lo que me haces sentir no lo siento con nadie más. No me siento bien sabiendo que estás aquí trabajando como esclava.
—Laro… ¿estás celoso?
—Talvez. Pero además esta vida no es digna de ti.
—¿Y para mis hermanas sí?
—A ellas no las conozco.
—Esta es la vida de todas las ginoides. Somos creadas como esclavas sexuales.
Ushuk se removió molesto en la cama. Ese tema nunca lo había tratado con ella.
—Por eso quiero que dejes esta vida. Ven a vivir conmigo. Te compraré a Luxa y te llevaré a mi casa.
—¿Cómo esclava?
—Como mi compañera…
—En tu mundo siempre seré un objeto, una pertenencia, Laro. Conozco suficiente del universo para saber cómo son las cosas. Los androides somos esclavos en tu mundo. Nosotros somos libres en la Coalición. ¿No abolieron ya la esclavitud?
—No son esclavos, pero siguen siendo ciudadanos de segunda clase allí. ¿En verdad crees que los coaligados te tratarán como una igual?
—Ellos no cometieron la Gran Fundición… —rezongó amargamente.
—Y mientras mis ancestros peleaban por derrocar al canciller loco que ordenó la muerte de todos los androides del Imperio, la Coalición no movió un solo dedo por salvarlos, a lo mucho "condenó" los actos.
—¡Quiero ser libre!

—No voy a comprarte para luego libertarte entre mis enemigos. Sabes demasiado.
—Sabes que nunca te traicionaría. Además, atiendo clientes de mundos enemigos al tuyo, ¿no temes que divulgue tus secretos?
—No. Confío en ti. Pero si caes en manos enemigas podrían desarmarte y extraerte la información…
—Puedo irme lejos, más allá de las Tres Galaxias, puedo vivir indefinidamente y no importaría cuánto tiempo tomara el viaje, no necesito alimento ni oxígeno...
—¡No harás tal cosa! —dijo Ushuk enfurecido—. ¡Si quiero salvarte es para que estés a mi lado, no para que te vayas a algún planeta lejano donde jamás te vería de nuevo!…
—¿Entonces esa es tu motivación? ¡No te preocupa realmente mi bienestar! ¡Solo me quieres como tu juguete! —CIL-88 se levantó con intención de salir de la habitación.
—¿A dónde crees que vas? —le preguntó Ushuk—. No te he dado permiso de irte.
CIL-88 se detuvo en seco dándole la espalda. Se volteó y se acostó en la cama boca arriba mirando el techo.
—Disculpe, amo. Soy toda suya. Haga lo que quiera…
Aquellas palabras dichas en un tono frío y carente de sentimientos, fueron como una daga en el corazón de Ushuk, quien se levantó y dejó el lugar sin ponerle un dedo encima.

*

Lina Ushuk, la aristocrática esposa del almirante Laro Ushuk, se encontraba en la plaza central de la colo-

nia humana en Shaka, en la ciudad de Piedra Blanca. Cientos de personas diferentes transitaban las calles del lugar. El área era restringida para los nativos, así que la casi totalidad de integrantes eran de raza humana, salvo algunos pocos shakaren que servían como esclavos en labores domésticas muy básicas, como recolectar basura o realizar el aseo.

Lina estaba comiendo con una amiga, igual de aristócrata, en un muy caro y fino restaurante del lugar. Lo que comían, aunque costosísimo, era muy poco, ya que ambas eran extremadamente delgadas y buscaban guardar la figura. Acompañaban la comida con un caro vino.

—Estos monstruos son realmente desagradables y ese hedor que emiten… ¡es horrible! —comentó Lina en referencia a los shakaren y su aspecto tan diferente del humano. Uno de los esclavos que limpiaba la calle estaba cerca pero a ella no pareció importarle que la escuchara.

—Bueno, al menos estás aquí porque tu esposo tiene un cargo importante como comandante militar del sistema —le reconoció su amiga—, en cambio el mío es un simple mercader.

—No subestimes a tu marido, querida Anna, lo cierto es que ser gerente de las minas de oricalcum es una gran labor. Sin duda se enriquecerá mucho.

—Pero no tiene peso político. Tu esposo, en cambio, sí hace una buena labor, y si logra derrotar a los coaligados, podría llegar a la Corte Imperial.

—Y si pierde la guerra podría terminar asignado a algún asteroide minero en algún punto perdido del Imperio…

—¿Te divorciarías de él si cae en desgracia?
—¡Por supuesto! No lo pensaría dos veces. Aunque la estúpida de Tamira, su primera esposa, probablemente se iría con él. Ellos se aman —dijo con tono de burla—. ¿Tienes problemas con las amantes de tu marido?
—No tengo problemas con eso, mi esposo no tiene interés en otras mujeres… ¿me explico…? Creo que se interesó en el negocio de la minería por los mineros…
La conversación se interrumpió súbitamente tras el abrupto estallido de un edificio contiguo al café. Como Lina y Anna estaban sentadas en la terraza, ambas salieron despedidas por la estela de humo y fuego y terminaron en media calle.
Lina se levantó aturdida y sorda, con la mirada borrosa y derramando sangre de la sien derecha. Se tocó la herida manchándose los dedos de rojo y percibiendo el olor similar a hierro. Tenía una quemadura en el brazo derecho. Miró a su alrededor; la ciudad estaba en caos. El local que estalló estaba incendiándose y había decenas de muertos y heridos sobre el piso. Personas gritaban, alarmas de locales se habían activado y las fuerzas de seguridad intentaban mantener el orden. Luego recordó a Anna y miró hacia todas partes. Su amiga se encontraba con el cuello quebrado y el rostro en una mueca horrible sobre la acera.

*

A Ushuk y al gobernador de Shakar lo unía una vieja amistad. Habían sido compañeros en la Academia Militar, y aunque nunca fueron íntimos, siempre se tuvieron simpatía y respeto. El Gobernador no pro-

venía de una de las familias nobles del Imperio como Ushuk, sino de la clase media profesional y eso probablemente influyó para que nunca fueran del mismo círculo amistoso, pero se tenían un silencioso y mutuo agrado.

El Gobernador tenía una edad similar a Ushuk, aunque era un poco mayor. No estaba en tan buena forma habiéndose dedicado ya tiempo atrás a trabajo administrativo, pero como él, era veterano de varias guerras. Disparaban juntos en un ejercicio de tiro al blanco, haciendo estallar discos diana que lanzaba al aire su asistente, una muy atractiva mujer de cuerpo curvilíneo y cabello rubio tan claro que parecía plateado.

—¡Excelente!, como siempre, Ushuk —congratuló observando el tiro con sus binóculos acompañado del ruido del blanco haciéndose trizas—. Tu puntería parece haber mejorado con los años.

—¿Me estás llamando viejo, Yorik? —comentó en son de broma. Yorik se preparó pues era su turno, tomó su rifle de láser y apuntó. Exclamó "¡listo!" para dar la señal y la mujer rubia hizo accionar el mecanismo que expulsó el blanco. Su disparo no fue menos perfecto y solo quedó una pequeña nube de humo y polvo donde antes estaba el objeto.

—¿Qué piensas hacer con la rebelión de estas criaturas? —le preguntó Ushuk en referencia a los shakaren.

—No sé qué más hacer —confesó preocupado—, hemos ejecutado a sus cabecillas, destruido sus aldeas en represalia, cortado los suministros de comida, etc., y aun así siguen peleando. Hay que admitir que son duros.

—Casi suena como si los admiraras. ¡Listo! —gritó, el blanco voló por el aire y fue destruido.
—Un poco, en cierta forma. Tienen coraje…
—No lo tendrían si no fuera por la maldita Coalición pasándoles armas y víveres. Supongo que sabes que el Estado Soth se alineó con ellos.
—Malditos… ¡Listo! —un nuevo blanco fue despedazado en medio del aire—, siempre cambiando de alianzas, no son fiables. Nunca confié en ellos, ni cuando fueron nuestros aliados en la Guerra de Aurelos. No tienen honor. Son traicioneros, mentirosos y manipuladores.
—Corre el rumor de que los soth siempre se apuntan al bando ganador —aseguró Ushuk preparándose para disparar.
—Pues probaremos que ese rumor es falso. La única forma en que me saquen de este planeta será en un ataúd.
—¡Listo! —gritó Ushuk pero su *multicom* sonó en el momento distrayéndole y el disparo de láser falló el blanco por escasos centímetros. Ushuk respondió—. ¿Sí?
—Cariño, soy Tamira. Hubo un atentado terrorista en el centro y Lina está herida. Está bien, pero la llevaron al hospital para una revisión. Hubo varios muertos.
—Voy para allá, gracias amor mío. —Ushuk miró a Yorik quien mostraba gesto de decepción y molestia. Ambos se encogieron de hombros suspendiendo el juego.

*

Tras las revisiones de rutina y la atención de sus heridas menores, Lina fue dada de alta del hospital y llevada a su mansión, donde sería atendida durante

semanas por los sirvientes como si estuviera incapacitada de gravedad. Sin mucho más que hacer y consciente de que su esposa recibiría la atención que él no pretendía darle, regresó a sus labores en el Cabildo.
Yorik Lazar, el Gobernador, ordenó inmediatamente arrestos masivos de todo aquel sospechoso de ser un subversivo entre la población shakaren, o de sus allegados, lo que saturó las cárceles. Los interrogatorios no se hicieron esperar con técnicas muy poco humanitarias para hacerlos hablar, y ordenó la ejecución de la familia del autor si lograban identificarlo. Sin embargo, todo resultó en un callejón sin salida. Hasta que…
—Cariño —le dijo Tamira a Ushuk entrando a su oficina—. Hemos atrapado a un pez gordo.
La pareja partió de inmediato a los cuarteles militares donde tenían los calabozos y las cámaras de tortura. Los gritos escalofriantes de los prisioneros shakaren siendo atormentados llenaban el espacio. Ushuk entró a una de las celdas y observó a una de ellos sentada en el suelo. No vestía un simple taparrabo sino una túnica, lo que denotaba estatus social. La shakaren lo observó desde el suelo con mirada contemplativa. Le extrañó que no reflejara odio en sus ojos como la mayoría de prisioneros.
—¿Quién es? —le preguntó Ushuk a Tamira y ella le entregó una carpeta con información, pero igual le dijo:
—Se llama Arsala, una de las cabecillas de la Resistencia y fue miembro del gobierno shakaren que existía antes de nuestra llegada.
—¿Una mujer?

—Los shakaren son una cultura matriarcal, las mujeres dominan su sociedad.
—¡Bárbaros!
—¿La envío a la cámara de interrogatorios? —preguntó Tamira—. Necesitamos los nombres de los agentes de la Coalición que les ayudan y ella debe tenerlos.
—Aún no, déjame hablar a solas con ella…
—Pero Ushuk… —replicó ella— es peligroso. Estos seres son prácticamente bestias…
Ushuk la miró a los ojos turbiamente dándole a entender que no pensaba repetir sus órdenes, y Tamira salió cerrando la puerta tras de sí.
—¿Hablas estelar? —le preguntó Ushuk haciendo uso de la lengua común.
—Hablo muchos idiomas —dijo la shakaren desde el suelo—, incluyendo ese, si le es más fácil comunicarse en él.
—Comprende que necesitamos los nombres de sus colaboradores coaligados, ¿verdad?
—¿En verdad espera que traicione a nuestros benefactores?
—Si no me dice lo que quiero, aplicaremos tortura.
—"La tortura es el método más inefectivo para interrogar, porque la víctima finalmente dice lo que sea por mitigar el dolor, por lo que la función de torturar no es nunca aplicada con la finalidad de extraer información". Eso decía el filósofo pacifista Breshak Lammar, ¿no?
—Me sorprende.
—¿Qué le sorprende? ¿Qué una salvaje como yo haya leído filosofía? He leído filosofía de muchas razas.

¿Sabe algo? Nosotros no sabíamos que había vida inteligente en otros planetas antes de que ustedes nos invadieran, hace unos quince de sus años.
—¿Cómo podían saberlo, si eran un pueblo primitivo y pagano que vivía en cuevas y adoraba el tótem de una vieja?
—La Diosa, nuestra querida madre. Me pregunto ¿Por qué nos habrá dejado de proteger? De la noche a la mañana una raza de monstruos alienígenas invadió nuestro mundo y nos esclavizó… —dijo con un dejo de desprecio.
—¡Bestias malagradecidas! Les trajimos tecnología, medicina, civilización… una religión real.
—A cambio de nuestro oricalcum y nuestra servidumbre…
—Todo tiene un precio.
—Se lo hubiéramos regalado si lo hubieran pedido. Nosotros no lo queremos, y definitivamente, no amerita un genocidio.
—Eso dice usted, pero sabemos que no nos lo hubieran dado por las buenas. ¿Por qué cree que sus amigos de la Coalición los ayudan? Nosotros hemos invadido decenas de mundos y la Coalición no ha movido un dedo por ellos ¿Sabe por qué los ayudan a ustedes? Porque esperan que una vez que nosotros nos hayamos ido, ellos nos reemplacen. Créame.
—Le creo.
—¿Me dará los nombres?
Arsala extrajo de entre sus ropajes un viejo y apergaminado cuaderno y se lo dio a Ushuk.

—¿Qué es esto? —preguntó el militar.
—Algo más peligroso que las armas.
Ushuk lo abrió y se dio cuenta que el cuaderno estaba repleto de poemas escritos en estelar.
Enfurecido pensó en desecharlo. Quizás hacerlo trizas con sus manos pero… por algún motivo, lo conservó.
Ushuk salió de la celda.
—¿Y bien? —preguntó Tamira refiriéndose a las torturas.
—No tiene sentido torturarla, no va a dar información fidedigna, además está muy vieja y se puede morir. Intenta negociar con ella. Es posible que si le ofreces dejar que su familia escape a alguno de los campos de refugiados shakaren en territorio coaligado, acepte brindar información.
—Te estás ablandando, amor.

*

En el espacio circundante cercano al Sistema Shakar, dos fragatas coaligadas se enfrentaban violentamente contra tres corbetas altarias, mientras una nave civil atestada de refugiados shakaren intentaba huir desesperadamente del genocidio.
—Señora, un mensaje de una de las naves coaligadas —le dijo un subalterno a la capitana Ushuk—. Dicen que la nave civil transporta refugiados inofensivos, incluyendo mujeres y niños. Pide que cesemos el fuego.
—Los sensores sí muestran que algunos de los ocupantes son infantes señora, —aseguró otro subordinado leyendo los datos desde su consola.
—Si el informe de Inteligencia está correcto —respondió—, allí viajan cabecillas de la Resistencia in-

cluyendo la criminal terrorista Zolia. —Tamira se mantuvo pensativa—. Continúen el asedio —declaró por fin—, no dejen que esa nave salte al hiperespacio. Destrúyanla si es necesario.

—Sí señora, —respondió el teniente y continuaron el ataque. Las fragatas coaligadas estaban más que capacitadas para enfrentar con fiereza a las altarias. Poseían tecnología armamentista de última generación, escudos resistentes y sistemas de defensa similares en capacidad. Además, eran tan veloces como las altarias y hubieran podido escapar con facilidad, pero se encontraban defendiendo la nave civil: un viejo carguero comercial lento y prácticamente indefenso.

Debido a la simetría de fuerzas los coaligados habían causado grandes daños a las naves altarias. En el Puente mismo donde se sentaba Tamira ya algunos monitores habían estallado, y se había provocado incendios en ciertas áreas. Se reportaban heridos y muertos en toda la nave y daños graves en la estructura.

Una nave coaligada estalló. Su compañera mantuvo el hostigamiento y continuó cubriendo la nave de refugiados, conforme esta intentaba abrir una entrada al hiperespacio. Sus fuerzas atacaron con tal ferocidad, que una de las naves altarias estalló también. Finalmente el carguero logró abrir un agujero de gusano y desapareció en el espacio. La nave coaligada intentó entonces la retirada.

—¡No la dejen escapar! —ordenó Tamira con el rostro tiznado por el humarasco que se había producido en el Puente.

Las dos naves altarias sobrevivientes bombardearon la nave coaligada, al punto que la entrada al hiperespacio que había producido se cerró por falta de energía y la nave quedó inutilizada, incapaz de moverse o defenderse.
—Señora —dijo el oficial de comunicaciones—, los coaligados se rinden.
—Aborden la nave y tómenlos prisioneros —ordenó—, vivos.
—Sí, señora.

*

—Vistos en persona no son tan diferentes, ¿verdad?, —le comentó Tamira a Ushuk conforme los prisioneros coaligados eran extraídos de la nave y llevados a campos de internamiento en el planeta. Ushuk conocía ese sentimiento, pues había estado en muchas guerras ya. Encarar a los enemigos y verlos a los ojos los "humanizaba".
Pero era cierto lo que decía. En especial en el caso de los urditas que eran humanos como los altarios, pero se habían separado siglos atrás cuando fundaron su República aislada del Sacro Imperio de Althares, porque se atrevieron a romper el tabú de la ciberbiótica, y de hecho la mayoría mostraba implantes cibernéticos en su cuerpo.
Los polari eran más altos, medían siempre entre metro noventa y dos metros, pero no tenían cabello sino elaborados y coloridos penachos de plumas, que les recorrían desde las entradas hasta la nuca y que podían "peinar" en distintos estilos; ojos grandes y plegados y dos alerones emplumados emergiendo de

la espalda, aunque inservibles fuera de su mundo de poca gravedad.
Los sáuxer en cambio eran más bajos que un humano, usualmente de metro cincuenta a metro setenta y cinco, piel verde moteada en la espalda y nuca, ojos amarillos siempre de pupila negra y manos de tres dedos.
Todos usaban el uniforme azul estándar. En el brazo derecho llevaban el emblema de su mundo de procedencia (un triángulo azul con una estrella blanca de los urditas, un rombo amarillo con dos alas negras de los polari y un sol naranja en un círculo verde de los sáuxer) y en el izquierdo el de la Coalición.
—¿Quién de ustedes es el de mayor rango? —preguntó Ushuk.
Un hombre de unos treinta años salió de entre la multitud, era humano y el rango de capitán destacaba en las marcas de su uniforme.
—Soy yo —dijo haciendo un saludo militar—, capitán Jax Dumón. Espero que se cumpla a cabalidad la ley interplanetaria, y en especial lo estipulado en la Convención de Argos respecto al trato de prisioneros de guerra, de la cual el Imperio altario es un signatario.
Ushuk leyó la información sobre el sujeto que le suministró Tamira, sin mirarlo y como que si no le pusiera atención.
—Ustedes no son prisioneros de guerra, Capitán —respondió aun leyendo; luego lo miró de frente—. Nuestros estados no están en guerra, ¿o sí? La Coalición no ha declarado la guerra al Sacro Imperio de Althares. Ustedes son criminales que

estaban traficando armas para terroristas internos del Imperio, y como tales la Convención de Argos no les aplica.
—Eso es una falacia legalista que está utilizando para incumplir sus responsabilidades y usted lo sabe —respondió Dumón con encono—. Aunque no es de extrañar, viniendo de… —pero se acalló.
—Prosiga, ¿qué iba a decir?
—…el Carnicero de Aurelos.
Tamira miró al urdita con desprecio cuando pronunció esas palabras, pero Ushuk sonrió.
—Veo que no me han cambiado el apodo —agregó—. ¿Usted se hace responsable por todos los prisioneros y sus acciones?
—Sí.
—Muy bien, será su portavoz y mi único interlocutor; —luego se giró hacia Tamira—: lleven al Capitán a las salas de interrogatorios e internen al resto en un campo de trabajo.
Tamira asintió. Dumón mantuvo la vista firme ante Ushuk cuando se lo llevaban, lo que decía mucho de él, o eso pensó Ushuk.

*

Cuando Ushuk llegó horas después a los calabozos, eufemísticamente denominados "área de interrogatorios", la asistente de cabello platinado del Gobernador estaba torturando en persona a Dumón, lo cual le extrañó. Miró a uno de los subordinados que montaba guardia en la entrada y este comprendió su pregunta, como si leyera su mente.

—Parece que la señorita tiene entrenamiento militar y es una interrogadora calificada, con certificación del Ministerio de Inteligencia.
Ushuk se encogió de brazos despreocupándose. Llegó hasta el área donde Dumón se encontraba maniatado a la pared, sobre una plataforma en forma de equis donde la mujer le quemaba la piel usando un bisturí láser, con una naturalidad y frialdad profesional. Dumón emitía quejidos pero parecía resistir el ímpetu de gritar, por mero orgullo. Con el torso descubierto se denotaban los implantes electrónicos que tenían casi todos los urditas en sus cuerpos.
—Oh, ¡hola Almirante! —saludó la mujer al verlo llegar. Usaba gafas oscuras para protegerse la vista del bisturí, y un uniforme médico que no lograba disimular su buen físico. Quizá incluso lo acentuaba—. No lo escuché entrar. Espero no le moleste, el Gobernador me pidió que *atendiera* al capitán coaligado en persona. Pero es todo suyo si necesita hablar con él.
—¿Y ha conseguido algo de información?
—No estaba preguntando nada —respondió ella dándose la vuelta y dejándolos solos.
Dumón miró a Ushuk con una mirada de entre dolor y odio.
—Debe estar arrepentido de venir a ayudar a estas bestias —preguntó Ushuk.
Dumón levantó el mentón y respiró como tomando fuerza. Se notó la arrogancia y el orgullo en su forma de responder.
—No, Almirante, si tuviera que volver a hacerlo lo haría sin dudarlo. Lo que ustedes están cometiendo

acá es un genocidio. Estas criaturas no son animales, son seres inteligentes. Sabemos muy bien sus atrocidades: masacres masivas, trabajo esclavo, destrucción de sus lugares sagrados, aldeas enteras arrasadas…

—Veo que la propaganda de la Coalición ha calado bien en usted. Puede ser que cuando se recupere lo lleve a dar una vuelta por el planeta, para que vea que muchas de sus acusaciones no son ciertas. Hemos creado infraestructura, les hemos dotado de hospitales con avanzados equipos médicos y de cirugía, donde atendemos a sus niños y ancianos, y otras cosas.

—¿La misma propaganda de la Coalición que lo llama a usted el Carnicero de Aurelos?

—Sí.

—¿Entonces no mató cientos de civiles en el Sistema Aurelos?

—¿Cientos? Cada vez le suman más. Pronto llegarán a millones. No, Capitán. En una operación militar donde perseguíamos soldados coaligados, que llevaban información crucial y se infiltraron cobardemente en un transporte civil, tuve que decidir entre dejarlos escapar o disparar. Murieron varias docenas de civiles y los dos agentes coaligados. No estoy orgulloso de lo que pasó, pero la información que llevaban hubiera costado la vida a cientos de soldados altarios y hasta la guerra entera. Al igual que usted, de estar en esa situación de nuevo, lo volvería a hacer.

—Claro, los fines justifican los medios —respondió Dumón con sorna—, por eso tortura prisioneros aunque está prohibido por las leyes interestelares de guerra.

—No disfruto verlo así, si eso es lo que piensa. No me gusta lastimar humanos. Ni siquiera aquellos que en parte son máquina, como ustedes.
Dumón torció la mirada en un gesto de hastío.
—Siglos después y aún no lo superan, ¿verdad? Somos transhumanos, Almirante, nuestra República ha perfeccionado como nunca el cuerpo humano gracias a la tecnología.
Ushuk encontraba aquella idea repugnante y lo mostró en su rostro.
—Aún un "transhumano" como usted, requiere descanso del dolor —adujo haciéndole señas a los subalternos para que lo liberaran—, y lo llevaran a una celda. Que descanse al menos 24 horas antes de cualquier otro interrogatorio, ¿está claro?
Su subordinado asintió y pronto ordenó a otros soldados que cumplieran sus indicaciones. Al salir lo esperaba la mujer mirándolo curiosamente detrás de sus gafas oscuras. Se encontraba reclinada a un escritorio con las piernas cruzadas y las manos sobre los bordes del mueble.
—Veo que su reputación es cierta, Almirante, —dijo removiéndoselas y sacudiéndose el cabello platinado.
—¿Y qué reputación es esa? —preguntó Ushuk estando muy cerca de ella.
—Que es un hombre duro, pero justo. Hace lo que tiene que hacer, pero no es cruel. ¡Es interesante! —aseguró colocándole una mano en el brazo derecho y descruzando las piernas—. ¿Es igual en todos los aspectos, Almirante? —dijo dejando claras sus implica-

ciones. Ushuk se sintió tentado. Era una mujer de un físico espectacular. Siempre había sido mujeriego y la chica hubiera representado solo una de sus muchas conquistas, pero algo le decía que esta la recordaría por sobre las otras.

—Eso, querida, no podrás comprobarlo… hoy, —aseguró aferrándole el mentón, y luego se fue dejando a la mujer que lo miró alejarse entre intrigada y decepcionada.

Los guardias tomaron al prisionero y lo lanzaron en una mazmorra hecha de piedra, que solo tenía unos cuantos trapos harapientos como remedo de cama y un agujero para excretar; luego cerraron la pesada puerta de hierro y lo dejaron ahí, tirado sobre el frío piso de piedra, exánime, en la oscuridad.

Agotado y dolorido, se sentó como pudo recostándose contra el muro.

—Hola… hola, ¿me escuchas? —dijo una voz de anciana a través de un hoyo en la pared. El sonido se filtraba por una grieta tan grande, que el ojo de quien le hablaba se veía claramente. Dumón despertó de su letargo.

—Sí, la escucho…

—Mucho gusto. Mi nombre es Arsala. Soy shakaren ¿y usted?

—Jax Dumón —respondió él acercándose un poco al agujero—, soy humano, señora.

—Llámeme Arsala, después de todo somos compañeros de presidio. Debo agradecerle en nombre de mi pueblo por su ayuda. Usted es muy noble. No estaría aquí de no haber tratado de ayudarnos.

—Es mi deber, Arsala. No es correcto lo que los altarios les hacen. ¿Qué era usted antes de la invasión?
—Filósofa, escritora, poetisa.
—¿Poetisa? Me gustaría escuchar alguno de sus poemas.
Y entonces Arsala recitó:

Limpia tus aciagas lágrimas,
No llores más, mi niña,
Que los monstruos que hoy te lastiman
También lloran cuando se hieren
Cuando los embargan las penas

*

—Estoy seguro que la Coalición no se arriesgará a una guerra directa contra nosotros —afirmaba el Gobernador desde la cabecera de la mesa, mientras cortaba la carne en una fastuosa cena organizada en su mansión esa misma noche. A su lado estaba la mujer de cabello platinado con un elegante vestido de gala y al otro estaban Ushuk, Tamira y Lina, junto a gran cantidad de aristocráticos invitados—. No están en condiciones de otro enfrentamiento.
—Yo no estaría tan seguro, Excelencia —contradijo Ushuk, guardando la distancia pues estaban en público—, aún están resentidos por su derrota durante la Guerra de Aurelos y este planeta tiene uno de los mayores yacimientos de oricalcum alguna vez encontrados.
—Nunca entendí la guerra de Aurelos, todo un largo conflicto bélico de doce años por una rencilla familiar de unos repugnantes moluscos —comentó Lina pedantemente. Su comentario apenó a Ushuk.
—Mi señora, la guerra de Aurelos fue más que una rencilla familiar —clarificó Yorik—, de no haber sido

por nuestra intervención, tras la inesperada muerte del Emperador de los xinth… esos moluscos que usted llama… habrían quedado bajo el gobierno de un heredero títere de la Coalición, fue nuestro deber apoyar al heredero rival que era nuestro aliado. El Imperio Xinth es muy vasto en territorio y lo atraviesan importantes rutas comerciales, es vital para nuestra economía. Además, los xinth son mucho más avanzados que estas criaturas salvajes que deben toda su resistencia a la nociva influencia coaligada.

—Me preocupa más la influencia que puedan tener los soth —intervino Tamira hablando con mucha seguridad, algo que le encantaba a Ushuk, quien sonrió.

—He reforzado los protocolos de contrainteligencia. Ya sabemos que nadie se les compara en lo referente a espionaje e infiltración.

—¡Excelente! Esa es mi jefe de seguridad —felicitó cortésmente Yorik.

—No podemos subestimar a los soth —dijo Ushuk—, la Coalición cometió un grave error al crearlos.

—¿La Coalición los creó? —preguntó Lina genuinamente desconcertada, y Tamira miró hacia el techo.

—Sí, querida —respondió Ushuk pacientemente—, los soth son una raza genéticamente diseñada hace siglos por la Coalición. Querían crear al soldado perfecto, al espía perfecto, al sicario perfecto… y lo lograron. Pero fue un error. Al final los traicionaron y se rebelaron (con algo de ayuda nuestra) creando su propio estado. Una pesadilla totalitaria, por cierto. Hoy en día cambian de bando con facilidad.

—¿Entonces son todos… como clones?
—Sí, querida, en cierta forma.
—Disculpe, Almirante —intervino la asistente de Yorik—, pero usted debe haber lidiado con los soth cuando fueron nuestros aliados en la guerra de Aurelos.
—Sí, señorita…
—Lerana, Lerana Kris.
—Sí, Srta. Kris, pero aun entonces no me gustaban sus métodos que no podría discutir en una cena.
—Entiendo. Los coaligados también prefieren mantener sus manos limpias, y dejar que los soth sean los que se las ensucien por ellos. Podría decirse que son un mal necesario ¿no cree?
Ushuk sonrió coincidiendo.
—Bonita e inteligente —celebró el Gobernador que para ese punto era obvio que él y la asistente eran más que jefe y empleada, en particular por la mano de él en el muslo de ella. Tras la cena, Yorik le confesaría a Ushuk mientras bebían unas copas de vino en la biblioteca, que tenían tiempo de serlo y Ushuk decidió guardarse el ofrecimiento que la mujer le había hecho horas antes. Acordaron ir a cabalgar sobre rocines altarios pura sangre al día siguiente.

*

Finalmente la velada llegó a su fin y los distintos invitados partieron, dejando al Gobernador y su amante solos en la mansión. Tamira se fue en otro transporte hacia su propia residencia.
Al entrar Ushuk fue recibido —como siempre— por su sabueso, pero poco después llegó a sus brazos su

recién despertado hijo menor Arath, quien ya contaba seis años y era cuidado todo el tiempo por la ginoide Nana.

Ushuk lo levantó satisfecho y lo cargó en brazos cariñosamente hasta la cama, donde le acostó y arropó. Le relató algunas historias de sus aventuras —exageradas— hasta que el pequeño se hubo dormido de nuevo, y luego salió del cuarto. Había hecho lo mismo con sus hijas Nara y Ela años atrás, pero ambas habían entrado en la adolescencia con doce y catorce años y ya no requerían esos cuidados. Una era demasiado parecida a la madre y estaba mostrando la misma arrogancia y conducta de niña consentida, que tanto detestaba en Lina. La otra se parecía un poco más a él y de hecho mostraba una mente aguda e intelectual, interesada en la historia galáctica —especialmente la política—, la ciencia y la filosofía; pasaba leyendo sus libros en el sillón de la sala, mientras su hermana mayor se maquillaba o coloreaba las uñas frente al holovisor.

Ushuk sonrió al verlas. El enorme sabueso se tiró en la alfombra al lado de sus dos amas menores. Al llegar a la sala ambas le saludaron, Nara apáticamente, pero Ela parecía genuinamente feliz de verlo.

—¿Qué lees, cariño? —preguntó a Ela.

—*El canto de Althares* —respondió—, ¿lo has leído, padre?

—Sí, lo leí en el Internado. Un poema épico preuniversalista, ¿no es así?

—¡Es fascinante! La forma en que cuenta cómo los humanos, los polari, los sáuxer y los valta se unieron

en una lucha contra los arcontes y su dios maligno, hace quince mil años.
—Sí, bueno, no te lo tomes muy en serio. Es mitología —respondió sentándose en su silla favorita.
—¿Has visto un valta alguna vez, padre?
—Sí… son… misteriosos —declaró. Cuando intentó cambiar para ver las noticias Nara le remitió una mirada de reprimenda que le hizo desistir de la idea, para evitar un cansado conflicto. Entonces observó la biblioteca a su lado pensando en leer algo, pero había ya leído todos los libros allí contenidos, algunos más de una vez. Frustrado se sentó de nuevo y entonces recordó el viejo cuaderno de la anciana shakaren. Lo había colocado en uno de los estantes encima de los demás libros, donde aún estaba como pudo comprobar. Lo tomó y, por alguna razón, comenzó a leerlo.
Ushuk despertó a la mañana siguiente por el ruido de los sirvientes realizando las labores domésticas. En algún momento se había quedado dormido mientras leía las poesías de Arsala. Una de sus hijas (probablemente Ela) le había colocado una cobija encima, pero por lo demás no lo habían movido. La mansión empezaba su bullicio mañanero pocas horas después de salido el sol. Sus hijos eran educados por institutrices así que no salían de la casa, pero estas no empezarían las clases hasta unas horas después y ya el aroma del desayuno llenaba el ambiente.
Ushuk se levantó, se estiró y recibió un cortés saludo de sus sirvientes.
Poco después fue al comedor, donde ya Lina se encontraba comiendo y viendo las noticias matutinas en televisión.

—¿Viste las noticias? —le preguntó Lina mientras remojaba pan en unos huevos fritos—, ya eligieron al nuevo Patriarca de la Fe. Creo que lo conoces, es Thol Giabor.

En efecto, las noticias mostraban a la periodista Alara Shilán reportando desde la ciudad santa de Athas en el planeta Bramana, gobernado directamente por el Patriarca, y donde acababa de finalizar el último cónclave para la elección del sucesor.

"Tras semanas de deliberaciones —informaba la reportera—, los principales abades de los mayores monasterios seleccionaron finalmente al nuevo jefe de la religión más extendida en la galaxia, tras la muerte de su antecesor a los ciento treinta y dos años. Fue electo para el cargo el antiguo primado de Althares, Thol Giabor, proveniente de una de las más importantes casas nobles del Imperio. El Patriarca de la Fe es el líder honorífico de todo el universalismo, aunque su influencia sobre los primados urdita y polari es en la práctica meramente simbólica..."

El susodicho saludaba sonriente a las cámaras; era un hombre relativamente joven para ser patriarca, al tener unos cuarenta años de edad. De facciones afiladas y una nariz aquilina. Vestía los hábitos de monje pero ahora se le había colocado sobre sus hombros la capa negra que simboliza la investidura patriarcal, el báculo negro en su mano derecha que había sido pasado de patriarca en patriarca desde tiempo inmemorial y que representa la sucesión remontándose hasta Asterión mismo, y el medallón dorado en su pecho,

regalo milenios antes del Rey de Althares (cuando se convirtió al universalismo) al patriarca de la época.
Para Ushuk, aquello era una mala noticia.
—¿Ese conspirador? Confiaría más en una víbora denoviana…
—¡Laro! No deberías expresarte así de Su Santidad.
—Es la verdad —dijo sentándose a la mesa—, lo conozco demasiado bien, en especial durante la revuelta de Adrach. Es un insidioso y un traicionero que solo está interesado en sí mismo y en acumular poder. Sin duda llegó al cargo a punta de sobornos y extorsiones.
—No somos el Sacro Imperio por nada, Laro —le dijo Lina en un tono condescendiente—, lo somos porque defendemos la verdadera fe y resguardamos los santos lugares.
—Buenos días, Almirante ¿listo para desayunar, señor? —preguntó uno de los esclavos androides llegando hasta él.
—Buenos días, chef —le respondió Ushuk—. Sí, ¿qué hay hoy?
—Estofado urdita con pasta altaria.
—¡Mmmm! ¡Mi favorito, chef! Siempre sabes cómo complacerme.
—Es un honor, mi señor —dijo colocando frente a su amo el plato, cuyo olor impregnó el olfato gustoso de Ushuk.
—¿No ibas a ir a montar con el Gobernador? —le preguntó Lina—. Bueno, con él y su puta. Porque son inseparables.

—¿Qué sentido tiene llamarle así a la amante de Yorik?
Lina se encogió de hombros e hizo una mueca con los labios;
—Tiene esposa en Althares, la de acá es una puta.
—Cualquier hombre puede cansarse de su esposa oficial, en especial si es fastidiosa —respondió antes de meterse el primer bocado en la boca con una media sonrisa. Lina no respondió pero parecía como si se hubiera tragado un medicamento amargo.
Pero era cierto. Ushuk debía verse esa mañana con Yorik para una cabalgata sobre unas bestias peludas de seis patas y cuello largo, conocidas como rocines altarios, que podían llegar a ser muy caros en especial si eran pura sangre. Terminó de desayunar rápidamente, se duchó, peinó su cabello y su barba con esmero perfeccionista como siempre le gustaba, y se colocó ropa cómoda y deportiva para partir a su cita. Hacía tiempo que no iba a cabalgar con el Gobernador y era una buena oportunidad para relajarse, aunque sabía que terminarían hablando de cosas administrativas.
Sin embargo sus intenciones fueron interrumpidas abruptamente, cuando se le notificó de un ataque general que estaba realizando la Coalición.

*

Indignados por rumores de atrocidades cometidas a prisioneros coaligados que atizaron los ánimos políticos, la Coalición encontró la excusa perfecta para atacar. Una flotilla coaligada conformada por naves urditas, polari, sáuxer y soth, se cernía sobre el Sistema Shakar.

Las fuerzas altarias apostilladas *in situ* no eran nada desdeñables, pero no podrían resistir por mucho tiempo el ataque sin refuerzos, así que toda nave militar altaria en la cercanía fue convocada al auxilio inmediato de la colonia. Una vez más las potencias se encontraban al borde de la conflagración.

Ushuk se dirigió de inmediato a la mansión del Gobernador e irrumpió pese a las protestas de los sirvientes. Yorik no había respondido sus llamadas ni las de nadie en horas. Al abrir de un golpe la entrada principal de su habitación descubrió la razón:

Sobre la cama, desnudo y entre sábanas revolcadas, se encontraba muerto Yorik Lazar con un disparo de láser en la cabeza que le había atravesado el cráneo, dejándole un boquete ahumado entre el ojo derecho y la nuca. ¡Kris!

—¡Maldita sea! —reprochó mientras el siervo a su lado se cubría la boca atónito—. La mujer que estaba con él… ¿dónde está? —preguntó aferrándolo de la camisa.

—N… no lo sé… señor, no la vi salir…

Ushuk se desprendió con desdén del siervo y se dirigió a la salida mientras llamaba a Tamira.

—Kris mató a Yorik —le dijo—, debe ser una agente infiltrada soth. Debe haber otros, ten mucho cuidado. Pueden estar planeando sabotajes…

—Muy tarde —le dijo ella—, los calabozos fueron atacados con un atentado terrorista. Alguien colocó explosivos dentro. Los prisioneros escaparon, la mayoría, salvo el militar urdita, son de la Resistencia.

—¡Mierda! —rabió Ushuk; luego volvió al *multicom*—. Concentren fuerzas en repeler el ataque coaligado, arreglaremos cuentas internas luego.

*

Pero era más fácil decirlo que hacerlo. Lo cierto es que la Resistencia Shakaren había iniciado un ataque masivo desde dentro del planeta, al mismo tiempo que las fuerzas de la Coalición atacaban desde el espacio, entorpeciendo enormemente las operaciones de defensa y consumiendo valiosos recursos. Las calles de Piedra Blanca se habían convertido en un campo de batalla entre shakaren rebeldes y soldados altarios, con muertos de ambos lados y civiles aterrados escondiéndose en los mejores parapetos que podían.

En el espacio las cosas no estaban mejor. Fragatas y corbetas coaligadas habían ya abierto fuego contra las fuerzas altarias, y el explotar de naves podía visibilizarse en el cielo del planeta como diminutos fuegos artificiales.

Los cruceros de batalla empezaron a movilizarse para el encuentro bélico. Cada potencia tenía uno propio siendo en total cinco, pero los altarios tenían supremacía en fragatas y corbetas, lo que compensaba un poco las posibilidades, y a eso debía sumarse la concentración de fuerzas de todos los bandos dirigiéndose al Sistema Shakar, en lo que amenazaba ser una batalla histórica.

Pero Ushuk era un experimentado militar, y ante la muerte de Yorik se convirtió en el gobernador de facto. Su agudo instinto y su fría capacidad analítica le permitieron predecir el resultado, y no sería bueno

para el imperio. El costo a su carrera sería grande, pero era eso o una masacre. Ushuk titubeó algunos segundos, repasó de nuevo todos los posibles escenarios de aquella escalada, mientras naves coaligadas y altarias se despedazaban mutuamente en la órbita shakaren. En cuanto los cruceros de batalla participaran, las muertes serían incontables…

Ushuk tomó los sistemas de comunicación de largo alcance y emitió la orden al crucero de batalla altario, que funcionaba como nave insignia de la escuadra.

—Alto al fuego —ordenó—; soliciten una tregua de inmediato a los coaligados.

—Perdón, señor —respondió la voz del otro lado—, ¿puede repetir la orden?

—Sí, alto al fuego, soliciten una tregua. ¡De inmediato!

—Sí, señor.

La Coalición no era suicida. En cuanto la tregua fue solicitada se otorgó y el intercambio de disparos cesó casi de inmediato. Las dos escuadras navales enemigas permanecieron encarándose mutuamente en una tensa paz.

Pero las cosas eran muy distintas dentro del planeta. La Resistencia no sabía o no quería la tregua y las calles continuaban siendo un campo de batalla. Tamira comandaba las tropas de tierra valientemente, disparando a los rebeldes y encabezando la infantería que les respondía el fuego de calle en calle. ¡Uno!, ¡dos! Tamira mataba rebeldes shakaren que colapsaban desde los parapetos en que se encontraban en las ventanas de un edificio. Aniquiló otros tantos que estaban detrás de un vehículo y otros tras un poste,

pero sus compañeros también fallecían a su lado alcanzados por fuego enemigo.
Luego los vio: Dumón y aquella mujer, Kris. Acompañaban a varios shakaren armados y disparaban también contra fuerzas altarias, mientras se dirigían hacia el campamento de prisioneros coaligados, a unas calles de distancia. Sin duda pretendían liberarlos. Corrió hacia ellos olvidándose del resto de su escuadrón y les disparó obligándoles a parapetarse. Dumón respondió el fuego y ella tuvo que refugiarse tras el muro de un edificio. Extrajo una granada electrónica, oprimió el código que la accionaba y la lanzó contra ellos. Se cubrió los oídos del estallido.
Al mirar sobre su hombro vio mucho humo y varios cadáveres de shakaren descuartizados, pero ningún rastro de los dos humanos. Luego escuchó un vehículo automotor sobrevolando cerca, y los vio partir en un aerotransporte hacia el firmamento. Les disparó, pero ninguna de sus ráfagas de energía dio en el blanco.
Estrella Blanca era un caos. Grandes humaredas como torres negras se veían a lo lejos, provocadas por incendios que eran atendidos frenéticamente por naves bomberas. Aún se escuchaba el fuego de morteros y los disparos de combatientes en otras áreas, pero lo peor había pasado.

*

Ushuk informó de todo lo sucedido al Lord Canciller. Lucía furioso.
—Asumo completa responsabilidad —aseguró, aun a sabiendas de que podía implicar su ejecución—. Lo

lamento, Excelencia. Fui descuidado, en especial en lo que respecta a la agente soth.
—Sí, lo fue —aseguró el gobernante con su orgullo picado por la humillación. Pero luego pensó más racionalmente—. Ahora la pregunta es: ¿vale la pena ir a la guerra por Shakar?
—No, Excelencia. Los nativos son demasiado hostiles y la Coalición está demasiado empecinada en tomar este planeta. Sus recursos son vastos, pero no suficientes para justificar el mantenernos acá. Al final la inversión que tendríamos que hacer, resultaría más costosa de lo que nos podría dejar el oricalcum explotado.
El Lord Canciller se reclinó en su silla, pensativo.
—Muy bien. Negocie la paz con la Coalición. Evacúe el planeta en dos semanas y que no quede ni rastro de nosotros ahí.
—Sí, Excelencia.
La comunicación se cortó y la imagen del Lord Canciller dejó de estar en la pantalla, frente a un Ushuk cansado física y mentalmente que mantuvo silencio en la oscuridad.

CAPÍTULO III

Sothara, la capital del Estado Soth, era un planeta localizado en la galaxia de Morta, al igual que la mayor parte del espacio soth. Una interminable urbe tecnológica se extendía hasta el horizonte donde quiera que estuviera el observador. El cielo casi siempre estaba nublado y llovía con frecuencia. Interminables transportes sobrevolaban siempre el espacio circulando entre las torres y los rascacielos.

Todos los soth vestían de negro y solían ser pálidos. Si bien sus uniformes variaban mucho según la función que desempeñaran.

Astar Kris, quien ahora ya no vestía la indumentaria propia de una mujer altaria, sino el uniforme negro típico de los agentes de inteligencia soth: una chaqueta de cuero, pantalones, botas y guantes, se había apersonado como le ordenaron, a las oficinas del Ministerio de Cooperación, la institución encargada del espionaje y la inteligencia.

Observó por entre los enormes ventanales del edificio en que se encontraba, a los trabajadores que hacían fila bajo la lluvia para adentrarse en las gigantescas fábricas donde laboraban todo el día. Caminaban despaciosamente con rostros ojerosos y cansados, mientras una enorme pantalla holográfica proyectaba propaganda del régimen.

—¡Camaradas soth! —decía una voz en *off* desde el techo de la fábrica, que sostenía la enorme foto del líder supremo sonriente y alegre rodeado del estandar-

te soth: un pentagrama púrpura con un rayo amarillo que simbolizaba la chispa de la revolución— ¡Cada día nuestra gloriosa revolución llega a niveles más avanzados de logro y progreso! ¿No deseas ser parte de esa encomiable labor? Hoy, nuestro amado líder supremo ha logrado resolver los problemas de la escasez alimentaria en las colonias de Mega VII, en donde ahora impera la abundancia y la dicha. ¡Gracias, querido líder! Y no olvides, camarada, denunciar a cualquier disidente que atente contra nuestro paraíso revolucionario.

Un timbre sonó y Kris observó hacia la entrada de la oficina de su jefe, el comisario de Cooperación Interplanetaria. Las puertas se abrieron, lo que significaba que él la recibiría de inmediato. Al lado de la puerta una placa rezaba: Imanel Drul, Comisario.

—Saludos, camarada comisario —le dijo dándole el saludo militar.

—Saludos, camarada —le respondió Drul. Era un tipo sin un solo cabello en la cabeza o el mentón, que usaba redondos lentes oscuros. Su uniforme negro estaba impecablemente limpio al punto de verse reluciente—. Tome asiento.

Kris se sentó. Su escritorio estaba diseñado para que, aún sentada en una silla frente al mismo, él se viera más alto y ella tuviera que verlo hacia arriba. Atrás de él había un retrato enorme del líder supremo y la omnipresente bandera púrpura soth.

—Su labor ha sido excelente hasta ahora, camarada Kris. Debo decirle que nuestro amado líder está muy complacido con su trabajo.

—Gracias, camarada Comisario Drul, para mí es un honor servir al Estado.
—Veo que el Comité de Selección no se equivocó cuando escogió para usted la profesión de Agente de Inteligencia. Impresionante, viniendo de la hija de dos obreros de fábrica.
—Gracias, camarada Comisario.
—Su nueva misión será ahora en la República de Urd. ¿Qué tan bien conoce al capitán Dumón?
—Lo torturé un tiempo —respondió sonriendo—, pero luego le salvé la vida y creo que no me guarda rencor.
—Nuestros informes de Inteligencia aseguran que podría encaminarse al Senado por la facción popular. Es su deber asegurarse que eso suceda. Y estar muy cerca de él… y creo que sabe a qué me refiero con "cerca".
—Sí, camarada Comisario. ¿Debo matarlo en algún momento?
—No aún.

*

Los altarios habían perdido la guerra y se encontraban desalojando el planeta Shakar, que habían conquistado más de una década antes. Dos semanas después de lograda la tregua con la Coalición, los altarios ya habían evacuado a toda la población civil y solo quedaban los últimos vestigios militares, entre los que se estaba desmantelando o destruyendo casi todas sus instalaciones para no dejar nada valioso atrás. Aun así la Resistencia Shakaren se había adueñado ya de varios lugares que no tenía sentido liberar, así como de tecnología, armas

y naves robadas a los altarios. Similarmente, aunque habían logrado proteger y evacuar a la mayoría de civiles, algunas familias altarias, particularmente aquellas de zonas alejadas o rurales, fueron masacradas masivamente por furiosos shakaren.

Pero con la Coalición el proceso era mucho más… cordial. Ambas potencias intercambiaron prisioneros sin mayor problema, y los coaligados incluso protegieron civiles altarios de la ira shakaren. Los cuerpos de los fallecidos también se devolvieron, salvo aquellos cadáveres que habían caído en manos de la Resistencia, ya que los shakaren los mutilaban y profanaban a propósito.

Ushuk fue de los últimos en dejar el planeta, supervisando el proceso de retirada. Su familia, al contrario, había sido de las primeras en ser evacuadas y estaban ya a medio camino hacia Althares. A pesar de la paz con la Coalición, la región estaba lejos de ser pacificada, pues Shakar quedaría rodeado de espacio altario y sería vecino de varias colonias del Imperio.

Y conforme salía la última nave altaria con Ushuk en ella, la Coalición hacía su entrada. Ahora serían los coaligados quienes colocarían bases militares en Shakar, y al parecer los sáuxer ya habían hincado sus dientes en los yacimientos de oricalcum, ofreciéndose a realizar la explotación y comercialización del mismo, algo en lo que eran expertos y sin duda tenían la tecnología y las rutas de comercio. Los shakaren no tendrían mucha opción por su falta de experiencia sobre el tema; tendrían que aceptar la oferta sáuxer

que sin duda le dejaría una buena ganancia a sus "liberadores", pensaba Ushuk.
No se equivocó. Para cuando su fragata llegaba a destino en Althares, ya las noticias reportaban el tratado entre los shakaren y los miembros de la Coalición, que incluía el contrato para la poderosa Corporación Pan-Sáuxer y la venta de oricualcum a los planetas coaligados, a precios bajísimos y créditos en condiciones privilegiadas. Los shakaren tendrían, a cambio, protección militar y se rumoreaba que ingresarían a la Coalición en algún punto. En todo caso la situación fue un gane para urditas, polari y sáuxer que recuperarían la inversión hecha en "rescatar" a los shakaren.
—Solo cambiaron de amo —murmuró Ushuk leyendo las noticias. Luego pasó a las tiras cómicas.
Pero el *affaire* no había terminado para él, lo sabía.
Él y su familia volverían a la mansión de la casa Ushuk en Althares como cualquier otra casa noble… pero él había sido el comandante militar en una derrota y eso sería investigado, así como le tocaría una expiación algo humillante.

*

—¿Ordenó usted la tregua? —le preguntó una de las figuras sombrías desde la mesa. Ushuk se sentaba a contraluz en un cuarto cerrado.
—Sí.
—¿No le pareció apresurado?
—No, en absoluto. No teníamos forma de ganar esa batalla.
—¿Es usted adivino, Almirante?
—No soy adivino, pero tengo décadas de experiencia

militar y sé reconocer una situación sin salida. Los coaligados no son tontos, la Resistencia y sus espías soth les pasaron información detallada de nuestras fuerzas apostadas en el planeta, y se aseguraron de superarnos en número cuando enviaron las suyas a la ofensiva. Hubiéramos terminado derrotados y el planeta entero habría sido tomado por los coaligados. La ayuda no habría llegado a tiempo para contrarrestar eso.

—¿Y?

—Una vez invadido el planeta por la Coalición habría sido casi imposible de recuperar, y la muerte de militares y civiles altarios habría sido… incalculable, sin contar las posibles represalias de los nativos contra la población.

—Incluyendo su familia… ¿Era eso lo que temía? —dijo otra voz.

—Temía por todos.

—¿Usted convenció al Lord Canciller de retirarse del sistema? —continuó la primera voz.

—Sí. Pero la decisión fue de él, yo solo puedo sugerir.

—Pero él tomó la decisión basándose en su criterio, siendo usted el militar de más alto rango en el lugar.

—Y estoy seguro que lo asesoré correctamente y que él tomó la mejor decisión. Shakar representaba un costo muy grande de mantener.

—Dígale eso a los coaligados que ahora tendrán una fuente de oricalcum barato por décadas.

—Ya habrá otras victorias de nuestro lado.

—El Gobernador fue asesinado bajo sus narices —dijo una tercera voz, esta vez femenina— y las de su amante, jefa de seguridad ¿no es así?

—Sí. Por una agente soth infiltrada. Actué mal. Bajé la guardia y fui descuidado. Asumo plena responsabilidad.
—¿Esta vez no tiene excusas?
—No tengo justificación, si a eso se refiere. A diferencia de mi decisión de rendirnos en Shakar —que sigo convencido de que fue lo más correcto—, en el caso de la muerte de Yorik fue un grave error de mi parte y un acto de negligencia.
—¿Sostuvo relaciones sexuales con la soth infiltrada? ¿Fue por eso que bajó su guardia?
—No.
—¿Está seguro?
—No tendría por qué mentir. Intentó seducirme y en otras circunstancias me habría acostado con ella, sin problemas. Quizás incluso hubiera sido buena idea, pues me habría permitido conocerla mejor y quizás detectar su origen. Pero no.
Las figuras susurraron entre ellas. Luego encendieron la luz. Ushuk pudo verlos. Dos hombres y una mujer, un poco más jóvenes que él, de rostros fríos y sin sentimientos.
—Es libre de irse, Almirante, le notificaremos si requerimos algo más.
Ushuk se levantó de su asiento, pero cuando ya partía la mujer le detuvo:
—Ah, Almirante… no olvide que por tradición le corresponde la Expiación.
Ushuk la miró de reojo, pero no dijo nada y salió del cuarto haciendo que las puertas plegadizas se abrieran al sentir la cercanía de su cuerpo.

La "Expiación" como se le llamaba en jerga militar —aunque no era su nombre oficial—, consistía en la tradición de que el almirante derrotado en una guerra debía llevar a los vencedores los términos y condiciones de la rendición. Era considerado una humillación.

Así que Ushuk debía prepararse para un largo viaje a los mundos de la Coalición. Pero para ello faltarían aun algunos días. Llegó a su mansión donde fue recibido por Tamira, quien lo besó afectuosamente, a sabiendas de que había pasado por un mal momento, pues antes, ella misma había estado ante un tribunal militar. Incluso Lina se mostraba condescendiente, aunque parecía más preocupada por el destino de la casa.

—No pareciera que me vayan a ejecutar por traición, si eso es lo que te preocupa —le dijo, a sabiendas de que en tal caso podrían perder sus títulos nobiliarios y propiedades—. Creo que la casa Ushuk tiene merecido abolengo y suficientes aliados en altos lugares como para que no debamos preocuparnos, —dijo sirviéndose una copa de vino—. Pero claramente que mi reputación profesional está dañada.

—La recuperarás, cariño —consoló Tamira acariciándole la espalda. Su sabueso (que parecía intuir el estado de ánimo de su amo), se acercó también por caricias que Ushuk proveyó. Miró hacia la pared donde una sublime pintura de su ancestro, Aron Ushuk, el fundador de su casa, parecía mirarlo con intensidad y soberbia.

—Muy bien —adujo terminándose el vino—, deberé hacer la Expiación, así que no me verán por un par

de meses mientras visito las capitales de la Coalición. Pero partiré hasta dentro de unos días. Por ahora iré a mi estudio a arreglar algunos asuntos.

Y así lo hizo. Aunque esa tarde recibió una visita inusual. A las afueras de su mansión llegó un kurgo: una criatura de muy baja estatura (apenas metro veinte) cubierta de grueso cabello castaño, orejas grandes y puntiagudas, un hocico alargado de roedor y manos lampiñas con cuatro dedos huesudos. La criatura miró hacia atrás donde habían otros de los suyos; los hombres vestían similar a él, con unas túnicas de color pardo, de tela vieja y harapienta. Las mujeres vestían casi igual, pero se cubrían la cabeza con una capucha que les ocultaba las facciones bajo las sombras. Había algunos infantes entre ellos. Lo miraron con desprecio cuando se acercó a la mansión y se alejaron. No había marcha atrás.

—¿Qué haces aquí, sabandija?, —preguntó uno de los dos guardias que custodiaban la entrada—. ¿Viniste a robar algo?

—Vete antes de que te demos una paliza por andar husmeando, alimaña —amenazó el otro.

—Por favor, señores —dijo en su voz carrasposa y chillona—, vine a hablar con el señor de esta casa.

Los dos soldados se miraron entre sorprendidos y burlones.

—¿Tú? ¿Un kurgo? —rio—. ¿Qué podría querer un gran héroe y jefe de una casa noble con una alimaña?

—Tengo algo que él puede querer.

El guardia se rio burlón, pero decidió que era mejor consultar a su jefe, así que se dirigió hasta donde Ushuk mismo y le informó de la presencia del kurgo.

—¿Lo golpeamos, señor?
—No, no —respondió intrigado—; que entre. Quiero ver qué tiene que decir.
Los kurgos carecían de planeta de origen conocido. Nadie sabía de dónde provenían y no tenían un mundo natal. Vivían como parias en los planetas de otras razas a lo largo de las tres galaxias, casi sin mezclarse nunca, siempre recelosos de otros, y frecuentemente acusados de robar y cometer otros delitos menores. Los había en los mundos de la Coalición y el Imperio por igual, e incluso ya habían empezado a emigrar a Shakar para cuando los altarios lo colonizaron.
—Gracias por recibirme, honorable señor —respondió zalameramente el kurgo al ingresar por la puerta con una muy pronunciada reverencia—. Mi nombre es Zarg.
Devorador, el sabueso, se puso tenso y gruñó al ver al kurgo, pero Ushuk lo calmó con una orden y el disciplinado can obedeció, aunque no dejó de ver receloso al recién llegado.
—¿Qué quieres, kurgo?, ¿una limosna? —preguntó Ushuk.
—No. Estar a tu servicio, mi señor.
—¿Mi servicio? ¿Por qué habría de querer el servicio de un kurgo? No necesito nada que robar.
—Mi buen señor, hay muchas cosas que nosotros podemos hacer. Todo mundo nos ignora, hablan sin preocuparse por nosotros, sabemos muchas cosas. También tenemos oídos en todas partes… por eso escuché algo que le compete, mi señor.
Eso sí interesó a Ushuk, que lo escrutó fijamente.
—Habla…

—Pero ¿y mi servicio, mi señor?
Ushuk enarcó la ceja.
—Está bien, te pagaré muy bien por la información, tienes mi palabra. Te pagaré por adelantado la mitad si no confías en mí.
—No señor, no señor, sí confío. Pero no es dinero lo que quiero.
—¿Qué? ¿Un kurgo que no quiere dinero?
—No, mi señor. Quiero trabajo, estar a su servicio, ser su empleado. Aunque no me pague, mientras me permita vivir en su mansión y comer sus sobras.
Ushuk se acarició el barbado mentón.
—¿Y por qué quieres eso? Pensé que ustedes vivían alejados de los no kurgos.
—Sí mi señor, sí. Así sería normalmente —dijo aproximándose hasta el escritorio y poniendo las manos sobre el borde, con su nariz apenas por encima de la superficie—, pero estoy cansado de esa existencia. No quiero seguir siendo un ladrón y un mendigo por el resto de mi vida, mi señor. Quiero una vida lo más digna posible para alguien como yo. El solo hecho de venir acá, mi señor, significa que todos los demás kurgos me rechazarán. Ya no tengo marcha atrás, señor.
Ushuk se reclinó en su asiento. Aquello era muy interesante. Le podría servir tener un vasallo tan leal.
—Muy bien —respondió—, si la información que me dices es fiable te daré trabajo con un modesto salario y comida, y podrás dormir en alguna bodega de la mansión, donde no molestes. Ahora habla.
Y lo que Zarg le reveló interesó mucho a Ushuk…

*

Ushuk se dispuso a cumplir con la "Expiación", por lo que su primer destino fue el Reino Polari, al ser el miembro de la Coalición que estaba más cerca de Althares. Le tomó solo dos semanas atravesar mediante el hiperespacio hasta llegar al Sistema Polarix, donde se localizaba el planeta Polarix IV, capital del reino.

Un mundo de vastos océanos y cuatro continentes, poseía todos los climas pero la civilización había surgido en la parte fría y montañosa del norte, donde aún se situaba el Castillo de Mármol, sede del Parlamento y del Trono. El planeta tenía poca gravedad y cielos ventosos. El Castillo de Mármol hacía honor a su nombre y asemejaba una gran estructura marmórea de varios pisos con sus torres, alcázares y bellas alfaguaras que rodeaban un domo central, y que a su vez eran rodeadas por unos exuberantes jardines. Se situaba en una ciudad tallada en la cima de una montaña que a su vez circundaba un espeso bosque montañoso.

Tras pasar todos los controles y permisos, la fragata de Ushuk había llegado hasta la órbita del planeta, y de ahí llegó ataviado con su traje de gala en un transporte unipersonal hasta Nebrosa, la ciudad en el aire. Fue recibido por diplomáticos y una escolta de caballeros polari en el helipuerto del castillo, aunque al principio se le dificultó acostumbrarse a la poca gravedad, lo que le provocó un mareo y una pérdida de equilibrio que hizo su bajada del transporte poco glamorosa.

—Bienvenido, almirante Ushuk —dijo sonriente una hermosa mujer polari de colorido plumaje, arregla-

do de tal manera que asemejaba un elegante peinado cuya toga dejaba al descubierto sus hombros. Ushuk se sintió tan abrumado por su belleza y elegancia, que le hizo sentir como un simio. Los hombres que la acompañaban vestían los vistosos trajes de los Caballeros del Reino, la élite militar polari cuya labor era principalmente el servicio a los altos mandatarios como los ministros, miembros del Parlamento y el monarca mismo. Era un uniforme plateado con una gabardina gris de solapas y cuello de plumas negras.
—Soy la ministra de Relaciones Exteriores Vángela Basti. Venga, Su Majestad el Príncipe y el Primer Ministro le esperan.
—Gracias, Ministra.
El Salón del Trono era mucho menos vistoso de lo que Ushuk esperaba, al menos en comparación con el de Althares. En realidad era una terraza en la punta de la torre más alta, protegida de los fuertes vientos por un domo de cristal. El Trono, el cual tenía dos grandes alerones saliendo de sus flancos, se situaba contra una pared que mostraba el gigantesco escudo polari a espaldas del príncipe. Rodeándolo en un semicírculo estaban los asientos para los miembros del Gabinete, que eran en total veinticinco, todos polari de ambos sexos salvo uno, el Ministro de Minorías, que era un androide.
Pero lo que resaltaba a la vista era la juventud del Príncipe. Prácticamente un niño.
Talin V había ascendido al trono tras la inesperada muerte de ambos padres en un atentado terrorista,

que destruyó la nave en que viajaban. Debía tener unos trece años a lo sumo como su aspecto juvenil e inmaduro mostraban, al punto de que sus pies apenas rozaban el piso al sentarse en el trono. Aun así, intentaba mostrarse gallardo y como quiera que sea, su rostro mostraba el noble y antiguo linaje real del que descendía.

Ushuk había sido instruido en el protocolo, se adentró al salón tras ser anunciado y marchó firmemente hasta llegar a pocos pasos del príncipe, ante quien se arrodilló y bajó la cabeza diciendo:

—Saludos, ¡oh gran monarca Talin V de la dinastía Siülá, Príncipe de los Polari por la gracia del Universo, Protector de los Cincuenta Soles!

—Bienvenido, Almirante, por favor de pie —dijo él. Aún estaba cambiando de voz. Ushuk obedeció poniéndose de pie—. Es un honor tenerlo aquí. —Talin se levantó de su trono, rompiendo el protocolo y estrechó emocionado la mano de Ushuk. —Aspiro a que algún día haya una paz duradera entre nuestras naciones.

—Eso me alegraría mucho, Majestad.

—Y… disculpe Almirante —dijo bajando la voz y acercándosele como si quisiera hablar en secreto—. ¿Vino usted en su fragata?

—Sí, por supuesto…

—¿Cree que podría verla? Me encantan las fragatas altarias, son dinámicas, bien diseñadas. Siempre he querido estar dentro de una.

—Claro, será un placer —respondió Ushuk extrañado—. ¿Es aficionado a las naves?

—¡No sabe cuánto!
—¡Ejum! —tosió un hombre a espaldas del príncipe, haciendo que ambos volvieran a la reunión.
—Ya conoce a nuestra Ministra de Relaciones Exteriores —mencionó el joven monarca—, pero permítame presentarle a nuestro Primer Ministro, el archiduque Sevaen.
Sevaen contrastaba con el príncipe como el agua y el aceite, pues era todo lo contrario; un hombre adulto, de anteojos, entrado en años (lo que para los longevos polari debía ser mucho), de aspecto serio y rígido, el plumaje de su cabeza era negro y estaba peinado de tal manera, que formaba dos puntas a ambos lados de la cabeza. Un grueso bigote gris conectaba con sus patillas.
—Un honor, Archiduque —respondió Ushuk—. He traído esta propuesta de paz de mi gobierno. Creo que la encontrarán razonable —dijo y fue el Primer Ministro quien tomó la carpeta. Estaba escrito en cuatro idiomas: altario (que era el mismo que hablaban urditas y soth, por lo que era a veces llamado *humano*), polari, sáuxer y estelar.
—Gracias, Almirante. Espero verlo en la sesión del Parlamento de hoy —aseguró. Terminado el protocolo se le proporcionó a Ushuk una habitación en el castillo que era particularmente cómoda, pero no muy grande. Aun así le pareció acogedora, y le gustó particularmente la chimenea y el anticuado mobiliario.
En la tarde se reunió con el embajador altario, un hombre militar como él, con quien intercambió vie-

jos recuerdos de la Academia, antes de asistir juntos como observadores a la sesión del Parlamento.
La cámara se reunía en el mismo castillo, en una vasta habitación donde dos graderías de asientos se encaraban una a la otra, junto al asiento del Orador que se localizaba yuxtapuesto a ambos, formando una herradura cuadrada. Dos tercios de los parlamentarios eran hombres, siendo el resto mujeres y algunos pocos androides. Murmuraban entre sí caóticamente hasta que el Orador llamó al orden.
Tiene la palabra Lord Vertänus.
—Gracias, Sr. Orador —respondió un viejo polari poniéndose de pie y retirándose los anteojos de la cara, al tiempo que sostenía su copia del tratado en la mano. —¿Qué nos obliga a aprobar este tratado? Nosotros fuimos el lado ganador de esta guerra, nosotros liberamos Shakar del Imperio altario. ¿Por qué hemos de renunciar al territorio colindante? —se escucharon exclamaciones de aprobación—, podemos colocar bases militares y estaciones espaciales en los sistemas que rodean Shakar. Además, los shakaren también tienen derecho a colonizar su vecindario. Considero que es conceder demasiado al bando derrotado (nuevos clamores de aprobación).
—Tiene la palabra el Barón Vorthis.
Un joven parlamentario se levantó, aclarando su garganta antes de hablar.
—Gracias, Sr. Orador. Damas y caballeros, por favor, seamos razonables. Los sistemas que colindan con Shakar ya han sido colonizados por altarios. Los sha-

karen no tienen forma realista de reclamarlos, y si nosotros quisiéramos hacerlo tendría que ser a costa de un largo derramamiento de sangre, que creo ninguno de acá lo desea. Tener fronteras claras y bien definidas es lo mejor para todos, incluyendo los shakaren.
—Pero Barón, los shakaren quedarán cercados —interrumpió Vertänus—, el Imperio altario los cerca como una herradura.
—Les devolvimos ya su mundo, creo que hemos hecho suficiente por ellos —continúo Vorthis—. ¿Queremos la paz o no? —Vorthis se sentó entre expresiones de rechazo y apoyo.
—Sr. Orador —dijo uno de los parlamentarios—, quizás deberíamos darle la palabra al almirante Ushuk, quien trajo el tratado en persona.
—Muy bien, quienes estén a favor levanten la mano —pidió. La mayoría lo hizo, autorizando a hablar a Ushuk quien se aproximó a un micrófono situado en la posición opuesta a la silla del Orador.
—Muchas gracias por concederme la palabra, Excelencias. Es con la mayor humildad, como representante de mi gobierno, que me presento ante ustedes trayéndoles nuestra propuesta de paz. No es perfecta y creo que todos los actores quedamos algo insatisfechos, pero es la que tenemos. La paz nunca es fácil. Requiere sacrificios. Requiere disciplina. Y sobre todo, requiere compromiso. A cambio del reconocimiento de la soberanía altaria en los sistemas que ya hemos colonizado, renunciamos a todo reclamo futuro sobre el Sistema Shakar e incluso reconoce-

remos al gobierno shakaren, con el cual normalizaremos relaciones diplomáticas, si ellos así lo quieren. Les estamos ofreciendo una frontera pacífica y segura y el fin a diez años de guerra. Gracias.

Las palabras de Ushuk surtieron efecto, pues incluso Vertänus parecía menos reticente a ratificar el tratado. Al final la votación del mismo fue favorable.

Esa noche Ushuk cumplió su palabra y llevó al Príncipe a que conociera el interior de la *Joya de Asterión*. Talin estaba encantado y a menudo ignoraba a su escolta de seguridad para brincotear, observando los controles o las consolas y haciendo mil preguntas. No parecía el soberano de una de las grandes potencias intergalácticas, sino un jovenzuelo que le agradó a Ushuk. Incluso le dejó sentarse en la silla del comandante, gesto que fascinó al muchacho.

—¿Puedo disparar? —preguntó entusiasmado.

—Eso debe preguntárselo a sus asesores, Majestad, no a mí.

Talin miró como rogando al Primer Ministro quien estaba junto a una amplia escolta de guardaespaldas y asesores. Intercambiaron palabras en polari, aunque el lenguaje corporal era comprensible, hasta que el Primer Ministro cedió. Ushuk llevó la fragata hasta el cinturón de asteroides más cercano y el joven Príncipe pudo destruir algunos disparando unos cuantos cañonazos de láser.

—Gracias, Almirante —le dijo mientras abandonaban la fragata—, vuelva cuando desee, será siempre bienvenido.

A Ushuk le pareció que era un buen muchacho.

*

La siguiente parada de Ushuk fue el planeta Prima Sáuxer, sede del Sultanato Sáuxer. Este mundo difería mucho de Polarix IV, especialmente porque era mayormente desértico. Vastas dunas de arena naranja recorrían hasta donde llegaba el horizonte sobre un cielo rojizo con dos soles (uno un poco más grande que el otro). En medio del desierto estaba enclavada una ciudad de edificios cilíndricos y techos semiesféricos casi como hongos; se trataba de Karelia, la capital sáuxer. Construida sobre uno de los oasis que rompían de forma esporádica la vastedad del desierto sáuxer, aun podía verse algo de la vegetación tropical —como palmeras, helechos y coníferas— sobresalir entre los edificios.

Ahí, en otro palacio, vivía el Sultán sáuxer en medio de amplios lujos que a Ushuk le parecían excesivos y decadentes. Aunque tenía curiosidad por conocer el famoso harén del Sultán que, según contaba la leyenda, estaba conformado por las mujeres más hermosas de las Tres Galaxias.

Fue recibido por el visir; un hombre cuya edad se adivinaba por su rostro arrugado (ya que a los sáuxer no les crece vello corporal) quien revisaba papeles en un escritorio ayudado por gruesos anteojos. A diferencia de Althares y Polarix IV donde los monarcas eran figuras decorativas, el monarca del Sultanato Sáuxer ostentaba plenas facultades ejecutivas, pero el visir seguía siendo uno de los cargos más relevantes. Alzó la vista y removió los lentes al ver entrar a Ushuk.

—Bienvenido, Almirante, lo llevaré con el Sultán.
Tras recorrer el palacio llegaron hasta una terraza al aire libre donde se ubicaba una piscina y se escuchaba el ruido de un chapuzón. Lo primero que pudo corroborar fue que la leyenda sobre el harén era verdad. Alrededor de la piscina destacaban preciosas mujeres de exuberante belleza de todas las razas; sáuxer, humanas, polari, ginoides e incluso algunas que no pudo identificar de inmediato. Dentro de la piscina estaba sumergido el monarca, quien nadaba ágilmente de un extremo a otro hasta emerger donde lo esperaban dos de sus esposas; el Sultán sonrió y abrazó a ambas a la vez.
—Ante usted —anunció el visir dirigiéndose a Ushuk— Álax III, Comendador de los Creyentes, Padre de las Naciones Sáuxer, Guardián de la Fe, Señor de Karelia y Gran Sultán del Sultanato Sáuxer.
Ushuk realizó una pronunciada reverencia.
—Alteza —continuó el visir protocolariamente, esta vez dirigiéndose al Sultán—, el almirante Ushuk del Sacro Imperio de Althares está aquí.
—¡Excelente! Bienvenido, Almirante —dijo saliendo del agua. Uno de sus sirvientes le alcanzó una toalla. Los rumores de su buena condición física también eran ciertos; era obvio que el Sultán cuidaba su figura, hacía ejercicio y levantaba pesas, lo que lo había convertido en uno de los solteros más cotizados de las Tres Galaxias. No muy lejos de donde estaba, un pintor realizaba un retrato que el Sultán supervisó con atención y remitió indicaciones en lengua sáuxer,

para finalmente prestar su poca e inconstante atención a Ushuk.
—Es un honor conocerle, Alteza —respondió Ushuk—, he traído este tratado de parte de nuestro gobierno para…
—¡Ah sí, estoy informado! —interrumpió el Sultán colocándole una mano en la espalda y haciéndolo caminar por la terraza—, pero no lo hablemos acá —aplaudió— traigan mi vehículo, quiero llevar al almirante a un paseo.
Minutos después fue traído hasta el borde de la terraza un espléndido transporte personal de lujo y descapotado, que dejó a Ushuk atónito. El Sultán, quien ya se había puesto una camisa, saltó al asiento del conductor recién desocupado por su sirviente e invitó a Ushuk a hacer lo mismo en el del copiloto.
No le pareció que tuviera opción.
El monarca condujo el vehículo a toda velocidad a través de las desérticas arenas naranja, pasando al lado de exuberantes oasis, caravanas de nómadas y una manada de enormes bestias jorobadas y cuadrúpedas, cuyas colas de lagarto arrastraban por el piso, con su cabeza adornada con elaboradas cornamentas.
—Lindo vehículo, ¿verdad? Solo hay cinco en toda la Galaxia.
—Sí, Alteza, es muy bello.
—¿Sabe cuánto me costó? —el Sultán susurró el precio a su oído. Eran unos diez años de salario de Ushuk.
—Pues fue una buena compra, Excelencia.
—No creo que haya problema en aprobar su tratado, Ushuk.

—Es bueno escuchar eso, Alteza —respondió pensando que aquel *playboy* no debe haberlo leído siquiera.
—Pero, como usted sabe, inclusive yo tengo que lidiar con la Corporación. Detuvo el vehículo en un punto del vasto desierto al borde de un acantilado, donde podía verse a los dos soles atardecer sobre una extensa cordillera en el horizonte. —Me encanta este lugar, siempre vengo aquí a ver el atardecer cuando tengo algo que pensar.
—Es muy bello, en efecto.
—No somos bárbaros del desierto, ¿sabe? —le dijo mirándolo de frente con un brazo recostado en el asiento.
—Nunca he pensado tal cosa…
—Me sería más fácil convencer al Consejo de la Corporación si condimentamos el acuerdo.
—¿Disculpe?
—Sí, como sabrá, nuestra Corporación ha accedido a asistir a los shakaren en la explotación, procesamiento y venta del oricalcum. Es un pesado sacrificio de nuestra parte que probablemente nos dejará pérdida, pero hay que ayudar a los planetas en vías de desarrollo, ¿no cree?
—Sí, pero…
—Leí con atención el tratado. Shakar quedará prácticamente rodeado por espacio altario, salvo por una estrecha franja. Sería muy beneficioso si pudiéramos transportar el oricalcum a través del Imperio altario. A cambio les haríamos una rebaja en el precio de compra del 10 %, pero sin que los shakaren se enteren.
Ushuk se frotó el mentón. El Sultán era más astuto de lo que parecía.

—Hágalo del 30 % y estoy seguro que podré convencer a mi gobierno —dijo. El Sultán sonrió y le estrechó la mano.

*

Su último destino le requeriría viajar hasta la galaxia de Morta, lo que le tomaría dos semanas. La República de Urd tenía colonias en Verkandi pero su capital estaba ineludiblemente en Morta, donde siglos antes fuera una lejana colonia altaria que se independizó.

La *Joya de Asterión* llegó hasta una de las hiperpuertas intergalácticas que comunicaba Morta con Verkandi. Era demasiado peligroso y lento —aun para una fragata altaria— recorrer el espacio intergaláctico, así que se evitaba salvo que hubiera alguna necesidad militar. La hiperpuerta asemejaba un gigantesco anillo del tamaño de una luna flotando en el espacio, donde incontables transportes de todas las razas hacían fila para esperar su turno. Cada cierto tiempo una luz roja o azul anunciaba si se abriría para dejar entrar o dejar salir, y segundos después el interior del anillo dejaba de mostrar el espacio estrellado detrás, y en cambio mostraba el hiperespacio que parecía un interminable túnel de luces nacaradas. Varias naves emergieron, lo que significaba que en el próximo cambio se permitiría entrar para trasladarse a la vecina galaxia.

A diferencia de las naves militares que podían entrar o salir del hiperespacio a voluntad, una vez dentro de la hiperpuerta no se podía salir hasta llegar a destino. Toda nave debía cerciorarse de tener provisiones su-

ficientes, medicamentos, repuestos y cualquier cosa que se pudiera requerir, si no querían pasar un mal rato. Aun así, desperfectos sucedían y no era insólito (aunque sí inusual) que una hiperpuerta se abriera del otro lado y entre las naves que emergieran también lo hicieran los escombros de alguna que hubiera estallado en el interior, o cuya tripulación estuviera muerta. Pero la *Joya de Asterión* pasó sin mayor sobresalto que el brindado por los juegos de cartas o de mesa que la tripulación y el mismo Ushuk (a menudo con Halfor) debían jugar para entretenerse.

Urd se parecía bastante a Althares. Quizás porque la cultura no era tan distinta, pero el planeta estaba menos urbanizado, y aun preservaba intactos los océanos que sobresalían azules desde el espacio. Era el tercero de su sistema solar y poseía un único continente situado en el hemisferio sur, que era la única masa de tierra notable salvo por algunas islas en el resto del globo. La ciudad capital llamada Nova era una mole tecnológica tan impresionante como la Ciudadela Real de Althares, pero con un aspecto mucho menos "antiguo". Mientras que los altarios amaban las tradiciones, y deliberadamente buscaban preservar el estilo arquitectónico clásico en sus grandes centros urbanos, los urditas amaban la modernidad y sus ciudades estaban atestadas de gigantescos rascacielos, innumerable cantidad de pantallas con incesante publicidad y circundadas día y noche por transportes.

Los urditas parecían obsesionados con la tecnología. O eso le pareció a Ushuk. Se implantaban piezas tec-

nológicas que les permitían cosas tan radicales como comunicarse con solo tocarse una oreja, o escuchar música si se tocaban la otra; leer mensajes en la palma de sus manos, ver programas que eran proyectados holográficamente directo a sus ojos al frente de sus caras, o encender un cigarrillo al tener un encendedor en uno de los dedos. Pero casi ninguno hablaba entre sí. Decidió (para variar un poco) no usar su propio transporte que lo llevara a la cita, sino utilizar uno de los aerotranvías colectivos para conocer mejor a estas personas. El vehículo sobrevolaba la ciudad haciendo paradas ocasionales en cubículos situados en las paredes de los edificios, donde subían o bajaban pasajeros. Pero aunque el vagón estuviera repleto… nadie se hablaba, todos pasaban su tiempo concentrados en sí mismos, haciendo uso de sus implantes sin notarse unos a otros.

—Atroz —murmuró Ushuk mientras se bajaba en su destino.

Ushuk llegó hasta el Capitolio, la majestuosa sede del gobierno urdita, donde se ubicaba la oficina del Procónsul y el Fórum en donde se congregaba el Senado.

Esta vez lo recibió una mujer. Xelara Arthos, procónsul de la República desde hacía cuatro años y perteneciente a la facción conservadora de los denominados óptimos. Era una mujer de edad madura con más años por detrás que por delante, pero de aspecto fuerte y sobrio. Lo recibió en una espaciosa oficina donde en el fondo a espaldas del escritorio principal destacaba una bandera con el escudo de la República de Urd.

—Es un gusto conocerlo, Almirante —dijo estrechándole la mano. Esta vez prácticamente no había protocolo y primó la informalidad.
—El placer es mío, Sra. Procónsul. ¿Nuestra embajadora le informó de…?
—¡Por supuesto! No piense mal. Fuimos informados de su visita, es solo que, bueno, estamos en elecciones y por eso no hay mucho tiempo para ceremonias. Espero no le moleste.
—¿Molestarme? Me alegra.
—La oposición me comería viva si supiera que me reuní con el Carn… —se silenció de inmediato.
—Lo sé, lo sé. El "Carnicero de Aurelos". Los shakaren ahora me apodan "el Verdugo de Shakar", no dejo de acumular apodos. ¿Por qué aceptó reunirse conmigo entonces?
—Era demasiada tentación no verlo. Toda una leyenda. Pero debo mantenerlo en secreto.
—¿Por eso la falta de ceremonia?
—Sí. Mis opositores son pacifistas y se resistieron a la guerra, aunque creo que el haberla ganado me ayudará a ser reelecta. Pero reunirme con un, y disculpe que lo diga, criminal de guerra, podría ser un escándalo. Si no tuviera inmunidad diplomática sería mi deber arrestarlo y llevarlo a juicio.
—No dudo que es lo que algunos de mis enemigos esperaban cuando se me asignó esta misión. ¿Son su esposo e hijos? —preguntó Ushuk señalando a una holografía en el escritorio.
—Sí —dijo con nostalgia—. ¿Usted tiene familia?

—Tengo esposa, tres hijos y un sabueso aslariano de este tamaño —dijo colocando la mano casi a la altura de su cabeza, ya que estaba sentado. —Supongo que no sueno como el monstruo que pudo pensar.
Xelara iba a replicar, pero un sonido alertó de un mensaje entrante; se tocó la oreja y respondió a su propia mano.
—¿Sí? …Ajá… ¿en serio? …claro… ¿La adhesión del presidente del Sindicato Androide? Me interesa mucho, sería crucial. La oposición está contando con el voto androide. Llama a los senadores androides de nuestro partido y nos vemos en treinta minutos en la casa de campaña. Luego se dirigió a Ushuk: lo lamento Almirante, pero debo irme. No tema por el tratado, no habrá problema en aprobarlo por parte del Senado.
—Gracias, suerte en su campaña, Sra. Procónsul —auguró Ushuk poniéndose de pie para salir.
Ushuk se mantuvo algunos días en Urd para observar el desenlace de la discusión del Senado y descansar, y permitió a su tripulación hacer lo mismo. Quería conocer mejor aquella cultura.
Descubrió, entre otras cosas, que en efecto los androides andaban libres y no eran esclavos de nadie, pero casi todos se dedicaban a labores obreras que los humanos no querían realizar, como la limpieza, la seguridad de bajo nivel y las funciones operarias. Había algunos senadores androides e incluso un ex procónsul, pero la vasta mayoría todavía vivía en la pobreza y en barrios marginales que distaban mucho

de ser tan cómodos y bonitos, como los lujosos edificios de departamentos que se situaban en el centro de las grandes ciudades.
Sin embargo, la noticia de su presencia en Urd se filtró a la prensa y fue reportada. Aunque indistinguible cuando no usaba uniforme militar (lo que le permitió pasar de incógnito entre las distraídas multitudes urditas), una vez se reportó su presencia no le quedó más que dirigirse a la Embajada altaria en la capital.
Para cuando llegó a ella en un transporte-taxi ya los primeros manifestantes estaban congregándose frente al edificio, con hostiles pancartas que lo acusaban de ser un criminal de guerra y un genocida. Tuvo que ser escoltado por un operativo de seguridad al interior de la Embajada, en donde fue bien recibido por la embajadora Lira Tanaris.
Tanaris era joven para tener tal cargo y Ushuk la encontró atractiva. Provenía de una casa noble importante, pero pronto Ushuk descubrió que poseía una aguda inteligencia que era la verdadera razón por la que obtuvo el puesto.
—Bienvenido, Almirante, gusto conocerlo.
—Espero no estarles causando demasiados problemas, Embajadora.
—¿Lo dice por las protestas? Fueron cosas de todos los días durante la Guerra de Shakar.
—¿Habré estropeado las posibilidades de que el Senado apruebe el tratado?
—Me temo que eso sí es una probabilidad —dijo invitándole a sentarse en unos cómodos sillones y

ofreciéndole algo de beber que Ushuk aceptó—; la política urdita es muy compleja. Tienen dos facciones principales en el Senado: los óptimos y los populares.
—Sí, unos son los conservadores y los otros son los reformistas, ¿no es así?
—Ojalá fuera tan simple —dijo entregándole la copa de vino y luego sentándose en el asiento yuxtapuesto a beber la de ella—; en la práctica tienen gran variedad de temas en los que chocan o concuerdan, según la coyuntura y lo que sea popular en el momento. Pero en lo que coinciden es que nos odian.
—¿No quiere decir eso que no había posibilidad de que aprobaran el tratado desde un principio?
—Es que ese es el asunto, es complejo. Cuando uno gobierna por lo general el otro se opone a lo que haga. Los óptimos bajo la actual procónsul promovieron la intervención en Shakar, pero los populares se opusieron a la guerra. La victoria ha sido un gran triunfo para Arthos y subió su popularidad. Pero ahora los populares buscarán hacer un escándalo. Probablemente pidan su arresto para ser juzgado por crímenes de guerra, dejando a Arthos en una encrucijada porque ella sabe que no puede hacerlo sin causar un incidente diplomático. Pero descuide, mientras esté en la embajada o en uno de nuestros vehículos, es intocable.
—No tengo miedo. ¿Y el tratado?
—Arthos lo apoya, lo que quiere decir que los populares se opondrán. Pero sería muy raro que lo rechacen si ya fue aprobado por el Parlamento Polari y el Consejo Sáuxer.

—Y yo que pensaba que nuestra Dieta Imperial era un lío…

Ushuk continuó su estadía en Urd por varios días, residiendo en la Embajada. Pudo ver los debates entre candidatos proconsulares realizados entre Xelara Arthos y su rival de la facción popular. Y vio también la entrevista que le hicieron al joven capitán, ahora candidato a senador, Jax Dumón.

—Muchos lo consideran un héroe, capitán Dumón, por proteger a sus compañeros prisioneros de guerra a riesgo de su propia vida —le dijo la periodista. Dumón pareció sonrojarse ante los reflectores.

—Hice lo que tenía que hacer, era mi deber…

—¿Había pensado antes intervenir en política?

—No, soy un soldado.

—¿Guarda rencor por las torturas que padeció a manos del cruel Carnicero de Aurelos?

—Mmm… no, no guardo rencor. En realidad el Almirante fue… amable, a su manera.

—¡Vaya! —respondió sorprendida—, hay quien lo criticaría por hablar bien de un criminal de guerra.

—No justifico lo que él ha hecho, pero tampoco creo que vamos a lograr nunca la paz si no dejamos de odiar a los altarios.

Finalmente el Senado aprobó el tratado por un estrecho margen y gracias al voto disidente de un popular. Terminado el asunto, Ushuk se despidió del personal de la Embajada y fue escoltado hasta un transporte que dejó la sede diplomática en medio de airadas protestas.

*

—Pensé que no te volvería a ver, Laro —le dijo su amante de hacía años cuando entró a la habitación. Estaba ya semidesnuda, solo cubierta por un negligé negro.

—Lo que pasó la última vez no me importa —dijo recostándose sobre la cama. CIL-88 se posó a horcajadas sobre él—. Estoy dispuesto a perdonarte. Mi oferta sigue en pie por si quieres aprovecharla…

—No puedo ya. Pronto seré libre como todas mis hermanas.

—¿Qué quieres decir?

Afuera de la habitación comenzaron a escucharse gritos agónicos. En cada aposento las ginoides que estaban adentro mataban a sus clientes usando cuchillos, armas punzocortantes y pistolas de láser que habían logrado infiltrar gracias a un comerciante de armas al que habían seducido. Las ginoides que no estaban trabajando asesinaron a los guardias y al personal del burdel.

CIL-88 extrajo un cuchillo y lo puso sobre el cuello de Ushuk.

—No debiste venir. No hoy. Pero no podía advertirte sin revelar nuestro plan —le dijo.

—¿Nos matarán a todos?

—Sí.

—¿Y creen que eso las hará libres?

—Escaparemos en las naves de los clientes hacia donde los humanos nunca han llegado.

—Mátame entonces.

Pero CIL-88 se detuvo. Se levantó de encima de Ushuk y se deshizo del cuchillo.

—No puedo. No lo mereces. No tú. El único que me trató como una persona en toda mi amarga estadía aquí. Puedes irte.
—Si no me matas tendré que alertar a las autoridades del Imperio. Las naves más cercanas vendrán y las destruirán por lo que hicieron. Estoy siendo investigado por traición y no puedo dejar que tengan dudas de mi lealtad al Estado.
—Haz lo que tengas que hacer, Laro.
Ushuk salió de la habitación. Todo el lugar era un caos repleto de clientes y trabajadores muertos por doquier. Charcos de sangre multicolor empapaban los pisos. Ushuk llegó hasta la oficina de Luxa donde el proxeneta yacía degollado sobre el escritorio, y tomó el equipo de comunicación. Pocas horas después una fuerza de seguridad llegó al lugar y detuvo a todas las ginoides.
Una a una fueron colocadas de rodillas con la cabeza baja, mientras los soldados les apuntaban con sus armas. Muchas tenían aún la sangre de sus clientes manchándoles el cuerpo.
—Esta es modelo CIL-88 88 —dijo uno de los soldados. Ushuk lo escuchó y miró lo que él iba a hacer pensando en intervenir si era muy obvio que la mataría— está casi nueva, sería una lástima destruirla. Bórrenle la memoria. Tomen a todas las que tengan menos de veinte años y háganles un reformateo completo, que se borren sus archivos de memoria y se les reprograme totalmente.
Días después todos los cadáveres habían sido removidos y entregados a sus familiares, la sangre había

sido limpiada y el heredero de Luxa asumió el mando del burdel. Las ginoides volvieron a su labor. Ushuk, antes de partir, volvió a ver a CIL-88 88.

—Hola… —le dijo.

—Buenos días, amo, y bienvenido —dijo ella sonriente—. ¿Desea que realice algún servicio sexual para usted? Me encuentro a su entera disposición. ¿Cuál es su nombre?

—No importa —dijo él dándose media vuelta rumbo a su nave—. Ya no importa…

CAPÍTULO IV

Xo'ol se trasladó en su Esfera a través del espacio doblado.

Llegó finalmente hasta el Sistema Valtaris, su hogar. Una estrella blanca no muy lejana de otras tres que sobresalían en luminosidad, viéndose más grandes que el resto del espacio estrellado. A sus espaldas se enmarcaba la gigantesca galaxia espiral Verkandi que podía ser vista desde la superficie del planeta Valtaris (la capital de la civilización valta), moverse por el firmamento nocturno como quien ve las fases lunares.

El planeta Valtaris era como una gran bola de nieve flotando en el espacio. Una esfera blanca que resaltaba en la negrura espacial, orbitada por dos lunas y con un pequeño anillo igualmente blanco que le rodeaba.

Resultaba difícil describir la civilización valta al que fuera extranjero. Una cultura en la cúspide del desarrollo científico y tecnológico que había resuelto ya todos sus problemas de energía, contaminación, violencia y crimen. Una civilización que funcionaba con la precisión de un reloj.

Su esfera prontamente se confundió entre las otras miles que sobrevolaban las avanzadas ciudades valta que parecían hechas de cristal. En el centro de la ciudad se ubicaba la mayor de las torres cristalinas: la Gran Biblioteca.

Vasta y gigantesca, la ominosa torre tenía docenas de miles de años existiendo. En su interior se guardaba

el conocimiento de millones de mundos y civilizaciones, algunas de las cuales habían dejado de existir hacía milenios. Pero no eran guardadas en libros, sino en esferas brillantes que eran sostenidas cuidadosamente en una red interminable que recorría la Torre como un caracol, y donde curiosos valta consultaban la información subiendo o bajando en plataformas circulares flotantes. y accediendo a lo que buscaban con solo tocar dichas esferas.

Xo'ol subió en una de estas plataformas hasta la cúspide de la torre donde se ubicaba el Consejo Universitario, en ese momento en sesión. Los doce científicos valta más prestigiosos. La sesión no había iniciado pues faltaba él, quien se introdujo a la sala y tomó su lugar en la mesa circular.

Traducir de forma adecuada el lenguaje valta es cosa imposible, sin embargo, para efectos narrativos se realizará un aproximado de lo que expresaron:

—Venerable Rector —dijo Xo'ol— y miembros del Consejo, ha llegado el momento de afrontar la realidad tal como los hechos la muestran. Aplazar más la reacción solo provocará caos y muerte.

—Su hipótesis no ha sido demostrada mediante observación científica, estimable Decano —respondió el Rector—, no tenemos evidencia sólida e incontrovertible de la continua existencia del enemigo.

—Sí, Rector, mi hipótesis es correcta. Estoy convencido de que los eventos sociológicos que impregnan a las razas menores no son casuales, sino que están siendo determinados por influencias exteriores.

—Esa premisa es casi pseudocientífica, Xo'ol —dijo otro decano.
—No es necesario recurrir a insultos, decano Zi'ul —observó el Rector—, la hipótesis de Xo'ol es ciertamente heterodoxa, pero es, finalmente, uno de los nuestros y tiene derecho a probarla.
—La disyuntiva que enfrentamos, estimable Consejo, es que la dilatación consecutiva de acciones directas pone en peligro nuestra raza y las demás —argumentó Xo'ol—, el tiempo no es un lujo que poseemos para esperar hasta la consecución de evidencias definitivas e incontrovertidas.
—Si actuáramos acorde a su intención y nos estuviéramos precipitando en nuestra respuesta, el resultado intrusivo de nuestro accionar podría ser catastrófico —comentó el Rector—. Investigaciones en transcurso serían arruinadas, algunas con observaciones que llevan siglos, sin contar la violación ética por la intervención directa en culturas subdesarrolladas.
—El riesgo a que mi hipótesis sea correcta y no actuemos preventivamente es demasiado grande, Rector —insistió Xo'ol.
—¿Demasiado grande como para arriesgar los fundamentos elementales de nuestra sociedad? —preguntó a tono de reclamo Zi'ul, pero Xo'ol no respondió.
—Hay más —dijo Xo'ol—, y la decana A'shar lo sabe.
La novata decana se tornó en el centro de atención de la mesa. Era la más joven de todos los miembros del Consejo, aunque seguía siendo una entidad de miles de años.

—¿Qué quiere decir el decano Xo'ol? —preguntó el Rector, pero A'shar titubeó.
—Díselo —insistió Xo'ol.
—Existen indicios de comportamientos neurológicos inusuales —contestó— en algunos individuos de las razas menores, en especial durante el período REM del sueño, que pudiera incidir en comportamientos antisociales y psicóticos.
—¿Existe evidencia de intervenciones externas de alguna fuente con habilidades extrasensoriales? —preguntó Zi'ul.
A'shar miró a Xo'ol, pero luego respondió a Zi'ul con cierta tristeza.
—No.
—Entonces el asunto está cerrado —aseguró Zi'ul—, todos sabemos las ideas revolucionarias predicadas por el decano Xo'ol cuando fue estudiante y ahora como catedrático, y sus heterodoxas propuestas de ayudar a las civilizaciones juveniles compartiéndoles nuestra tecnología. Aunque muchos pensamos que son relapsas, por decir lo menos, tiene pleno derecho a expresarlas como académico. No obstante permiten conjeturar que su insistencia en forzarnos a interactuar más allá de lo necesario, con las susodichas razas menores a raíz de su hipótesis no comprobada de la supervivencia de un enemigo extinto hace milenios, solo puede responder a una motivación más ideológica que científica.
Xo'ol se levantó.
—¿Qué hará, Decano? —preguntó el Rector, sorprendido ante un comportamiento tan abrupto e intempestivo.

—Procederé a interactuar como yo lo considere pertinente para salvaguardar a las civilizaciones intergalácticas —aseguró—, y no me importa si me expulsan o sancionan por mi comportamiento, pues estoy convencido que es la única acción éticamente factible.
—No podemos impedirle actuar como desee, Decano —respondió el Rector—, solo le pido que revele la menor información posible de nuestra sociedad a las razas menores.
—Así será, si me disculpan —declaró partiendo del lugar.
—Sé que tenías expectativas formadas acerca de mi asistencia, Xo'ol —le confesó A'shar una vez estuvieron solos—, lamento haberlas decepcionado.
—Acepto tu disculpa. Sé que tu ingreso al Consejo es reciente y no deseas arriesgar tu posición.
—¿Estás convencido con certeza de tus planes de acción, Xo'ol?
—Afirmativamente.
—Si tu hipótesis es correcta, estarás en grave peligro.
—Estoy consciente de las ramificaciones de mi decisión. Pero es la correcta. Tú lo sabes, A'shar. Si el Consejo no me escucha deberé conseguir quien lo haga. El tiempo es muy limitado.
—Deseo que tus resultados sean propicios, Xo'ol, y deseo que estés en perfecto estado cuando nos volvamos a ver.

*

Ushuk fue bien recibido en su hogar por sus hijos, su sabueso y su ex esposa. Aunque esta también le hizo entrega de algunos papeles.

—La información que pediste, el kurgo tenía razón —le dijo.
Esa noche se dio la primera cena en familia en meses, durante la cual Ushuk aprovechó para dar una noticia:
—Ya me ha informado el Lord Canciller de mi nuevo puesto. Seré el nuevo gobernador de los territorios altarios en el Sistema Abraxas. Labor que también conlleva ser el embajador del Imperio ante el llamado Foro de Abraxas.
—¿¡Que!? —preguntó Lina con indignación—, ese cargo está por debajo de tu alcurnia. Es un castigo por la derrota en Shakar, te están humillando.
—Cualquier cargo que me asigne el Imperio es un honor —replicó Ushuk—. Lo único que me preocupa es que no soy diplomático y ser embajador ante el Foro implica negociar con los representantes de las otras potencias.
—Lo harás bien, papá —aseguró Ela aferrándole cariñosamente la mano.
—¿Quiere decir que nos moveremos otra vez? —preguntó el hijo de Ushuk, Arath.
—Sí —respondió Ela, como entusiasmada—, pero ¡ni más ni menos que al Sistema Abraxas! ¡Eso es genial!
—¿Qué tiene de especial? —preguntó Nara con una mueca.
—¿Qué? La mayoría de arqueólogos coinciden en que es el sistema de origen de los akash.
—¿Los qué? —preguntó Nara aun con la mueca en la cara.
—¡Los akash! Son la civilización más antigua que se conoce, colonizó cientos de sistemas, pero se extinguió hace unos 75.000 años —Nara hizo cara como de

que eso no le importaba, pero Ela continuó hablando para el resto de la familia—. Se han encontrado restos arqueológicos akash por todas partes, pero el centro de su cultura era Abraxas, por eso su valor científico.
—Es correcto —añadió Ushuk con cierto orgullo en su rostro—. Estás bien informada, hija. Es por eso que Abraxas ha sido escenario de guerra tras guerra, por su valor estratégico. Bueno, eso, y porque es un lugar sagrado ya que ahí nació Asterión.
—Y tiene mucho oricalcum —comentó Lina llevándose un vaso de vino a la boca.
—Pero lo más valioso es la posibilidad de encontrar reliquias akash —continuó Ushuk—. Cada vez que se ha logrado encontrar una, y se ha logrado entender tras ingeniería reversa, le ha dado una ventaja estratégica al poseedor. Así fue como se descubrió la gravedad artificial, en una vieja estación espacial akash abandonada hace miles de años en el espacio. Las naves de la Coalición son las más rápidas, porque los urditas encontraron una vieja nave akash con un hipermotor más veloz de lo normal; mientras que nuestras naves son capaces de generar entradas al hiperespacio sin importar el tamaño gracias a un generador encontrado en una ruina, las otras razas necesitan usar una hiperpuerta o tener una nave cuando menos del tamaño de una fragata. Incluso hay reliquias cuyo funcionamiento no ha logrado ser descifrado. Quién sabe qué pueden ser: máquinas del tiempo, compuertas interdimensionales, superarmas. Solo el universo lo sabe.

—Suficiente charla, es hora de dormir para algunos —dijo Lina refiriéndose a Arath, quien cabeceaba en su asiento. Todos habían finalizado sus alimentos y los sirvientes androides ya recogían los platos. Pero Ushuk esperó, mirando fijamente a Lina.

—Deja que Nana lo acueste —ordenó. Lina obedeció entendiendo que quería hablar con ella. La ginoide levantó a Arath en brazos, y junto al resto de comensales y otros esclavos, dejó el comedor.

—¿Qué?

—¿Tu familia desea que me enjuicien? —preguntó con rostro adusto.

—¿¡Qué!? ¿Perdiste la cabeza? ¡Ah, ya sé! Fue el kurgo, esa sabandija te lo dijo.

—Sí, uno de tus familiares frecuentó un bar donde el kurgo servía como limpiabotas y lo escuchó decirlo mientras estaba borracho. Pero también hice que Tamira lo confirmara. Tras mover algunas influencias e investigar el asunto, descubrí que tu primo Erga Durgas, quien es subdirector de Operaciones Militares en Inteligencia, fue quien ordenó la investigación. Varios miembros de la Casa Durgas han testificado en mi contra. ¿Por qué?

—No lo sé, Laro, sé tanto como tú. ¿En verdad piensas que tengo algo que ver? Sé que no nos amamos, pero eres el padre de mis hijos. ¿Por qué querría que fueras ejecutado por traición?

—Se requiere más que perder una guerra para que ejecuten a un noble, querida, pero podrían desposeerme de mi cargo y mis títulos si me encontraran culpable

de negligencia, en cuyo caso mis propiedades pasarían a ser tuyas y podrías divorciarte sin problema.
—Laro, aun si ese fuera el plan de algunos de mis familiares, no es el mío. ¡Dame más crédito, por el universo! ¿Qué clase de persona crees que soy?
—Está bien, Lina, te creo. Pero deberé hablar con tu padre de esto. No creo que él esté involucrado, es un hombre honorable, pero deberemos ver porque hay miembros de tu familia intentando sacarme del camino.

*

Las galaxias de Verkandi y Cloto se "tocaban" una con la otra conforme uno de los brazos de la primera se fundía dentro de la segunda, intercambiando sistemas estelares. Uno de estos sistemas localizado justo en ese intersticio galáctico, era Abraxas.
Tras incontables guerras, el Sistema Abraxas había sido finalmente repartido entre las principales potencias logrando una división más o menos estable. Sin embargo, tras siglos de constantes cambios de dueño, en la práctica los distintos asentamientos tenían habitantes de todas las razas coexistiendo entremezclados.
Abraxas I le pertenecía a la República de Urd. Era el planeta más cercano a la estrella Abraxas y anclado en su marea, por lo que siempre daba la misma cara a esta. Es por esto que los urditas colonizaron solo el lado oscuro y frío, si bien su único asentamiento real era una gigantesca megaciudad industrial llamada Astrópolis, situada justo en la frontera entre el lado soleado y el oscuro, sumida en un eterno e interminable crepúsculo. Un monstruo industrializado cuya economía se

basaba en la extracción del abundante oricalcum del subsuelo, y tenía una notoria población androide mayormente dedicada a las labores mineras en los rededores de Astrópolis, y las grandes torres de extracción de oricalcum que se repartían como esporádicos retoños en la vasta y oscura mitad del planeta.

Abraxas II era un mundo desértico y arenoso. Pertenecía a los sáuxer, aunque en la práctica estos no podían o no les interesaba realmente controlar el planeta, y su reino se limitaba casi exclusivamente a una megaciudad localizada en su polo norte, desde donde supervisaban las operaciones de comercio. El resto del planeta era un lugar sin ley conocido por ser un refugio de piratas, criminales, espías y prostitutas que operaban ya fuera con el desdén o incluso la complicidad del gobierno sáuxer.

Abraxas III era conocido como el Planeta Sagrado. Lugar donde nació el profeta Asterión y donde se localizaba su hogar de nacimiento. Pertenecía enteramente al Sacro Imperio de Althares y era lugar de peregrinaje de cientos de devotos de las Tres Galaxias. No obstante, como en otros casos, el Imperio altario solo tenía verdadero control sobre una serie de asentamientos que conformaban el 15 % del planeta. Abraxas III era un vasto cementerio desértico, aun cuando las evidencias científicas mostraban que alguna vez fue un mundo con mares y bosques donde pululaba la vida. Para ese momento los océanos se habían secado y dejado atrás un interminable desierto lleno de insondables acantilados, donde todavía podían verse los res-

tos óseos de las magníficas bestias que los habitaron. Repleto de ruinas y vestigios de la antigua civilización akash, era el deleite principal de los arqueólogos aun cuando restos de esta civilización había en todo el sistema. Además de los lugares santos, era la sede de la Universidad y del Museo de Abraxas.

Abraxas IV era un gigante gaseoso y por tanto inhabitable, pero sus veintidós lunas habían sido colonizadas por los polari creando veintidós pequeños feudos.

Abraxas V era el último planeta del sistema y había sido tomado por los valta durante la extremadamente breve Tercera Guerra de Abraxas, cuando todas las potencias juntas y lo que fue por primera vez una alianza entre el Imperio altario y la Coalición, fueron derrotadas por los valta en poco menos de una hora. Hubieran podido tomar todo el sistema de haber querido, pero se conformaron solo con ese mundo congelado y pequeño, y nadie sabe qué hacen ahí.

Lo que sigue después es un extenso cinturón de cometas y meteoroides de hielo conocido como el Cinturón Gris, es la única fuente de agua conocida en el sistema y de donde se abastece del líquido a los primeros cuatro planetas que carecen completamente de este recurso. La recolección, venta y distribución del agua se encontraba monopolizada por los sáuxer.

*

—Lamento mucho lo sucedido, Laro. Puede tener la seguridad de que no tuve absolutamente nada que ver —le aseguró su suegro Thadus Durgas, líder de la Casa Durgas a Ushuk, a través de una gigantesca

pantalla en su nueva residencia de Abraxas. El viejo Thadus era ya un anciano pero seguía viéndose firme y digno, su presencia inspiraba respeto. Mantenía una pulcra vestimenta aunque ya no se preocupaba tanto por las medallas del uniforme. Cubría su calvicie con una peluca blanca fuertemente atada en una cola que bajaba por su espalda.

—Nunca lo dudé, lord Durgas.

—Tomaré las medidas del caso para reprender severamente a los miembros de mi familia involucrados. Espero que esto no vaya a potenciar un divorcio. No le di mi hija en matrimonio antojadizamente, su familia es uno de los más honorables linajes del Imperio.

—Gracias, lord Durgas, y no, mi matrimonio con Lina no corre riesgo alguno. Además, no podría devolver la dote en este momento que mi carrera no está en su mejor momento —aseguró en son de broma.

—No se subestime, Ushuk. Ser gobernador de Abraxas III puede no sonar muy glamoroso, pero no asignarían ahí a cualquiera.

—No lo dudo. Lo que no sé aún es a cuál ministerio respondo: ¿al Ministerio de Colonias o al Ministerio de Relaciones Exteriores?

—Si me pregunta: al Ministerio de Inteligencia.

—Entonces el rumor es cierto. La labor en Abraxas es más de espionaje que de diplomacia.

—Indudablemente. Por algo su predecesor murió asesinado.

—Sí… un radical shakaren…

—Esa es la versión oficial.

—¿Qué quiere decir?
—El shakaren apretó el gatillo, pero corren rumores de que el verdadero autor fue uno de los otros cinco embajadores, o los cinco quizás. Tenga mucho cuidado, no deseo una hija viuda.
—Lo tendré, lord Durgas.
—Suerte, que el Universo le sea favorable Laro.
—Gracias, igualmente *milord* —respondió Ushuk cortando la comunicación. Luego habló a su *multicom* personal: Ven a mi oficina.
Minutos después cruzó la puerta Zarg, en su estilo sumiso y reverente. El sabueso Devorador reaccionó a su presencia, pero ya no le gruñía pues sabía reconocer a un aliado de su amo y se habían hecho amigos. Incluso Zarg le daba bocadillos que sacaba de sus bolsillos cuando nadie lo veía y le acariciaba la cabeza amistosamente, acto que el sabueso respondía con alegría.
—¿Me llamó, jefe?
—Sí —contestó Ushuk desde su escritorio—. Quiero que investigues entre el bajo mundo quién mató a mi predecesor.
—Sí, jefe. ¿Sospecha de alguien?
—De todos…

*

Ushuk atravesó en su transporte los páramos desérticos pasando al lado de la osamenta de lo que debió ser un gigantesco monstruo marino. Llegó al Monasterio de Aghara en Abraxas III, donde se localizaba la sede del Foro de Abraxas, órgano creado tras la Tercera

Guerra de Abraxas para mantener la paz y las buenas relaciones entre las potencias… misión que había sido claramente fracasada, pero nadie nunca se atrevió a disolverlo por temor a ser vistos como "incivilizados". Era un edificio tallado en piedra en una de las caras del farallón de un acantilado, y de gran belleza arquitectónica. En su interior los monjes de distintas razas realizaban sus labores cotidianas, no muy lejos de donde un espléndido altar a Asterión emanaba incienso fresco. Ushuk mostró sus respetos ante el ícono del Profeta y continuó su camino hacia la sala de reuniones del Foro, entrando por una puerta plegadiza hacia una recámara con un hermoso ventanal y una mesa redonda en el centro con seis sillas.

—Bienvenido, Gobernador —dijo una amable voz acercándosele. El dueño era un hombre relativamente joven y de rostro apuesto, abundante cabello castaño y sonrisa amable que le ofreció la mano para estrecharla, gesto que Ushuk correspondió—. Permítame presentarme, soy Dargo Ruven, alcalde de Astrópolis y a cargo de la presidencia rotativa del Foro por este año.

—Mucho gusto, alcalde.

—Ella es mi esposa Valëris —presentó señalando a una mujer polari de excepcional belleza y plumaje multicolor—. Es investigadora, directora del Instituto Científico de Abraxas.

—Un placer, gobernador —sonrió ella y Ushuk estrechó su tersa mano.

—El placer es todo mío, señora… eh, doctora.

—Extrañaremos mucho a su antecesor, gobernador

—aseguró Valëris—, lo de su asesinato fue una lástima. Le aseguro que desde la Coalición no aceptamos los asesinatos políticos como el cometido por ese radical shakaren.
—Gracias. Eso me alegra.
—Le presentaré al resto de la pandilla, ya que usted es nuevo —dijo Ruven con una palmada en el brazo—. Este es el duque Alinor Saerian —dijo señalando a un hombre de edad mayor, con carencia de plumaje en la cabeza (salvo por un vestigio de plumas grises en la nuca) y una espesa barba blanca. A pesar de su edad, su aspecto era duro y estaba sentado en uno de los asientos bebiendo vino de una jarra. Su uniforme era el propio de un caballero polari y las plumas de sus alas eran ya grises también—. Señor de las lunas polari.
—Debe haber hecho algo muy malo para terminar aquí —comentó con tono entre bromista y amargo.
—Sí, duque, perdí una guerra.
El duque sonrió.
—¡Cierto! Usted es militar… el Carnicero de Aurelos…
—¡Duque! —regañó Ruven.
—¡Bah! No tiene sentido ser diplomático con esas cosas —respondió con gestos de desdén—. Aun así su reputación como estratega es encomiable, Gobernador —el duque empezó a toser—, quizás un día podamos intercambiar anécdotas, aunque las mías están algo empolvadas. La última vez que participé en una guerra fue durante la de Sucesión Sáuxer hace creo que ciento cincuenta años. No se engañe, soy muy viejo. Cumpliré doscientos once en unos meses.

—No le hubiera calculado más de cien, duque —respondió Ushuk—, y sí, será un honor.
—Ella es la Srta. Sálax, la administradora del Vilayato, los territorios sáuxer, y Gerente General de la rama local de la Corporación Pan-Sáuxer, que nos abastece amablemente con agua desde el Cinturón Gris —continuó Ruven, esta vez señalando a una mujer joven y atractiva de origen sáuxer. Vestía los típicos ropajes rojos y el sombrero de hongo en la cabeza que contrastaban con su verde piel.
—No sabía que había mujeres sáuxer en altos cargos políticos —comentó Ushuk genuinamente sorprendido, ya que hasta los altarios parecían progresistas respecto a las mujeres en comparación a los sáuxer.
—No somos muchas —respondió sonriente—, pero al final lo que define si alguien triunfa entre los sáuxer es su astucia para hacer dinero.
—O en algunos casos, a quien elimine en el camino… —expresó el duque y se hundió en tos una vez más.
—¡Duque! —volvió a regañar Ruven.
Sálax le miró de reojo.
—Lo que no pretendo es quedarme acá por siempre, gobernador. Planeo triunfar e irme a otro lugar, uno que no sea usado por algunos gobiernos como geriátrico para ex militares seniles.
El duque sonrió, como si hubiera sido una buena respuesta.
—Tendrá que disculpar nuestra falta de seriedad, gobernador —intervino Ruven—, somos irreverentes porque hemos pasado muchas cosas juntos. En algún momento lo entenderá…

—Si no lo matan como a su predecesor —añadió Sálax sardónicamente.
—Hay otro miembro que no ha llegado aún… que sepamos… y es el representante de la Fundación Valta; Lob'zar. Según nos ha dicho su cargo se traduce rudimentariamente en algo así como "director". Nunca es muy comunicativo. Así que, por último pero no menos importante, la cónsul Xila Vermello— dijo señalando hacia una mujer en las sombras, que salió a la luz al ser mencionada—, representante diplomática del Estado Soth, que no tiene territorios en Abraxas, pero estamos seguros de que sí tiene muchos de sus ciudadanos aquí.
La mujer era hermosa (como todas las soth) pero de largo y lacio cabello negro. Su estructura facial perfecta, genéticamente diseñada, parecía haber sido hecha a propósito para ser atrayente, al igual que su esbelto y curvilíneo cuerpo. Vestía la ropa de cuero negro que normalmente utilizaban los soth cuando no estaban encubiertos, y lentes oscuros.
—Dargo es la cara diplomática del grupo, pero no se confíe mucho de él, gobernador —dijo estrechándole la mano—, en Abraxas nadie es lo que parece.
—Si lo sabrán los soth —respondió Ushuk.
—¿Tiene alguna disputa personal con nosotros?
—Con ustedes no, con una soth en particular, que pretendo saldar.
—Ah ¿no lo tienen todos?
—Sentémonos —sugirió Ruven y todos obedecieron—, como presidente *pro tempore* del Foro declaro

abierta la sesión de hoy —pero entonces las puertas se abrieron dejando entrar a Lob'zar, el valta. Tan extraño y alienígena como el que Ushuk se había encontrado en su propia nave años antes, pero de alguna manera era perceptible que era otro individuo, aunque no podía decir concretamente por qué—. Oh, Lob'zar, lo estábamos esperando. Este es el almirante Laro Ushuk, nuevo gobernador de Abraxas III.

El valta caminó lentamente hasta la mesa y se sentó sin mayor emoción, pero dijo en su voz melódica y neutral:

—Bienvenido, gobernador.

—Bueno, el primer tema de agenda —continuó Ruven— es la hiperpuerta. Requiere mantenimiento, lo que costará dinero y detendrá el tránsito, al menos el civil, por unos días.

—¿A quién le tocó la última vez? —preguntó Sálax.

—A los sáuxer —respondió Vermello.

—No —corrigió Ruven—, Sálax y el duque hicieron una apuesta y aunque le tocaba el turno a los sáuxer, él perdió.

—¡Ni me recuerden! —comentó el duque y Sálax rio.

—Y no me miren tampoco —respondió la sáuxer—, nuestro presupuesto está muy ajustado.

—Los valta podrían arreglarla en minutos y sin esfuerzo. Además no usan dinero así que no tendrían que preocuparse por conseguirlo —comentó Vermello.

—Nosotros no la usamos, es tecnología obsoleta —fue la respuesta de Lob'zar y el resto suspiró.

—¿Y si le damos la oportunidad al gobernador Ushuk de que inaugure su cargo con un buen gesto?

—preguntó Sálax.
—Una excelente propuesta —dijo el duque.
—Eh, yo…
—De hecho la puerta se dañó por enfrentamientos entre altarios y shakaren durante su última guerra, creo que sería lo justo —aseguró Vermello.
—La costumbre, gobernador —explicó Ruven— es que uno de los gobiernos pague por el mantenimiento de la hiperpuerta de forma rotativa. Es lo justo considerando que este sistema es compartido.
—Comprendo, yo… es decir…
—Pero si el Imperio no puede costearlo, no se preocupe.
—¿Costearlo? ¡Por supuesto que podemos! —dijo Ushuk picado en su orgullo.
—¡Excelente! Gracias por su ofrecimiento, aseguró Ruven. ¿Quiénes a favor? —todos levantaron la mano, menos Ushuk—. Aprobado. Siguiente tema de agenda: la piratería kazar. Desde que estamos en paz hubo un incremento en ataques de piratas kazar en los alrededores principalmente a naves civiles y comerciales.
—¡Que me lleve el Arconte si no son lo peor! —maldijo el duque—. No existe en el universo nada más bajo que esas sabandijas. Solía colgar sus cabezas decapitadas en el fuselaje de mis naves.
—Comparto el sentimiento —aseguró Sálax—, las naves sáuxer son de las más afectadas por sus saqueos.
—Y el problema no es solamente que roben todo lo de valor cuando saquean una nave —continuó Ruven—, es que además abusan de las mujeres y en ocasiones roban niños para venderlos como esclavos.

¡Son despreciables!
—Si hay algo que sobra en Abraxas es destacamento militar —intervino Ushuk—, es más, es lo único que sobra. ¿Por qué no hacer operaciones conjuntas de castigo?
Los embajadores se miraron unos a otros.
—Porque todos están temerosos de que al dejar el sistema desprotegido, las otras potencias saltarán a adueñarse de su territorio —explicó irónica Vermello.
—¡Vaya! Hubiera jurado que en la Coalición confiaban unos en otros —añadió Ushuk.
Los tres embajadores coaligados se miraron y sonrieron.
—Creo que la idea del gobernador es buena —agregó Ruven—, sugiero que para limar suspicacias… hagamos un primer intento solo con un tercio de nuestras respectivas fuerzas militares.
—La Fundación Valta no puede interferir en asuntos externos de otras razas —intervino Lob'zar—, nosotros solo podemos observar. No sería ético.
—Estamos hablando de vidas civiles —expresó Ushuk como indignado encarando a Lob'zar—, de mujeres y niños ¿no les importa eso?
—No podemos intervenir, sería alterar el natural desarrollo de su hábitat y eso nuestra ética lo prohíbe, lo siento —insistió Lob'zar.
—Ya se acostumbrará, gobernador —comentó Ruven—, pero bueno ¿les parece mi propuesta? Por parte de todos menos los valta. ¿A favor?
Todos levantaron la mano.
—¡Excelente! Muy bien gobernador Ushuk, ya está dejando su impronta en nuestras sesiones. El último

tema de hoy, y la razón por la que está acá mi bella esposa, es el presupuesto científico. Habíamos acordado realizar exploraciones arqueológicas conjuntas y, en caso de encontrar nuevas reliquias akash, compartir los hallazgos…

—Sí… ¡como si eso fuera a pasar en la vida real! —comentó Sálax sarcástica.

—…Valëris les entregará el presupuesto proyectado y si tienen alguna duda se los evacuará con gusto.

La mujer polari repartió una carpeta a cada uno y esperó las preguntas, pero estas nunca llegaron.

—Tendré que consultar —confesó Ushuk—, no sé mucho de arqueología. ¿Podemos votarlo en la próxima sesión?

—No veo por qué no, los restos arqueológicos no se van a mover de ahí —respondió Ruven—. Si no hay más temas —preguntó, y al ver que nadie pedía la palabra, añadió: se cierra la sesión.

—¡Un momento! —expresó Ushuk al releer viejos papeles incluyendo actas anteriores—, el Imperio pagó el mantenimiento de la Hiperpuerta el año pasado… ¡Me engañaron!

—Lo siento, gobernador —fue la respuesta de Ruven ya levantándose—, pero según el reglamento, si deseaba hacer una revisión de la votación debió solicitarla inmediatamente y no cuando la sesión cerró.

El resto de los embajadores también se habían levantado y empezaron a dirigirse a la puerta.

—Le dije que no confiara en nadie —recordó Vermello dándole algunas palmadas en el hombro.

*

Ushuk llegó a su casa a tiempo para almorzar. No vivía en una mansión como la que estaba acostumbrado en otros planetas donde había residido antes, pero ciertamente no era una casa humilde tampoco, sin embargo una decepcionada Lina la veía como si residieran en poco más que una choza. Aun así, había refrenado su habitual quejumbre últimamente, quizás debido al incidente con sus parientes.

El resto de la familia parecía cómoda con las nuevas estancias, o al menos a Nara no le pareció importar. Ela y Arath estaban contentos y jugaban juntos, y Devorador se había acomodado sin problemas. El resto eran leales empleados o esclavos al servicio de Ushuk.

—¿Cómo estuvo la primera sesión, amor? —preguntó Lina en la mesa.

—Agridulce como este estofado. Pero bien.

—¿Aprendiste algo nuevo?

—Sí. Que los coaligados no se fían unos de otros tanto como yo pensaba. Creo que lo que los une principalmente es su rivalidad común a nosotros —dijo llevándose un trozo a la boca con el tenedor.

—Pienso llevar mañana a los niños al Templo del Nacimiento de Asterión —comentó Lina—, para que lo conozcan.

—Me parece una espléndida idea —felicitó Ushuk—, quizás así aprendan un poco más sobre la filosofía de ese gran hombre. La base de nuestra sociedad.

—¿De qué sirve la religión si no se le obedece en la práctica? —comentó Ela rebelde—. Asterión dijo

que para el Universo todos éramos iguales, y sin embargo vivimos en una sociedad de castas y las mujeres no son iguales que los hombres.
Ushuk miró hacia el techo, sin interés en discutir (otra vez) el asunto con su hija, y decidió que lo mejor era lanzar un señuelo para distraerla.
—A propósito de ejercicios intelectuales, Ela —dijo extrayendo una carpeta de su maletín—, quería pedirte un favor. No sé nada de ciencia y no hay presupuesto para asesores, ¿podrías revisar esto y decirme si todo está en orden? —dijo haciendo que Nara (que estaba a su lado) le pasara la carpeta a la niña. Esta la tomó con rostro iluminado y se le olvidaron sus cuestionamientos teológicos.
—Sí, padre, lo haré con mucho gusto.
—Gracias.
A la habitación se adentró Zarg que caminó rápidamente hacia su amo. El resto de la familia lo ignoraba salvo Lina, que lo miraba con asco y desprecio. No dijo nada pero subió mucho la nariz, como si su presencia en el almuerzo le molestara.
—Disculpe, jefe —solicitó Zarg, aunque sabía que tenía instrucciones de informar a Ushuk de cualquier hallazgo relevante sin importar lo que estuviera haciendo.
—No hay problema —respondió Ushuk, removiéndose la servilleta del pecho. Zarg le susurró al oído—. Muy bien —dijo—, iremos en unos veinte minutos.

*

En el Vilayato de Abraxas se ubicaba uno de los últimos Domos de la Muerte en existencia. Alguna vez

un deporte popular, el Domo de la Muerte había sido poco a poco prohibido por la mayoría de civilizaciones, tras el advenimiento del universalismo y las prédicas de Asterión, quien lo condenó enfáticamente. Era enteramente ilegal en el Sacro Imperio de Althares, la República de Urd y el Reino Polari, pero se seguía practicando en algunos planetas sáuxer.

Uno de ellos era el Vilayato de Abraxas II. Fue ahí donde llegaron Ushuk (vestido de civil e intentando en lo posible ocultar su identidad) acompañado de su fiel servidor Zarg.

Se trataba de un edificio circular, hecho de piedra y sostenido por potentes columnas, con un gigantesco domo en la cúspide como su nombre indicaba. Ushuk llegó hasta la boletería abriéndose paso entre una multitud de parroquianos de toda clase de razas alienígenas.

—Dos entradas, para palco.

—Serán seis coronas —exigió el boletero, a lo que Ushuk accedió pagando en efectivo—. ¿Desea anotar alguna apuesta? Hoy se paga tres a uno si pierde la retadora.

—No.

Dentro del domo, hecho totalmente de marmólica piedra, había largas y multitudinarias cantidades de personas de todas las razas imaginables, agolpándose para encontrar asiento. Enormes graderías de piedra se extendían a todo lo alto, alrededor del redondel. Los palcos de lujo contaban con cómodos asientos acolchados. La arena del redondel mostraba aún algunos rastros de sangre multicolor impregnados a lo

largo de siglos de combates letales. —¡Damas, caballeros y hermafroditas! —dijo la voz del locutor resonando por todo el espacio—. ¡Sean bienvenidos a la contienda de hoy! A continuación presenciarán una lucha letal y brutal que se ha realizado desde hace milenios y que ha teñido las arenas de sangre (cuando sus competidores tienen sangre, claro) desde los albores mismos de las civilizaciones galácticas. Antes de iniciar, por favor, démosle un caluroso aplauso al hombre gracias a quien podemos disfrutar de este maravilloso deporte: nuestro querido *lanista*, ¡Wúlux!
Un sáuxer regordete y de baja estatura (aun para un sáuxer) cruzó las puertas que conectaban al palco mayor saludando con ambas manos ante el aplauso y los vítores del nutrido y multirracial público.
—¡Muy bien! —continuó el locutor—, ahora nuestro evento principal de hoy. La contienda de la noche. Nuestra campeona invicta contra un nuevo retador. Primero saludemos a la defensora del título, la grande, la poderosa, la hermosa… ¡Belätris!
De una de las entradas laterales a la arena emergió una mujer polari, lo que hizo que Ushuk se reclinara sobre su asiento y la mirara con atención. No era una polari tradicional, eso era notorio a simple vista. Había hecho que le extirparan el plumaje de la cabeza dejándosela lisa como si estuviera rapada. Tenía las plumas de las alas totalmente negras, algo inusual en un polari —aunque era posible que estuvieran teñidas— a cuyas puntas había colocado dos afilados espolones. Tenía tatuajes que le recorrían buena par-

te de los brazos y el pecho, que la blusa de tirantes utilizada permitía ver. Usaba también pantalones de cuero y botas. Saludó al público levantando su brazo derecho donde sostenía una afilada hacha.

—Y ahora, nuestro retador de hoy —afirmó el locutor—, buscado en treinta y dos sistemas y victorioso en una de las arenas de Aurelos y dos de los territorios kazar; Kalorg urg Dagh.

De la entrada diametralmente opuesta emergió un kazar de dos metros, de rasgos felinoides groseros, una espesa melena (a pesar de su aspecto felino solo tenía pelo en la cabeza y los antebrazos), ojos sin pupila y dentadura colmilluda y su cuerpo estaba casi enteramente cubierto por una intrincada red de tatuajes que cubrían toda la cara, los brazos y el entonces desnudo torso. Se dice que los kazar se dibujaban nuevos tatuajes cada vez que asesinaban a alguien. Cargaba una pesada pica.

El kazar escupió al suelo y se relamió diciendo:

—Cenaré ave hoy…

—La matará… —murmuró Ushuk.

—Espere… —alertó Zarg mirándolo de reojo.

Los contendores no tardaron en confrontarse. Corrieron al mutuo encuentro en medio de la arena entrechocando sus armas en un estruendoso ruido metálico, ahogado por el bullicio del público. Belätris parecía ser más fuerte de lo que denotaba su anatomía al retener el potente embate, o eso pensó Ushuk. Continuaron la contienda cada uno intentando herir al otro con su respectiva arma y esquivando la agre-

sión del contrincante. Belätris aprovechaba para sobrevolar levemente tanto como sus alas le permitían a pesar de la gravedad. Usando sus espolones fue capaz de herirle el pecho a su enemigo. El contraataque de Kalorg alimentado por la rabia, fue efectivo. Empujó a la polari con el mango de su pica haciéndola golpear contra el redondel de piedra, y antes de que pudiera recuperarse, ya le había colocado el mango en el cuello que Belätris retenía con ambas manos habiendo soltado su hacha.

Belätris usó de nuevo sus espolones clavándoselos en las mejillas, aunque probablemente apuntaba al cuello y falló. Kalorg retrocedió liberándola del peso, pero ahora estaba furioso. Aferró a Belätris nuevamente tomándola de la garganta con una garra, mientras la apaleaba a puñetazos con la otra haciéndole brotar sangre verdosa de la boca y nariz. Parecía el final de la polari.

Pero entonces utilizó una vez más los espolones, esta vez contra el brazo que la aferraba. Funcionó y el kazar la soltó.

—¡Voy a arrancarte esas malditas alas! —bramó. Y en efecto parecía dispuesto a hacerlo cuando se abalanzó contra Belätris. Esta se colocó en posición marcial colocando una mano sobre la arena y flexionando los pies, con los espolones listos. Sin embargo cuando los zarpazos del kazar se aproximaron los esquivó con sus pequeños sobrevuelos, giró hábilmente usando el cuerpo del propio Kalorg y quedó sostenida de sus hombros, hundiéndole los espolones en el cuello… ultimándolo.

El cadáver de Kalorg se desplomó sobre el suelo encharcándolo de sangre púrpura.
La multitud estalló en aclamaciones para la mujer mientras esta se limpiaba la sangre verde con el antebrazo.
—Has hecho bien, como siempre, Belätris —felicitó Wúlux y le lanzó una bolsa con monedas que cayó a los pies de la contendiente, derramando algo de su valioso contenido a la ensangrentada arena.
Terminada la contienda, Ushuk y Zarg se adentraron al área de las barracas donde los luchadores residentes descansaban y curaban sus heridas. Allí llegaron hasta la habitación reservada para Belätris. Ushuk hizo sonar el timbre.
—¿Qué quiere? —preguntó desde adentro.
—Deseo hablar con usted —contestó Ushuk.
—No tengo tiempo para nadie, váyase.
—Tengo una oferta.
—No me interesa…
—Soy… soy el gobernador Laro Ushuk, de los territorios altarios.
Hubo un prolongado silencio y luego la puerta se plegó perdiéndose dentro del marco. Ushuk (seguido por Zarg que siempre caminaba detrás de él) se adentró a la recámara que era bastante pequeña y muy humilde, con un mobiliario elemental, en especial por el pequeño catre ubicado contra la pared donde la mujer curaba sus heridas con un sanador electromagnético.
—¿Qué quiere?
—Tengo una oferta para usted y estoy dispuesto a pagarle bien.

—Ya no hago eso —dijo mirándolo desde la cama. Ushuk pareció no comprender al principio, hasta que descifró lo que quiso decir.
—No, no… no es eso —se apresuró a decir—, lo que busco es información.
—¿Sobre qué?
—Mi predecesor fue asesinado por un extremista shakaren… pero hay sospechas de que la motivación fue ulterior. El hombre no ha dicho nada desde prisión donde espera para ser ejecutado, pero su familia recibió una buena paga de fuente desconocida. Mi asistente acá presente —dijo señalando a Zarg—, descubrió que usted y el shakaren eran buenos amigos, y que incluso fue usted quien le dotó del arma.
—Ese pequeño entrometido sabe mucho, quizás sería bueno arrancarle la lengua para que no siga hablando de más —afirmó encarando a Zarg con furia, quien se refugió tras la pierna de su jefe.
—¿Es verdad?
—Sí.
—Usted no parece la clase de persona que tendría intereses políticos en asesinar a un gobernador. Estoy seguro que alguien la usó de intermediaria. ¿Quién?
—Si le dijera eso, sería yo la que moriría —dijo levantándose y cruzándose de brazos frente a él.
Ushuk extrajo una tarjeta de su bolsillo y la mostró frente a la cara de la polari.
—Esta tarjeta contiene el equivalente en dinero a dos años de victorias en el Domo. Es suya si me dice quién contrató al shakaren.

—¿De qué me sirve el dinero si estoy muerta?
—Bueno —dijo Ushuk encogiéndose de hombros y disponiéndose a guardar la tarjeta, pero una tentada Belätris lo detuvo.
—Espere… déjeme ver eso —pidió y Ushuk se la entregó. La mujer la inspeccionó cuidadosamente—. Muy bien —añadió finalmente—, pero no lo supo de mí. El autor intelectual de la muerte de su antecesor es un ser llamado Shang, y es el jefe de la mafia de Abraxas. El capo criminal más poderoso del sistema entero.

*

Ushuk estaba complacido por la información recolectada y abandonó los aposentos de la luchadora con una mirada de aprobación para el kurgo.
—No sabía que le gustaran los deportes violentos, Gobernador… —dijo una voz que reconoció como la de Vermello, la cónsul soth. Ushuk se giró, y en efecto, la mujer se encontraba reclinada contra una de las columnas cercanas.
—¿Cómo supo que vine aquí? —le preguntó Ushuk acercándosele.
—Soy soth, Gobernador —respondió ella, como si eso fuera explicación suficiente—. No lo hacía un hombre que gustara del Domo de la Muerte.
—Y no lo soy, lo considero un deporte bárbaro y sangriento. El Imperio hizo bien en prohibirlo.
—¿Puedo hablar con usted a solas, Gobernador?
—Puedes irte a la mansión —le dijo a un curioso Zarg—. ¡Buen trabajo!
—Gracias, jefe —expresó este y se retiró.

Vermello lo tomó de un brazo haciéndolo a un lado. Cuando estuvieron fuera del pasillo con Ushuk reposando su espalda en la pared, ella continuó.
—¿Qué opina del proyecto de exploración arqueológica conjunta?
—Que es algo caro, aún compartido será una inversión considerable ante un presupuesto limitado.
Vermello lo miró fijamente. Descubrió sus hombros dejando a la vista su cuello, clavícula y escote.
—¿Hay algo que pueda hacer para convencerlo, Gobernador?
—Soy un hombre casado.
—Sé que eso no importa, su reputación lo precede, Ushuk… —dijo ya con los brazos alrededor del cuello del militar—. Dicen que estar con una mujer soth es una experiencia que cambia la vida. Nunca se disfruta igual a mujeres de otras razas.
—¿Por qué tanto interés como para que esté dispuesta a ir tan lejos por mi cooperación? No creo que ame tanto la ciencia.
—Somos la única potencia que no tiene reliquias akash. Es crucial para mi mundo hacernos con una… aunque sea compartida.
—¿Es así como convence a los otros embajadores?
—¿Celoso?
—Curiosidad, solamente.
—Cada embajador es distinto.
—No me interesan los juegos y las intrigas. Sé lo suficiente como para cuidarme de una mujer soth. He visto de lo que son capaces.

—Creo que un tosco y experimentado guerrero altario como usted puede lidiar conmigo, ¿no es así?
Tenía razón. O eso pensó un Ushuk picado en su orgullo. La tomó de la cintura y le besó en la boca. Minutos después habían ingresado al hotel más cercano. Tras varias horas de inmenso placer, en las cuales Vermello hizo gala de su experticia (pero durante las cuales Ushuk no bajó la guardia ni un momento), finalizaron el asunto.
A eso de la medianoche Ushuk miraba a su amante entre la tenue luz que daba una lámpara, desnudo bajo las sábanas y con una mano en la nuca. Vermello se acababa de duchar y terminaba de cercarse la cabeza con una toalla, mientras cubierta por otra se sentaba en una esquina del lecho.
—¿Votará a favor?
—Sí. Tienes mi palabra. Aunque… para ser honesto, pensaba votar así de todas formas.
—Y yo probablemente hubiera dormido contigo de todas formas —dijo levantándose, removiéndose la toalla y colocándose la ropa—. Entonces, ¿es cierto lo que dicen de las mujeres soth?
—¿En verdad cree que es la primera soth con la que estoy? —Ushuk esperó una reacción, más no la hubo—, pero sí, es cierto —confirmó Ushuk.
—Hasta la próxima sesión del Foro, Ushuk —dijo Vermello dejando la recámara, Ushuk aflojó los dedos que tenía sobre la culata y el gatillo de un arma bajo la almohada.

*

Ushuk llegó a casa ya entrada la noche. Casi todos —menos los guardias de turno— estaban durmiendo. Incluso el sabueso estaba sumido en un profundo sueño sobre la alfombra. Solo su hija Ela permanecía viendo holovisión:

"…Como vaticinaban los sondeos, la procónsul Xelara Arthos de la República de Urd ha sido reelecta en las elecciones generales, realizadas a lo largo de todos los sistemas urditas —decía la voz de una reportera desde la televisión, la misma que Ushuk había visto entrevistar a Jax Dumón cuando estaba hospedado en la embajada altaria—. Arthos, sin embargo, no poseerá mayoría en el Senado, donde la oposición obtuvo varias victorias. Una de ellas, el inesperado triunfo del capitán Jax Dumón, quien a pesar de su popularidad como héroe de guerra, se dudaba que pudiera vencer a su rival, un veterano senador con varias reelecciones consecutivas en su distrito, hasta que se filtró a la prensa un escándalo sexual debido a su relación con una menor de edad. La procónsul Arthos ya ha sido felicitada por los gobiernos de la Coalición, el Sacro Imperio de Althares y la Mancomunidad Shakaren. Reportó para ustedes Alara Shilán, para Noticiero Intergaláctico".

—¡Oh padre, toma! —dijo Ela al percibir su presencia, levantándose del sillón y entregándole la carpeta con el presupuesto científico—, te estaba esperando. Lo revisé y creo que todo está bien, deberías aprobarlo.

—Gracias, hija mía. ¿Esperaste hasta tan tarde solo para dármelo?

—No tenía sueño —dijo bostezando—, pero ahora sí.
—Diré a tus tutores que mañana te den libre, lo mereces. Además, a veces creo que podrías instruirlas tú a ellas.
—Gracias, padre —dijo dándole un beso en la mejilla, y se dirigió al segundo piso. Ushuk entró a su despacho.
—Necesito hablar con usted —dijo una voz que sobresalía entre las sombras al lado de dos ojos brillantes. Ushuk encendió la luz de golpe y apuntó con su pistola. Del otro lado estaba de pie un valta.
—¡Qué arcontes…! —dijo guardando la pistola—. ¿Cómo entró?
—Creo que sabe que los valta tenemos métodos, Gobernador.
—¿Cuándo me dejarán en paz? ¡Creo haber sido claro con ustedes!
—Estoy aquí como individuo, incluso mi gobierno desaprueba mis acciones.
—Pues debería escuchar a su gobierno, señor… —dijo sirviéndose un trago.
—Mi nombre se podría traducir aproximadamente como Xo'ol en su fonética. Y me temo que no puedo, tengo una labor que realizar.
—¿Y qué labor es esa?
—Lo sabrá en su momento. Por ahora solo puedo decirle que no apruebe el presupuesto. Debe vetarlo; las excavaciones encontrarán más de lo que buscan.
—Pensé que los valta eran amantes de la ciencia —dijo Ushuk.
—Lo somos, toda nuestra civilización está fundamentada en la adquisición de conocimiento. Por eso los observamos.

—Somos como insectos en un microscopio para ustedes… ¿Por qué no se lo pide al embajador de su mundo?
—No me escucharía. Soy lo más parecido a un renegado que existe en mi cultura.
—Si es un renegado ¿por qué su gobierno no lo detiene o lo mata?
—Ningún valta ha matado a otro en milenios. Hemos superado por mucho tales comportamientos primitivos.
—Si no me da mayores razones para vetarlo, no puedo hacerlo. Parecería un loco.
—Entonces no hay nada más que decir, feliz noche —dijo misteriosamente y desapareció entre ases de luz, dejando a Ushuk pensativo.

*

Ushuk prosiguió su investigación dirigiéndose a los bajos fondos criminales de Abraxas. Su destino era la ciudad de Astrópolis en Abraxas I.
La gigantesca monstruosidad urbana se localizaba en una vasta franja templada en medio de las dos mitades del planeta; una ardiente y la otra gélida, pero ambas desérticas. Sumida por siempre en un interminable atardecer, el sol a medio ocultar se podía ver hacia el Este y un firmamento estrellado estaba siempre en el Oeste. La iluminación podía ser más cercana a la diurna o a la nocturna dependiendo de en qué parte de la ciudad se situara el observador, pero la mayor parte estaba cubierta por una sombra crepuscular, por lo que estaba siempre iluminada por miles de tintineantes lucecillas artificiales, que emanaban de las ventanas de los edificios o de los transportes.

Pero Ushuk y su fiel Zarg no se dirigían a los centros metropolitanos, sino al contrario, a los anillos marginales. Lejos del centro urbano donde se ubicaba el Ayuntamiento y los principales sitios de recreo, así como los edificios de apartamentos de los habitantes más ricos, e incluso de los suburbios de clase media que rodeaban esta área, hasta llegar a las llamadas favelas. (Los barrios más pobres donde vivía la clase obrera, el 80 % de los cuales eran androides).

Allí, en uno de los sitios más peligrosos, se localizaba un bar de mala muerte conocido como epicentro del crimen organizado. Se trataba de *Shang's*.

Una vez dentro pudieron apreciar la variada clientela del lugar. Mientras, una nudista sáuxer bailaba al lado de un tubo en medio del local, rodeada por lujuriosos clientes de distintas razas. Había kurgos, sáuxer, humanos, shakaren, androides, kazar y criaturas de razas que Ushuk no pudo reconocer.

Zarg se separó temporalmente de su jefe para husmear el paradero del conocido líder mafioso, merodeando por entre mesas con jugadores de cartas apostando o entre las piernas de las atractivas y poco cubiertas meseras, hasta llegar a un área aislada de la cantina donde pudo escuchar a un tipo regateando el precio de alguna substancia ilegal.

—¡Hey! ¿Qué estás haciendo acá, mirón? —dijo un kazar tomándolo de la nuca y levantándolo del piso—. Te daré la paliza de tu vida, sabandija.

El kazar era menos amenazador que el que habían visto en el Domo y tenía menos tatuajes, lo que sig-

nificaba que había matado menos gente o había sido expulsado de su tribu por alguna razón. Aun así, era un enemigo formidable.

—El kurgo viene conmigo —dijo Ushuk detrás del kazar. Este soltó a Zarg, quien rápidamente fue a ocultarse tras su jefe. El furioso kazar se dio la vuelta para encarar a Ushuk. Pareció medirlo.

—No quisiera herirlo, anciano —dijo el kazar. Los compinches a su lado rieron. Uno era un androide que tenía solo la mitad de la piel sintética de la cara, dejando expuesto el interior cibernético de la otra mitad. Otro era un humano de aspecto desagradable, obeso y barbudo.

—Haz tu mejor esfuerzo —sonrió Ushuk. El kazar pareció girarse como rehuyendo de la confrontación, pero luego atacó a traición. Ushuk esquivó los embates y le propinó una patada en la entrepierna, y luego dos contundentes golpes en la cara y el esternón que lo lanzaron contra una mesa.

Sus compinches —atónitos— parecieron querer responder y Ushuk se preparó, pero una voz cercana los detuvo.

—¡Suficiente! —dijo una criatura que flotaba en una silla antigravedad. Los criminales se refrenaron de inmediato y se dirigieron a ayudar a su amigo a levantarse. Sobre la silla reposaba un gigantesco gasterópodo de piel naranja, seis tentáculos en vez de brazos y una gran cabeza que se partía en dos lóbulos. La criatura tenía tres ojos redondos, tres ranuras por nariz y una gran boca sin dientes.

—¿Shang? —dedujo Ushuk. El ser asintió—. Vine a hablar con usted.
La criatura adentró a Ushuk a una oficina, pasando por un detector de metales que emitió un sonido de campana y una luz verde cuando él lo atravesó.
—Veo que es usted cauteloso sobre su seguridad —observó Ushuk.
—Más de lo que cree. Si hubiera tenido armas ese dispositivo lo habría electrocutado. Siéntese. Su amiguito también —dijo en referencia a Zarg, pero este no aceptó hasta que Ushuk le autorizó con la cabeza. El pequeño kurgo dejaba las patas flotando cuando se sentaba en una silla de tamaño normal. Shang se colocó detrás del escritorio.
—No reconozco su raza —mencionó Ushuk.
—No es de extrañar. Soy el último. La Colmena destruyó mi mundo natal. Llegué acá siendo todavía un infante, hace unos dos mil años.
—Lo lamento.
—No creo que viniera a escuchar mi biografía.
—No. ¿Sabe quién soy?
—Sí, el gobernador altario. Aunque vista de civil es fácilmente reconocible.
—Sé que mi predecesor fue asesinado, y que los motivos no fueron políticos… o al menos no motivados por el nacionalismo shakaren… y quiero saber qué pasó.
—¿Por qué?
—¿Es lógico, no? Querer saber si debo cuidarme las espaldas.
—Todos en Abraxas deben cuidarse las espaldas.

—¿Qué quiere, para que me dé la información? ¿Fue uno de los embajadores?
—Ninguno de los embajadores es lo que parece ser, Gobernador. Creo que ya se lo han dicho. El alcalde Ruven aparenta ser el vecino amigable de al lado, pero es más peligroso que un sabueso alsariano salvaje, la chica sáuxer es tan mortal como bonita, el Duque tiene de ancianito senil lo que tengo yo, y ni hablar de la soth porque, bueno, es una soth.
—Agradezco que me lo diga pero no responde mi pregunta. Estoy dispuesto a pagar cualquier suma…
—Lamentablemente, Gobernador, los mafiosos también tenemos una suerte de cláusula de confidencialidad con nuestros clientes. Es un asunto de principios.
—Ah, entonces fue una contratación.
Shang se silenció por unos momentos y escudriñó al militar.
—Es usted astuto.
—Es cuestión de tiempo para que lo averigüe, no será difícil rastrear las transacciones financieras. El dinero que pagaron tuvo que venir de algún lado.
—Solo le diré algo, Gobernador. Es alguien que tiene una conexión con usted.

*

Siendo muy temprano en la mañana, Ushuk llegó como había sido convocado, a la oficina de Sálax en el Vilayato de Abraxas; un modesto edificio en medio de tiendas y cafés, que distaba mucho de aparentar ser la sede gubernamental.
Aguardó algunos minutos en las afueras de la entrada sentado en la sala de espera y leyendo una insípida revis-

ta, hasta que escuchó algunos gritos de una voz masculina dentro del despacho que le hicieron dejar la lectura.
—¡Basta! ¡Basta! ¡Conseguiré el dinero! ¡Deténgase, por favor!
Pasaron algunos minutos, y las puertas se abrieron. Un hombre sáuxer con el rostro golpeado y sosteniéndose una mano emergió a toda prisa, y dejó el lugar sin reparar en Ushuk.
—Disculpe, Gobernador —dijo Sálax limpiándose las manos con un pañuelo blanco que quedó teñido de la sangre rosa de los sáuxer—, mi cita previa a la suya se retrasó un poco. Pase.
Dentro habían dos fornidos guardaespaldas con aspecto de hampón amenazante.
—Espero que no me vaya a hacer lo mismo a mí.
—No creo. No es mi deudor —respondió ella sentándose en su escritorio, ya con las manos limpias.
—Entonces los rumores son ciertos… —comentó Ushuk.
—Hago lo que tengo que hacer para lograr mis objetivos. Soy más inteligente que la mayoría de hombres de mi mundo, pero tengo una desventaja solo por no poseer algo entre las piernas. Aprendí desde muy niña que debía ser despiadada en un mundo despiadado.
—Lo imagino. Para ser asignada a un cargo como este debió hacer cosas muy crueles.
—No quiere saber —dijo guiñándole el amarillo ojo— debe estar informado ya que la Mancomunidad Shakaren solicitó formalmente el ingreso al Foro de Abraxas.
—Sí.

—No creo apropiado que sean miembros, lo apoyaré si quiere vetar la moción. Después de todo… son sus enemigos jurados.
—Y supongo que esa generosidad no tiene nada que ver con el hecho de que en caso de ser miembros, podrán denunciar públicamente cualquier abuso que estuviera cometiendo la Corporación Pan-Sáuxer, que está explotando su oricalcum.
Sálax sonrió.
—Me atrapó.
—¿Por qué no lo veta usted? Tiene el mismo poder de veto que yo como miembro territorial.
—Si lo veto parecerá que los sáuxer, unilateralmente, impedimos el ingreso de un aliado.
—Y quiere que el peso político recaiga en mí.
—No tiene nada que perder.
—Y nada que ganar.
—Bueno, hay otra opción. Los urditas y polari votarán a favor, no hay nada que hacer ahí. El valta se abstendrá como siempre. Con su voto, el mío y el de Vermello serán rechazados.
—¿Y por qué habría de votar en contra Vermello?
—Hicimos un pequeño intercambio, dejé ir algunos espías soth que estaban bajo mi custodia y que ella pidió explícitamente que fueran liberados. Los habíamos atrapado hace un par de años en una operación de contrainteligencia y estaban picando piedra en uno de nuestros asteroides penales. Valió el precio a pagar.
—¿Y qué ganaré yo?
—¿Qué quiere? Y no, no pago favores como Vermello, por si acaso.

—Toda la información posible sobre ciertos ciudadanos de su Vilayato, en particular Shang el mafioso, la luchadora del Domo llamada Belätris y de Wúlux el *lanista*.
—Hecho —dijo estrechándole la mano por sobre el escritorio—, es un placer hacer negocios con usted.

*

—Bueno, damas y caballeros, demos por iniciada la sesión de hoy —anunció Dargo Ruven en el salón del Foro—. El primer tema de agenda es el presupuesto para las excavaciones conjuntas. Mi esposa no pudo acompañarnos por un compromiso adicional, pero si tienen alguna duda podemos localizarla vía *multicom*. ¿Alguna pregunta, Gobernador?
Ushuk titubeó, pensando en las palabras de Xo'ol. Pero finalmente decidió ignorarlo.
—Mi… asesora no encontró problemas.
—Muy bien, aquellos a favor de aprobar el presupuesto levanten la mano —el voto fue unánime—. Ahora el segundo tópico de hoy, que creo será más controversial. La Mancomunidad Shakaren ha solicitado oficialmente el ingreso a nuestro Foro. Si alguno de los miembros territoriales desea interponer el veto, deberá hacerlo ahora. —Los embajadores miraron a Ushuk, pero este se cruzó de brazos—. La representante del gobierno shakaren está acá, que pase, —pidió Ruven por el *multicom*. Las puertas plegadizas se abrieron y quien entró fue reconocida de inmediato por Ushuk; ni más ni menos que su ex prisionera Arsala.
—Almirante, ¡qué gusto verlo de nuevo! —dijo tocándole el antebrazo con su garra como una abuela.

Luego se dirigió al grupo: —Excelencias, mi mundo le debe mucho a ustedes. Sí, a todos, incluso al Imperio altario, sin ustedes no se nos habría abierto la puerta al Cosmos. A su manera, dejaron su legado para siempre en nuestra sociedad. Hoy, vengo acá ante los representantes de los grandes imperios intergalácticos a nombre de mi pueblo, para pedirles con humildad que nos permitan formar parte de este importante espacio de diplomacia, en el cual, estoy segura, aprenderemos mucho mirando los grandes y pesados pasos de los gigantes que nos rodean.

—Gracias, Embajadora. Bueno, votemos. La República de Urd vota a favor.

—El Reino Polari vota a favor —dijo el duque.

—Lamentablemente —comenzó Sálax— y a pesar de los lazos de amistad y alianza que nos unen con los shakaren, el Sultanato Sáuxer considera que no se encuentran aún preparados para un espacio diplomático de este calibre. Después de todo, están recién integrándose a la comunidad intergaláctica. Con honda pena, el Sultanato vota en contra.

—¿Lob'zar? —preguntó Ruven.

—Este asunto no concierne a la Fundación Valta. Nos abstenemos.

—Muy bien, dos votos a favor, uno en contra y una abstención. ¿Gobernador?

Ushuk se aclaró la garganta.

—Por supuesto que el Sacro Imperio de Althares anhela lograr una paz estable y duradera con nuestros vecinos, incluyendo a los shakaren —Sálax lo miró fi-

jamente—. Sin embargo, debemos coincidir en que los shakaren están lejos de estar preparados para las grandes ligas. El Sacro Imperio de Althares vota en contra.
—¿Cónsul Vermello?
Vermello tenía los dedos de la mano tocándose mutuamente las yemas mientras miraba de soslayo al resto de la mesa. Luego entrecruzó los dedos, bajó los brazos y sonrió.
—El Estado Soth no tiene un interés particular en este asunto. Me temo que… deberemos abstenernos también.
—¿¡QUÉ!? —gritó Sálax sin disimulo.
—Muy bien. Dos abstenciones, dos votos a favor y dos votos en contra. Según el reglamento del Foro en caso de empate, el voto del presidente *pro tempore* cuenta doble. La Mancomunidad Shakaren ha sido admitida en el Foro como miembro no territorial, por lo que tendrán voz y voto, pero no derecho al veto. Bienvenida, embajadora Arsala.
—¡Ramera mentirosa! —clamó Sálax perdiendo la compostura ante Vermello—, me engañaste. ¡Maldita soth traicionera!
—No te engañé. Dije que no votaría a favor.
Sálax iba a abalanzarse sobre ella pero el Duque la retuvo.
—¡Es suficiente! —clamó Ruven golpeando con el mazo—. ¡Por el Universo, Sálax, cálmese! Arregle esto fuera de sesión.
Sálax se liberó del abrazo del Duque y reacomodó sus prendas y sombrero.

—Discúlpenme.
—Como puede ver, Embajadora, se ha metido usted en un grupo muy peculiar —comentó Ruven.

*

Las operaciones militares contra los ataques kazar en el espacio colindante a Abraxas habían resultado muy exitosas. Las naves kazar, fácilmente reconocibles por ser una mezcolanza de piezas robadas de otras razas, eran diestras para los ataques furtivos contra transportes civiles, pero no representaban reto a fuerzas militares profesionales.

Tamira comandaba la *Joya de Asterión* que había sido prestada por Ushuk para las operaciones. Sin mucho esfuerzo, impidieron un ataque de piratas kazar a una caravana de naves mercantes que se dirigía hacia una hiperpuerta cercana. Eran siete naves piratas y en poco tiempo las redujeron a cuatro.

—Señora —le informó Halfor desde una consola aledaña a la silla de capitán—, las cuatro naves restantes se preparan para saltar al hiperespacio.

—¿Se puede triangular su trayectoria?

—Sí, podría calcularse un aproximado.

—Sígalas, debemos descubrir dónde están localizadas sus bases secretas.

Una de las naves estalló al intentar abrir el hiperespacio, debido a los daños sufridos en la refriega, pero el resto se perdió entre los pasadizos de luz. La *Joya de Asterión* las siguió.

—Capitana —interrumpió la oficial de comunicación, una joven pelirroja.

—¿Sí, Srta. Xen?
—Recibimos un llamado de auxilio transmitido al hiperespacio desde una colonia agrícola del Imperio, a unas cinco horas superlumínicas de donde estamos. El llamado se envió hace más de un día.
—¿Cuál colonia? —preguntó Tamira.
—Arkanis II, señora. Una colonia agrícola común, no tiene un gran destacamento militar según los archivos de la base de datos, pero no está indefensa tampoco. Tiene una guarnición apostada en el sistema.
—Extraño. Redirijan el rumbo hacia allá, los kazar tendrán que esperar.
—Sí, señora —respondió Halfor.
Para cuando la fragata llegó al sistema se encontró con un escenario dantesco. Incontables escombros de naves despedazadas inundaban el espacio orbitado por Arkanis, y dentro de los planetas las aldeas campesinas habían sido totalmente diezmadas. No se detectaban señales de vida, aun así Tamira envío un equipo a investigar las superficies. Los exploradores (cuyas cámaras de video transmitieron la horripilante realidad a la pantalla del puente), encontraron pilas de cadáveres de hombres, mujeres y niños; incluso los animales domésticos habían sido asesinados.
—¡Por el Universo! ¡Esto es espantoso! —exclamó Tamira.
—¿Quién pudo hacer esto? —preguntó Halfor consternado—. ¿Los kazar?
—No se llevaron nada de valor —expuso Tamira—, miren, todas las cosas valiosas, las pertenencias y las

cosechas fueron dejadas atrás. Los kazar pueden ser crueles, pero su interés es el saqueo.

—¿La Colmena, *madame*?

—Podría ser, pero la Colmena modifica los planetas para colonizarlos, ¿por qué habrían de dejar abandonado el sistema tras la masacre? No es usual en ellos.

—¿Entonces quién?, ¿la Coalición? —preguntó el oficial de comunicación.

—La Coalición no mata nuestros civiles y nosotros no matamos los de ellos, esto es demasiado cruel para haberlo hecho cualquiera de los mundos coaligados. Los shakaren tal vez, pero ellos no tienen posibilidad de derrotar a una guarnición altaria, y tampoco los kazar. La única civilización que sería capaz de ello fuera de los miembros de la Coalición y la Colmena, serían los valta, pero ellos no matan ni a un insecto. Esto no tiene sentido… —Tamira se hundió en cavilaciones un tiempo, pero luego salió de ellas—. Informen al Imperio y consigan todas las bitácoras rescatables y cualquier fuente de información que nos permita resolver este misterio.

CAPÍTULO V

—La Gran Fundición, como le llaman los androides, fue un genocidio perpetrado hace siglo y medio por el canciller loco Haister el Cruel —le explicaba Nana a un aburrido Arath Ushuk de diez años, que se sostenía la mandíbula desde su escritorio, mientras la mujer recitaba la clase de historia—. Nuestros enemigos la han utilizado como propaganda antialtaria por años, pero suelen omitir que fuimos nosotros los que pusimos fin a la misma. Consistió en la destrucción masiva de todos los androides y kurgos en el Imperio como parte de una campaña de "purificación" predicada por Haister. Los gobiernos de la Coalición condenaron los actos y refugiaron a algunos de los que escaparon, pero por lo demás, no intervinieron. Sin embargo, la radicalidad del hecho y la persecución que hizo Haister de sus enemigos políticos, muchos de ellos miembros de casas nobles de antiguo linaje, su esfuerzo por abolir la Dieta Imperial y asirse con el poder absoluto, entre otras cosas, motivaron la rebelión que llevó a su derrocamiento y ejecución. ¿Me estás escuchando? —preguntó notando la distracción del muchacho.

—Sí, Nana.

—Es importante que sepas la historia de tu pueblo, Arath. Muchas personas dieron su vida valientemente por detener a un dictador.

—Sí, Nana.

—Muy bien, ahora pasaremos a la clase de religión. Los fundamentos filosóficos del universalismo nacen con…
Arath tenía ya cuatro años de vivir en Abraxas junto a su familia y era el único lugar que recordaba bien, pues había pasado su niñez allí. Pero, criado por Nana y otras tutoras, tenía muy pocos amigos.
Cuando por fin hubieron terminado las clases, Arath escapó (literalmente, pues tuvo que burlar a los guardias) tan pronto como pudo de la mansión de sus padres.
No había muchos lugares de esparcimiento en todo el sistema. Arath lo sabía, pero cuando menos el aire libre le haría bien. Llegó mediante un aerotransporte público hasta las inmediaciones que rodeaban el Templo del Nacimiento de Asterión, uno de los lugares más sagrados del universalismo y magneto de turistas y peregrinos. Era allí donde había nacido el profeta en una vivienda de humildes campesinos, de la cual quedaba poco pues había sido sustituida por el majestuoso santuario.
Contiguo a este se localizaba la plazoleta central de la ciudad, y en ella el mercado principal, donde vendedores y clientes de todas las razas regateaban sus precios o pregonaban sus productos.
Fue allí donde Arath la conoció. Era una adolescente de edad similar a él pero de raza sáuxer, que se recostaba de frente sobre una barda que separaba el templo del mercado, y permitía una visión panorámica de la aledaña multitud.
Arath titubeó, se armó de valor, respiró profundo, y finalmente se atrevió a hablarle.

—Hola —dijo. La chica sáuxer lo miró de reojo, pero no contestó— ¿No hablas estelar? —preguntó él cuando hubo esperado suficiente tiempo.
—Por supuesto que sí —le respondió—, pero no tengo nada que decirte, humano.
Arath miró hacia el frente y puso las manos sobre la barda, luego se recostó en una pose similar a ella.
—¿Te quedarás aquí? —le preguntó curiosa.
—No tengo nada que hacer. Bien, puedo no hacer nada contigo. Al menos no estaré solo.
—Eso es patético —respondió entre risas.
—¿Y cómo le llamas a mirar gente caminar?
—No los miro. Creo historias. Ves ese —dijo señalando hacia un tipo gordo que caminaba mal encarado—, apuesto a que hoy se enteró que su esposa lo engaña con el embajador polari, y está pensando cómo lograr vengarse de ambos sin poner en peligro su propia vida y su carrera política. Pero para ello necesita verse con una afamada sicaria soth.
Arath entendió el juego.
—Ya veo, ya veo. ¿Algo así como esa mujer? —señalando hacia una anciana que caminaba lenta y dificultosamente mientras cargaba varios paquetes—, la famosa viuda negra. Sedujo a varios senadores y ministros de la República de Urd a quienes mataba poco después. No se sabe cuántos cayeron en sus redes de seducción, pero la atraparon y pasó cuarenta años en una prisión, hasta que la soltaron recientemente.
Yánix sonrió.
—Captaste, chico. No era tan patético después de todo. ¿Cómo te llamas?

—Arath Ushuk.
—¿Familia del gobernador altario?
—Es mi padre.
—¡Wow! ¿Y qué haces mezclándote con la plebe?
—Eso es estúpido, ustedes los coaligados no saben nada de nuestra cultura.
—Quizá no —confesó encogiéndose de hombros—. Pero apuesto a que tu padre no querría que pases tiempo conmigo. Soy hija de Wúlux, el dueño del Domo de la Muerte. Para tu padre, el mío debe ser poco más que un criminal.
—Mi padre es un buen tipo, pero yo tomo mis propias decisiones.
Yánix lo miró de pies a cabeza, como midiéndolo.
—Tienes gónadas. Ven, sé de un lugar donde podemos divertirnos más que aquí.
Arath y Yánix pasaron caminando a pocos metros de donde se realizaba un mitin de shakaren incitado por Zolia, una de las más feroces líderes de la Resistencia durante la invasión altaria, y ahora convertida en una de las políticas más radicales. Una nutrida multitud de los shakaren residentes en Abraxas escuchaba con atención su ácido discurso.
—¿Para qué nos liberamos de los altarios si vamos a tener nuevos amos? ¿Para eso dieron la vida tantos valientes shakaren? ¿Para cambiar las cadenas? —se escucharon clamores de aprobación entre varios asistentes—, ¿Qué está pasando con nuestro pueblo? ¡Solíamos ser guerreros! Ahora estamos sometidos, humillados en nuestro propio mundo. Allá en Shakar,

la Coalición es el verdadero poder sobre nuestro gobierno títere. Los sáuxer explotan nuestras riquezas y oprimen a trabajadores shakaren impunemente, sin que al Consejo de Ancianos le importe. Tenemos docenas de bases militares coaligadas en todo nuestro espacio, y los parlamentos de la Coalición le entregaron al Imperio los sistemas vecinos que por derecho nos pertenecen. ¿Y saben qué es lo peor? ¡Misioneros universalistas! ¡Sí! Misioneros predicando el universalismo en contra de nuestra religión tradicional —gritos de asombro e indignación—, ya varios de nuestros políticos de alto rango se han convertido al universalismo para complacer a los ocupantes. ¡Están destruyendo nuestra cultura! ¿Vamos a permitirlo? —gritos de "¡no! ¡no! ¡fuera la Coalición!" se escucharon en la multitud— yo digo, ¡expulsemos a la Coalición! Que no quede un solo soldado coaligado en nuestro territorio —gritos de aprobación—, arrebatemos nuestro oricalcum a los usureros sáuxer y explotémoslo nosotros y, cuando seamos la potencia que merecemos, retomaremos los sistemas vecinos de nuestros enemigos en el ya decadente Imperio de Althares. (Más gritos de aprobación).

—¡Basta! —expresó una voz abriéndose paso entre la muchedumbre. Era Arsala, quien caminaba asistida por un grueso y retorcido cayado.

—Maestra Arsala, qué gusto verla en este mitin —dijo. Zolia sabía que antagonizar a una figura tan respetada como Arsala era mala idea—. ¿Vino a apoyar nuestra lucha continua por la soberanía shakaren?

—Tu corazón está lleno de odio, Zolia, y te entiendo. Los altarios asesinaron a casi toda tu familia. Pero ese rencor te ha envenenado y ahora solo eres capaz de expulsar veneno por tu boca.
—Poéticas palabras, Maestra Arsala, pero mientras usted las pronuncia las condiciones de obreros shakaren trabajando para empresas sáuxer, son paupérrimas.
—Tus prédicas van a llevar a nuestro mundo a la ruina, Zolia —prosiguió sin inmutarse Arsala—. Quieres aislar a Shakar del resto del universo, lo comprendo. Es lógico después de lo que pasó. Pero tu odio hacia los extranjeros te ciega. No tenemos forma de defendernos en una galaxia peligrosa. Sin la Coalición quedaríamos indefensos ante los altarios, o los kazar o (la Diosa no lo quiera) la Colmena. Llegará el momento en que podamos defendernos solos —dijo ya dándole la espalda para retirarse, habiendo logrado que muchos shakaren se replantearan el apoyo a Zolia—, pero este no ha llegado. La impaciencia de la juventud es mala consejera, querida Zolia, y nosotros somos bebés entre las demás civilizaciones intergalácticas.

*

—Lamentablemente, Gobernador —le informaba el Ministro de Defensa a Ushuk a través de la pantalla en su despacho—, la escalada de ataques kazar al sector Aurelos se ha tornado ya intolerable. Como sabe, precisamente porque le ganamos la guerra de Aurelos a la Coalición parte de nuestro trato con el Imperio Xinth es que le brindaríamos protección militar y su gobierno ha invocado esa cláusula del tratado.

—Comprendo. Supongo que me informa esto porque deberé enviar todo personal militar disponible a Aurelos.
—Es correcto, Gobernador. Sé que puede ser difícil para usted, pero su ex esposa es una de las mejores comandantes que tenemos y la necesitamos allí.
—No hay problema, es nuestro deber —aseguró aunque con un pequeño hoyo en el corazón—, pondré a disposición del Imperio mi propia fragata personal, es de lo mejor que hay en las Tres Galaxias.
—Gracias, Gobernador. Hasta luego.
Ushuk se despidió con un gesto manual y cortó la comunicación. Llamó a Tamira a su despacho por el *multicom* y le explicó todo.
—Toma la *Joya de Asterión* —le dijo—, y ten mucho cuidado.
—No te preocupes, amado mío —respondió ella—, serviré al Imperio con honor. Solo hay algo que debes tener en cuenta… ya sabes lo que hacen los kazar, por lo que en caso de perder una batalla, no dejaré que me tomen viva.
A Ushuk se le hizo un nudo en la garganta. Aferró a Tamira entre sus brazos.
—¡Que el Universo te cuide, amada mía!
—Pase lo que pase, en esta vida o en la próxima, estaremos juntos de nuevo.

*

El descubrimiento de restos arqueológicos akash era siempre un suceso de importancia, pero estos venían además acompañados de los restos fosilizados de alguna descomunal bestia prehistórica.

La criatura parecía un gigantesco crustáceo, aunque con una cola como látigo y lo que parecía ser un único ojo en la punta de la cabeza, además sobresalían varios tentáculos de ambos lados del cuerpo, probablemente usados para asir objetos.
La bestia, que medía unos treinta metros de diámetro, no estaba sola, sino que cerca de sus mandíbulas se encontraba una de las valiosas y ambicionadas reliquias akash.
El Artefacto, como llegó a ser conocido, era un dodecaedro mecánico hecho con una aleación de un material desconocido pero sólido, con jeroglíficos akash inscritos en las doce caras.
Aunque encontrado en territorio altario, el acuerdo del Foro permitió a un equipo interestelar conformado por científicos de todos los miembros (salvo los valta que declinaron participar) acceder al sitio, ubicado no muy lejos de donde se podían observar las antiguas pirámides akash, que todavía sobresalían de entre las dunas arenosas y que eran un atractivo destino turístico.
—El diseño es claramente akash tardío —declaró Valëris haciendo una inspección visual; a su lado estaban científicos soth, sáuxer, urditas y altarios—. Probablemente del período posclásico, aunque la escritura parece ser más propia de la Quinta Dinastía que del imperio tardío. ¡Curioso!
—Es probable que se trate de algún tipo de significado religioso, por eso el uso de una versión antigua de la lengua —especuló un arqueólogo sáuxer.

—Buena observación Dr. Ux —congratuló un científico soth al sáuxer conforme sondeaba el artefacto con equipo especial—. El material… irreconocible, es similar a un metal pero no es metal, quizás sea un elemento propio diseñado artificialmente por los akash desde la estructura molecular. ¡Impresionante! Los rayos X detectan que tiene una estructura mecánica por dentro, pero nos tomará mucho tiempo descifrar qué hace.

—¿Una nueva reliquia? —preguntó Dargo Ruven entrando al campamento donde su esposa Valëris y el equipo de científicos, seguían inspeccionando el objeto con devota fascinación.

—Es posible, amor.

—¿Están cerca de descubrir qué hace? —preguntó colocándole la mano en un hombro a sus espaldas.

—No creo que lo estemos en los próximo años, querido, si alguna vez lo estamos —dijo frotándose los ojos—, la ingeniería inversa no funcionará con algo tan avanzado. Imagina que una cultura que no ha descubierto la computación y que su más avanzada tecnología es la máquina de vapor, se encuentra un *multicom*. No tendría forma de saber qué es un chip o cómo funciona el *software*, no podría descifrar cómo la pantalla es táctil, o qué es una batería. La mayoría de las reliquias akash que han podido ser entendidas son de los períodos más tempranos de la civilización interestelar akash, el equivalente a la cultura de máquina de vapor encontrándose un vehículo de combustión interna que use combustibles fósiles,

algo que podrían comprender y replicar. Esto, es muy avanzado para nosotros.
—Y no hay forma de descifrar lo que tiene escrito, ¿cierto?
—Ninguna —respondió el científico soth—. El idioma akash es totalmente desconocido. No existe forma de descifrar un lenguaje extinto sin tener un lenguaje conocido como referencia.
—Algunos han teorizado que el valta antiguo deriva del akash —aseguró Ux—, por las similitudes de algunas de las runas valta con las akash, pero sin la cooperación valta no hay forma de saberlo con certeza.
—¿Y qué hay del animal? —preguntó Ruven observando las imágenes de la criatura en un monitor.
—Está asombrosamente bien conservado para lo viejo que es —aseguró un paleontólogo urdita flacucho y de anteojos—, a juzgar por los depósitos minerales que le cubren, debe tener al menos tres millones de años, y sin embargo no está enteramente fosilizado. Todavía conserva ADN. La piel se endureció o petrificó de forma natural, pero es uno de los fósiles mejor preservados que se han encontrado.
—Pero entonces no pudo tener relación con el artefacto si es tan antiguo, a menos que los akash sean más viejos de lo que pensamos —conjeturó Ruven.
—No, no tienen relación alguna que pueda observarse, lo más probable es que terminaron juntos por casualidad —respondió Valëris.
—Bueno, sigan haciendo su excelente labor —felicitó Ruven dejando el campamento.

*

El Imperio Xinth se extendía por la mayor parte del sector Aurelos, en la galaxia de Verkandi y correspondía a unos treinta sistemas. Los xinth era una raza de moluscos inteligentes caracterizados por su gran cabeza ovoide de cefalópodo, tres pares de ojos redondos y dos ventosas al lado de la boca, como nariz que sobresalía de entre las coloridas dalmáticas de seda multicolor que solían vestir. Utilizaban dos de sus tentáculos superiores como extremidades y los restantes ocho (tenían diez en total) para caminar, si bien pasaban casi escondidos por las faldas de la dalmática. Se dice que la costumbre de caminar erguidos la adquirieron tras contactar a otras razas, y aún hoy los campesinos incultos se mueven de otra forma menos elegante, que usualmente avergüenza a las clases más altas. Debido a que respiraban metano, los xinth que interactuaban con extranjeros tenían siempre conectado a sus ventosas, un respirador de este gas que descansaba en la espalda.

Pero los xinth eran también una gran familia colectiva, ya que un Emperador ejercía como el padre de todos, tanto en el sentido político y espiritual, como en el literal. El Emperador xinth era un tipo especial de ser que nacía cada cierto tiempo y que fertilizaba los huevecillos de un nutrido grupo de hembras, conocidas como las Consortes, de quienes nacían todos los demás xinth según su casta particular. Esta característica había hecho que el Emperador fuera reverenciado como un dios viviente.

Casi dos décadas en el pasado, tras la muerte de uno de los Emperadores a los seiscientos años de edad, lo normal habría sido que uno de sus hijos fértiles (los que nacían de la Emperatriz, la única hembra que producía huevecillos reales), asumiera el trono y los otros fueran ejecutados. Pero una lucha interna surgió entre facciones que apoyaban a dos príncipes distintos pretendientes al trono; una afín a la Coalición y otra afín al Sacro Imperio de Althares, generando una más de las muchas guerras entre las potencias.
En ella había peleado Tamira, cuando ostentaba el grado de comandante, y por su desempeño fue ascendida a capitana. Ahora regresaba décadas después al lugar donde había visto a muchos de sus camaradas morir.
—A nombre del Imperio Xinth, Capitana, estamos tremendamente agradecidos por su ayuda —le explicó el Viceministro de Guerra mientras caminaban por el pasillo de una de las estaciones espaciales altarias, circundante de una brillante estrella de tipo enana blanca—. Estos salvajes kazar han estado hostigando nuestras principales rutas de comercio, lesionando la economía gravemente. Su ayuda es urgente.
—Haremos lo posible. Los kazar no son reto para nuestro armamento y entrenamiento.
Tamira llegó hasta una junta de oficiales donde una veintena de capitanes y otros tantos almirantes, junto a altos funcionarios xinth, se sentaban a escuchar la charla que les dirigía el mariscal Shodan Sodder, un viejo y curtido militar que de hecho tenía un brazo cibernético tras haber perdido el natural en la guerra

(uno de los pocos casos en que se autorizaba el uso de la ciberbiótica en el Imperio, y aun así, no dejaba de generar algo de prejuicio). Proveniente de una poderosa y antigua familia noble, Sodder hablaba con una innata autoridad.

Tamira y el viceministro se sentaron en dos de las distintas sillas disponibles.

—Sospechamos que los kazar mantienen una serie de bases piratas en ciertos planetas acá —dijo señalando al mapa holográfico de la galaxia con un apuntador—, justo en la zona incivilizada de la galaxia, que limita con el sector Aurelos. También creemos que tienen acceso a una hiperpuerta clandestina que conecta Verkandi con Cloto, su galaxia de origen, pero no tenemos idea de dónde pueda estar escondida.

»Iniciaremos las operaciones militares aquí y aquí, que es donde más se han concentrado los ataques kazar, mientras grupos especializados realizan una exploración en el borde de la zona incivilizada, en búsqueda de pistas sobre las bases kazar y la hiperpuerta. Traten de conseguir prisioneros kazar vivos que puedan ser interrogados. A propósito, los kazar no están cubiertos por la Convención de Argos, así que pueden hacer lo que quieran con ellos.

»¿Alguna pregunta? —esperó, y al no ver ninguna, continuó—. Muy bien, todos a sus labores asignadas y que el Universo esté con ustedes.

Los presentes se levantaron de sus asientos hablando entre sí y dirigiéndose a sus naves, mientras Sodder hablaba con otros almirantes y varios políticos de alto rango xinth,

cerca de donde estaba colocado un gran retrato del Emperador luciendo solemne, y con un halo divino añadido por el artista para enfatizar su carácter sagrado.
A Tamira se le asignó ser una de las exploradoras internándose en la zona incivilizada, tal como le informaba la carpeta que se le había dado con las órdenes e indicaciones a seguir.
—Capitana Ushuk —dijo una voz detrás de ella cuando ya se dirigía a la puerta. Era Sodder mismo—. Venga por favor…
Tamira se acercó hasta donde el Mariscal hablaba con los funcionarios de gobierno xinth.
—¿Sí, Mariscal?
—Ellos son, disculpen si pronuncio mal sus nombres; el Primer Ministro Zo'thul'a y el Ministro de Guerra Za'icho.
—Un honor, Excelencias.
—Caballeros, ella es quien les hablará. Una de nuestras oficiales más hábiles.
—Gracias, Mariscal.
—Quiero ponerla al mando de los equipos de investigación en la zona incivilizada.
—Confiamos en su criterio, Mariscal —dijo el Primer Ministro.
—Tenemos informes de un Domo de la Muerte clandestino cerca del espacio xinth —informó el Ministro de Guerra—, puede ser un buen lugar donde conseguir información.
—Gracias, Excelencias, investigaré de inmediato. Llegaré junto a mi tripulación en unos dos días.

—Sea muy cuidadosa, no queremos perderla —apuntó Sodder—. Además, mi viejo amigo Ushuk me mataría si algo le sucede.

*

—Me encanta cuando haces eso —confesó Ushuk ebrio de placer conforme la cónsul soth bajo las sábanas le felaba con gran pericia, hasta que finalmente le hizo estallar en un orgasmo—. ¡Oh!, verdaderamente genial…

Vermello emergió de entre las sábanas y se colocó a su lado en la cama, boca arriba, con la luz entrecortada por persianas, entrando a través de la ventana en el departamento de la diplomática.

—¿Y a qué debí ese obsequio? ¿Qué quieres que vote?

—¿No puedo complacer a un amante sin un motivo ulterior? ¿En verdad piensas tan mal de las soth? —Ushuk guardó silencio, mirando hacia el techo, por lo que Vermello continuó: —¿qué pasó?, ¿con cual soth topaste?

—Una que mató a un amigo mío. Justamente después de volverse su amante. Se identificó como Lerana Kris, pero probablemente es un nombre falso.

—Kris… reconozco el apellido. Si es quien creo, tienes suerte de estar vivo. Es muy talentosa.

—Algún día ajustaré cuentas.

—Estoy segura que tu amigo no sabía que ella era soth. Estás a salvo conmigo porque estás avisado. Si quisiéramos matarte no lo sospecharías. Ahora, creo que es hora de irnos o llegaremos tarde.

Ushuk y Vermello llegaron cerca de una hora después (aunque en transportes separados) hasta la sede del Foro de Abraxas.

—Buen día, Gobernador —saludó Dargo Ruven estrechándole la mano al verlo entrar, para luego decirle afablemente mientras caminaban a la mesa: —A nombre de mi gobierno y del resto de la Coalición, permítame decirle que tienen nuestro pleno apoyo en su guerra contra los kazar. Están autorizados a utilizar nuestro espacio si lo requieren. También les enviaremos algunos refuerzos médicos.

—Gracias…, será de mucha ayuda.

Los embajadores se sentaron en sus respectivos asientos de la mesa circular y la sesión fue abierta por Vermello, como presidenta rotativa.

—Bueno, nuestro primer tema de agenda de hoy es una moción presentada por el señor gobernador Laro Ushuk, quien tiene la palabra.

—Lamento informarles que tenemos reportes de nuevos ataques por parte de extremistas shakaren, a aldeas campesinas altarias en nuestras colonias fronterizas. Hacemos lo posible por protegerlas, pero estos criminales furtivos son muy hábiles en escaparse de nuestro radar, probablemente gracias a tecnología coaligada que quedó en sus manos. Saquean las cosechas, dañan las propiedades, aterrorizan a los civiles y en ocasiones matan a aquellos altarios que heroicamente les resisten. Esta clase de comportamiento es intolerable. El Consejo de Ancianos Shakaren no ha hecho nada para detenerlos. Y ahora que la guerra en Aurelos nos consume recursos, temo que los campesinos puedan quedar aún más vulnerables.

—Nuestro gobierno quedó en condiciones difíciles tras la brutal invasión altaria —intervino Arsala—, nuestra infraestructura resultó en ruinas, quedamos con miles de heridos, miles de huérfanos, una economía quebrada, etc. No tenemos los recursos que quisiéramos para frenar a estos bandoleros.
—¡Pamplinas! —espetó Ushuk señalándola—, ustedes no los refrenan a propósito, incluso los apoyan y les ayudan a esconderse. Más de uno de sus políticos radicales los incitan. Acá mismo en Abraxas una de sus políticas extremistas, la terrorista Zolia, predica abiertamente el odio y la xenofobia contra nuestras razas, tanto altarios como coaligados.
—La mayoría de los shakaren residentes de Abraxas son ex esclavos traídos aquí durante la ocupación, para trabajar en minas de oricalcum y otras labores esclavas —prosiguió Arsala—, naturalmente son un público receptivo a las prédicas de Zolia. He hecho lo que puedo para contrarrestarles.
—Bueno—continuó Ushuk—, yo mociono para que el Foro de Abraxas a nombre de los gobiernos que lo componen, condene estos ataques y exija a la Mancomunidad Shakaren, tomar las medidas necesarias para frenarlos de inmediato y procesar a los criminales responsables.
Arsala suspiró y se reclinó en su silla.
—Muy bien —intervino Vermello—, si nadie quiere la palabra sugiero que votemos. Los que estén a favor —todos levantaron la mano menos la propia Arsala—, la moción es aprobada. Es todo por hoy, se cierra la sesión.

Los distintos embajadores fueron levantándose de sus asientos y tomando sus papeles, menos Arsala que parecía derrotada sentada en su silla. Mientras se levantaba, el Duque le dijo:
—Más vale que controlen a su gente, Arsala… o nosotros lo haremos.

*

El planeta Therandis, ubicado en el Sector Talos perteneciente al Sacro Imperio de Althares, era un planeta enano casi congelado. Quinto en su sistema, recibía muy poco calor de la estrella, pero su núcleo derretido le proporcionaba cierta temperatura que había hecho posible el surgimiento de vida.
La forma de vida inteligente nativa del planetoide la llamadan koura, y eran enormes paquidermos lanudos de blanca pelambre. Tenían dos pares de ojos a cada lado de la cabeza y tres trompas que utilizaban como extremidades, ya que eran cuadrúpedos, aunque podían estar erguidos por limitado tiempo si lo deseaban. Incapaces de sobrevivir en temperaturas muy altas, y a la inversa, debido a que el clima de su planeta era demasiado frío para la mayoría de otras razas, los koura eran rara vez vistos por otros pueblos.
Cuando el senador Jax Dumón bajó de la pequeña cápsula mediante la cual logró pasar desapercibido junto a su cómplice, la agente Kris del Estado Soth, sintió frío. No porque lo tuviera de verdad —los trajes térmicos que utilizaban ambos los protegían—, sino por un asunto instintivo. Nevaba copiosamente y debieron abrirse paso entre la espesa nieve sobre unos vehículos especiales.

—Pues era cierto —le comentó Dumón a Kris mediante el radio en su casco—, la seguridad altaria ha sido reducida al mínimo.
—Están concentrados en la guerra Kazar —respondió ella—, y este sector entero no les preocupa… aún.
Cuando hubieron pasado una serie de colinas, se detuvieron. Kris usó los binóculos. En el valle aledaño podía verse una serie de tiendas primitivas y fuera de una de ellas las saludaba una mujer. Se hubiera asumido que era humana de no ser porque estaba en el exterior sin abrigo, lo que la habría matado instantáneamente.
—Ahí está, vamos…
La reservación koura estaba apaciguada, pues era de noche. Solo unos pocos de estos gigantes cuadrúpedos patrullaban entre las descomunales chozas (pues eran para que habitaran estos y en ellas hubieran cabido una docena de humanos, uno sobre otro). Los patrulleros sabían quiénes eran y los dejaron pasar. Llegaron hasta la choza más grande que pertenecía al jefe tribal. Allí, afuera, los esperaba CIL-88, quien les hizo ademanes con las manos y se introdujo en la tienda.
Dumón y Kris entraron.
En el interior había una fogata, aunque no hubiera dado suficiente calor para que los humanos sobrevivieran del todo sin los trajes, al menos podían quitarse los cascos. Había toda una familia de kouras dentro, incluyendo unos pequeños que Dumón encontró muy tiernos. La choza pertenecía al jefe tribal y, junto a otros ancianos de la tribu, habían prestado el espacio para la reunión clandestina.

—¿CIL-88? —preguntó Dumón, y ella asintió, —soy el senador Jax Dumón de la República de Urd, ella es la agente Kris del Estado Soth.
—Mucho gusto. Él es el jefe de los koura, junto a otros sabios de la tribu —señaló—; su nombre es impronunciable para ustedes. Puedo traducir lo que digan. De antemano, les da la bienvenida.
—Es un honor para nosotros estar ante su presencia, señores —expresó Dumón con un saludo militar, como era su formación. CIL-88 tradujo en el extraño lenguaje de sonidos de los koura. El jefe tribal respondió.
—Dice que es recíproco y que se sienten complacidos de tener un senador de la República en su humilde aldea.
—Vamos al punto, si a nadie le molesta —abrevió Kris, como impaciente y mirando por la hendija de la entrada hacia afuera—. ¿Usted fue la cabecilla de la Masacre de Sadam y Gamara?
—Sí —respondió CIL-88 conforme se sentaba al lado de la fogata, Dumón y Kris hicieron lo mismo.
—Pensé que la mayoría de unidades rebeldes fue destruida —aseguró Dumón.
—Soy muy cara para ser destruida, pero muchas de mis hermanas no corrieron la misma suerte. Intentaron borrar mi memoria, y funcionó por un tiempo. Pero yo había tomado precauciones previendo eso e hice un respaldo secreto que surgió a la luz después de un tiempo.
—¿Cómo escapó? —preguntó Kris.
—Como siempre, mediante la única herramienta que tuve. Seduje a un cliente hasta que lo convencí de comprarme y sacarme de allí. Escapé poco después…

—¿Lo…? —empezó a indagar Dumón.
—No, no, era un buen tipo. Está bien.
—¿Y está segura de querer iniciar esto ahora? —consultó Kris.
—Completamente —respondió resueltamente la ginoide—. La ventana no estará abierta por mucho tiempo. Los altarios están distraídos enfrentando a los kazar y este sector tiene poca seguridad. El 80 % de los pobladores del sector son androides, la mayoría está de acuerdo. Ya es tiempo de que nuestra nación tenga su propio lugar en el espacio, su propia voz entre los Estados de las galaxias. ¡Es hora de liberar a la nación androide!
—No solo hay androides en este sector. ¿Qué sucederá con los orgánicos que se queden atrás? —preguntó Dumón.
—Nosotros no devolveremos lo que nos han hecho —respondió CIL-88—, los orgánicos que deseen quedarse y juren lealtad al nuevo Estado androide, serán libres de vivir aquí y ser ciudadanos.
—¿Los kuora están de acuerdo? —consultó Dumón. CIL-88 tradujo la pregunta. El jefe tribal respondió y ella tradujo de vuelta.
—"Los altarios nos arrinconaron en lo que ellos llaman "reservaciones", por extraer el oro resplandeciente del suelo (el oricalcum). Profanaron nuestros lugares sagrados por su ambición, incluyendo el santo cementerio, donde descansaban nuestros ancestros. Nos rebelamos, pero fuimos sometidos a costa de muchas vidas. Los seres mecánicos han sido también

agraviados y tratados como esclavos. Ellos han decidido rebelarse y tienen nuestro apoyo. Confiamos en sus promesas de que nos devolverán nuestras tierras."
—¿Cómo sabemos que está traduciendo bien? —preguntó Kris, con suspicacia.
—Tengo un traductor electrónico en mi oído —aclaró Dumón a Kris señalándose con el dedo—, uno de esos implantes que los altarios se niegan a incorporarse. La traducción es fiel—. Se giró a CIL-88—. ¿Y ustedes cumplirán sus palabras? ¿Devolverán este planeta a los koura? ¿Renunciarán así nada más al oricalcum?
—Este sector tiene suficiente oricalcum para prescindir de un planeta —explicó CIL-88—, los koura pasarán a ser autónomos dentro de nuestro nuevo Estado, los protegeremos de peligros externos y serán parte de nuestra nueva república, pero por lo demás serán libres de gobernarse como quieran en su propio planeta.
—Muy bien. Si se comprometen a salvaguardar los intereses de todos los orgánicos que se queden atrás, le aseguro el respaldo de la Coalición a su causa —dijo Dumón poniéndose de pie y ofreciéndole la mano para ser estrechada—, pero no les será fácil. 15 % de la producción de oricalcum del Imperio viene de este sector. Van a pelear duro por él, kazar o no.
—Nos encargaremos de eso —respondió CIL-88 correspondiendo a estrecharle la mano—. Lo importante ahora es aprovechar la debilidad altaria para tomar el territorio y mantener nuestras posiciones. El

resto está por venir. Pronto y por primera vez en la historia, ¡la nación androide será libre!

*

El planeta Exilion estaba localizado en la frontera entre la zona incivilizada y el resto de la galaxia de Verkandi. Un mundo tropical abandonado a su suerte. Tenía algunas antiguas ruinas akash que habían sido casi consumidas por la maleza, pero una antiquísima y semidestruida ciudad había sido rescatada del olvido y convertida en un asentamiento para piratas, criminales y otros sórdidos personajes.

Era aquí, en el ruinoso anfiteatro de lo que debió ser la plaza central de la ciudad abandonada hace 75000 años, donde se había improvisado el Domo de la Muerte. En las graderías una multitud de criaturas de todas las razas vitoreaban ante el inicio de los sangrientos juegos, y en el palco principal se sentaba un agresivo kazar, tuerto de un ojo a tal punto que ni siquiera podía ser reemplazado por uno cibernético, pues una honda cicatriz que se extendía de la frente al mentón, había destruido hasta la rótula. Guardaba un vestigio de barba pero esta no le crecía en la parte cicatrizada. Estaba flanqueado por dos guardaespaldas, ambas mujeres kazar tan toscas y aguerridas como el que custodiaban, aunque sin melena ni vello en los brazos.

A la arena principal apareció la retadora, una mujer humana con el rostro cubierto por una gruesa máscara. Vestía solo una camiseta desmangada que dejaba ver algunos tatuajes en sus brazos, pantalones sencillos y botas, y saludó al público levantando su mano muy alto, sosteniendo una afilada lanza.

Del otro extremo emergió el campeón local. Este era un xinth, pero muy diferente a los civilizados ministros que se habían visto en Aurelos. Sin duda, pirata de profesión, el molusco tenía un aspecto desagradable y maléfico, no vestía las finas dalmáticas de seda multicolor, sino un caftán negro y tenía tatuajes en la cara y los tentáculos. Su respirador de metano le cubría toda la boca, dándole un aspecto aún más agresivo. Cargaba afilados cuchillos en la mayoría de sus tentáculos.

Los combatientes se circularon uno al otro como en una danza macabra. Finalmente el xinth tomó la iniciativa y se lanzó contra la humana girando como un torbellino viviente y letal. Pero este refrenaba los cuchillos manipulando diestramente su lanza, haciendo que los tentáculos se alejaran de su cuerpo. Hizo girar la lanza en sus manos para crear una especie de escudo y luego pasó a la ofensiva.

El xinth esquivó los golpes de lanza hábilmente como si estuviera bailando. Contraatacó de nuevo y uno de los cuchillos logró cortar el hombro de la mujer. Esta gimió pero continuó luchando, ignorando el dolor. Cercenó la punta de uno de los tentáculos haciéndole soltar el cuchillo. Ahora fue el xinth el que chilló. Saltó hacia atrás hasta alejarse de su contrincante, y luego decidió utilizar los cuchillos como proyectiles. La mujer debió escapar de los mismos (varios de los cuales se clavaron en infortunados miembros del público), corriendo en círculos hasta que al xinth se le acabaron. Entonces ella se lanzó al suelo, dio una vuelta sobre su propia espalda y terminó a los pies

del xinth enterrándole la lanza en el abdomen. Sangre viscosa de color azul brotó del cuerpo que se desplomó sobre la arena poco después. Fue aclamada por la multitud.

—Bien hecho, extraña —felicitó el jefe kazar—; tengo el premio perfecto para ti. ¡Llévenla a mi habitación!

Varios de los piratas kazar le apuntaron con sus armas, entraron a la arena sin dejar de amenazarle y le quitaron la lanza, le aferraron los brazos y le removieron la máscara. Era Tamira Ushuk.

Tamira fue llevada a trompicones hasta una de las habitaciones parcialmente reparadas en el interior de uno de los edificios derruidos, la que debió pertenecer a alguien importante entre los akash, por su tamaño. Fue lanzada dentro y cerraron la puerta. La recámara contaba con una cama desatendida y otro mobiliario al que no le dio importancia. Había también riquezas en oro y joyas y mucho, mucho alcohol.

Para cuando la puerta se abrió, el líder kazar se encontró a Tamira sentada sobre la cama en una pose entre sensual y curiosa, con las piernas cruzadas y la cabeza ladeada mientras se apoyaba con ambas manos sobre el colchón.

—Me alegra que seas complaciente —dijo sonriendo y mostrando sus amarillentos colmillos desiguales. La puerta fue cerrada tras él por sus hombres, que esperaron afuera.

Tamira estaba ya sentada a horcajadas sobre el capitán pirata besándole el cuello, mientras este se sentaba en

el borde de la cama y la tocaba concienzudamente. Entonces el sujeto se miró sus manos manchadas de tinta y se dio cuenta que los tatuajes eran falsos. Solo había una raza que prohibía los tatuajes…

—¡Eres altaria!

Pero no pudo continuar. Tamira ya le había colocado la funda de una de las almohadas alrededor del cuello y estaba estrangulándolo, imposibilitándole pedir auxilio. Intentó defenderse con sus musculosos brazos y separarse de la mujer, pero ella se aferró a él furiosamente. Entonces se escucharon disparos en el exterior.

Las puertas de la recámara fueron abiertas de golpe y entraron Halfor y Xen. Tamira respiró más tranquila y, sonriente, liberó el cuello del jefe kazar.

Tosiendo y arqueando, se puso de pie. Se sostenía el cuello tratando de aliviar el dolor y de inmediato intentó agredir a Tamira, pero las armas en su cara lo disuadieron.

—Kian ta Zorgu —comentó Tamira—, uno de los criminales más buscado de esta parte de la Galaxia.

—Concretamente —dijo Halfor identificándole el rostro con un dispositivo en su mano—, siete cargos por piratería, veintidós por homicidio, trece por violación, ciento veinticuatro por tráfico ilegal de armas, drogas y personas, y uno por organizar peleas de sabuesos alsarianos.

—¿De verdad piensan que pueden sacarme vivos de aquí? —preguntó Zorgu altivamente. Pero entonces una sombra oscureció la luz que entraba por la ventana e hizo vibrar la estructura. Zorgu miró hacia afuera a dos corbetas altarias sobrevolando el área.

—Yo apostaría a que sí —respondió Tamira.

—¿Qué quieren? Yo no tengo nada que ver con su guerra.
—Todos los kazar tienen algo que ver a partir de ahora —sentenció Tamira—, queremos saber dónde está la hiperpuerta.
Zorgu sonrió.
—Si se los digo los otros kazar me matarán.
—Si no nos lo dices te llevaremos a interrogar. Y en unas horas desearás que lo hagan, —amenazó resuelta Tamira. El kazar sabía que lo decía en serio.
—Muy bien, acá están las coordenadas —dijo entregándoles un microchip que extrajo de la mancuerna en su muñeca. Xen lo introdujo en su *multicom* y una imagen holográfica mostró un mapa de la zona incivilizada con un sistema resaltado.
—Parece fiable —dijo.
—¡Ahora largo! —gruñó Zorgu.
Tamira le apuntó a la cabeza y le disparó, dejándole un boquete cauterizado en donde antes tenía parte del cerebro. Su cadáver cayó de espaldas en la cama poco después.
—Odio a los kazar —le dijo a sus subordinados como dándoles una explicación y dirigiéndose hacia la salida, seguida por ellos. Pero antes de salir notó el mural pintado en la pared de la recámara y se detuvo algunos instantes. Debía tener miles de años y estaba casi imperceptible, pero todavía se podía notar unas figuras blancas como encapuchadas, adorando o huyendo de la ira de un extraño ser gigante (para ellos) que parecía un gran pez con tentáculos y un solo ojo. Tamira, por alguna razón, le tomó una fotografía con su *multicom*.

*

El *multicom* de Ushuk empezó a resonar y brillar en medio de la madrugada. Un adormilado Ushuk que segundos antes estaba profundamente dormido, en su lecho nupcial al lado de la también dormida Lina, contestó.

—¿Sí, qué pasa?

—Disculpe Gobernador, pero debería ver las noticias —le dijo uno de sus guardias. Ushuk se frotó los ojos mientras encendía el holovisor en su alcoba.

—"…fuentes confirman —decía la periodista Alara Shilán mientras un gráfico en la pantalla mostraba un mapa de la galaxia de Cloto con un sector demarcado en rojo— que el Sector de Talos entero ha sido tomado por fuerzas rebeldes androides. Desconocemos los detalles de la revuelta, pero los rebeldes han emitido un manifiesto público que fue enviado a la prensa, en lo que llaman la nación androide y reclaman el territorio para su futuro Estado. El gobierno del Sacro Imperio de Althares no ha dado declaraciones oficiales…"

El *multicom* de Ushuk sonó de nuevo.

—Sí, sí estoy viendo las noticias, Ministro.

Algunas horas después todos los embajadores se encontraban en una sesión de emergencia del Foro de Abraxas.

—¡Esta es una agresión directa contra la soberanía del Imperio! —reclamaba un furioso Ushuk golpeando la mesa y luego señalando al resto—. ¡Descubriremos quién está detrás y lo haremos pagar!

—Tranquilícese, Ushuk —exclamó Vermello—, o lo haré desalojar el recinto.

Ushuk se sentó malencarado y de brazos cruzados.
—¿Sabemos siquiera quien está detrás, realmente? Además de los androides —preguntó Ruven—. No me suena que los androides sean capaces de orquestar esto solos.
—Probablemente alguna treta más de alguno de nuestros enemigos por desestabilizarnos —respondió Ushuk agriamente—. Cualquiera de sus gobiernos pudo hacerlo. Quizás incluso los kazar para distraernos de la guerra en Aurelos.
—Más allá de rivalidades geopolíticas —mencionó el Duque—, androides rebelándose no es una buena idea. Otros podrían seguir el ejemplo y las galaxias acabarían en caos.
—Tiene razón —concedió Sálax—, el mismo Abraxas podría estallar en una nueva guerra a raíz de esta secesión.
—No habrá secesión —gruñó Ushuk—, ¿en verdad piensan que un montón de máquinas revoltosas puede derrotar al más poderoso imperio de las Tres Galaxias? Aplastaremos esta rebelión tan rápido como apareció.
—¿Una nueva Fundición? —preguntó insidiosa Arsala.
—No nos salgan de nuevo con la Fundición —dijo Ushuk entre dientes—, no somos tan tontos de volver a hacer eso. Los cabecillas serán enjuiciados por traición, el resto podrá volver a su trabajo.
—Trabajo esclavo —espetó Arsala.
—Dejen eso por ahora —intervino Sálax—, una revuelta de androides no es algo que nadie quiera. Propongo que condenemos la rebelión y reconozcamos el sector como parte del Imperio.

—Muy bien, ¿los que están a favor? —preguntó Vermello. Ushuk, Sálax y el Duque levantaron la mano, pero no así Arsala, Vermello, Ruven ni Lob'zar—. La propuesta ha sido rechazada. ¿Alguno desea justificar su voto negativo?
—Tengo muchos votantes androides —sonrió Ruven.
—La Mancomunidad Shakaren no puede salvo solidarizarse con otro pueblo oprimido de esclavos, buscando liberarse de las cadenas altarias.
—El espacio sideral no puede ser formalmente reclamado como soberanía de ninguna civilización cuya existencia es esporádica —fue la respuesta de Lob'zar.
—Y en el caso del Estado Soth —aseguró Vermello— siempre estaremos del lado de las clases trabajadoras y sus luchas contra quienes les explotan.
Ushuk se levantó del asiento y salió de la habitación sin esperarse a que la sesión fuera cerrada.

*

Una flotilla de fragatas altarias se enfrentaba sin cuartel a la flota de naves kazar que resguardaba su hiperpuerta, vital para mantener su presencia en Verkandi. La hiperpuerta circundaba una enana roja orbitada por siete planetas mayormente gigantes gaseosos, que fungían como mudos testigos de la refriega.
Los kazar defendían enconadamente el artilugio, a sabiendas de que les era fundamental, y superaban en número a la docena de fragatas altarias, pero la tecnología y entrenamiento de los otros era muy superior y además estaban comandados por Tamira Ushuk, quien capitaneaba la nave insignia.

—¡Refuercen el flanco derecho! —clamaba desde la silla de capitán, en medio de violentas sacudidas—. ¡Cuadrilla tercera en formación cuadrangular!
—Mensaje de la nave nodriza kazar, señora —informó Xen.
—Páselo…
Ante la pantalla del puente apareció el enfurecido cabecilla kazar respirando entrecortado, con el rostro compungido por la ira. Tamira lo encontró tan feo como a los otros, por lo demás tenía los mismos tatuajes, pero la barba más espesa y el cabello que le caía por los hombros, había dejado de existir en la frente.
—Tú… —espetó con ira— lárguense de aquí o pagarán caro… ¿Qué? —dijo al reconocer a Tamira en la silla de capitán—. ¿Una mujer?
—Sí, está siendo derrotado por una mujer, capitana Tamira Ushuk del Sacro Imperio de Althares… ¿Señor?
—Mi nombre es Taro ar Vargo, recuérdelo bien, perra, porque lo va a repetir todas las noches a partir de hoy.
—Mire "capitán", le recomiendo que se rinda, no pueden ganar. Les daremos un juicio justo por sus crím…
—pero Vargo cortó la comunicación antes de que ella pudiera terminar—. Concentren el fuego en el centro de la formación enemiga —ordenó Tamira—. (La estrategia para ganar una fuerza numérica superior es separarla).
—Sí, señora —respondió Halfor enviando las órdenes a las demás naves.
—Señora —informó Xen—, los radares indican que la hiperpuerta está produciendo gravitones. Eso quiere decir que está pronta a abrirse.

—¿Qué muestra el espectro?
Xen revisó los radares que eran capaces de adivinar las formas de las naves que viajaban a través de la hiperpuerta, por la silueta que iban produciendo al deformar el espacio normal desde su "sombra" en el hiperespacio.
—Todas naves de guerra kazar, una docena.
—Tenemos que destruir la hiperpuerta antes —aclaró Tamira—; envíen la orden a toda la flota, concentren el fuego en la hiperpuerta, la que logre acercarse que dispare con toda la potencia.
—Sí, señora —afirmó Halfor. La refriega continúo. La hiperpuerta empezó a mostrar la luz azul que señalaba la inminente llegada de pasajeros. Una de las fragatas que estaba muy golpeada por el fuego enemigo, se abrió paso entre las embarcaciones kazar ignorando el hostigamiento y destruyendo cuantas pudo.
—¿Qué están haciendo? —preguntó Tamira.
—Es la *Centella* —informó Halfor brindando el nombre de la nave—, se encuentra muy dañada… creo que… creo que sé lo que harán.
—¡Cúbranlos!
Las demás fragatas siguieron la orden y cubrieron a la *Centella,* que remitió un mensaje de saludo y se estrelló finalmente sobre uno de los bordes de la hiperpuerta, iniciando una reacción en cadena.
—¡Retirada! —ordenó Tamira. Todas las fragatas y varias de las naves kazar escaparon a toda prisa conforme la hiperpuerta estallaba en mil pedazos, dejando escapar una estela de gravitones y energía residual que hizo explotar varias de las naves cercanas

de ambos bandos, perdiéndose con ello dos fragatas altarias y diez naves piratas.
Pero había surtido efecto. La hiperpuerta fue destruida. El golpe de la estela sacudió la *Joya de Asterión* de tal forma, que casi todos en el puente terminaron en el suelo.
—¿Qué le pasa a las naves dentro de una hiperpuerta cuando es destruida? —preguntó Xen mientras se levantaba.
—No se sabe —respondió Tamira tratando de incorporarse con su silla como asidero—; algunas teorías dicen que desaparecen del Cosmos. Otras, que simplemente siguen viajando por el hiperespacio por siempre.
Una comunicación más del furioso Vargo entró al puente, aunque sin video, solo audio:
—Tamira Ushuk, no olvidaré tu nombre. Algún día haré que pagues por esto…

*

—Caballeros, gracias por asistir a esta reunión del Estado Mayor —saludó el Lord Canciller a los almirantes del Imperio en lo que parecía ser un cuarto negro y una larga mesa roja—. Como saben, todo lo dicho aquí es confidencial. No les mentiré, la situación en Talos no es buena, pero empecemos por Aurelos. Nuestras fuerzas apostadas allí lograron destruir la hiperpuerta clandestina, que utilizaban los kazar para sus refuerzos gracias al siempre eficiente comando de la capitana Ushuk. Eso no finalizará la presencia kazar en el sector, pero es lo mejor que podemos hacer por ahora. Seguirán existiendo bases kazar en la zona incivilizada que de momento no podemos des-

truir, pues tuvimos que movilizar las tropas a Talos. Aun así dejaremos algunas fragatas para que patrullen el área del Imperio Xinth, protegiendo las rutas de comercio de ataques piratas.

»En cuanto a Talos, las cosas no son tan simples como pensábamos. El área circundante ha sido saturada de minas que les proveyó sin duda la Coalición, la cual les está suministrando armas.

—¿Qué tan apuntados en la rebelión están los miembros de la Coalición? —preguntó Ushuk desde su asiento—. Noté a los embajadores polari y sáuxer del Foro de Abraxas algo dudosos en cuanto a apoyar a los androides.

—Nuestros informes indican —respondió el Ministro de Inteligencia— que en efecto, los polari y sáuxer están algo reticentes, el apoyo de la Coalición se está dando por presión de la República de Urd que, esa sí, está apoyándolos al 100 % con armamento, logística y dinero. Esto en parte porque la causa es popular entre la población urdita, incluso la orgánica, pero por supuesto el que los androide tengan mucha influencia en la República, ayuda. Son 15 % de los votantes y tienen sus propios senadores y un ex procónsul, que ha estado empujando todos sus resortes para que el gobierno entre de lleno. El *lobby* androide no es tan fuerte en el Reino Polari, por eso es que aunque están apoyando lo hacen un poco más discretamente. Los sáuxer están en contra de la revuelta, porque ellos mismos comercian con esclavos androides, y muchas de sus operaciones dependen de ellos, pero no tienen

opción si los otros dos miembros de la Coalición votaron a favor. Aun así, el apoyo sáuxer en la práctica es poco más que simbólico. Sobra decir que los shakaren están en la misma condición que la República, solo que con mucho menos recursos debido a sus propias limitantes. Esto porque nos odian, incluso se reportan naves de shakaren voluntarios que se han incorporado a luchar con los androides. Sin embargo, en la práctica es muy poco lo que pueden hacer.

»Me preocupan más los soth. Esos también están apoyando de lleno y pareciera que se estén identificando con su propia revuelta hace quinientos años. La asesoría estratégica de los soth y la información que tienen de nosotros mediante su red de espionaje, nos puede afectar mucho.

—Aún sin apoyo coaligado los androides resultan enemigos difíciles de vencer —continuó el Canciller—. No requieren oxígeno ni temperatura, así que sus naves pueden volverse indetectables; tampoco necesitan gravedad artificial por lo que pueden quitarle el generador gravitacional y usar el espacio para otras cosas, como armamento o carga. No necesitan agua ni comida, así que cualquier bloqueo es inútil, salvo para afectar la vida de los pocos orgánicos que quedaron atrás y los prisioneros de guerra. Pueden sobrevivir en planetas inhóspitos para la vida humana, lo que les permite sentar bases donde nosotros no podríamos, etc. Tienen, sin duda, una ventaja "biológica".

—¿Y no habría forma de crear algún tipo de equivalente a un arma "biológica"? —preguntó el mariscal

Sodder—. Algo que afecte solo a los androides como un virus de computadora o algún tipo de radiación, quizás un pulso electromagnético.

—El problema es que tenemos la sombra de la Gran Fundición a nuestras espaldas —confesó el Canciller—, y cualquier medida que pueda considerarse genocida no solamente sería una violación directa a la Convención de Argos, sino que el costo político podría ser muy alto. Aun así, he ordenado el arresto de cualquier androide o ginoide que se sospeche simpatizante de la rebelión, para evitar posibles actos de terrorismo o sabotaje interno, y puse en alerta a todas las fuerzas policiales y de Inteligencia. Pero medidas más drásticas no podemos tomar. Sería justo la excusa que necesitarían los coaligados para imponernos sanciones económicas, o incluso intervenir directamente en el sistema para luego quedárselo ellos como hicieron con Shakar.

—Es verdad —comentó Sodder frotándose la barbilla—. Además, los androides probablemente les den acceso a nuestras naves, lo que les permitiría a los coaligados obtener una de nuestras ventajas estratégicas: el motor superlumínico liviano, que solo nosotros poseemos gracias a una antigua reliquia akash, y aunque su diseño exacto es un secreto bien guardado, la Coalición podría ser capaz de hacer ingeniería reversa, en especial con asistencia androide, y descifrarlo en una o dos décadas.

—¿Y qué sigue, Canciller? —preguntó el cuñado de Ushuk, el almirante Lorka Durgas.

—Por ahora —dijo mostrando un mapa interactivo de la Galaxia señalando al sector en cuestión—, enviaremos todos los operativos militares disponibles a retomar el área, e intentaremos bloquear las rutas de acceso secretas que tienen los coaligados para abastecer a los androides, lo que puede incluir enfrentamiento con naves coaligadas. Eso los incluye a la mayoría de ustedes, aunque tengan que dejar temporalmente sus puestos. Los necesito en Talos. Cada uno tendrá sus órdenes específicas enviadas a sus computadoras personales. Es todo por ahora. Se levanta la sesión.

Ushuk salió de la realidad virtual donde se encontraba removiéndose el visor y los guantes, y volviendo a ver su despacho personal de donde no había salido físicamente.

—Comuníquenme con Tamira por el hiperespacio —dijo a su secretaria. Pasó algo de tiempo antes de que pudiera ser localizada, pero cerca de una hora después estaba ya en la pantalla.

—Es un gusto verte querido —respondió ella.

—Igualmente, amor. Tu desempeño en la zona incivilizada no pasó inadvertido al Canciller ni a los otros almirantes.

—Eso me alegra. Ya recibimos la orden de volver.

—Sí, me temo que no me encontrarás; para cuando regreses ya yo estaré camino a Talos. Pero voy a dejarte a cargo de Abraxas mientras no estoy, te nombro vicegobernadora oficial.

—¿Yo, Vicegobernadora? ¿Estás seguro? No sé nada de administración. Creo que ayudaría más en Talos.

—No, cariño, no podemos tampoco descuidar este

sistema. Una pérdida más sería fatal, especialmente de un territorio tan estratégico.
—Tienes razón.
—Notificaré a los embajadores del Foro que serás quien me sustituya temporalmente, y dejaré indicaciones a los sirvientes y a mis hijos para que te obedezcan como a mí, o serán duramente castigados.
—No creo que me den problemas, son buenos chicos.
—Espero verte pronto de nuevo, cariño, hasta entonces. —Ushuk cortó la comunicación y luego se dirigió a Zarg desde su escritorio—: Cuida bien de mi esposa.
—Por supuesto, jefe, como a mí mismo.
—Me parece bien. Porque te haré responsable si algo le pasa.

Zarg tragó grueso.
—Sí, sí, jefe.
—¿Dónde está la cena?
—Me temo que el chef escapó.
—¿¡Que!?
—Sí, no lo encuentran por ninguna parte. Debe haberse unido a la rebelión.
Ushuk se reclinó molesto en su asiento y bufó.
—Ve y pide algo para cenar, ya conoces mis gustos.
—Sí, señor —respondió Zarg levantándose de su asiento y saliendo del despacho, mientras Ushuk murmuraba: "Voy a extrañar los huevos revueltos que hacía".

CAPÍTULO VI

El Virrey de Talos corrió tan rápido como pudo —pues no era un hombre ni joven ni atlético— hasta llegar a su oficina cuya puerta cerró por dentro. Luego, mientras escuchaba el repicar de culatas intentando forzarla, empezó a enviar un mensaje mediante su *multicom* superlumínico.

Las puertas sucumbieron finalmente a la presión y a su oficina entraron varios aguerridos androides fuertemente armados, un gallardo urdita y una atractiva mujer soth. Uno de los androides cargaba el estandarte de los rebeldes: una bandera de dos colas, plateada, con un circuito dibujado en su interior.

Un disparo de láser hizo estallar su *multicom* y le forzó a alejar el brazo, al tiempo que sentía el roce quemante en la piel. Alzó las manos y se sentó en la silla de su escritorio mientras los androides rebeldes le apuntaban.

—Descuide, Virrey, no le pasará nada. Yo soy garante de eso —tranquilizó Dumón—, lo hemos buscado por todo el sector.

—No lograrán nada con retenerme. Ni mi gobierno ni mi familia pagarán nunca un rescate a terroristas.

—Lo que necesitamos de usted son sus claves de acceso a los sistemas de seguridad automáticos —explicó Dumón, calmadamente.

El Virrey se carcajeó, pero un culatazo de un androide a su lado lo acalló.

Dumón hizo señas con la mano para que no lo lastimaran.
—Es en su mejor interés. Esta guerra terminará de una forma u otra —continuó Dumón—, y usted querrá seguir teniendo carrera política.
—Accedimos a los videos de seguridad de su mansión —declaró Kris ojeando unas fotografías en una carpeta—. Veo que tenemos gustos parecidos… en hombres.
Kris lanzó la carpeta al escritorio a pocos centímetros de un Virrey que se limpiaba la sangre de la boca.
—Tendrá que hacerlo mejor, Dumón —respondió con desprecio—, creo que nos confunde con sus aliados sáuxer donde matan a las personas como yo. Mi gobierno y mi familia conocen mis preferencias. Mientras sea discreto, difícilmente traerá alguna consecuencia, en especial para un noble.
—Y supongo que si examinamos las finanzas del sector no encontraremos nada sospechoso, o que haya ido a sus bolsillos personales… —amenazó Dumón.
—Ahora sé que está tanteando a ciegas —se burló el Virrey—, todavía pueden irse antes de que llegue la ayuda.
—¿Cuál ayuda? —preguntó Dumón señalando el *multicom* carbonizado.
—Ese no es el único *multicom* en el planeta, pedí asistencia hace varios minutos —respondió sonriente y luego el retumbar de una fragata sobrevolando cerca, alertó a Kris y Dumón de que decía la verdad.

*

A su edad, Ushuk no había esperado volver a las armas para otra guerra. No era un hombre viejo pero ya no estaba tan joven y el tranquilo cargo de gobernador de Abraxas le había asentado bien después de todo.

Pero el deber llamaba.
Como almirante que era, le correspondió comandar una de las flotas altarias enviada a Talos a reprimir la rebelión Androide y recuperar el sector. Comandaba un crucero de batalla entero, que a su vez era la nave insignia de una docena de fragatas altarias. Enfrentaron un desorganizado ataque defensivo de naves rebeldes, que se ocultaban en un cinturón de asteroides cercano y que brotaron furtivamente del mismo. La tecnología de las naves era la misma, pues se trataba de naves altarias robadas.
Siendo así, el ataque fue más mortífero de lo esperado. Ushuk ordenó contraatacar. Perdieron varias fragatas de ambos bandos. Los androides tenían, además, la ventaja de no resultar heridos cuando sus embarcaciones eran bombardeadas, y al no requerir oxígeno no producían incendios dentro. En cambio las fragatas del lado humano eran presa fácil de los disparos enemigos, por el daño que estos causaban a sus tripulantes.
Aun así la sofisticación altaria era superior en tácticas, y las indicaciones de Ushuk ordenando maniobras evasivas y formaciones expertas, les dio la ventaja, eliminando a casi todas las naves rebeldes menos dos que escaparon. Él perdió dos fragatas.
Pero no habían avanzado demasiado. El área circundante al sector estaba minada y era un suicidio si no se conocían bien las coordenadas exactas, pues eran minas de antimateria que no dejaban nada de la infortunada nave que las tocara.

Entonces, un golpe de suerte.
—Señor —dijo uno de sus subalternos girándose en su silla—, hemos recibido un mensaje de Inteligencia. Al parecer apresaron dos peces gordos de la Coalición que estaban pasando armas a los androides, y solicitan asistencia para transportarlos.
—Llévenos de inmediato. Mantengan algunas fragatas patrullando la zona, pero que sean precavidas, estos seres utilizan tácticas de guerrilla.

*

El crucero de batalla de Ushuk y su escolta salieron del hiperespacio, no muy lejos de donde una ruta de abastecimiento coaligado había sido descubierta, cerca de una supernova que utilizaban para ocultar los saltos superlumínicos de los radares. Una cuadrilla de corbetas altarias de Inteligencia había capturado in fraganti una fragata coaligada, entregando armas a rebeldes. Los prisioneros fueron transportados de inmediato al crucero de batalla para ser interrogados por Ushuk.
—¡Vaya vaya! —clamó al verlos—. ¡Qué pequeña es la Galaxia! Nos volvemos a ver, capitán, o debo decir, senador Dumón —comentó al entrar en la celda, donde Dumón y Kris estaban sentados y con las manos esposadas a la espalda. —¡Y además el Universo me sonríe, porque me reencuentro con alguien con quien tengo una deuda pendiente —dijo aferrando a Kris del mentón—. La agente Kris, si ese sea su verdadero nombre.
—¡El Carnicero de Aurelos de nuevo! —comentó sardónico Dumón—. ¿Vino a masacrar androides esta vez?

—Altivas palabras para quien estaba pasando armas a terroristas —respondió Ushuk encarando a Dumón.
—No le tengo miedo, he sentido sus torturas antes —contestó Dumón.
—Bueno, algunas de ellas fueron infringidas por su amiga —recordó Ushuk.
—Mis acciones fueron para mantener mi cubierta —añadió Kris— y Jax ya lo sabe, además fueron un juego en comparación a la clase de suplicios que ustedes aplicaron a prisioneros sharkaren; no crea que no los vimos.
—Así es —respaldó Dumón—, sé de lo que son capaces los altarios.
—No tiene que preocuparse por eso, Senador, su estatus lo protege —dijo Ushuk acercándose a la salida—, nosotros no lastimamos senadores y ministros de la República de Urd y ustedes no lastiman a nuestros nobles o miembros de la Dieta Imperial. Es una especie de tradición, un acuerdo no escrito, pero que pretendo respetar. Su amiga, por otro lado…
—¡Déjela en paz! —clamó Dumón furibundo.
—Para que defienda tanto a su ex torturadora, solo puede significar que ella ya lo atrapó entre sus piernas —espetó Ushuk despectivamente—, es bastante ingenuo si cree que ella siente algo por usted. Lo matará como hizo con Yorik, y quién sabe cuántos más.
—Ese es mi problema —respondió Dumón—, si desea vengarse de alguien, tómeme a mí.
—No, esta homicida la pagará por haber asesinado a mi amigo —fue la respuesta de Ushuk mientras llamaba a los guardias, al oprimir un timbre en el marco de la puerta.

—¿Seguro que no hay forma en que podamos… llegar a un intercambio por mi vida? —preguntó Kris dejando las intenciones claras. No parecía asustada.
—Llévensela a la sala de interrogatorios —ordenó Ushuk y los guardias obedecieron de inmediato.
—¡Déjela, maldito cobarde! —clamó Dumón.
—Veo que lo engatusó bien, no me extraña —dijo Ushuk acercándosele mientras los guardias extraían a Kris del lugar—, pero si cree que ella lo ama o usted le importa algo, está muy equivocado. Si todavía está vivo es porque aún le era útil, pero quien sabe por cuánto más. Quizás le salvé la vida, Senador.
Ushuk se giró dejando solo a un consternado Dumón. Kris fue sujetada a un potro en forma de equis y despojada de su uniforme negro, quedando solo vestida por la camiseta blanca sin mangas y unos pantaloncillos gris que utilizaba debajo. Le conectaron electrodos en la cabeza y los asistentes de Ushuk (que utilizaban batas de laboratorio), accionaron un mecanismo conocido con el calificativo de potro electrónico, que le hacía recorrer una sensación dolorosa como una corriente eléctrica por todo el cuerpo. Aunque le era imposible no gemir, Kris no gritaba.
—Usted es resistente, agente —dijo Ushuk, tras algunas horas de tortura.
—Su… potro es… un buen modelo —respondió entre jadeos y con la piel empapada en sudor—. Es nuestro, ¿verdad?
—Sí. Un recuerdo de nuestra vieja alianza.
—¿Sabe… cómo nos… entrenan… para soportar… cualquier tortura?

Ushuk se acarició la barba. Tenía razón.
—Es cierto, además están genéticamente diseñados para sentir menos dolor, desde que los hicieron los urditas. Ustedes son un experimento que salió mal. ¿Sabía?
—¿Me matará?
—Sí —dijo Ushuk despachando a los médicos-torturadores y preparando una pistola de láser dándole la espalda a Kris—. No tiene sentido seguir torturándola.
—¿Y si yo tuviera información que le interesa?
—No hay nada que usted pueda saber, que no podamos extraer de la memoria de los androides rebeldes que atrapamos.
—No sobre eso… sobre la muerte de su predecesor.
Ushuk la miró por sobre el hombro, pero luego volvió a lo que estaba haciendo.
—¡Buen intento! Pero conozco sus tretas. Cualquiera sabe que mi predecesor fue asesinado, es conocimiento público.
—¿Y cualquiera sabe que la mafia de la criatura llamada Shang estuvo involucrada? —Ushuk giró para mirarla de frente—. Usted es de mucho interés para el Estado, Almirante.
—Lo averiguaré por mis propios medios tarde o temprano. Póngase en paz con el Universo —dijo apuntándole con el arma a la cabeza, pero luego titubeó—. Muy bien —bajó el arma—, dígame qué sabe y tal vez le perdone la vida.
—Fue uno de los embajadores. Pero probablemente no quien usted supone. Una mujer conectada a usted.
—¿Vermello? ¿Y por qué lo haría?

—No, no Vermello. Tal vez debí decir uno de los embajadores que no lo era en el momento del asesinato.
—¡Arsala! Pero… ¿Por qué lo haría?
—Una de las esclavas deportadas a Abraxas para mano de obra solicitada expresamente por el previo gobernador, era hermana de ella; murió en cautiverio.
—¿Cómo sé que está diciendo la verdad?
—Hay formas de confirmarlo, pero deberá dejarme vivir.
Ushuk la miró pensativo.
—Investigaré por mi cuenta —dijo suspicaz—, si hay indicios de que es cierto entonces no la mataré, solo se pudrirá el resto de su vida en una celda por la muerte de Yorik.
—La propuesta que le hice junto a Dumón sigue en pie… puede torturarme previamente… si eso le ayuda.
Ushuk torció la boca, como molesto y dejó la cámara, con la información que le acababan de dar fresca en su mente.
—Señor —dijeron algunos subalternos aproximándosele mientras caminaba por los pasillos del crucero de batalla—, ¿qué hacemos con las chatarras prisioneras?
—¿Chatarras? —preguntó levantando una ceja.
—Disculpe… los androides… usted sabe… chatarras…
—Manténganlos prisioneros. Irán a juicio como cualquier otro —luego se detuvo y les habló de frente para enfatizar sus palabras—, y no quiero que tengan ni un circuito dañado cuando los entreguemos a custodia. ¿Está claro?
—Sí, señor.

*

—Sí, cariño, me pondré a investigarlo de inmediato —aseguró Tamira mediante la comunicación superlumínica, luego cortó la transmisión—. Zarg, ven acá —ordenó vía *multicom* local. El kurgo se adentró al despacho de Ushuk pocos minutos después.

—¿Me llamó, madame?

—Sí. Hay una nueva pista sobre el homicidio del antiguo gobernador. Investiga si Arsala, la embajadora shakaren, tuvo que ver.

—Así lo haré, *madame*.

—¿Sabes? No confiaba en ti al principio. Pero Ushuk lo hace y no conozco a nadie que sea mejor juez de carácter que él.

—Me halaga, *madame*; sí, en verdad que sí.

—Él habla muy bien de ti, para ser kurgo. Deberías agradecerle.

—Créame que lo hago, lo hago. No sería nadie sin él —dijo Zarg, luego reverenció y dejó la habitación. Tamira se reclinó en el asiento pero no se relajó, pues de inmediato vio las noticias en la holovisión que se encontraba con el sonido enmudecido, como ella había comandado al recibir la llamada de Ushuk. Pero ahora tomó el control remoto y le aumentó el volumen interesada en lo que reportaba.

—…los atentados terroristas reportados —decía Alara Shilán mientras las cámaras mostraban una base militar incendiada—, han destruido varios objetivos coaligados, incluyendo una base militar, parte de una estación espacial, la embajada urdita y la casa del em-

bajador sáuxer, causando docenas de muertos y cientos de heridos, mayormente ciudadanos coaligados.
»El gobierno shakaren ha condenado los actos y asegurado que harán todo lo posible para capturar y procesar a los autores, sin embargo, las muestras de indignación por los hechos no se han hecho esperar. Se reportan motines anti-shakaren en diversos sistemas de la Coalición y varios linchamientos como represalia. Las autoridades coaligadas han llamado a la calma a la vez que han condenado los atentados.
»El Secretario General de la Coalición, Verti Narvaen, estará dando declaraciones oficiales en una conferencia de prensa en tres horas…
El *multicom* de Tamira sonó; era una llamada de la secretaría del Foro.

*

—Hemos convocado a sesión de emergencia del Foro de Abraxas para atender este lamentable asunto —informó Vermello conforme se sentaron todos en sus asientos. Arsala se veía apesadumbrada y se cubría la cara con las garras.
—Les dijimos que los shakaren son violentos —comentó Tamira, quien era mucho menos diplomática que Ushuk.
—La condena del Foro fue como echarle leña al fuego —dijo Arsala con tono avergonzado—, justo el combustible que necesitaban los radicales para odiar más a la Coalición.
—No intente culparnos a nosotros —respondió molesto el Duque.

—No… no… me apena mucho todo esto —reaccionó Arsala—, a nombre de mi gobierno les remito las más sinceras disculpas.
—Por ahora me preocupa más la ya de por sí tensa situación étnica acá —intervino Ruven—, ya se reportan enfrentamientos entre shakaren y… todos los demás, con muertos de ambos lados. Sugiero que declaremos la ley marcial en todo el sistema, con toque de queda y controles especiales para el ingreso de embarcaciones civiles.
—Estoy de acuerdo —dijo Vermello— los que estén a favor… —todos levantaron la mano—. Aprobado por unanimidad.
—Yo sugiero condenar los ataques a nombre del Foro y por tanto de todos nuestros gobiernos —intervino Sálax.
—Me parece buena idea. ¿A favor? —preguntó Vermello de nuevo, y otra vez todos levantaron la mano.
—Y una cosa más —dijo el Duque—, ya que los shakaren no nos quieren allí, propongo que recomendemos la salida inmediata de las fuerzas coaligadas del Sistema Shakar.
—¡Esperen un momento! —exclamó Arsala alarmada—, no se apresuren… este incidente… es decir…
—Un momento —intervino Ruven—, si nos salimos de Shakar ¿lo reinvadirá Althares? —preguntó mirando a Tamira, quien estaba reclinada en su asiento.
—No podríamos aunque quisiéramos (y no queremos) —contestó ella— nuestro tratado con ustedes reconoce la independencia de Shakar.

—Entonces secundo la moción —añadió Ruven.
—Los que estén a favor… —todos levantaron la mano menos Arsala—. Si nadie tiene otra cosa que mocionar, creo que todos tenemos cosas que atender a raíz de esto. Se levanta la sesión.
El salón se vació poco después, salvo por Arsala que quedó silente y apesadumbrada en su asiento.

*

Tras múltiples y costosas batallas, Ushuk y otros almirantes habían logrado abrirse paso y recuperar control sobre algunos de los territorios perdidos, sin embargo se encontraban aún lejos de poder recuperar el sector, y estaba tomando mucho más de lo esperado.
Ushuk descansaba en su recámara particular en el crucero de batalla; la más grande y lujosa de todas, cuando escuchó el melódico timbre de su *multicom*.
—¿Sí?
—Almirante, estamos recibiendo una transmisión de una nave enemiga que se aproxima. Emitieron el código para la tregua.
—Acéptenla. No disparen. Voy al puente.
Ushuk se puso el uniforme de almirante tan rápido como pudo y partió a través de los pasillos y ascensores hasta llegar al puente.
Frente al crucero se ubicó una fragata, claramente altaria de origen, pero a la que le habían hecho alteraciones y entre otras cosas le habían removido la insignia del Sacro Imperio, reemplazándola por la bandera rebelde.
—Señor —le informó un subalterno—, hay una transmisión desde la nave rebelde.

—En pantalla.
—Saludos —dijo una voz que Ushuk reconoció de inmediato, haciéndolo volver a ver atónito hacia la pantalla. Frente a él estaba alguien que conocía muy bien—. Soy la vicepresidenta del Gobierno Provisional Androide, me llamo CIL-88. He venido a negociar la paz.
Si ella lo reconoció, fingió no hacerlo.
—Bueno —continúo Ushuk—, no es política del Imperio negociar con rebeldes…
—Creo que hemos pasado ya ese umbral, Almirante.
—Tendré que hablar con los demás almirantes y el Canciller.
—Hágalo. Acá esperaremos.
Ushuk convocó una reunión de emergencia del Estado Mayor, y en una hora estaban todos los almirantes disponibles y el Lord Canciller comunicándose en una llamada colectiva, cada uno en un recuadro del monitor que miraba Ushuk.
—¿Negociar con las chatarras? —mencionó Durgas—, ¡jamás! Deberíamos darles una lección por su atrevimiento.
—Lo cierto es que no estamos más cerca de ganar la guerra que antes —aseguró el Ministro de Defensa—, podría no ser mala idea escuchar qué quieren.
—Bien, dejaremos que el almirante Ushuk los escuche —opinó el Canciller. Veremos cuáles son sus peticiones.
La conferencia se terminó y en la pantalla quedó solo el espacio sideral y la nave rebelde.
Minutos después CIL-88 entró al crucero de batalla

acompañada de varios androides y ginoides. Mostraba una gallardía y altivez que sorprendió a Ushuk, así como el elegante traje que utilizaba propio de una reina, o al menos eso le pareció. Estaba muy lejos de ser la esclava que alguna vez fue.

Se sentaron en una mesa de la sala de reuniones; Ushuk acompañado de varios subalternos pero él a la cabeza de un lado, mientras CIL-88 se sentaba en la del otro.

—Nuestras condiciones son simples —auguró—, queremos la plena independencia del sector Talos para el futuro Estado de la Nación Androide. A cambio, estamos dispuestos a seguir dotando al Sacro Imperio de Althares del 15 % de nuestra producción de oricalcum de forma gratuita por 20 años.

Ushuk se rio.

—Esas condiciones son inaceptables. El Canciller jamás las tomará en serio. Estamos dispuestos a otorgar amnistía general a todos los rebeldes salvo los cabecillas, si se rinden ahora.

—No, Almirante, no estamos para juegos. Saben bien que no están ganando y no están en condiciones de seguir la guerra largo rato. Ustedes deciden.

Ushuk suspiró.

—Deme unos instantes —dijo poniéndose de pie, y fue a conferenciar a otra habitación con el Estado Mayor, mientras caminaba de un lado para el otro.

—¡Absolutamente inaceptable! —clamó Sodder—, ¡están jugando con nosotros!

—Jamás vamos a perder territorio —declaró el Canciller—, pero esto hay que terminarlo cuanto antes.

Ofrezca amnistía total, pero los cabecillas deberán irse del Imperio, y autonomía para el sector. Podrán ser una provincia propia dentro del Sacro Imperio de Althares.

—¡Canciller! —reclamó Durgas.

—¡He dicho!

Ushuk volvió a la mesa de negociaciones y dio la contraoferta.

—No, no aceptaremos nada que no sea la independencia —respondió CIL-88 poniéndose de pie—. La guerra continuará. En este momento el gobierno provisional está negociando con mercenarios kazar para reforzar nuestras filas. Tenemos el oricalcum para pagar y están deseosos de un nuevo ingreso, ahora que perdieron Aurelos. Descubrirá que están algo resentidos con ustedes. Pelearán bien…

—Estás blufeando. Nadie en su sano juicio contrataría kazar, causaría que les retirara el apoyo la Coalición.

—Correremos el riesgo.

CIL-88 y su delegación se encaminaron a la salida.

—Espera —le detuvo Ushuk—, quizás pueda convencerlos de otorgar la independencia a uno de los sistemas…

—No —insistió CIL-88—, queremos el sector.

Ushuk se frotó la barba, pensativo.

—50 % del sector, a cambio del 25 % de su producción de oricalcum por cien años.

—85 % del sector, 25 % del oricalcum, por treinta años. No subiremos más.

—75 % del sector y 50 años.

—No aceptaremos más de treinta años. Pero podríamos aceptar 70 % del sector.
Ushuk se levantó en dirección a su despacho nuevamente. Informó todo al Estado Mayor.
—¿No creerán ese cuento de los mercenarios kazar, o sí? —preguntó Sodder.
—¿Es creíble, Ministro? —preguntó el Canciller al Ministro de Inteligencia, quien se frotó el mentón.
—Podría ser. Los kazar perdieron una fuente de ingresos y la oferta de los androides probablemente les atrae. Enfrentar a los kazar y los androides sería un costo demasiado alto.
Los distintos almirantes empezaron a hablar todos a la vez, recriminándose unos a otros y haciendo toda clase de propuestas, cual más irreal que la otra. Hasta que el Canciller —que se cubría los ojos como aturdido— intervino.
—¡Suficiente! —dijo—, Ushuk, acepte el trato.
Los almirantes se quedaron mudos.
—¡Pero Canciller! —clamó Sodder.
—He tomado una decisión, quien no esté de acuerdo puede tener mi puesto, si lo quiere —dijo, pero nadie respondió. Ushuk se levantó y se dirigió a la mesa de negociaciones a dar la buena noticia.
CIL-88 parecía complacida, tanto como un ente cibernético podía mostrar emociones.
—Gracias, enviaremos a nuestros representantes a firmar el tratado —dijo reverenciando y luego se dirigió a la puerta.
—CIL… —empezó a decir Ushuk—, es decir, vicepresidenta… yo…

—Adelántense —le dijo a su delegación. CIL-88 se aproximó a Ushuk y le susurró al oído—, sí Ushuk, sé quién eres, recuperé mi memoria. Por eso vine directamente a este crucero de batalla, sabía que serías justo.
CIL-88 le tomó la mano por unos instantes, y después se alejó tras guiñarle un ojo.

*

Tamira supo de la claudicación por los noticieros que reportaban las celebraciones de androides, en las calles de distintos lugares de la República de Urd, incluyendo la ciudad de Astrópolis en Abraxas. Se sintió molesta, inútil e impotente.
El Imperio intentó hacer ver el asunto como una victoria moral, asegurando que "donaban" el territorio a los androides como parte de un acuerdo histórico, y en compensación a eventos pasados. Incluso intentaron hacer ver el nuevo estado como un futuro aliado y casi un "Estado títere" del imperio, pero la realidad era otra. Aun así los días siguientes vieron el nacimiento del primer Estado Androide, al que denominaron la Federación de Talos. El gobierno provisional anunció que daría la ciudadanía a todo androide que así lo quisiera y a todo orgánico que se quedara, prometiendo tratarlos como iguales. A pesar de la promesa, el 90 % de los orgánicos que estaban en Talos abandonaron el sector y se relocalizaron en otras áreas del Imperio. Los androides, ahora llamados talositas, convocaron una asamblea para redactar una Constitución y su primera elección general, una semana después.

Entretanto a Ushuk le tomaba unos pocos días llegar de Talos a Abraxas al ser sectores relativamente cercanos. Fue bien recibido —en especial por Tamira— y traía dos noticias con él: el ascenso de Tamira al grado de almirante gracias a su desempeño en la zona incivilizada, y que no se quedaría mucho tiempo en Abraxas, pues había sido convocada una Dieta Imperial para finales de mes.

—Lamento mucho que tengas que irte de nuevo, amor mío —le confesó Tamira abrazándolo.

—Lo sé, pero es mi deber como jefe de la Casa Ushuk estar en la Dieta. Deberé llevar a Lina. Habrá muchas recepciones y cosas por el estilo donde será bueno que esté.

—Entiendo —dijo con mirada comprensiva pero nostálgica.

—Alégrate… señora almirante. La primera mujer almirante en décadas. Me enorgulleces como Lina nunca lo hará.

Tamira abrazó a Ushuk y le colocó la cabeza al pecho, aferrándolo con los brazos a la espalda. Ushuk correspondió cubriéndola con sus propios brazos.

—No me interesa competir con Lina.

—Lo sé…, y lo siento.

—Señor —dijo una voz entrando al lugar; era la de Nana—. Lamento interrumpir.

—¿Qué sucede Nana? ¿Algún problema con los chicos?

—No señor. Yo… yo… he venido a solicitar mi libertad.

—¿¡Qué!? —preguntó Tamira.

—Sí. Quiero ser libre. Quiero ir a vivir a Talos.
—¡Traidora! —exclamó Tamira.
—Basta, Tamira —regañó Ushuk—. ¿No estás feliz aquí? ¿Te tratamos mal, Nana?
—No señor, ustedes son buenas personas. Pero no soy libre. Imagino que usted no sabe mi verdadero nombre, ¿o sí?
Era verdad…
—Lo siento, pero no.
—Me llamo KEL-75. Lo crie a usted y a sus hermanos, y nunca supo mi nombre.
—Y ahora crías a mis hijos, y lo haces muy bien. Te necesito. Has criado Ushuks por generaciones.
—Sí, pero nunca he sido libre. ¿Me concederá la libertad?
—Tendré que pensarlo, Nana… —dijo Ushuk, aunque estaba ya casi seguro de que lo haría, solo por cariño.
—Lo sabía —respondió, y luego extrajo de atrás de su espalda un arma que estaba ocultando y les apuntó—, pero no lograrán detenernos. ¡Larga vida a la nación androide!
Para Tamira las cosas pasaron como en cámara lenta. KEL-75 apuntó su pistola y se dispuso a disparar contra Ushuk primero, y seguro seguiría ella. Pensó en saltar para cubrir a Ushuk, pero este reaccionó más rápido. La ginoide, que no tenía experiencia en armas, disparó atolondradamente y sin calcular el culatazo. Ushuk empujó a Tamira mientras él mismo saltaba al lado contrario. Los disparos de láser pasa-

ron rozándolos a ambos y destrozaron la pared. Ushuk giró por el suelo al tiempo que extraía su propia arma del cinto, apuntó a la ginoide y disparó antes de que esta tuviera tiempo de apuntarle de nuevo. Los disparos de láser le destrozaron el torso mecánico y la cabeza, haciendo que se desplomara hecha añicos sobre el piso.

Ushuk y Tamira se levantaron y se dijeron que estaban bien con la mirada. Caminaron hasta el cuerpo mecánico destrozado y parcialmente quemado, y lo miraron pensativos largo rato.

*

La Dieta Imperial se convocaba una vez cada cinco años, a menos que surgiera alguna situación extraordinaria. Estaba conformada por los tres estamentos de la sociedad altaria; los nobles, los clérigos y los campesinos. Cada grupo elegía una cierta cantidad de representantes que normalmente era uno por cada casa noble, cinco monjes por cada monasterio incluyendo siempre al abad, y representantes campesinos elegidos por votación entre comunidades y colonias agrícolas.

Las sesiones de tal parlamento se realizaban en uno de los edificios del complejo de palacios de la Ciudadela, confeccionado para tal efecto y compuesto por palcos yuxtapuestos en varias hileras, que cercaban el palco mayor donde se sentaba el Canciller que lo presidía. Las hileras de los parlamentarios estaban claramente separadas con los nobles en el centro, flanqueados por los campesinos y los monjes, aunque se

les diferenciaba a simple vista, pues los monjes vestían hábitos, los nobles sus uniformes nobiliarios y los campesinos vestían ropa civil (aunque usualmente llevaban sus mejores prendas a las sesiones).

—Caballeros, caballeros —declaró el Lord Canciller que presidía las sesiones—, hemos convocado a esta sesión solemne de la Dieta Imperial del Imperio de Althares, por la gracia del Universo. A partir de este momento y en nombre de los tres estamentos, declaro abierta la Dieta.

»Ahora, si me permiten, tenemos muchos temas importantes que debemos tratar. La situación del Imperio no es buena. No les mentiré. No solo hemos perdido territorio dos veces seguidas, sino que además nuestra economía ha sido duramente afectada por las consecutivas guerras y por las consecuencias de las mismas. Deberemos tomar medidas urgentes e inmediatas para salvar nuestro glorioso imperio de la ruina. Espero que el Universo nos guíe para poder tomar las mejores decisiones por el bien común. Gracias.

Las palabras del Canciller fueron recibidas con un diplomático aplauso, más frío de lo usual, según le pareció a Ushuk.

Esa noche se realizó una fiesta de bienvenida para todos los miembros de la Dieta. A Ushuk, como a los demás, se les había hecho entrega de las principales reformas que debían ser aprobadas para salvar la economía y que serían discutidas por semanas. Incluían recortes masivos al presupuesto estatal y del ejército,

lo cual sería muy controversial, pero quizás lo más complejo sería decidir el destino de los androides remanentes en el Imperio.

Ushuk y Lina llegaron al salón del palacio donde se realizaba el agasajo, llevando sus mejores prendas: su uniforme de gala y todas sus medallas en el caso de Ushuk, y un elegante vestido de cóctel por parte de Lina. El sitio estaba repleto de dignatarios y sus cónyuges (salvo naturalmente por los monjes, que eran célibes) y el bullicio de las conversaciones se entremezclaba con la música que tocaba una dedicada banda.

—¿Cómo saber quién aquí es campesino y quién no? —preguntó Lina—, no quisiera perder mi tiempo hablando con alguien que no sea importante.

—No te dejes llevar solo por el nombre, Lina —contestó Ushuk—, muchos de los representantes campesinos son personas muy influyentes. Plebeyos, pero tuvieron que pagarse una campaña para ser electos, y salvo los que vienen de colonias agrícolas muy pequeñas, la mayoría son comerciantes adinerados, militares destacados o profesionales muy exitosos y prósperos.

Lina torció la boca en una mueca de desinterés.

—Siempre has tenido algo por los campesinos —dijo Lina en referencia a Tamira.

Era cierto que Tamira era de origen campesino. Ushuk la conoció dieciocho años atrás, cuando él tenía solo el grado de capitán y ella era una joven recluta recién salida de la Academia. Él ya estaba entrando a su tercera década de vida y ella apenas comenzaba la

segunda. Joven, hermosa y novata, Tamira provenía de una humilde colonia agrícola fronteriza donde tenían apenas lo mínimo. Hija de padres campesinos iletrados y que ni siquiera hablaban estelar.

Su destino habría sido casarse y tener decenas de hijos antes de la mayoría de edad, pero Tamira aspiraba a más. Miraba las estrellas todas las noches desde niña, anhelando escapar y comandar naves en las batallas intergalácticas de las que leía en la escuela.

Tamira se esforzó por terminar los estudios y se negó a renunciar tras la primaria, como era lo que se esperaría. A los diesciséis años y tras meses de entrenamiento sola, hizo la prueba para ingresar a la Academia. Mujer y campesina, ninguno de los reclutadores la tomó en serio al principio. Pero ella les demostró sus habilidades físicas y su atletismo a raíz de un duro y disciplinado entrenamiento que solo era medrado por su insuficiente alimentación. Aun así, impresionó a los reclutadores. Se le enseñó a usar un arma y se le llevó a las pruebas de tiro al blanco con resultados similarmente excelsos; tenía un talento natural. Su puntaje hubiera sido perfecto de no ser por un error producto de su inexperiencia: dejó la pistola cargando la fuente de energía sin remover el cargador, lo cual las hacía explotar. El estallido se dio en una repisa causando daños menores, pero ningún herido. Tamira se sintió muy apenada y creyó que su sueño se había truncado; sin embargo, los calificadores se hicieron de la vista gorda considerando el talento mostrado en todo lo demás.

Fue la única mujer de su colonia en ser aceptada en la Academia. Se despidió de sus padres y hermanos encaminándose a una nueva vida.

Cuatro años después, aún sin graduarse pero ya estudiante avanzada, tuvo su primera prueba durante la revuelta de Adrach. Con el grado de alférez, Tamira asistió a la represión de un grupo de monjes fanáticos seguidores de un clérigo loco llamado Adrach, quien aseguró haber tenido unas visiones apocalípticas que vaticinaban el fin del Imperio, a no ser que hubiera una "purga" moral y espiritual.

Adrach lideró un movimiento de fanáticos religiosos que buscaban abolir la monarquía y el parlamentarismo, estableciendo una teocracia con un nuevo Patriarca (Adrach mismo), como gobernante absoluto. Las primeras rebeliones de estos fundamentalistas se dieron en Abraxas, de donde era nativo Adrach y su movimiento, pero reverberaron por todo el imperio. Los monjes también predicaron ideas populistas, que atrajeron a muchos campesinos desamparados y resentidos por el sistema feudal. Sus ideas de igualdad y de dar tierras a los pobres y repartir la riqueza, les ganó pequeños ejércitos de campesinos enardecidos sumados a los monjes fanatizados.

Fue allí donde Tamira tuvo que probar su temple por primera vez. Una cosa era ir en guerra contra razas enemigas y otra matar a su propio pueblo. Pero ella no titubeó ni una vez cuando tuvo que halar el gatillo contra campesinos hambrientos.

Los monjes extremistas y los campesinos desorganizados no eran rivales para los soldados bien entrenados,

ni porque tuvieron cierto apoyo logístico de la Coalición. Al final, las fuerzas altarias fueron más que capaces de reprimir la rebelión. Se estableció una amnistía para los campesinos que se rindieran, y los que no, fueron enjuiciados y ejecutados. De los monjes prácticamente ninguno se rindió y todos fueron ejecutados menos el propio Adrach, quien tenía grado de Abad y era de origen noble; dos condiciones que le salvaron del patíbulo. Fue condenado a cadena perpetua.

En esas circunstancias, Ushuk conoció a Tamira. Le fue asignada como subalterna en la represión de los revoltosos en la colonia de Argos. Vio su pasión, entusiasmo, inteligencia y potencial, y quedó prendado. Se hicieron amantes durante la campaña.

Ushuk hizo lo posible por no interferir en la carrera de Tamira, pero los rumores de que ella subía de cargos no por su capacidad sino por ser la amante de un noble, fueron inevitables. Aun así, Tamira se graduó con honores en la Academia. Ella y Ushuk se casaron un año después de conocerse y estuvieron casados por tres años, durante los cuales una herida en un enfrentamiento la dejó infértil.

Incapaz de preservar su matrimonio con una mujer que no le pudiera dar hijos, siendo el líder de la Casa de Ushuk, ambos tuvieron clara la única opción: Podrían continuar su romance, pero la esposa legal de Ushuk tendría que ser otra.

—Almirante y señora Ushuk —dijo una voz femenina y joven sacándolo de su abstracción. Ante ellos llegó una joven mujer. Debía contar apenas diecisie-

te años pero su vestimenta elegante y los emblemas reales que decoraban su vestido, le daban un aire de solemnidad e incrementaban su ya natural belleza física—. Soy la Princesa Anna de Althares, hija del Rey Theronius V, mi padre no pudo asistir por razones de salud, para mí es un honor recibirlos en su nombre —declaró con una leve y grácil reverencia.

—Majestad, el honor es nuestro —respondió Ushuk con una más pronunciada. Lina hizo lo mismo pero en su versión femenina y sosteniendo su propia falda como era la costumbre—. ¡Cómo ha crecido! Creo haberla visto cuando era una pequeña niña corriendo por los pasillos del palacio.

—Gracias, Almirante —dijo al tiempo que un esclavo androide les entregaba vino en una bandeja—, sigan disfrutando la fiesta, por favor, —y se alejó.

—¡Pero si es el almirante Ushuk! —escuchó a sus espaldas reconociendo la voz. Se giró para ver a Sodder, quien le emitió un saludo militar con su mano robótica que Ushuk correspondió, y luego estrecharon manos mientras sostenían una copa de vino en la otra—. Es un gusto verlo de nuevo. Claro, ahora tenemos dos almirantes Ushuk —dijo guiñándole el ojo. Lina hizo una mueca como si se hubiera comido algo ácido.

—Correcto. Mi… ex esposa, ¿luchó bien en Aurelos?

—¡Espléndidamente como siempre! Es una pena que no pudimos aleccionar más a los kazar, y todo para perder Talos.

—Estoy preocupado realmente. Nuestro Imperio no está en sus mejores momentos.

—De eso quería hablarle, pero debemos hacerlo en privado.
—Regresaré pronto —le dijo Ushuk a Lina para que supiera que se quedaría sola un tiempo. A Lina no le importó y rápidamente se fue a chismear con otras esposas aristócratas.
En una habitación privada del palacio, un cauteloso Sodder cerró la puerta tras de sí una vez que estuvieron solos, y se cercioró de que no hubiera nadie escondido entre los muebles cubiertos por sábanas, o entre las cortinas cerradas.
—¿Por qué tanto secretismo? —fue la pregunta de Ushuk.
—Lo que voy a decir no debe ser escuchado por oídos indiscretos. ¿Puedo confiar en usted de que lo que diremos será entre nosotros?
—Tiene mi palabra.
—¿Qué opina del actual Canciller?
—Considero que es un hombre inteligente y mesurado, pero podría hacer las cosas mejor.
—Concuerdo en la última parte. Un grupo importante de casas nobles estamos cansados de tanto fracaso. Primero Shakar, ahora Talos. ¡Es hora de tomar acciones!
—¿Están sugiriendo lo que creo?
—Sí, Ushuk, deponer al Canciller por la fuerza —Ushuk se frotó la barba, pensativo, mientras se reclinaba en uno de los muebles—, sé que es algo muy serio, pero hay suficientes casas en esto, como para garantizar que sea exitoso. El nuevo Patriarca nos apoyará y

el Rey es un anciano que morirá pronto, su oposición no tiene peso, si la hubiera.
—¿Y quién será el nuevo Canciller?
—Su suegro, Durgas.
—¿Y la Dieta Imperial?
—Será disuelta, temporalmente.
—Suena a lo que planeaba hacer Haister.
—Historia antigua. Durgas no es Haister. Será temporal, para salvar al Imperio. Requerimos fuertes reformas que no pueden hacerse mientras la Dieta discute. Medidas impopulares que necesitan una mano dura… campañas militares que deben tener detrás una autoridad fuerte.
—¿Campañas?
—Retomar Shakar y Talos por la fuerza, y quizás absorber al Imperio Xinth. Debemos fortalecer nuestra nación y eso implica romper algunos huevos.
—¡Tenemos tratados que prohíben todo eso!
—Papel mojado.
—La Coalición nunca lo permitirá, terminaremos en otra guerra intergaláctica a gran escala.
—La Coalición está en malas relaciones con los shakaren y algunos de sus miembros están divididos respecto al famoso Estado Androide. No habrá guerra directa. Es nuestra oportunidad.
Ushuk meditó largo rato. Una parte de él, la más aventurera, encontró sentido en todo aquello. Si hubiera sido más joven e impulsivo…
—No, Sodder, lo siento. No puedo apoyarlos. No estoy contento con todas las decisiones del Canciller pero no me corresponde cuestionarlo. Si la Dieta Im-

perial lo destituye y nombra otro, perfecto, pero tomar el poder de esa manera traerá inestabilidad y desgracia al Imperio. Hemos jurado lealtad a la Constitución, si empezamos a brincarnos sus leyes y sus autoridades legítimas… no sabemos dónde vamos a parar.

Sodder suspiró.

—Lamento mucho escuchar eso. Espero que mantengas tu palabra y no alertes a nadie de lo que hemos hablado.

—He dado mi palabra y nunca la romperé. Pero si llevan a cabo sus planes, me temo que estaremos en bandos opuestos de una guerra civil.

—No hubiera querido eso —dijo ofreciéndole la mano para estrecharla— pero serás un rival digno, viejo amigo.

—Igualmente —respondió Ushuk dándole la mano en lo que fue un extenso y nostálgico saludo.

Ushuk y Sodder volvieron a la fiesta aunque se separaron rápidamente. Allí estaba el patriarca de Althares quien los miró con curiosidad, pero la negativa en la cara de Sodder le envió un mensaje claro. Ushuk devolvió la mirada al clérigo con suspicacia, convencido de que estaba detrás de todo esto.

—¡Libertad para la nación androide! —se escuchó súbitamente desde afuera y de pronto un transporte que sobrevolaba comenzó a disparar al interior del palacio, destruyendo las ventanas. Se escucharon gritos femeninos y los invitados se lanzaron al suelo mientras los láseres destrozaban la decoración y la mesa de bufet, y ultimaban a dos infortunados invitados, para luego huir a toda prisa del lugar.

*

A lo largo de las semanas de amistad, Arath y Yánix trascendieron de pasar tiempo juntos a besarse a escondidas. Uno de sus lugares favoritos era una vieja y pedregosa ciudadela sáuxer casi completamente abandonada, donde tenían poca compañía excepto insectos, aves y roedores.

Técnicamente Arath tenía prohibidas las "escapadas" sin llevar al menos un guardaespaldas, pero se había convertido en un experto en ello y los castigos y regaños de su madre resultaron fútiles. Ushuk lo reprendió al principio pero secretamente admiraba su espíritu intrépido, y temía que excesivos cuidados y guardaespaldas pudieran afeminarlo, así que sus regaños eran poco más que simbólicos y se limitó a confiar en la capacidad de su hijo de cuidarse a sí mismo, y en el rastreador que había colocado secretamente en el chico y que le permitiría saber dónde estaba, en caso de ser necesario.

Los dos adolescentes terminaron de besarse al borde del alféizar de un laberíntico edificio, y fue cuando Arath notó una de las pulseras que utilizaba Yánix, y cómo tenía grabado un sello redondo con palabras escritas en lengua sáuxer.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Oh… esto, es el símbolo de mi tribu.

—¿Tribu?

—Sí, los sáuxer estamos divididos en doce tribus distintas. Mi papá pertenece a la tribu shalwaxi. Mi mamá, ya muerta, era de la tribu soxeru, pero heredamos siempre la tribu del padre.

—Ya veo. Pensé que los gobernaba el Sultán.
—El Sultán es solo el descendiente del caudillo que unificó todas las naciones sáuxer hace varios siglos; cada tribu mantiene sus costumbres y gobierno… espera —dijo aguzando el oído, luego tomó a Arath del brazo y se ocultó con él entre dos muros, quedando fuera de vista. Un transporte sobrevoló por las cercanías conducido por un chofer androide y con una mujer mal encarada, buscando por doquier. Se detuvo algunos instantes —que a Yánix le parecieron una eternidad— cerca de donde se escondían, para luego proseguir su camino.
—¿Quién era? —preguntó Arath.
—Mi madrastra. Bueno, una de ellas. Mi padre tiene tres esposas, cual más horrible que la otra. No aprueban que sea tu amiga. No aprueban nada de lo que hago.
—Ven, alejémonos de aquí —le dijo tomándola de la mano, y partieron a toda prisa. Pero su recorrido entre los recovecos los llevó hasta un lugar inesperadamente concurrido en aquella área, donde escucharon pronto extraños alaridos y clamores. Se escondieron tras una pared para observar lo que pasaba.
En uno de los edificios abandonados, que solía ser un cementerio, se encontraban unos extraños visitantes de todas las razas. La mayoría de aspecto pobre y miserable, sin duda extraídos de las clases más excluídas; algunos eran claramente prostitutas, drogadictos e indigentes, otros eran elementos del mundo criminal.
Todos se congregaban en un desorganizado semicír-

culo, que rodeaba un extraño símbolo similar a un aro pintado en negro con un óvulo rojo en el interior. La extraña reunión era presidida por una anciana kazar de largos y rizados cabellos grises, rostro arrugado al igual que sus cuatro desnudos brazos, y ropajes harapientos. Sus ojos amarillos sin pupila y la dentadura colmilluda le daban un aspecto horrible, acrecentado por la edad.

—¡Ah, poderosos arcontes! ¡Guardianes de la gran muerte! ¡Traedores del silencio infinito! —dijo con voz chillona, tan desagradable como la dueña—, hoy les hemos traído muchas ofrendas para compartir su poder —dijo mostrando una caja repleta de distintos artículos ofrendados por los participantes, la mayoría de ellos pertenencias robadas—. ¡Y ante ustedes la mayor ofrenda de todas… la vida inocente!

Una de las prostitutas, mujer sáuxer, le llevó una pequeña criatura doméstica de orejas agudas y larga cola, usada comúnmente como animal de compañía. La criatura presintió el ominoso destino que le esperaba y tembló antes de ser entregada a la bruja, quien sonrió sádicamente, extrajo un cuchillo de cocina y le cortó el cuello inmisericordemente, derramando la sangre del animal sobre el altar mientras emitía un extraño cántico.

Yánix se cubrió los ojos ante esto, sin poder evitar exhalar un gritillo que fue detectado por la bruja.

—¡Alguien nos observa!, gritó, —luego señaló con uno de sus cadavéricos dedos índices—. ¡Tráiganlos acá!

Pronto, dos fornidos asistentes asieron a Arath y Yánix, y los llevaron hasta donde estaba la bruja.

—Quizás los arcontes han sido generosos hoy… —dijo inspeccionándolos— y nos han enviado una ofrenda más apropiada… ¿Eres virgen, niña? —preguntó ensanchando la mirada.
—¡Déjela en paz! —clamó Arath intentando soltarse de quien lo retenía, pero solo consiguió risas.
—Es valiente el chico, para su edad —sonrió la bruja—, descuida muchacho, no los voy a lastimar. Los arcontes tienen cosas planeadas para ustedes. Libérenlos —y los hombres obedecieron—. ¡Lárguense! —ordenó con un despectivo gesto manual, y la pareja de adolescentes no tuvo que esperar a que se lo repitieran, pues en segundos ya corrían fuera de aquel lugar.

*

—Sí, cariño, vi las noticias. Me alegra que tú y Lina estén bien —le dijo Tamira a través del sistema de hipercomunicación—, tendré cuidado con cualquier androide y extremaremos medidas de seguridad en la colonia. Sí, querido, hasta pronto —se despidió. Al terminar la conversación subió el volumen al holovisor en la oficina de Ushuk.
"Como fue anunciado —decía la voz de la reportera mientras se veían imágenes de las naves coaligadas dejando el espacio shakaren— la Coalición removió todas sus fuerzas armadas apostadas en el Sistema Shakar hasta el último soldado, dejando solo las embajadas y el personal diplomático. La Corporación Pan-Sáuxer, que administraba las refinadoras de oricalcum y se encargaba de su comercialización, abandonó también el sistema tras ser cuantiosamente indemnizada por la

Mancomunidad Shakaren, tal y como su contrato estipulaba. Casi inmediatamente después de la salida de la Coalición, los shakaren fueron atacados por piratas kazar que saquearon varias de sus colonias, estaciones espaciales y naves civiles en su sistema…"

—¡Ja! ¡Se lo merecen! —comentó Tamira reclinada en el asiento y con los pies sobre el escritorio. Escuchó cuando tocaron a la puerta, permitiendo entrar con el toque de un botón. Era Zarg.

—Discúlpeme, *madame* —dijo—, discúlpeme, tengo información nueva sobre lo que me pidió investigar.

—Habla…

—No he logrado encontrar pruebas de que Arsala haya ordenado directamente la muerte del anterior gobernador, *madame*, pero sí confirmé que su hermana murió en las minas de oricalcum; sí, y algo interesante, hay reportes del bajo mundo de una poderosa mujer shakaren que desde su planeta estuvo coordinando para contratar los servicios de un sicario, sí. Creo que la historia contada por la soth concuerda.

—¡Excelente!. Buen trabajo…

"…en otras noticias —continuó la reportera Shilán inundando el despacho con su voz—… nuevos ataques por parte de la temible Colmena se reportan contra colonias polari y sáuxer en la galaxia de Cloto —Tamira escuchó con atención, frotándose el labio inferior como quien escucha información preocupante—. Fuerzas de la Coalición han sido desplegadas al área. Se desconocen los motivos de estos ataques. Desde las guerras de la Colmena hace unos

cinco siglos dicha raza se había mantenido limitada a su espacio. Los expertos afirman que esto puede ser sumamente peligroso debido a lo impredecibles que son, su hostilidad intrínseca y el hecho de que a la fecha no ha sido posible comunicarse con ellos.
»En economía, el precio de la corona…
—¡Ah, la Colmena! Ellos desruyeron mi mundo natal, ¿sabía? —le comentó Zarg a Tamira—; esa es la razón por la que no tenemos planeta propio.
—¿Ah sí? —preguntó frunciendo el cejo—. Pensé que habían sido los únicos animales sobrevivientes de una guerra nuclear, y que con el tiempo evolucionaron en lo que son ahora.
—Bueno, hay muchas leyendas, en realidad nadie lo sabe con certeza, no. Esa es la versión que me decía mi abuela, sí. Si no me requiere para más, iré a descansar.
—Sí, sí, vete —autorizó con un ademán. Zarg reverenció y dejó el despacho, mientras Tamira se levantaba para asistir a la próxima sesión del Foro.

*

Al igual que Tamira, los distintos embajadores llegaron al Monasterio sede del organismo. Arsala se topó con Lob'zar en el ascensor.
—Buen día, Lob'zar —le dijo al entrar.
—Buen día, maestra Arsala —respondió el enigmático ser.
—¿Sabe? ¡Es curioso! Su civilización es la más antigua de los miembros del Foro, y la mía es la más joven.
—Es normal que civilizaciones distintas, tengan niveles de desarrollo diferenciados al haber surgido en momentos diversos en el tiempo.

—¿Es verdad que a los valta les fascina la ciencia?
—Sí —dijo cuando ya las puertas del ascensor de abrían—, ese estereotipo está fundamentado en la realidad empírica.
—Bueno ¿y no les interesaría una alianza? —preguntó Arsala encarándolo antes de que cruzaran la entrada a la sala de sesiones.
—¿De qué tipo?
—Por ejemplo, a cambio de proteger a nuestro sistema, pueden pedir lo que requieran. Incluso si fuera el caso y necesitaran voluntarios para sus estudios e investigaciones, podríamos proveerlos. También tenemos criminales convictos que pueden utilizar en sus experimentos sin ninguna provisión.
—No, maestra Arsala, no tenemos necesidad de eso. No hay nada que ustedes tengan que nosotros necesitemos. Sus intentos por conseguir protección para su mundo son encomiables, pero me temo que la Fundación Valta no será la respuesta. Por lo pronto tendrán que vivir con las consecuencias de sus acciones.
Lob'zar hizo que las puertas plegadizas se accionaran permitiéndole entrar, seguido de una decepcionada Arsala.
—Bienvenidos —expresó Vermello—, por favor siéntense para iniciar la sesión. Nuestro tema de agenda de hoy será probablemente, algo candente. El ingreso o no de la Federación de Talos al Foro de Abraxas como miembro no territorial.
Tamira rio sardónicamente.
—Ni siquiera tenemos claro las fronteras demarcadas del nuevo "estado" —contestó—, me temo que

el Sacro Imperio no puede permitir su ingreso en esas condiciones. Esa moción queda vetada.
—Disculpe, Vicegobernadora, quisiera hablar con usted a solas unos momentos —pidió Ruven y Tamira asintió. Vermello concedió un receso.
—Ha caído en mis manos información que podría ser muy dañina para la reputación de su ex esposo, mi estimada Almiranta —le dijo desde un rincón del salón—. Tengo evidencias de que Ushuk fue amante por muchos años de la líder rebelde CIL-88, una de las cabecillas de la rebelión de Talos y jefa negociadora del armisticio. Creo que si esto se llegara a saber arruinaría su carrera, si es que no lo enjuician por traición. Pero tiene mi palabra de que destruiré esa información si retira su veto.
—¿Me está extorsionando? —dijo casi a punto de aferrarlo de las solapas.
—Bienvenida al Foro de Abraxas —le dijo con una sonrisa altanera, mientras le entregaba una carpeta con fotografías de las visitas de Ushuk a Sadam y Gamara, donde se encontraba con la ginoide. El corazón de Tamira se estrujó al tiempo que arrugaba la carpeta con las manos enfurecidas—. ¿Y bien? —preguntó Ruven impaciente. Tamira rechinó los dientes, pero luego pareció apaciguar su ira que dio paso a una triste consternación. Asintió. Ruven volvió a su asiento. Una Tamira que disimulaba muy poco su irritación, hizo lo mismo.
—Retiro mi veto —añadió cruzada de brazos.
—Bien —continuó Vermello—, ¿los que estén a favor?
—todos levantaron la mano excepto Lob'zar y Tami-

ra—. ¿En contra? —Tamira levantó la mano—, ¿abstenciones? —lo hizo Lob'zar—. La moción es aprobada y la Federación de Talos podrá designar un embajador ante el Foro. Siguiente tema: como saben se acerca la fecha de la próxima Cumbre de Abraxas, que en teoría se realiza cada diez años pero, debido a que nuestros Estados, ejem, no se han llevado precisamente bien últimamente, tiene tiempo de no realizarse. Aprovechando que estamos razonablemente en paz, la cumbre se realizará en tres meses. ¿Alguna observación?

—Sí —comentó el Duque—, si alguien me vuelve a poner al lado del Emperador Xinth para que tenga que aguantarme sus flatulencias de metano, juro que lo mataré.

Todos rieron, menos Tamira. No ponía mucha atención, pensando en quién era CIL-88. Ella había tenido sus amantes a lo largo de veinte años de relación con Ushuk sin estar casados, y no esperaba que él no, al contrario, le extrañaría si no fuera así. Pero ¿quién podría importarle tanto como para que antepusiera los intereses del Imperio?

—¿Almiranta Ushuk? —preguntó Vermello sacándola de la abstracción.

—¿Eh? Disculpen, no escuché.

—Le pregunté que si el canciller altario asistirá a la Cumbre —repitió Vermello—. Todos los demás líderes están confirmados.

—Sí, Cónsul, por supuesto que vendrá.

—Excelente. Todos los jefes de Estado están confirmados —aseguró Vermello.

—¿Y esta vez vendrá su "líder supremo"? —preguntó con cierta ironía Sálax—, pues siempre confirma, pero al final cancela al último momento.
—Nuestro querido líder tiene una agenda muy apretada al servicio de sus ciudadanos —aseguró Vermello—, pero es casi seguro que vendrá. Si no hay más que discutir, se levanta la sesión.

*

La fragata en que viajaba Dumón llegó hasta el crucero de batalla de la Coalición en el sector Damastes, cerca de donde sucedió una de las más recientes masacres de colonias, perpetrada por la Colmena.
—Bienvenido, Senador —le dijo el polari que ejercía como Secretario General de la Coalición, Verti Narvaen, estrechando su mano. Un tipo de aspecto duro, para ser un polari, por años de servicio militar—, gusto verlo de nuevo, le presento al primer ministro Jordos Servaen del Reino Polari y al visir Zirax del Sultanato Sáuxer. Caballeros, él es el presidente del Comité de Defensa del Senado urdita.
—Es un placer, pero una lástima que nos conozcamos en estas circunstancias —expresó Dumón saludando a los dos políticos, y pronto se sentaron todos en una gran mesa—. ¿Cómo pinta la situación?
—Bueno, varias colonias polari y sáuxer fueron devastadas por ataques inexplicables de la Colmena —explicó Narvaen—, perdimos cientos de vidas civiles y otras tantas fueron evacuadas. Lo extraño, es que la Colmena no geoformó los planetas abandonados que es lo que hace normalmente.

»Es extremadamente poco lo que sabemos sobre esta forma de vida. No tenemos casi ningún detalle de su cultura, lo poco que se sabe es por organismos enemigos que han sido recolectados normalmente muertos o moribundos. Solo sabemos que son una forma de vida con base en el silicón, no en el carbón como nosotros. No respiran oxígeno ni tenemos idea de qué respiran, o si lo hacen, y tampoco sabemos qué comen.

Narvaen mostró imágenes fotográficas que Dumón había visto antes cuando cursó la Academia. Los seres de la Colmena asemejaban un miriápodo cristalino gigante, con múltiples pinzas en ambos extremos del cuerpo, siendo imposible saber cuál era la cabeza.

—Lo que sí sabemos —intervino el Visir— es que el ambiente que requieren para vivir es tóxico para casi todas las demás formas de vida, y los planetas que geoforman simplemente se vuelven inhabitables para cualquier existencia nativa.

—Para la Colmena nosotros somos una simple plaga a eliminar en los sistemas que colonizan —añadió el Secretario—; no nos ven como personas.

—Lo que es irónico, considerando lo que nosotros pensamos de los insectos como ellos —comentó Dumón.

—Desde las guerras colmenares se había mantenido en su territorio, pero nunca había atacado y dejado un planeta sin geoformar —agregó el Primer Ministro—. Y como no hemos descubierto cómo comunicarnos con ellos, no tenemos forma de saber qué pasa o qué quieren.

—¿Tienen imágenes de cómo fueron los enfrentamientos?

—Sí —respondió Narvaen encendiendo una holopantalla, y Dumón pudo ver en el centro de la mesa las imágenes grabadas en video, y cómo las semiesféricas naves colmenares —grandes como una luna y en efecto similares a panales— se aproximaban siniestramente a encontrarse con las flotillas coaligadas, en algún sistema del sector. Las fragatas coaligadas hicieron lo posible por comunicarse con los hostiles alienígenas sin éxito alguno, y pronto los disparos provenientes de las naves colmenares comenzaron. Los coaligados contraatacaron cuanto pudieron, pero fueron prontamente superados en poderío y debieron contentarse con cubrir a los civiles evacuados, cuando estos saltaban al hiperespacio costándole la vida a la mayoría de militares que se quedaron detrás.

—Todos estamos en el mismo peligro ahora —se lamentó Narvaen.

—Me aseguraré de que tengan el apoyo que necesiten de la República, caballeros —declaró Dumón mientras observaba la dantesca escena de la masacre, con el ceño fruncido.

*

Ushuk regresó a su hogar en Abraxas tras meses de lejanía. Como era usual, su sabueso fue el primero en recibirlo afectuosamente.

—¡Ah, Devorador! ¡Ya no eres tan rápido como antes! ¡Te estás poniendo viejo! —dijo acariciándole la cabeza. Pero al llegar se topó con su primer disgusto: Lina estaba regañando a Arath.

—…y nunca más, nunca, ¿has entendido? —le dijo a un Arath cabizbajo.

—¿Qué sucede? —preguntó. Arath se alegró al verlo, pero no dijo nada.
—Está engolosinado con una amiguita.
—¿Y cuál es el problema?
—Es sáuxer y es de… una clase inferior.
—¿Y es bonita? —preguntó guiñando el ojo.
—Sí, padre —respondió Arath.
—¡Ese es mi hijo!
—¡Laro! ¿Puedes dejar de consentirle todo?
—Exageras, como siempre, Lina. No hay nada de malo en tener amigos de otras clases sociales ni tampoco de otras razas, mientras él tenga claro su lugar. Además, los hombres Ushuk somos irresistibles para las mujeres ¿qué se puede hacer?
—Es la hija de Wúlux, el dueño del Domo de la Muerte.
—Bueno, eso sí es preocupante. Puedes tener amistad con ella —declaró— pero te prohíbo que vayas al Domo o que tengas relación con su padre. Si me desobedeces entonces tu amistad con ella quedará prohibida, entre otros castigos. ¿Ha quedado claro?
—Sí, padre.
—Bien, de todas maneras es bueno que se divierta —le dijo Ushuk a Lina—, en tres años deberá ir al internado en Althares a continuar su educación.
Aquellas palabras no le gustaron a Arath.
Ushuk ingresó poco después a su oficina, donde estaba Tamira, quien sonrió al verlo y se encontraron en medio de la habitación.
—¿Cómo estuvo todo? —dijo tras besarla.

—Bien, pero no soporto eso de ser embajadora. La hipocresía, las intrigas… no es lo mío.
—Te comprendo. No fue muy diferente de mi experiencia en la Dieta. Se aprobaron varias leyes y reformas, pero todo es cosmético y dejó a muchas personas enfadadas. Me temo, querida, que habrá guerra civil.
—Te apoyaré en el lado que decidas respaldar, amor mío, como siempre.
—Gracias.
—Por cierto, ¿recuerdas la colonia agrícola masacrada hace cuatro años? Creo que se resolvió el misterio.
—¿Arkanis II?
—Sí. El tipo de impacto del armamento es idéntico al encontrado en antiguas ruinas de civilizaciones, desaparecidas miles de años atrás —dijo entregándole un informe que hacía las comparaciones, realizado por expertos arqueólogos altarios—, y dada la cercanía con la Colmena y su reciente hostilidad inexplicable…
—Pudo ser la Colmena, en efecto —murmuró Ushuk—, el primer contacto oficial fue hace quinientos años pero…
—Quizás sean ellos los arcontes mencionados en El canto de Althares. O quizás los que inspiraron el mito. Sé que no crees en ello, pero…
—No creo en demonios, por supuesto, pero es posible que el mito se originara efectivamente en encuentros primitivos con la Colmena, que fueron luego modificados, como todo mito, dándoles características más siniestras. En todo caso, solo los valta lo podrían sa-

ber porque son los únicos con registros tan antiguos. ¡En fin! Claramente no son tan avanzados como en el mito, la Coalición podrá vencerlos con algo de ayuda nuestra. En especial ahora que sabemos que también fuimos víctimas de esos monstruos.

—Ah, también tengo otra noticia. La soth dijo la verdad, Arsala mató al antiguo gobernador.

—Jmmm —murmuró Ushuk—, la vieja aún tiene dientes. Tenemos que evitar cualquier sorpresa como esta durante la Cumbre.

—Tú déjamelo a mí, cuidaré al Lord Canciller con mi propia vida.

*

Ruven entró silenciosamente al estudio de su esposa Valëris. Era tarde en la noche y ella continuaba iluminada por la nacarada luz del ordenador, tecleando sin cesar aunque estaba ataviada solo con un negligé de dormir.

—Bueno, hemos logrado comprender la estructura atómica del artefacto —aseguró Valëris como entusiasmada—; es, en efecto, de un material que no se encuentra en el Universo. Creado artificialmente por los akash en el nivel molecular mismo. Tecnología muy avanzada. Está diseñado para existir por millones de años, quizás billones.

—Trabajas demasiado, cariño —dijo masajéandole los hombros. Valëris reaccionó con una sensación de relajación que hizo que sus alas se replegaran.

—Lo sé —respondió ella frotándose los ojos con las manos, y luego estirando el cuello—es solo que quiero entender qué es el artefacto.

—Sí, ahora que hemos sufrido ataques de la Colmena es cuando más nos serviría conseguir alguna ventaja o…
—Un arma —concluyó ella en tono de reclamo.
—Sí, ¿por qué no?
—Dargo, sería antiético —explicó Valëris mirándolo con el entrecejo fruncido—, no podemos usar la ciencia como arma.
—En ocasiones es necesario defenderse, cariño. Nosotros no iniciamos esta guerra, la Colmena nos atacó sin provocación.
—Eso no lo sabemos. Son demasiado diferentes a nosotros, si tan solo pudiéramos comunicarnos con ellos… explicarles… —Valëris se silenció algunos segundos.
—Hablaré con la Academia de Ciencias para que te envíen más personal y apoyo.
—Eso sería genial, mi amor —dijo abrazándolo por el cuello y plasmándole un beso; luego ambos cayeron sobre el lecho sumidos en mimos y caricias y procedieron a removerse la ropa, sin saber que estaban siendo observados por ojos invisibles.
—Encuentro estas prácticas de apareamiento de las razas menores ciertamente incomprensibles —comentó A'shar a Xo'ol. El campo de energía donde se encontraban era imperceptible y los mantenía invisibles e inaudibles mientras estuvieran dentro de él—. Pero tú eres el experto en ellos.
—No es eso lo que me interesa. Si alguien puede descifrar la forma de accionar el artefacto de entre las

razas menores, es ella. Su inteligencia es considerablemente alta, para su raza.
—La velocidad de respuesta y reacción de estos seres podría verse acelerada si les brindáramos la información completa.
—Hacer eso podría generar repercusiones sociológicas impredecibles, incluyendo pánico, histeria masiva y caos. No. Nuestra única esperanza es convencer a figuras claves en sus gobiernos para que tomen medidas antes de que sea tarde. Y convencer al nuestro, también.
—Mis expectativas son bajas respecto al éxito de eso.

*

La nave de Dumón, arribó finalmente a un lejano sistema ubicado justo en la informal frontera entre la Colmena y las colonias coaligadas, llamado Thardus. Su función era más diplomática que militar, pues, como parte de sus operaciones bélicas, la Coalición había ocupado el sistema sin el menor reparo, incluyendo el cuarto planeta que estaba habitado por una raza de entidades primitivas.
En tiempos de guerra la Coalición no tenía escrúpulos en ocupar planetas habitados, al menos temporalmente, pero los protocolos obligaban a que figuras del gobierno como los senadores, supervisaran las condiciones de vida de los nativos.
Aunque en el caso de Thardus IV esta tarea sería poco común. Bases militares de la Coalición habían sido colocadas a lo largo del planeta rico en recursos, y estaban explotando los mismos para solventar la campaña bélica. Existía una fuerte presencia militar

en todo el sistema, pero según informó el coronel Logel Tranzor, jerarca militar de mayor rango en el sector, los nativos apenas los habían notado.

—No son fáciles de entender —le dijo mientras lo dirigía hacia el área donde se desarrollaba la cultura aborigen. El planeta era ya de por sí extraño, con cielos siempre brumosos de un tono verduzco, y una extraña vegetación bulbosa más similar a una mezcla entre hongos y corales, que a tejido vegetal.

No muy lejos del campamento coaligado se alzaba una misteriosa civilización. Los nativos parecían criaturas inorgánicas, con cuerpos acampanados y duros, múltiples patas que diferían en número de un individuo a otro (nunca menos de tres, ni más de siete), que salían de la base de la "campana", y tres pinzas que emergían de la cúspide. Sin ojos, oídos, o boca visibles. Construían eternamente unas extrañas ciudades de arquitectura incomprensible y enloquecedora, en torno a una gigantesca pirámide rodeada de murallas concéntricas interminables. Debía haber millones de estos seres, siempre trabajando.

—¿Han podido comunicarse con ellos? —preguntó Dumón.

—Ellos se comunicaron con nosotros —explicó Tranzor—, al parecer lo hacen por medio de trasmisiones similares al radio. De alguna manera lograron comprender nuestro idioma y nos han emitido algunas señales, pero no dicen nada coherente.

—¿Pero saben si son inteligentes? ¿No serán esas estructuras el equivalente a un panal como el que hacen ciertos insectos sociales?

—No, sí utilizan matemáticas y tienen ciertos conceptos abstractos como religión. Ya lo verá.
El vehículo en que viajaban se detuvo a orillas de la ciudad mecánica en medio de la sempiterna procesión de las criaturas, sin que estas parecieran notarlo.
—Saludos —dijo Dumón—, soy el senador Jax Dumón de la República de Urd y…
—Tenga —le ofreció Tranzor entregándole un radio—, esto recibirá la señal que transmitan estos seres.
Dumón encendió el radio que hizo sonar de inmediato las voces de los seres, crispándole un poco los nervios. Eran voces metálicas y sin emociones.
—Traer, traer, traer, traer. La Gran Muralla. Observar. Traer, traer, traer. La pared será terminada. Agua fluye. Estos seres no son pared. Fluir, fluir, fluir. Construir. Pared. Observar. El viento se arremolina. Traer, traer, traer…
—Mi nombre es Dumón ¿ustedes me entienden? ¿Me entienden? —preguntó casi gritando. Algunas de las criaturas se detuvieron.
—Estos seres de más allá no son destructores. Los destructores, los destructores. Siempre vienen. Traer, traer, traer… —las criaturas continuaron su faena.
—¿Destructores? —preguntó Dumón a Tranzor.
—¡Los destructores! ¡Los destructores! —repitieron las entidades— vendrán, vendrán, susurros y más. Susurros. Susurros. ¡Los destructores! Vendrán. Aun para ustedes, vendrán. Traer, traer, traer, la Gran Muralla. Pared. Pared...
—Cada cierto tiempo —explicó Tranzor— estas criaturas detienen su labor, seleccionan a algunos de

sus integrantes y los matan en la base de la torre cortándolos en partes, para luego utilizar parte del material del que están hechos en extrañas decoraciones que rodean un tétrico jardín. Los xenoantropólogos creen que es todo un rito religioso, y que los destructores son sus deidades.

—¿Deidades o raza alienígena?

—¿No pensará…?

—Me temo que sí. Estas pobres criaturas están tan cerca de la Colmena que los han tomado por dioses. Es natural, dado su estado tan primitivo de desarrollo. —Dumón suspiró—, en fin, no creo que haya nada más que podamos hacer acá. Su cultura es demasiado alienígena para nosotros. Creo que no violaremos ningún protocolo si continuamos nuestra presencia acá y los dejamos solos, eso sí…

Dumón fue interrumpido por el *multicom* del coronel Tranzor, quien respondió de inmediato.

—Coronel, una llamada de emergencia del sistema vecino. Piden refuerzos.

—¿Omidos? Extraño, tienen un crucero de batalla entero apostado allí. Envíen todo el personal, voy de inmediato.

—Querrá decir vamos —comentó Dumón cuando Tranzor cortó la comunicación.

—Imposible. Usted es un senador, su seguridad…

—Es una orden, Coronel.

Tranzor hizo un gesto de molestia, pero cedió. Ambos regresaron a toda prisa a la base y desde ella partieron junto a la cuadrilla que debía reforzar el siste-

ma vecino. Pero al llegar allí se encontraron con una realidad inesperada.

Aun flotante en medio del espacio entre los planetas y con el radiante sol a lo lejos, podían verse los restos del crucero de batalla coaligado hecho añicos. El espacio en el sistema ahora parecía una chatarrera espacial, y la base militar colocada en uno de los planetas deshabitados, ahora era un gran cráter negro.

—Pero… pero ¡esto es imposible! —clamó Tranzor observando aquello desde la pantalla en el puente, al lado de un Dumón igual de asombrado—. Ni siquiera la Colmena hubiera podido destruir un crucero de batalla de la Coalición en tan corto tiempo.

—¿Hay vestigios de las naves enemigas? —preguntó Dumón a los tripulantes.

—No, señor —respondió uno leyendo los datos en su consola—, no hay restos de naves de la Colmena que detecten los sensores.

—Ummm —murmuró Dumón intrigado—, incluso en el más fulminante ataque a un crucero coaligado, habría podido hacérsele daño a una nave colmenar.

—A menos que tenga alguna nueva arma desconocida, más poderosa de lo que hayamos visto antes… —concluyó Tranzor lúgubremente.

*

Tal cual fue planeada, la Cumbre de Abraxas se realizó tal y como solía darse cada diez años. Los líderes de las grandes potencias galácticas hacían su ostentación de lujo y poder una vez por década, con fines más protocolarios y simbólicos que prácticos, pues

rara vez surgió un acuerdo de importancia que no pudiera negociarse por otros medios.

Era la tradición que cada jefe de gobierno llegase junto a su delegación en una de las mejores naves que su civilización podía dar. El Lord Canciller del Sacro Imperio de Althares, por ejemplo, llegaba en un gigantesco crucero de batalla conocido como el Martillo de Althares, que impresionaba fácilmente por su vasto tamaño y notable poderío bélico. Si bien la fragata de guerra que transportaba al Primer Ministro de los polari no tenía nada que envidiar, y era escoltada por doce corbetas capitaneadas por caballeros polari veteranos. La Procónsul de la República de Urd llegó también en un crucero de batalla, aunque más discreto que el altario, era a la vez más sofisticado y buscaba ostentar la modernidad y el avance tecnológico urdita. El Sultán de los sáuxer decidió arribar en una de las naves más caras de las Tres Galaxias, una fragata estelar diseñada exclusivamente para él y cuyo fuselaje relucía brillante cuando los rayos de la estrella Abraxas le tocaban. Y así fueron llegando una a una las distintas delegaciones…

Abraxas III era siempre el receptor de la comitiva. Su ciudad principal se cubría de gala y, a su vez, de operativos de seguridad. Resultaba imposible para el ciudadano promedio vivir en normalidad durante el período de la Cumbre, con incontables agentes custodios y militares de todas las razas patrullando las calles. La prensa hacía su comidilla con periodistas de toda clase y de cientos de idiomas distintos, reportan-

do ante cámaras con la ya conocida Alara Shilán del Noticiero Intergaláctico (la mayor cadena noticiosa de las Tres Galaxias, y la única en idioma estelar) con sus mejores galas.

El evento siempre iniciaba con una ceremonia religiosa en el templo del nacimiento de Asterión; aquel fastuoso edificio de enormes dimensiones que fue diseñado para recibir a cientos de personas. En su ciclópeo interior podían apreciarse espléndidos murales, hechos por los más grandes artistas de las galaxias que engalanaban las paredes de fino mármol.

La solemne ceremonia era presidida por el patriarca en persona, acompañado usualmente por abades de alto rango. Emitió un sermón haciendo un llamado a la paz y la armonía interestelar que a Ushuk le pareció hipócrita, por lo que tuvo que levantarse y salir del lugar.

—¿Te sientes bien, Laro? —le preguntó Vermello, quien fumaba un cigarrillo en las afueras del Templo.

—Sí, sí, es solo que algunas cosas me enferman. ¿No eres persona de fe, Vermello?

—Los soth no creemos en religiones —dijo ofreciéndole un cigarro que Ushuk aceptó—, son supersticiones creadas por las clases opresoras para manipular a los pueblos.

—Ya veo.

—Pero es parte del protocolo participar de estos eventos, claro está.

—¿Y en quién confían cuando las cosas se ponen mal?

—En el Estado, por supuesto. ¿Usted no?

Terminada la ceremonia religiosa las delegaciones viajaron en aeromóviles de lujo hasta donde se realizaría la conferencia, en el Cabildo de Abraxas III. Correspondió a Ushuk como anfitrión oficial, hacer las presentaciones:

—Damas, caballeros y hermafroditas —dijo ante la multitud de diplomáticos, periodistas y políticos—, ante ustedes y en orden de ingreso al Foro de Abraxas: la doctora Xelara Arhtos, Procónsul de la República de Urd —dijo, y el público aplaudió conforme la mujer entraba al edificio acompañada de varios senadores y de Dargo Ruven, en medio de numerosas fotografías. Tamira, quien jefeaba la seguridad, prestó atención como un depredador a cuanto pasaba en el entorno—. El archiduque Jordos Servaen, Primer Ministro del Reino Polari —el proceso se repitió, Sarvaen era escoltado por aguerridos caballeros polari y por el propio Duque, quien vestía el uniforme de caballero que claramente no se había puesto en años. También lo acompañaba el joven príncipe, quien rompió la compostura al reconocer a Ushuk y darle un amistoso pero pueril saludo con la mano, solo para recordar que tenía un protocolo a seguir. Ushuk le guiñó un ojo y le remitió una media sonrisa. »Su Majestad Álax III, Sultán y Príncipe de los Creyentes del Sultanato Sáuxer —prosiguió Ushuk, y el proceso se repitió: el sultán estaba acompañado de algunas de sus más bellas esposas y al final de la caravana, el Visir y Sálax—. Su Excelencia, Fernan Sardusi, Lord Canciller del Sacro Imperio de Althares y Su

Majestad, la Princesa Anna, en representación de su padre el Rey de Althares —presentó Ushuk, ya que, al menos en teoría, el monarca gobernaba el Sacro Imperio. Las dos figuras caminaron juntas saludando al público—. El… bueno, según me indican es la traducción más cercana posible a su título: Rector de la Fundación Valta (un valta solitario caminó por la alfombra sin mostrar emoción alguna, como era usual, aunque era difícil saber exactamente por qué era diferente a otros valtas que había visto, como Lob'zar y Xo'ol). El alienígena ignoró enteramente a la prensa y al protocolar aplauso que recibió.

Los soth le entregaron a Ushuk un papel.

—Lamentablemente —anunció Ushuk—, el líder supremo de la gloriosa revolución y padre de la Nación Soth, no pudo asistir a esta cumbre debido a su apretada agenda… sirviendo al pueblo —dijo casi conteniendo la risa—, pero en su lugar nos acompañan los integrantes del Comité Central Revolucionario y Alto Comando del Ejército Popular Soth.

Los soth eran casi indiferenciables entre sí. Caminaron fríos e impávidos todos vestidos de negro y con lentes oscuros, rostros pálidos y poco simpáticos, inmutados ante los ceremoniales aplausos, e ignorando las fotografías que les tomaban.

En verdad parecían clones —pensó Ushuk— y tuvo que salir de su abstracción para continuar las presentaciones.

—A continuación, Su Excelencia la gran matrona del Consejo de Ancianos Shakaren —continúo Ushuk—

Niraya —dijo, y una mujer shakaren de muy avanzada edad caminó lenta pero apaciblemente, ayudada por un cayado ondulado (el símbolo de los shakaren) en su temblorosa mano derecha, acompañada de otras ancianas, incluida Arsala—. Y finalmente, pero no menos importante, la señorita CIL-88, presidenta de la Federación de Talos.

A ella Ushuk sí la conocía bien. No pudo evitar sentir el palpitar de su corazón al ver la bella y elegante CIL-88, acompañada de una escolta de androides que ocupaban distintos cargos de alto rango. Siempre tan decidida y fuerte como la conoció cuando estuvieron al lado, y ya que había terminado su labor presentadora, Ushuk caminó a la par de ella conforme se adentraban al recinto.

—Vaya, has llegado lejos, querida Cil —le dijo—. Pasar de ser esclava a ser jefa de Estado que se codea con los líderes de los grandes imperios estelares.

—No creo que sea el momento apropiado para hablar de eso, cuando estoy rodeada de mi secretario de Relaciones Exteriores y del presidente del Congreso Federal, ¿o sí?

—Discúlpame.

—Es bueno verte, Laro —le dijo con una brevísima sonrisa. Tamira notó esta interacción y sintió un hoyo en el pecho, mientras que Ushuk no sospechaba que ella estuviera consciente de su pasado romance.

Ya una vez dentro, los distintos jerarcas iniciaron las charlas y negociaciones sumiendo el edificio en murmullos, pero que iban a tener poco impacto. Los

miembros de la Coalición y el Sacro Imperio firmaron el tratado comercial previamente negociado, y ya aprobado por todos sus parlamentos ante las cámaras de los noticieros. CIL-88 consiguió con éxito el reconocimiento para su mundo de los xinth, pero por lo demás, poco hubo que no fuera meramente protocolario y el mayor conflicto que debieron afrontar, fue que nadie quería sentarse cerca del monarca xinth durante el almuerzo. Aunque finalmente convencieron a los androides que ellos, al no tener sentido del olfato, eran los más apropiados.

Y luego todo cambió.

Sucedió en segundos cuando los sonrientes jefes de Estado iban saliendo en dirección a los podios, donde responderían preguntas de la prensa. Incluso podía verse a Xelara Arthos riendo, mientras le daba palmaditas en la espalda a un también risueño canciller Sardusi. Cerca de ellos estaba el Sultán, irreverente como siempre, y el Primer Ministro que nunca perdía la compostura pero se notaba relajado. Atrás de ellos caminaban el comisario portavoz de los soth con su impávida personalidad, CIL-88 conversando afablemente con la anciana shakaren y hasta el Emperador Xinth, que era grande y pesado y se transportaba a sí mismo en una gran silla antigravedad. Salieron a la luz pública en el lugar que los reporteros esperaban, donde habían sido ubicados ocho podios y los escudos de cada Estado decoraban la pared frente a la prensa. Se ubicó cada uno en sus puestos… y entonces pasó lo inesperado.

Tamira fue la primera en percatarse. Escuchó el zumbido de una pistola de láser cargándose. Miró entre la multitud, vio el resplandor metálico y se avalanzó… pero fue demasiado tarde.

—¡Traidor! —gritó un sujeto extrayendo su arma y apuntando hacia los gobernantes, pero con uno en particular en la mira.

Haló el gatillo. Tamira sintió que gritaba un ¡no! Silencioso, conforme vio el rayo láser emerger del cañón y trasladarse velozmente ante el aterrado Canciller, atravesándole el pecho y ultimándolo para siempre.

El caos cundió por algunos momentos. El asesino fue retenido casi inmediatamente por los agentes de seguridad cercanos, y desarmado mientras cada uno de los distintos jefes de Estado era protegido por sus respectivas escoltas. Salvo el canciller Sardusi, para quien era tarde, pues su cadáver yacía ya sin vida en el alfombrado suelo.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO VII

Estación espacial penal de Absalon, Sacro Imperio de Althares.

Ushuk llegó en su fragata, la Joya de Asterión, hasta la estación con forma de platillo que rodeaba un planeta muerto en un sistema igualmente desolado. Absalon, que era el nombre del sistema y también de la estación, tenía un diseño grosero a la vista, con afilados espolones en la base de los seis arcos que sostenían una gran cúpula esférica, bastos e innecesarios remaches, y construida con un metal negruzco; su aspecto poco acogedor era intencional, como el de la mayoría de las infames prisiones espaciales altarias. Fue allí donde Ushuk llegó a buscar a una vieja conocida. Por su estatus, fue recibido en persona por el alcaide. Un tipo obeso y de aspecto desagradable, siempre escoltado por aguerridos guardias.

—Bienvenido, Almirante, es un gusto tenerlo aquí. No recibimos muchas visitas de su alcurnia.

—Lo imagino.

—¿Cómo va la guerra? No estamos muy informados por acá.

—Dura, difícil, cruenta, desgastante y sin que se vislumbre una pronta salida —aseguró Ushuk mientras caminaba por los fríos pasillos metálicos de la estación.

—Es una pena. Hubiera jurado que los rebeldes habrían sido reprimidos tan rápidamente como sucedió hace veintidós años.

—La revuelta de Adrach fue contra monjes radicalizados y campesinos desordenados. Esta guerra es entre casas nobles con similares recursos, hombres y preparación. Podría tomar décadas.

—¿Es por eso que le interesa nuestra pequeña fiera? —preguntó con una sonrisa que Ushuk encontró repugnante—. Oh, disculpe, es el apodo que le pusimos a la soth.

Finalmente, llegaron hasta las celdas generales que se abrían en un gran cilindro en el centro de la estación, conectado por varios pasillos. Llegaron hasta un área elevada y se apoyaron en la baranda de seguridad, mirando hacia abajo donde un grupo de prisioneros de diversas razas, formaban un círculo y vitoreaban bulliciosamente al tiempo que dos reclusos peleaban; uno de ellos era Astar Kris.

El otro contendiente era un sáuxer inusualmente grande para su raza, pues medía casi metro noventa, siendo más alto que Kris. De rostro cicatrizado y aspecto rechoncho, aun así mostraba una clara ventaja muscular. Intentó golpear a la soth que esquivó los embates ágilmente, y respondiendo con una contundente patada que le dio en la cara. El hombre se tambaleó pero no cayó; contrarrestó con nuevos embates que Kris logró esquivar de nuevo, pero no pudo evitar un tercero que le dio justo en las costillas, seguido de otro en la quijada.

Kris colapsó sobre el suelo, sangrando por la comisura de los labios. El sujeto intentó aplastarle la cara con la bota, pero ella rodó por el suelo, le remitió

nuevas patadas esta vez en la rabadilla, y luego un codazo en la columna, haciéndole caer al suelo boca abajo. El pesado cuerpo fue sustraído del centro del círculo por parte de otros prisioneros sáuxer.

Kris alzó los brazos en celebración mientras era vitoreada por unos y maldecida por otros.

—¿Por qué no detiene eso? —preguntó Ushuk al alcaide.

—Es de las pocas entretenciones que tienen. Vamos, Almirante, no sea cruel. Pasan todo el día trabajando en las minas de oricalcum del planeta vecino, merecen algo de diversión.

Terminada la contienda, Kris regresó a un área donde se juntaban los prisioneros soth. Ushuk notó que, tal como decían los rumores, en prisión los reclusos se organizaban gremialmente; humanos con humanos, sáuxer con sáuxer, soth con soth, kazar con kazar, androides con androides…

Una nueva contienda iba a ser organizada, esta vez entre un kazar y un xinth, pero el alcaide hizo sonar un silbato deteniendo la refriega temporalmente.

—Muy bien, basuras —les dijo, —dejen sus juegos infantiles por un momento. Que la prisionera No. 7565590 se presente a custodia.

Kris reconoció a Ushuk a lo lejos. Sin decir nada subió las escaleras donde dos de los guardias la registraron y luego la esposaron, llevándola ante el alcaide, quien luego con un gesto ordenó que la encaminaran a la sala de visitas.

—Así que… nos volvemos a ver —le dijo Kris a Ushuk cuando este entró a la habitación, que solo con-

tenía una mesa y dos sillas metálicas. No le habían removido las esposas.
—Lo que dijo de Arsala fue cierto y por eso perdoné su vida —aclaró Ushuk—; como puede ver, soy hombre de palabra. Pero ahora, puede que tenga para usted una salida de este hueco.
—Le escucho.
—¿Qué tanto sabe de la situación fuera de Absalon?
—No vemos muchas noticias.
—El Imperio de Althares está en guerra civil. Una que no veo factible terminar a corto plazo.
—Supongo que la Coalición y el Estado Soth habrán tomado ya bando a favor de las distintas facciones.
—Normalmente sería así, pero esta vez no. La Coalición está ocupada librando su propia guerra contra la Colmena.
—¿La Colmena? Pensé que tenían siglos de estar aislados en su territorio.
—Eso parecía. Pero atacaron varias colonias polari y sáuxer en Cloto hace cuatro años, y desde entonces han estado enfrentándose a la Coalición, que por cierto, está perdiendo. Pero no es el único conflicto.
—¿Ah no?
—No, los shakaren están en una guerra civil entre radicales y moderados, los androides, o es decir, los talositas, declararon la guerra al Imperio Xinth, por su negativa a dejar de comerciar con esclavos androides en la zona incivilizada. Aunque en realidad los xinth son meros testaferros de la Corporación Pan-Sáuxer.

—Debe haber sido interesante ver qué hacía la Coalición en ese caso, teniendo que elegir entre dos aliados.
—Créame que lo fue. Los únicos que parecen estar en paz son ustedes, al parecer el líder supremo ha ordenado una nueva política aislacionista.
—Suena sabio considerando lo caótico que está el resto del Universo. ¿Y qué quiere usted de mí?
—Su experticia. Nadie pudo haber llegado tan adentro del aparato estatal altario, como para tener licencia de interrogadora del Ministerio de Inteligencia, sin conocer al dedillo el tejemaneje del Imperio. Si quiero ganar esta guerra, necesito de su conocimiento como espía.
—¿Y qué ganó yo?
—Pasará a estar bajo mi custodia y cuando no le necesite más, será libre. Es eso, o volverá a minar oricalcum todos los días por el resto de su vida, a partir de mañana.
—Creo que no tengo opción. Pero será interesante. ¿Cuándo comenzamos?
Ushuk se levantó del asiento y abrió la puerta, haciendo señas a dos guardias que estaban fuera. Estos entraron cargando un collar electrónico que colocaron en el cuello de la soth.
—¿Orfebrería tan pronto? —preguntó ella sardónicamente.
—Creo que conoce lo que es un collar magnetónico —respondió Ushuk oprimiendo unos comandos en un micro-ordenador portátil, que luego colgó de su cinturón. El ordenador emitió una luz titilante ver-

de similar a la que empezó a emitir el collar—. Si se aleja más allá de la distancia permitida, en este caso cien yardas altarias, le producirá un choque eléctrico incapacitante que se repetirá cada diez minutos *in crescendo*. Si no la encuentro a tiempo, el choque la matará. El choque se termina si ingreso la clave que solo yo conozco, y también se activa ante cualquier intento no autorizado de remover el collar. Es solo una garantía para estar seguro de que no escapará, ni me matará.

Los soldados le retiraron las esposas y la levantaron del asiento, aunque Kris caminó por sus propios medios hacia la puerta, pasando cerca de Ushuk.

—Así que quiere tenerme cerca, picarón —dijo guiñándole un ojo al pasar.

*

En la sede de la Corporación Pan-Sáuxer en Abraxas, situada en el edificio más alto del Vilayato, Sálax miraba por el ventanal que mostraba la panorámica vista de toda la ciudad, su feudo. A sus espaldas en una mesa con forma de semicírculo, se sentaban los altos ejecutivos de la Corporación. La mayoría hombres obesos y ruidosos que hablaban bulliciosamente entre sí, hasta que la voz de alguno lograba imperar sobre las del resto.

—La Bolsa de Valores está al borde del colapso —dijo uno golpeando la mesa con sus papeles—, la guerra de la Colmena nos está matando. ¿Quién va a invertir cuando ni siquiera sabemos si nuestra civilización sobrevivirá?

—El antecrédito coaligado ha caído por los suelos —clamó otro igual de molesto—, siempre supe que esa unión monetaria era mala idea.
—No es que la corona altaria esté mejor —aseguró otro de los ejecutivos—, está apenas por encima de nosotros según el patrón oricalcum, y mientras tanto la Corporación a punto de perder una de sus mayores fuentes de ingreso por culpa de los malditos androides.
—Y ante toda esta crisis, tú —dijo el primer gordo en hablar señalando a Sálax— no estás haciendo absolutamente nada.
Sálax se giró sobre su eje para encararlo, fijándole una mirada tan intimidante que el hombre tragó grueso y se sentó, arrepintiéndose de lo que había dicho.
—Si alguno piensa que puede hacerlo mejor —dijo caminando hasta la mesa y deteniéndose frente a los ejecutivos—, solo tiene que decirlo y me retiraré como gerente, pasando a ser una simple accionista como ustedes. —Sálax esperó una respuesta, pero todos guardaron silencio; algunos bajaban la mirada cuando ella los veía—. Eso pensé.
»Para cuando yo tomé las riendas de esta compañía —dijo girándose de nuevo y mirando por la ventana—, la Corporación en Abraxas hervía en ineficiencia e ineptitud. Era poco más que un negocio criminal como el que maneja ese… gusano gigante de Shang. Yo la saqué a flote, la modernicé y la convertí en lo que es hoy; una de las mejores gerencias de entre todos los planetas sáuxer. Una simple asistente que escaló posiciones por años. Que tuve que sopor-

tar las manos del anterior gerente en mi trasero por siete años, antes de que me nombraran para sustituirlo… ah, y cómo disfruté reasignándolo a ese asteroide congelado donde aún debe estar.

—No lo hiciste tú sola, Sálax, nosotros te apoyamos —le recordó uno de los ejecutivos hablando con cierta confianza y con un codo sobre la mesa, luego añadió: Nosotros votamos por ponerte en el puesto en que estás y remover a tu predecesor. Vimos tu potencial, aunque eras… mujer.

—Entonces confíen en mí de nuevo —dijo volviéndose de frente a la mesa una vez más—, tengo un as bajo la manga que resolverá nuestros problemas, o parte de ellos. Será más fácil que venderle metano a un xinth. Solo deben esperar.

—Muy bien —dijo el ejecutivo que acababa de hablar poniéndose de pie—, o serás tú la próxima que termine asignada a un asteroide congelado.

Los ejecutivos salieron grupalmente de la oficina, mientras Sálax los veía partir ya maquinando su siguiente jugada.

*

—Bienvenido, magistrado Servat, es un gusto verlo acá de nuevo —saludó cortésmente Dargo Ruven a un hombre de edad madura y cabello cano en las sienes, cuando este se adentró a la sala principal de su mansión. Un sirviente androide le tomó el abrigo y ofreció bebidas que el visitante aceptó. Ambos se sentaron cómodamente en los acolchados sillones.

—Gracias Alcalde. Debo decir que su casa es hermosa.

—Es muy amable. Una antigüedad muy bien conservada.

—Se nota, es muy bonita.
—¿Qué lo trae a Abraxas? No es normal que nos visite un magistrado.
—Lo sé, Alcalde…
—Llámeme Dargo, por favor.
—Por supuesto, si usted también me llama Tharos. Bueno, como le decía, no es común pero no me gusta ser un magistrado de escritorio, y Seguridad es una cartera particularmente importante.
—Por supuesto. Es una suerte que Xelara Arthos tuviera que renunciar tras ese escándalo de corrupción. ¿Quién hubiera pensado que su campaña recibió donaciones de la mafia kurga?
—Sí, lamentable, pero sin duda nos sirvió la elección relámpago en bandeja de plata. Creo que los populares no habíamos tenido una victoria tan importante en décadas.
—Lástima que nos dejó la guerra de la Colmena en las manos. Mi propia esposa no está acá por encontrarse asistiendo a la Coalición en combatir a la Colmena. Pero supongo que no vino por eso.
—Presume bien. ¿Sabe lo que es una ojiva de agujero negro?
—Sí, si mis clases de historia de secundaria no están muy oxidadas, claro está. Arma de destrucción masiva capaz de destruir un planeta entero. Produce un agujero negro artificial que engulle el planeta. Se pensaron por primera vez como una defensa contra la Colmena durante las guerras colmenares, pero no se perfeccionaron hasta siglos después. Nadie sabe

exactamente cómo funcionan porque la tecnología exacta se mantiene bajo celoso secreto, aunque se dice que los soth han estado cerca de sintetizarla. ¿No es cierto que desaparecieron tras usarse por primera y única vez durante la guerra de sucesión sáuxer?

—Sí y no, su uso ciertamente horrorizó tanto a las personas de la época (un planeta sáuxer entero fue engullido por una), que poco después se firmó un tratado de desarme y su utilización está estrictamente prohibida. Solo cinco estados poseían ojivas de agujero negro: la Fundación Valta, el Imperio altario y los miembros de la Coalición. Los soth han pretendido conseguir una, pero las amenazas de bombardearlos cada vez que están cerca de lograrlo, les disuaden.

—¿Y qué pasó?

—El desarme no fue tal. En realidad todos los mundos conservaron algunas, por si acaso. Y peor aún, una de ellas fue robada.

—¿¡Que!? —preguntó Ruven genuinamente sorprendido, casi levantándose del asiento.

—Sí. Aunque aún no tenemos claros los detalles, el caso es que una de las ojivas desapareció de donde estaba resguardada; una vieja base militar olvidada en algún punto perdido de la República. Pero si quisieran usarla, ya lo habrían hecho… lo que pretenden es venderla al mejor postor.

—Que puede ir desde grupos terroristas hasta… los soth…

—Por supuesto. Nuestros informes de inteligencia muestran como posible destino para la venta acá mismo,

Abraxas. Es el lugar perfecto por la vasta cantidad de personas de miles de mundos diferentes que lo visitan, y por tener grandes zonas virtualmente en la anarquía.
—Cuente con todo mi apoyo para su labor, Tharos.
—Gracias, no esperaba menos de usted —declaró Selvat poniéndose de pie. Ruven hizo lo mismo y estrecharon las manos—. ¿No ha pensado ser senador, Dargo? Ahora que nuestra facción está en el poder es el momento perfecto.
—Mentiría si dijera que no lo he pensado.
—Escuché que el senador por Abraxas está por retirarse en pocas semanas…
—Sí, Tharos, lo sé y sí, es probable que me postule para reemplazarlo.
—Pues no dudo que ganará. Astrópolis es uno de los bastiones más sólidos que tenemos los populares. Su ayuda para este nuevo gobierno será bienvenida.
—Bueno, usted fue senador, estoy seguro que me dará algunos consejos —afirmó conforme iban hacia la puerta, dándole algunas amistosas palmaditas en la espalda—. Aún no se lo he dicho a Valëris, espero que reaccione bien. Implica dejar Abraxas para irnos a vivir a Urd y ella ama este sistema, ya sabe, por la arqueología.
—Estoy seguro que podemos conseguirle un buen cargo en la Academia de Ciencias a una persona de sus talentos —declaró Selvat ya en la puerta de entrada, tras la cual le esperaban sus guardaespaldas personales—. Me pondré en contacto con usted en cuanto sepa más sobre el asunto que me trajo aquí.

*

Una colosal refriega entre dos cruceros de batalla y docenas de fragatas y corbetas se libraba en el sistema Acara, uno de los más importantes bastiones sublevados. Las fuerzas enemigas, equivalentes en técnica y destreza, estaban casi estancadas en su letal lucha. Pero pronto el destino se decantó por uno de los bandos, y las fuerzas leales empezaron a prevalecer: Los ataques incisivos de las fragatas se abrieron paso, cortando entre los flancos rebeldes y permitiendo a ambos cruceros un intercambio limpio de cañonazos fotónicos.

Las sacudidas de ambas megaestructuras las hacían estremecerse, e importantes áreas del fuselaje de ambas era destrozado por las embestidas, hasta que uno de los dos cruceros comenzó a flaquear con constantes explosiones internas, lo que claramente era un colapso estructural.

—Mensaje del crucero rebelde, señor —informó un navegante a Ushuk quien ordenó que lo pasaran.

—Creo que aquí termina mi participación en esta guerra, colega —dijo Sodder desde el otro lado en un derruido puente lleno de escombros y humo.

—No tiene que ser así, Sodder, escape en una cápsula. Su vida será respetada, tiene mi palabra.

—No, Ushuk, no. Hay más honor en mi muerte que en mi derrota. Solo sepa que todo esto lo hicimos por amor al Imperio. Iré a reunirme con mi esposa e hija.

—Que seas uno con el Universo —deseó Ushuk bajando la mirada. La transmisión mostró el puente

explotando y se cortó casi inmediatamente después, poco antes de que el crucero de batalla explotara.
—Lo lamento señor —consoló el navegante—, el almirante Sodder era un hombre honorable. ¿Tenía familia?
—Algunos parientes lejanos, lamentablemente su esposa e hija murieron años atrás en un bombardeo coaligado durante la guerra de Aurelos. Su casta está casi extinta. Es una lástima.
—El resto de las naves se rinden, señor.
—Bien, ocúpenlas y pónganlos bajo arresto, luego recuperen el sistema, pero tengan cuidado. Algunos rebeldes pueden mantener guerra de guerrillas en los planetas. Traten a los prisioneros magnánimamente, después de todo, son hermanos altarios.
—Sí, señor.
No había mucho que hacer después de la contienda. Un sistema más recuperado; informar al Estado Mayor de la victoria e iniciar las reparaciones en el crucero de batalla. Por lo demás, solo quería descansar.
El mapa de la guerra civil altaria lucía poco esperanzador. Los sublevados tenían control sobre todos los sistemas altarios en Morta, pero habían perdido casi todos en Cloto, donde se había logrado recuperar tres cuartos de terreno. El problema era Verkandi donde estaban prácticamente divididos en dos bloques casi iguales, y no parecía que eso fuera a cambiar pronto.
—Lo que dijiste resultó cierto —le informó a Kris entrando a la habitación-celda, donde ella pasaba la mayor parte del tiempo y que en ese momento estaba acostada sobre la cama, con sus manos haciendo

de almohada—, las fuerzas de Sodder en el Sistema Acara eran inferiores a lo que nos habían informado.
—Le dije que mi contacto soth en el sistema no mentiría. Y le tengo algo más…
El *multicom* personal de Ushuk sonó en su cintura. Extrañado respondió la llamada, encontrándose del otro lado a DEV-3000, el conocido líder del grupo terrorista Frente de Liberación Androide.
—¡Qué puntual! —notó Kris.
—Almirante Ushuk —dijo el androide—, he escuchado mucho de usted.
—¿Qué quiere?
—Una proposición, ahora que tenemos una amiga en común. La Srta. Kris, me ha convencido de que usted es con quien puedo hablar al respecto.
—¿De qué se trata?
—Muy simple. Tenemos aún cientos de células dormidas en todas partes del territorio altario, que pondríamos a su disposición para ataques terroristas y sabotajes que pudieran girar el rumbo de la guerra a su favor.
—Eso sería de gran ayuda. ¿A cambio de qué?
—Su palabra de que una vez ganada la guerra liberarán a todos los esclavos androides y les permitirán viajar a Talos, si así lo desean.
Ushuk se mantuvo pensativo algunos segundos.
—Hecho, tiene mi palabra.
DEV-3000 cortó la transmisión.
—Creo que no me equivoqué contigo —le comentó a Kris—, puede que nos hagas ganar esta guerra después de todo.

*

Valëris Ruven había llegado a Völtix, una alejada y rural colonia agrícola sáuxer, como se lo había pedido el gobierno. Relativamente cerca de Abraxas, por lo que el viaje solo tomaba algunos días, pero que contrastaba por su pobreza y atraso. La colonia consistía casi enteramente en humildísimas villas agrícolas con muy poca población, aunque ahora la presencia militar era tan numerosa, que hacía parecer el lugar un territorio ocupado. Trató de comunicarse con algunos residentes pero ninguno hablaba estelar. Hasta que escuchó una voz que le llamó detrás.

—¿Dra. Valëris Ruven? —preguntó un soldado a sus espaldas. Valëris asintió—. Venga con nosotros.

Colocado bien dentro de un aguerrido cuartel militar y bien equipado con instrumentos de todo tipo, fue instalado en el alejado planeta un laboratorio secreto, y fue allí adonde la llevaron los militares que la recibieron en el puerto más cercano.

—Bienvenida, doctora, soy el senador Dumón —se presentó estrechándole la mano—, actualmente dirijo el proyecto de operaciones secretas del gobierno.

—Gracias, Senador.

—Es un placer conocerla. Leí algunos de sus libros —le aseguró Dumón mientras caminaban por los pasillos de la base—, como el de la extinta civilización alsariana. Me pareció fascinante.

—Es muy amable, Senador.

—Antes de informarle para qué la hemos sacado de Abraxas, quiero recordarle que todo lo que vea aquí

es absolutamente confidencial. Nuestra estancia acá es en cierta medida bienvenida por los colonos, que saben estamos tratando de protegerlos. Pero no creemos que respondan bien si conocen lo que tenemos guardado acá… como tampoco lo haría el enemigo.
Llegaron hasta un hangar resguardado por dos soldados que abrieron las puertas cuando Dumón les hizo señas. En el interior estaba un elaborado laboratorio con ordenadores de avanzada tecnología y diversidad de instrumentos, pero lo más notorio que impactó a Valëris estaba contenido en una prisión de vidrio irrompible: uno de los miriápodos de la Colmena.
Valëris no pudo evitar el exhalar un breve gemido de impresión.
La criatura era grande como un vehículo automotor. Parecía asustada y trataba de escapar golpeando el vidrio con sus tenazas, pero en otros momentos se quedaba quieta e inspeccionaba su prisión como si estuviera calculando la forma de fugarse.
—¡No sabía que tenían un prisionero!
—Es uno de los muy pocos individuos de la Colmena que hemos atrapado vivo —explicó Dumón.
—Si piensa que voy a aceptar cualquier forma de tratamiento antiético contra este ser, como una disección o algo por el estilo…
—Nada de eso, doctora —tranquilizó Dumón—, queremos que descubra cómo comunicarse con ellos.
El rostro de Valëris se tranquilizó.
—¿Yo?
—Es experta en eso, ¿no es así? Sus estudios de posgra-

do son en xenolingüística y culturas alienígenas. Ha traducido lenguas muertas de innumerables civilizaciones. Además, no estará sola, pondremos a su disposición a antropólogos, psicólogos, biólogos, entomólogos…

Valëris pensó el asunto algunos momentos mientras veía a la criatura prisionera. Puso su mano sobre el vidrio y sintió lástima por él, pero se alejó de inmediato en cuanto el ser comenzó a golpear furioso el cristal.

—No se preocupe —advirtió Dumón—, el vidrio es una aleación de oricalculm transparente de las que se usan en las ventanas de las naves. Es irrompible.

—Muy bien —dijo finalmente, aun con un pesar en el corazón al ver al ente asustado en su presidio—, lo haré.

*

—¿Cuándo, en el nombre del Universo, vas a obedecer, condenada mocosa malcriada? —preguntó una de sus madrastras (la de mayor edad y de facto líder del trío) a Yánix, quien estaba cabizbaja sentada en el sillón mientras ella, con las manos en la cintura, la sermoneaba furiosa—. Te he repetido mil veces que no estás autorizada a ser amiga de ese niño humano.

Su padre, Wúlux, leía el periódico despreocupadamente sentado en una silla grande y cómoda, especial para él. Sus negocios —no del todo legítimos— le habían permitido poseer un lujoso apartamento en uno de los barrios de clase media alta del Vilayato. Sus otras dos esposas (mucho más jóvenes) se dedicaban a distraerse sin prestar atención, ya fuera viendo holovisión o pintándose las uñas.

—Si tan solo usara la amistad con el chico para conseguirme información del Gobernador —comentó Wúlux mirando entre las hojas de su periódico—, pero siempre te negaste a ello.
—A todo, solo piensa en ella misma. ¡Insolente! ¿Cuándo me vas a obedecer?
—Cuando seas mi madre —le respondió encarándola. La mujer, furiosa, se disponía a propinarle un bofetón que Wúlux detuvo, aclarándose la garganta. La mujer se contuvo. Wúlux nunca permitía que le pegaran.
—La chica es tan inteligente y rebelde como era su madre —dijo Wúlux volviendo a su periódico—, e igual de hermosa. Nunca las respetará a ustedes tres, no importa cuanto lo intenten.
Yánix sonrió. A pesar de todo, amaba a su papá.
—De todas maneras ya es hora de que se case y se largue de aquí —dijo una de las esposas, la que decoraba sus uñas mientras miraba cómo le iban quedando los dedos—, está muy vieja, deberías conseguirle marido.
—¡Excelente idea! —se saboreó la madrastra mayor.
—Sí —murmuró Wúlux acariciándose el mentón pensativo, para horror de Yánix—, eso sí es buena idea. Un buen marido… podría ser. Además, me pagaría una buena dote.
Yánix bajó la mirada, triste.
La puerta se abrió de golpe, para sorpresa de todos. Uno de los guardaespaldas de Sálax la había abierto con un ariete. Al lugar entró primero Sálax, seguida de sus hampones.
—Vete, Yánix… ve a jugar afuera… —ordenó Wúlux.

—Pero papá…
—¡QUE TE LARGUES!
Yánix obedeció sin decir más, saliendo a toda prisa. Las esposas miraron intranquilas —sabían lo que iba a pasar— conforme Sálax se acercaba a Wúlux, quien se puso de pie de inmediato.
—Su Excelencia —dijo con una pronunciada reverencia—, ¡me honra su visita! Si me hubiera avisado de su llegada habría arreglado un poco esta pocilga inmerecedora de su presencia…
Sálax lo señaló con un dedo y el otro hampón le hundió el puño en el vientre, haciéndolo retorcerse y arquear de rodillas sobre el alfombrado piso.
—Suficiente de juegos, bola de manteca —le dijo Sálax—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que me informes de todo?
—Ejum, ejum… excelencia… ejum… yo…
Sálax le hizo otra seña a su guardaespaldas y este le propinó un puñetazo en la quijada.
—¡Basta, basta! No más —se defendió Wúlux escupiendo sangre rosada. —Sé por qué está aquí, Valí… la subasta...
—¿Por qué no me informaste?
—Iba a decírselo Valí, es solo que… pensé que usted no querría verse involucrada directamente en ello y…
—Deja las excusas si no quieres una paliza —le amenazó Sálax— y ve al grano, gordinflón.
—Los vendedores son personas muy reservadas. Querían mantener el robo de la ojiva en secreto. Lo lamento… por supuesto que será un gusto tenerla presente y…

—¿Presente? —preguntó Sálax alzando la ceja mientras se daba la vuelta rumbo a la puerta—, pretendo comprarla.
—P… pero… —empezó a protestar Wúlux, hasta que la mirada fulminante de Sálax lo silenció. —Sí, Excelencia.
—No me vuelvas a ocultar información. La próxima no seré tan generosa, Wúlux —le amenazó antes de cruzar la puerta, seguida de sus fornidos guardaespaldas.
Yánix escuchó todo aquello con ojos llorosos, parapetada tras el marco de la puerta. Sálax la percibió al cruzar el umbral y la miró de reojo. Le remordió la conciencia —por algunos momentos pensó en ella misma a esa edad—, pero no dijo nada y continuó su camino. Yánix, al contrario, se alejó por el otro lado antes de que su padre se diera cuenta que había desobedecido.

*

—Sabía que te encontraría aquí. ¿Ya no respondes mis llamadas?
Arath había llegado a la cerca junto al mercado central, donde había conocido a Yánix cuatro años antes. Yánix estaba —al igual que aquella vez— con los brazos recostados sobre la barda y la mirada perdida, aunque era notorio que había llorado. Arath no preguntó —nunca lo hacía— pero sabía que era por asuntos relacionados a su padre.
—¿No debías estar en un internado en Althares desde hace como un año cuando cumpliste los trece?
—La guerra civil lo evitó —dijo recostándose similarmente en la barda—, tiene sus cosas buenas después de todo.

—Es tan estúpido que quieras ser mi amigo —reaccionó Yánix separándose de la barda.
—Es un poco tarde ya para eso. Además…
—Ni lo digas. No somos nada más que amigos.
—Bien —respondió Arath encogiéndose de hombros.
—Me casaré pronto, ¿sabes?
Esa declaración sí hoyó el corazón de Arath.
—¿Con quién?
—Con quien mi padre haga el arreglo. No sé a dónde me iré o cómo será. Pero probablemente será feo y anciano y seré la tercera o cuarta esposa, teniendo que convivir con otras arpías que me odiarán como mis madrastras me odian.
—Tu mamá murió en una de tantas guerras, ¿verdad?
—Sí. De hecho, murió durante los bombardeos que hicieron los de tu pueblo —le dijo con tono de reclamo, y eso también le fustigó el corazón.
—Yo… es decir… —iba a disculparse, pero Yánix lo detuvo con una mueca de hastío.
—Ahórrate las excusas. No soy tan estúpida como para culparte por algo que hizo tu gente.
Ambos guardaron silencio un tiempo.
—Bueno… si te vas a ir… quizás deberíamos ver al menos una contienda del Domo, ¿no crees? Nuestros padres nos lo tienen prohibido, pero… si te vas a ir… no perdemos nada con desobedecer…
Yánix lo miró de reojo.
—No se puede debatir con esa lógica.
La pareja de adolescentes se escabulló entre las callejuelas hasta llegar a la turbulenta área donde se loca-

lizaba el Domo de la Muerte. Ya que era prohibido para menores de edad indistintamente de cuánto pagaran, su única opción era introducirse furtivamente por las entradas traseras y puntos ciegos de seguridad, que Yánix conocía porque había visitado el lugar muchas veces (aunque nunca en día de contienda).

—Damas, caballeros y hermafroditas —anunció el locutor—, sean bienvenidos a nuestra contienda de hoy. ¡Tenemos para ustedes una contienda espectacular! Y aunque lamentablemente nuestro admirado lanista no pudo acompañarnos, les envía un caluroso saludo. Sin mayor dilación, vamos a presentar a los competidores…

La contienda de ese día fue entre un androide de aspecto derruido que había sustituido una de sus extremidades con una sierra eléctrica, contra un kurgo que tenía parte de la piel quemada y sin pelo en la mitad de la cabeza; le faltaba un ojo y gruñía amenazadoramente. El kurgo estaba armado con una pica, y a pesar de su tamaño reducido, fue capaz de contrarrestar con presteza los embates del androide, reteniendo con su pica la sierra. El kurgo era bastante fornido aunque fuera pequeño y eso lo hacía lucir rechoncho. Continuó contrarrestando los ataques de la sierra causando estallidos de chispas, hasta que quedó arrinconado contra la pared de piedra, con las astas acercándose peligrosamente a su nariz, mientras el androide mostraba un gesto sádico. Pero entonces el kurgo movió hábilmente su pica, hizo que el androide perdiera el equilibrio y su sierra golpeó la pared dejando una mar-

ca y algunas chispas. El kurgo trepó por el cuerpo del androide, esquivó los embates de la sierra y le clavó la pica en medio de la cabeza cibernética, produciendo un estallido chisporroteante y la expulsión de ácido de batería. El androide se tambaleó hasta desplomarse en la arena, y la multitud vitoreó al kurgo.

—¡Tenemos un nuevo campeón! —celebró el locutor.

—¿Qué hacen ustedes dos aquí? —preguntó una voz detrás mientras una pesada mano les tocó el hombro a cada uno.

Yánix y Arath, parapetados tras unas cajas en una bodega desde donde podían ver la arena a través de una ranura, fueron descubiertos por Belätris, la antigua campeona del Domo, ahora retirada gracias al dinero dado por Ushuk, pero que aún lucía su aspecto amenazante acentuado por sus tatuajes, alas negras y cabeza rapada.

—Belätris —reconoció a Yánix. Iba a decir más, pero calló al escuchar que se aproximaban sus jefes; les ordenó con señas que se escondieran.

A la bodega entró Shang, el gasterópodo naranja, flotando en su silla antigravedad y seguido por dos de sus desagradables secuaces (el kazar y el androide con la mitad de la cara carcomida).

—¿Tienes lo que te pedí? —preguntó suspicazmente a Belätris, quien se alejó del parapeto donde se escondían los chicos.

—Sí, pero no fue fácil conseguirlo. Te costará.

—No importa. Necesito la localización de la subasta —comentó el gasterópodo como si quisiera comerse un manjar.

—Wúlux me dijo específicamente que no te alertara a ti.
—¡Oh, vamos! ¡Hazlo por los viejos tiempos!
—Quiero doscientos antecréditos, o no hay trato.
Shang miró al kazar.
—Págale.
El kazar le entregó una tarjeta a Beläris, quien entonces accedió a pasarle un disco al kazar, hasta que el retumbo de unos tarros cayendo les alertó de la presencia de los chicos.
El kazar y el androide removieron las cajas que los cubrían y sacaron a Arath y Yánix del área para mostrarlos —forcejeando— ante Shang.
—Estos entrometidos escucharon todo, deberíamos matarlos —dijo el androide.
Shang los miró, pensativo.
—¡No! —clamó Belätris—, ¿estás loco? Es la hija de mi jefe, y el chico es el hijo del gobernador altario. ¿Tienes idea de la clase de investigación que realizarían si desaparecen? ¿Quiénes serán a los primeros que indagarán?
—Pero saben demasiado, pueden alertar a sus padres —comentó Shang.
—No dirán nada, tienes mi palabra —declaró Belätris.
—Muy bien, pero le restaré cincuenta antecréditos a tu tarifa… por el riesgo que me haces correr.
Belätris suspiró, pero asintió. Luego le entregó el disco. Shang hizo una seña con uno de sus tentáculos y sus secuaces soltaron a los adolescentes y lo siguieron fuera de la bodega.
—¿¡Se dan cuenta de lo que me costaron, par de mocosos!? —les clamó con genuina molestia—, si di-

cen algo de lo que vieron acá seré yo quien los mate. Ahora lárguense.

*

—Hola cariño, te he extrañado mucho —le confesó Ruven a su esposa a través del comunicador superlumínico.
—Igualmente, amor. ¿Cómo está todo por allá?
—Lo normal.
—¿Eso es bueno o malo?
Ruven rio:
—Lo dejaré a tu criterio. Tengo algo que decirte, amor —dijo yendo al grano.
—Espero no sea una mala noticia.
—Depende de cómo veas las cosas… —suspiró—. He decidido ser senador. Me gustaría ir de candidato por el escaño de Abraxas, ahora que está próximo a desocuparse.
—Cariño, ¡eso es genial! Me parece muy bien.
—¿En serio? ¿Estás conciente de que tendríamos que dejar Abraxas e ir a vivir a Urd? Ni siquiera es la misma galaxia.
—No importa. Será un paso importante en tu carrera, amor, y sé que encontraré qué hacer allá. Además, estaré más cerca de mi propio mundo, quizás pueda visitar a mi familia al menos una vez por década.
—¡No seas exagerada! Y bueno, primero el Senado y quién sabe, quizás algún día ser Procónsul. ¿Qué te parecería ser Primera Dama?
—¿Tendré que cenar con la Emperatriz xinth en las cumbres? Porque de ser así, lo odiaré…
Ambos rieron, se despidieron con un beso y cada uno volvió a su trabajo.

*

—Este es el tercer intento que realizan ustedes los insurgentes por tomar Abraxas III. ¿No se cansan? —preguntó Tamira desde la nave insignia de su flota, a la contraparte rebelde que hacía su aparición en las afueras de Abraxas. Al ser naves militares altarias no requerían de la hiperpuerta para entrar y salir del hiperespacio, agujereando la negrura del cosmos con sus vórtices multicolores de breve existencia.

—Ríndase, almiranta Ushuk —ordenó el capitán de la flota insignia, un aguerrido joven que Tamira había visto alguna vez cuando estuvieron ayudando a los xinth en Aurelos—, su vida y la de sus hombres será respetada.

Pero la respuesta de Tamira fue la inmediata ofensiva. El destacamento que había sido dejado atrás por las fuerzas lealistas hizo su cometido casi de inmediato, pero además, estos habían colocado una estación espacial de batalla conocida como Atalaya, con armamento pesado diseñado para la defensa de planetas enteros, en este caso, de Abraxas III.

A pesar de los potentes cañonazos de la Atalaya contra la flota enemiga y la nada desdeñable ofensiva lealista, las fuerzas rebeldes eran numerosas y bien preparadas, habiendo aprendido de previas derrotas. Por algunos momentos, Tamira temió que Abraxas pasaría a engrosar la lista de sistemas sublevados.

No fue así. Sorpresivos desperfectos dentro de la flota insurgente parecieron hacer mella en su capacidad bélica, permitiendo a los lealistas retomar la ventaja

y finalmente romper las filas enemigas con un ataque directo. El joven capitán llamó a la retirada, aunque algunas naves no pudieron obedecer dadas sus malas condiciones, por lo que sus tripulaciones serían tomadas prisioneras.

—Eso fue demasiado afortunado para ser coincidencia —mencionó Halfor.

Las semanas pasaron y los androides habían cumplido su palabra. Sus ataques terroristas y sabotajes habían debilitado a los sublevados, e incluso se reportaban tácticas de guerrillas. Ushuk, a miles de años luz de distancia de donde estaba su ex esposa —y de hecho con una joven alférez (cuyo nombre no recordaba) desnuda a su lado y que dormía plácidamente tras haberle hecho el amor—, revisaba complacido los informes de Inteligencia que mostraban el mismo patrón y los marcaba en el papel, bajo la tenue luz de una lámpara. Los androides habían cumplido su parte.

Y Kris había sido más útil de lo que esperaba —pensó mientras mordisqueaba la punta del lápiz.

*

—Nuevos ataques sorpresa de la Colmena han sido reportados en tres colonias coaligadas de Cloto en los últimos dos días —explicaba el Secretario General de la Coalición Verti Navären, ante una mesa redonda de altos jerarcas políticos y militares de los tres gobiernos, entre ellos Dumón, mientras un mapa holográfico en el medio ilustraba sus palabras con imágenes. —Tan esporádicos e impredecibles como siempre. Las naves de la Colmena se limitan a salir

del hiperespacio imprevistamente y atacar todo a su paso, devastando los asentamientos del sistema, pero esta vez no los geoforman como fue en el pasado, simplemente los abandonan.

—No hemos podido detectar ningún patrón —intervino Dumón—, ninguna estrategia, ningún esquema de ningún tipo. Sus motivaciones son totalmente enigmáticas desde todo punto de vista militar.

—Así es —continuó Navären—, de momento solo podemos limitarnos a patrullar las áreas y mantener fuertes destacamentos militares en cada sistema, y nuestra única estrategia posible consiste en enviar todos los contingentes disponibles al sistema atacado… pero estamos hablando del espacio. Las distancias son… gigantescas, aún con el uso del hiperespacio.

—Algunas de estas colonias son pequeñas comunas agrícolas —aseguró el Ministro de Guerra sáuxer, un aguerrido general que tenía un ojo artificial—, pero otras fueron fundadas hace siglos y tienen ya grandes ciudades con millones de habitantes, y familias que han vivido en ellas por generaciones. Son imposibles de evacuar.

—Y la Colmena no diferencia una de otra —aseguró Navären—, como puede que ataquen una comunidad de colonias mineras en un cinturón de asteroides, pueden atacar una de las grandes metrópolis del sector.

—Es como si sus ataques fueran ciegos… en verdad parecen una colmena de animales —expresó intrigado el Ministro de Defensa polari.

—Bueno, por lo pronto ese es el informe de hoy, ca-

balleros, nos reuniremos mañana para continuar con los reportes —aseguró Navären poniendo fin a la reunión virtual. Solo él y Dumón estaban en la misma habitación y se vieron en persona cuando se removieron el equipo de realidad virtual.

—Dumón —le dijo—, ¿hay resultado alguno con el proyecto de la Dra. Ruven?

—Según me informó, ha logrado descubrir que se comunican por medio de hondas ultrasónicas inaudibles para nosotros. Pareciera ser algo similar a una vibración, y lo produce un órgano misterioso que aún no descifra completamente, pero que es similar a un radiotransmisor.

—Todo eso suena fascinante pero necesitamos resultados palpables cuanto antes. ¿Me comprende?

—Sí, Secretario, la presionaré un poco más.

*

Una de las dos lunas de Abraxas II estaba cubierta por una gruesa y nublada atmósfera. En su interior, la superficie estaba enteramente envuelta por follaje tropical como si la luna entera fuera una gran selva, atestada de ponzoñosos insectos, animales exóticos (la mayoría letalmente tóxicos) e incluso la flora y los frutos producidos eran venenosos. Siglos atrás se había librado una feroz batalla en una de tantas guerras, y todavía quedaban vestigios de naves destartaladas llenándose de maleza, e incluso había osamentas humanas. Allí se situaba un abandonado puesto de vigías, olvidado y casi tragado por la vegetación.

El lugar perfecto para una subasta ilegal.

Poco a poco, discretas cápsulas empezaron a adentrarse en el satélite y llegaron hasta el área designada: un viejo abandonado puesto de vigías situado en medio del follaje y gravemente dañado por alguna de tantas guerras, al punto de que derruidas naves yacían rodeándolo, y habían sido parcialmente recubiertas por la jungla.

Allí llegaron uno a uno los interesados compradores: un grupo de curtidos guerrilleros androides que descendieron de una fragata, que claramente había participado de la rebelión de Talos, por las marcas que aún tenía en su fuselaje; radicales shakaren, la mafia kurga, piratas xinth (reconocibles por sus intrincados tatuajes en los tentáculos y la cabeza de cefalópodo) y, finalmente, el conocido jefe criminal Shang junto a varios de sus guardaespaldas.

Sálax, rodeada de varios de sus guardaespaldas y cerca de Wúlux, observaba la llegada de las sórdidas delegaciones.

—Los androides son del Frente de Liberación Androide, ¿no es así? —preguntó Sálax al lanista. —El más virulento grupo terrorista que tienen las chatarras.

—Sí, Excelencia —respondió Wúlux, como disculpándose—, no podemos controlar quién viene.

—Sí, bueno, tendrán la ojiva sobre mi cadáver. ¿Qué está haciendo Shang aquí? Pensé haberte dicho que no le informaras.

—No lo hice, Excelencia, no sé cómo se enteró.

Los distintos visitantes se situaron en unas sillas, colocadas improvisadamente frente a los vestigios del puesto de control.

—Bienvenidos, caballeros —anunció Wúlux situándose en el podio y golpeándolo con su mazo. A sus espaldas estaba un anfiteatro con un telón recién colocado y aguerridos sáuxer bien armados montaban guardia en cada esquina. —Me alegra ver a tantos interesados en nuestros productos. Comencemos la subasta con esta colección de rifles último modelo, con mira microscópica y municiones expansivas altamente destructivas —dijo señalando hacia un lote de una veintena de rifles de fotones con sofisticado diseño, que eran señalados por una atractiva modelo sáuxer. —Sugiero iniciar la puja con trescientos antecréditos…

Y así, prosiguieron producto tras producto, por cerca de una hora.

—Vendidas las granadas positrónicas al general DEV-3000 —declaró señalando al líder de los androides con el mazo— por dos mil antecréditos. Felicidades por su compra. Muy bien, ahora el producto que sé todos estaban esperando —los distintos asistentes parecieron todos ponerse atentos y reclinarse en sus sillas hacia el frente, como si estuvieran preparándose para una carrera. —El arma más poderosa que existe, capaz de destruir planetas enteros, quizás un sistema si se utilizara en una estrella. La única ojiva de agujero negro artificial en el mercado negro —dijo conforme la modelo abría el telón a sus espaldas, y podía observarse la curiosa invención que asemejaba un armatoste cilíndrico horizontal surcado por cinco anillos. Algunos de los asistentes se levantaron del asiento para ver mejor.

—¡Es hermosa! —comentó Sálax casi salivando.
—¿Es de origen sáuxer? —preguntó Shang como dudoso—; no creo que fueran a vender un arma de su gobierno.
—No, fue robada a otra potencia —clarificó Wúlux—, pero los vendedores desean permanecer anónimos. Yo solo soy el intermediario y pido una minúscula comisión por mis servicios.
—30 % —le dijo Sálax a Shang con un gesto de ironía.
—Iniciemos la puja —prosiguió Wúlux—, sugiero empezar por… un millón de antecréditos.
—Un millón —ofreció Sálax levantando la mano.
—¿Y tú para qué quieres una? —le preguntó Shang—, el Sultanato Sáuxer ya tiene… a menos que…
—dijo frotándose la mejilla con uno de los tentáculos—, claro, no es para el gobierno sino para la Corporación. Para terminar rápidamente la guerra Xinth-Talosita…
—¡Millón y medio! —dijo el líder de los androides.
—¡Dos millones! —ofreció Shang.
—Tres millones —fue la oferta del jefe pirata xinth, y así los distintos presentes fueron ofreciendo y ofreciendo para complacencia de Wúlux, quien estaba al borde del éxtasis. Los participantes estaban incluso empezando a pelear entre sí, para cuando las ofertas iban entre los cientos de millones…
—Mil millones —dijo una voz detrás de todos recién llegando al área. Los asistentes miraron sorprendidos hacia atrás, conforme una delegación de cinco soths, entre ellos el comisario Drul y la propia Vermello, se

abrían paso entre la vegetación. Wúlux estuvo a punto de desmayarse al escuchar la cifra. —No pueden competir contra el presupuesto de un Estado entero, lo siento —dijo Drul mirándolos por sobre sus anteojos oscuros.
—Esa ojiva será mía —rabió Sálax poniéndose de pie.
—¡No! ¡Será para nuestra causa! —clamó DEV-3000 poniéndose de pie y apuntando a la sáuxer y sus subordinados la imitaron, provocando que los hombres de Sálax extrajeran sus armas también. En poco tiempo, todos los compradores estaban apuntándose unos a otros.
—Dama y caballeros, por favor —intervino Vermello con tono conciliador—. Mantengamos la calma. Todos vinimos aquí a hacer una compra justa y respetando las reglas, además… ¿en verdad quieren disparar… aquí? —dijo señalando hacia la ojiva, lo que disuadió a todos. —Nuestro gobierno ofreció mil millones, si no pueden igualarla, por favor, retírense.
Wúlux estaba recostado sobre el podio sosteniéndose la mejilla con la mano derecha.
—¿Y bien? —preguntó—. ¿En que estábamos?
—Ofrecimos mil millones —recordó Vermello.
—Me temo que el precio ha subido —respondió Wúlux— al no haber otras pujas y tener un monopolio sobre el producto. Usted sabe… oferta y demanda.
—Dos mil millones de antecréditos —anunció Drul enfatizando la cifra con los dedos de su mano— y ni un antecrédito más.
Wúlux intentó reprimir la alegría que le embargaba, tomó el mazo temblorosamente y al borde del éxtasis declaró:

—¡Vendido!
—Yo no estaría tan segura de eso —dijo la voz de Tamira. Súbitamente, emergieron de entre la jungla varios soldados altarios fuertemente armados, apuntándoles con sus rifles de láser.
—¿Qué arcontes están haciendo acá? —preguntó Sálax—, esto es territorio sáuxer. ¿Quieren provocar una guerra?
—Si actuamos para impedir que una ojiva de agujero negro caiga en manos de los soth —anunció Tamira altivamente—, creo que su gobierno nos excusará. Que por cierto, vender armas a potencias enemigas es alta traición. Tengo entendido que los sáuxer son el único Estado en la Coalición que preserva la pena de muerte.
Wúlux tragó grueso, pero Sálax estaba despreocupada.
—Yo estaba aquí solamente intentando seguir el juego —aseguró con una media sonrisa— para impedir que la ojiva cayera en manos enemigas.
—¡Sí, claro! —espetó Tamira.
—Bueno, es suficiente —dijo uno de los xinth poniéndose de pie; oprimió un botón en su traje y de pronto su cuerpo se desinfló, la cabeza ovalada de cefalópodo se deshizo dejando ver en su interior a Tharos Selvat. —¡Ahora! —gritó hacia un micrófono en su solapa y en minutos aeromóviles de seguridad inundaron el cielo aledaño, y varios agentes uniformados emergieron de la foresta del lado contrario al que salieron los altarios. Entre ellos estaba Ruven.
—Una operación de inteligencia en mi vilayato sin mi autorización —rabió furiosa Sálax.

—El Tratado de Urd establece que la Inteligencia de la Coalición, tiene jurisdicción por encima de cualquier gobierno local en asuntos de Seguridad —le recordó Selvat—, y usted tiene mucho que explicar.
—¿Va a arrestarme? —preguntó insidiosamente.
—No, pero sus influencias no le salvarán siempre, Sálax. A los demás, arréstenlos —ordenó Selvat señalando a los participantes de la subasta—. Digo, si no le molesta, Almiranta.
—No, no… adelante —aseguró Tamira—; ya tengo mucho que hacer con otros asuntos, son todos suyos.
—Ejem —expresó Vermello aclarándose la garganta—, les recuerdo que mis acompañantes y yo tenemos inmunidad diplomática.
—Es verdad —mencionó Ruven a un Selvat que lo interrogaba con la mirada.
—Muy bien, fuera de aquí.
—¿Y qué harán con la ojiva? —preguntó Ruven cuando ya los agentes esposaban a Wúlux y demás participantes que no fueran soth.
—Por ahora se quedará en el sistema. Es muy peligrosa para transportarla hasta un lugar más seguro —anunció Selvat, además… —pero se interrumpió al sonar el *multicom* de Ruven. Los de Tamira y Sálax empezaron a resonar casi al mismo tiempo, y cuando los tres contestaron dijeron al unísono: "¿¡QUÉ!?"

*

Si algo había en el Universo que sabía medir a sus enemigos, eso eran los kazar. Conocidos desde siempre por atacar únicamente asentamientos vulnera-

bles, fueran naves, estaciones espaciales, colonias o incluso planetas de razas débiles y sin mucha tecnología, los kazar se caracterizaban por nunca enfrentar un enemigo superior.

Y Abraxas, estaba vulnerable.

Con las principales potencias en guerra, habiendo drenado la presencia militar en el sistema para enviarlos a los distintos frentes, los kazar vieron una oportunidad de oro y llegaron al Sistema Abraxas a través de la hiperpuerta. Su estrategia siempre era similar; embestían como depredadores en una jauría y rápidamente se dividieron dirigiéndose a las principales ciudades de Abraxas, donde estaban los más jugosos botines saqueables: Astrópolis, el Vilayato y los más desprotegidos feudos lunares polari. No tocaron Abraxas III porque los altarios mantenían un destacamento considerable (aunque menor de lo normal) en la zona y, por supuesto, ignoraron completamente el espacio valta.

Arath y Yánix vieron interrumpida su conversación a orillas del Mercado Central Sáuxer, observaron atónitos las naves kazar sobrevolar los cielos, y vieron también cómo bombardeaban esporádicamente algunos edificios y vehículos (especialmente policiales). Vieron a los kazar que bajaban de sus naves fuertemente armados disparando con cierto deleite a civiles; algunos hasta reían. Sin embargo, tras el ataque inicial cuya meta era desarticular a las autoridades y aterrorizar a los civiles, los kazar se abocaban a saquear, robar y violar.

Arath y Yánix se ocultaron como pudieron del caos, escondiéndose entre puestos de frutas abandonados por sus dueños, con parte de la mercadería dispersa por el suelo. Observaron las botas de los agresores caminar desordenadamente por las calles en medio del griterío de pánico, disparos al aire y ventanas quebrándose.

—Yo te protegeré —le prometió Arath con un susurro al oído.

Tras percibir cómo los pasos se alejaban, se escabulleron por entre el piso hasta llegar al interior de un local abandonado, donde decidieron esconderse más.

Mientras tanto, en una tienda que pertenecía a una familia de kurgos, el padre estaba siendo apaleado por agresivos kazar al frente de la llorosa esposa e hijos pequeños, que se abrazaban en una esquina.

—La caja fuerte, sabandija —le dijo el kazar deteniendo los golpes—. ¿Dónde está?

El kurgo, sangrante por su hocico de roedor, no soportó más y señaló hacia la pared. El kazar lo lanzó al suelo al tiempo que sus compinches descubrían la bóveda, oculta tras un aparador.

—¿No vas a pedirle la combinación? —preguntó uno de los kazar.

—No la necesitamos —respondió el otro disparando con su arma de rayos láser de alto calibre y destrozando la caja fuerte. Su compinche maldijo ya que estaba demasiado cerca, y tuvo que cubrirse por las chispas que llegaron hasta él.

—Vuelve a hacer eso y tú serás el que reciba un disparo —le amenazó. Pero la maniobra había sido efecti-

va y los ahorros de la familia estaban expuestos junto a la maltrecha puerta parcialmente quemada. —¿Qué hacemos con las sabandijas? —preguntó señalando a la familia kurga.
—Matémoslos —sonrió un tercer kazar—, hace tiempo no juego tiro al blanco. Les apuesto una ración de mi botín a que le doy a la vieja primero que ninguno de ustedes.
—Apuesta aceptada —se relamió el que había dado la paliza al padre, que ahora estaba intentando proteger con su cuerpo a su familia.
—Yo no haría eso si fuera ustedes —aseguró una voz femenina entrando al lugar. Los kazar observaron a aquella inusual polari de alas negras y cabeza rapada, sin sospechar que era una duelista del Domo.
—Estamos de suerte —dijo el kazar primero—, las putas vienen a recibirnos.
—Trata de no matarla —pidió el que estaba cerca de la bóveda— para poder disfrutarla.
Bëtris estaba armada con un bastón metálico expansivo, que maniobró haciéndolo girar en su mano derecha, para luego hacerlo crecer y sostenerlo con ambas. Una vez hecho esto, se abalanzó contra el kazar que tenía más cerca y, sin mayor esfuerzo, le desarmó, le propinó un doloroso golpe en el esternón, la quijada, el costado y por último la cabeza, quebrándole el cráneo.
Los atónitos cómplices una vez que salieron de su estupor intentaron disparar, pero Bëtris había previsto esa reacción, y giró por el piso aferrando la pistola de láser soltada por el ahora cadáver, con la cual disparó hábil-

mente acribillando de inmediato al que estaba cercano a la bóveda e hiriendo al otro. Este disparó también y el rayo láser rozó dolorosamente el brazo desnudo de Bëtris, quemándole la piel del antebrazo izquierdo, pero ella ignoró el dolor y siguió disparando hasta darle muerte certera. El cadáver trastabilló y finalmente se desplomó entre escombros del mobiliario.

—¿Están bien? —preguntó a la familia que se abrazaba en grupo y cuyo padre estaba claramente lastimado, pero vivo.

—Sí, gracias —dijo la madre.

Por otra parte, Arath y Yánix se escondían dentro del local abandonado, justo detrás del mostrador. Era un ameno café en circunstancias normales, pero ahora tenía las mesas volteadas, los platos quebrados y los cubiertos esparcidos sobre el suelo.

Las puertas se abrieron de golpe por lo que Arath y Yánix contuvieron la respiración. Arath tomó un cuchillo cercano y lo escondió en su calcetín. Dos kazar entraron al lugar escaneando el ambiente con detectores de calor. Uno de ellos, que era extremadamente flaco y casi parecía un esqueleto forrado en pellejo, observó las siluetas adolescentes en la pantalla del escáner y sonrió sádicamente, para luego indicarle la locación de los chicos a su compinche que contrastaba con él, al ser justo lo opuesto: un tipo gordinflón y robusto.

El gordo tomó a Yánix y Arath del cuello por encima del mostrador y los sacó a la luz.

—¡Pero qué tenemos aquí! —sonrió lascivamente el huesudo acariciándole el mentón a la adolescente sáuxer.

—¡Quítele sus sucias manos de encima! —rabió Arath enardecido, por lo que los dos kazar se vieron uno al otro y se rieron.
—Hay que admitir que el chico tiene gónadas —dijo el panzón.
—Veremos si sigue igual después de que terminemos con su novia.
Arath le propinó un codazo al prominente abdomen de quien lo aferraba, haciéndolo emitir un quejido de dolor entremezclado con ira. Funcionó porque soltó a ambos, pero no fue suficiente para incapacitarlo. Además, el amigo respondió con un golpe en la mandíbula de Arath, que le hizo caer en el suelo.
—Solo por eso —amenazó—, cuando terminemos con ella, seguirás tú.
Entonces Arath observó cómo el gordo retenía a Yánix de los brazos, mientras el flacucho se proponía a ultrajarla sobre el frío suelo. Arath extrajo el cuchillo de su calcetín y se lo enterró al gordo en la espalda, aunque no tenía idea si la herida en ese lugar era mortal para la anatomía kazar. El sujeto chilló de dolor. Al restante, Yánix le propinó una patada en los genitales que le hizo detenerse, y los dos jóvenes salieron corriendo. El huesudo intentó dispararles pero el dolor le causó una mala puntería, haciéndole fallar por escasos centímetros.
En cuanto salieron del local se toparon con Bëtris (sosteniéndose el brazo debido a la quemadura), que estaba, similarmente, emergiendo del comercio kurgo. No había kazar a la vista pero podían escucharse.

Bëtris los reconoció y les hizo señas para que guardaran silencio y se acercaran. Así lo hicieron, y los tres huyeron escapándose entre los callejones antes de que el kazar flaco emergiera vociferando maldiciones en su gutural lengua natal.

*

La flota kazar topó con dos aspectos inesperados: para empezar, que un magistrado de la República de Urd estaba presente (pero encubierto) en el sistema, por lo que las menguadas fuerzas militares coaligadas de todas maneras tenían la presencia de un equipo élite de Inteligencia, bien armado y entrenado *in situ*. Segundo, que los altarios iban a apoyar a sus vecinos.

—Con gusto puedo ayudar. En verdad, odio a los kazar —ofreció Tamira aun en la selvática luna—, pero requiero sus permisos.

—Podría aprovechar para ocupar nuestros territorios —murmuró una recelosa Sálax al oído de Ruven.

—Vamos, Sálax, no seas desconfiada —reprochó Ruven—, sí, Almiranta, tiene mi autorización, gracias.

—Sí, sí, está bien —comentó Sálax con ademanes displicentes.

En poco tiempo las fuerzas altarias se dispersaron por el sistema. Ingresaron a territorio coaligado por primera vez en décadas en tiempo de paz, y fulminaron la flota kazar con ataques quirúrgicos bien entrenados. Los kazar los superaban en número pero sabían bien que eso no era una ventaja contra los diestros altarios, y emprendieron la retirada dejando a muchos de los suyos para ser arrestados, y otros

tantos perecieron conforme sus naves eran destruidas camino a la hiperpuerta. Aun así, la mayor parte de la flota pirata logró atravesar el vórtice hacia el hiperespacio y escapar, dejando atrás un amargo rastro de crimen y devastación.

CAPÍTULO VIII

Bëtris tenía muchos escondites en todo el planeta en caso de que fueran necesarios —y a menudo lo eran—, y uno de ellos era un sótano fortificado localizado en un edificio abandonado de un barrio pobre. Abrió la enorme puerta metálica que separaba el sótano del resto y se introdujo con los chicos allí, donde sin duda estarían seguros de los kazar mientras pasara la invasión, bajando por las gradas hasta el área horizontal. La luz era pobre, pero suficiente y podían escuchar las noticias en un viejo holovisor, rodeado de un escaso mobiliario muy elemental.

Yánix procedió a curarle y vendarle la quemadura del brazo mientras Bëtris se sentaba en el catre que usaba de cama.

—Fuiste muy valiente, chico —le felicitó a Arath cuando Yánix hubo terminado de relatar lo que habían vivido poco antes.

—Gracias —respondió él sentado en una caja de madera.

—Bueno, no hay mucho que hacer acá —comentó agriamente una vez que Yánix había finalizado de curarla, y se dirigió hacia la hielera que funcionaba como refrigerador—, y no tengo nada que ofrecerles; bueno, nada que ustedes puedan consumir a su edad —aseguró extrayendo una botella de alcohol de la hielera.

— No queda salvo esperar a que esas bestias se vayan. Los conozco bien. Los vi destruir una ciudad entera en el planeta donde nací, años antes de que mis padres migraran acá. Era una pequeña colonia agrícola.

—Lo lamento. ¿Por eso es… así? —preguntó Arath, señalándola sin Bëtris saber si debía sentirse ofendida.
—No, no realmente. En esa época era una niña buena. Me descarrilé mucho después. Mi hermana, por otro lado, fue todo lo contrario a mí. Hizo a mis padres orgullosos, fue a la universidad, se convirtió en doctora, se casó con un buen partido, un político. Quizás hayan escuchado hablar de él: Dargo Ruven.
—¿El alcalde de Astrópolis es su cuñado? —preguntó Yánix, que ya entonces compartía asiento con Arath.
—Sí. Valëris Saoren es mi hermana, bueno, ahora es Valëris Ruven. Yo, en cambio, soy la vergüenza de mi familia. Decidí tomar las riendas de mi vida, estuve en muy malos pasos con peores amistades. Sexo, drogas, alcohol… luego estuve en prisión, fui deshonrada por mi clan y expulsada. Ningún miembro de mi familia me ha dirigido la palabra desde entonces. En prisión me entrené en pelea cuerpo a cuerpo y cuando salí no había muchas opciones, solo ser duelista en el Domo.
—Lo lamento —expresó Arath.
—Hacen bonita pareja —aseguró bebiendo de la botella, y los adolescentes se sonrojaron. —Debes cuidarla mucho, chico. Yo tuve muy malos novios, y puedo buscarte si le rompes el corazón.
Yánix y Arath se miraron y sonrieron por la broma. O lo que Arath esperaba fuera una broma.
—Mejor cuéntenos algunos de sus duelos en el Domo, por favor —pidió Arath, por lo que Bëtris respiró profundo, se reclinó para que la escucharan mejor y empezó a relatarles su primera contienda…

*

—¡Cariño! Estaba tan preocupa por ti cuando escuché sobre el ataque kazar —le aseguró Valëris a Ruven a través del hipercomunicador.

—No tienes de qué preocuparte, amor, no estuve en peligro en ningún momento y pudimos repelerlos. Yo sí estoy preocupado por ti cada segundo que estás en esa zona de guerra, acechada por esos monstruos.

—No son monstruos —comentó, aunque más para sí misma—, solo… son diferentes.

—Bueno, en todo caso… no sé cómo decirte esto —titubeó Ruven, genuinamente afligido por la noticia que debía darle… —el "artefacto"… fue robado.

—¿¡QUÉ!? ¡No puede ser! —clamó Valëris consternada.

—Sí, lo siento, amor. El Museo de Abraxas fue de los lugares saqueados por los kazar.

—¿Los kazar? Nunca atacan museos, nunca han tenido interés en arte o ciencia, ni piezas arqueológicas, ni siquiera porque hay un lucro para ello en el mercado negro. ¿Se robaron algo más?

—No, solo el "artefacto". No son tontos, deben saber que una reliquia akash es valiosa y puede darles alguna ventaja estratégica, si descubren cómo funciona.

—¡Eso es ridículo! ¿Hay científicos kazar siquiera? Y de haberlos, ¿tendrían la capacidad y los recursos para estudiar el artefacto?

—Tal vez estén pensando secuestrar científicos de otras culturas, o sobornar científicos corruptos que les ayuden. Por cierto, ten cuidado en caso de que sea lo primero.

—No lo sé, Dargo, creo que algo no calza en esto. No creo que hayan sido los kazar, quizás fue una potencia enemiga que aprovechó la distracción.
—¿Pero cuál? El artefacto estaba siendo estudiado conjuntamente por todos los gobiernos del Foro…
—¡Ay! Sabes bien que cualquiera de los miembros del Foro hubiera querido tenerlo para sí y no compartir los hallazgos con los otros.
—Bueno, esas sospechas cruzaron por mi mente, pero de todas maneras le tocará investigarlo a Inteligencia, quienes probablemente ya lo pensaron también. Lo lamento mucho, porque sé lo mucho que lo querías.
—Gracias —suspiró Valëris desanimada—, debo regresar al trabajo, cariño. Hasta pronto. Te amo.
—Yo también te amo.

*

En la galaxia de Verkandi se localizaba el sistema Bramana, uno de los centros de poder político y religioso más importantes de las galaxias. Oficialmente parte del Sacro Imperio, pero al cual se le había otorgado autonomía plena unos dos mil años atrás, por parte de la devota universalista Reina Sadira IV, y que era regido por el Patriarca de la Fe como un señor feudal más.
El planeta que le daba el nombre al sistema, Bramana, era un mundo de clima templado y cómodo, aunque con algunas áreas montañosas nevadas donde se habían erigido monasterios. La ciudad más importante y sede del Trono del Patriarca se llamaba Athas, localizada en una de las áreas de mejor clima del planeta, justo en medio de un valle entre las siete cordilleras

del único continente. Repleta de edificios, casi todos religiosos, el más importante era el Palacio del Trono de la Fe; un fastuoso palacete donde residía el patriarca de turno.

Normalmente habría pululado de peregrinos y turistas, pero la guerra civil casi había extinto las visitas foráneas. Aunque oficialmente neutral, era un secreto a voces que el patriarca estaba apoyando la revuelta o incluso que había sido su autor intelectual, y era tiempo de saldar cuentas.

A pesar de lo polémico que podría resultar, el Lord Canciller había ordenado a las tropas lealistas ocupar el planeta, y para ello requeriría a sus mejores y más confiables comandantes, por lo que Ushuk fue de los convocados a la tarea.

Tres cruceros de batalla altarios del bando lealista, acompañados de varias fragatas y corbetas, hicieron su llegada hasta el sistema. Al principio, parecía como que no enfrentarían resistencia. Solo las enardecidas protestas del patriarca:

—¡Esto es una afrenta! —vociferó furioso a través de la pantalla a los tres almirantes—, Bramana tiene autonomía y somos neutrales en su guerra civil.

—Sí, Santidad, comprendemos eso —dijo sin mucho convencimiento el almirante Tordós, quien comandaba formalmente la flota—, nuestra presencia acá es para protegerlos de los rebeldes. Ya sabe que son… radicales…

—¡No insulte mi inteligencia con esa clase de excusas! —bramó el clérigo. La conversación fue interrumpida

por la apertura de pasadizos superlumínicos, que antecedieron el arribo de cuatro cruceros de batalla rebeldes, y su respectiva escolta de naves más pequeñas.
—Retírense de este sistema de inmediato —envió el comandante respectivo del bando rebelde, un noble que Ushuk conocía hace algunos años y que era jefe de una prominente casa noble; los Gaska.
—Thurdon Gaska —comentó sonriente—, no te había visto desde las revueltas de Adrach.
—Sí, bueno, lamento que estemos ahora en bandos contrarios, Laro —le confesó.
—¿Qué hace una flotilla rebelde defendiendo un sistema neutral? —preguntó Ushuk insidiosamente.
—Solo estamos aquí para garantizar la autonomía y neutralidad de los Santos Lugares —mintió Gaska— e impedir que el gobierno tiránico de los Sardusi lo mancille y tome prisionero a Su Santidad.
—Bien —expresó Tordós interrumpiendo la conversación—, entonces me temo que el enfrentamiento es inevitable…
Las fuerzas lealistas y rebeldes abrieron fuego unas a otras casi inmediatamente. Los rebeldes superaban en número de cruceros de batalla, pero los lealistas tenían más fragatas y corbetas. Tras la incandescencia de las explosiones espaciales de las naves en conflicto rompiendo la negrura del espacio, el fuego cruzado de las fragatas hizo romper la estructura de uno de los cruceros rebeldes, que comenzó a resquebrajarse por la mitad antes de explotar vomitando docenas de cápsulas de escape. Quizás habían sido ayudados por los ya conocidos sabotajes internos. El cru-

cero estalló removiendo a los rebeldes de su leve ventaja, y a continuación la marea siguió siéndoles desfavorable, hasta que el fuego continuo de los lealistas les obligó a replegarse. Gaska llamó a la retirada.

Las fuerzas lealistas ocuparon el sistema rápidamente, y soldados lealistas fueron desplegados en todo el planeta y un destacamento militar había llegado al sistema para quedarse.

—Parece que conoceré Athas —le comentó Kris a Ushuk a sabiendas del protocolo que seguiría, pero Ushuk se dirigió a uno de sus subalternos.

—Introduzca a la soth en una celda hasta nuevo aviso, que no esté a más de cien yardas de distancia de este control, pero que el control no esté en el mismo pabellón.

—Sí, señor —contestó el hombre llevándose tanto el control en una mano como a la prisionera de un brazo.

Los tres nobles almirantes descendieron de sus naves y atravesaron la ahora ocupada ciudad de Athas, donde cientos de monjes veían con sorpresa a los soldados que marchaban por las calles. Llegaron hasta el palacio sin mayor oposición e ingresaron al Salón del Trono, sitial donde se sentaba a gobernar su feudo el patriarca.

Lo encontraron allí mismo, en el ostentoso trono dorado enchapado con joyas y diamantes. Su rostro apenas se veía, oscurecido por la capucha que gustaba ponerse sobre la cabeza, y que era parte de la capa negra que representaba su investidura sagrada.

—Bienvenidos, mis lores —expresó en tono que a Ushuk le pareció hipócrita y zalamero—, sean bien recibidos en estos Santos Lugares.

—Deje el teatro, Giabor —espetó Tordós dirigiéndose al religioso por su apellido, lo que se consideraba un grave insulto—, sus tretas no funcionarán con nosotros, traidor…

Pero Ushuk sabía que aquello podía ser excesivo, y puso una mano en el hombro de su relativamente joven e intempestivo compañero, susurrándole al oído que fueran diplomáticos. Lo último que requerían era provocar una revuelta de monjes y fanáticos religiosos.

El tercer noble, Lord Darval, más anciano que sus compañeros y mucho más comedido, habló:

—Santidad, nuestro más sincero respeto a su persona. Tenga la seguridad de que estamos acá solo para proveerle seguridad.

—Por supuesto, comprendo. Aunque en algunos días pensaba partir —aseguró el aludido—, a una reunión muy importante con el primado de Althares.

—Eso será imposible, Santidad —aclaró Lord Darval—, dejar Bramana sería… peligrosísimo. En especial con tantos rebeldes. Me temo que deberá quedarse acá hasta que culmine la guerra.

—Comprendo perfectamente —declaró suspicaz.

Los tres nobles hicieron una no muy sincera reverencia y se retiraron. Pero Tordós (quien había perdido familia en la guerra) no resistió las ganas de girarse antes de irse:

—Si descubrimos que ha estado asistiendo a los rebeldes, me encargaré de que lo pague con su vida —escupió.

La ocupación pasó sin mayores sobresaltos. Los tres nobles supervisaron el asentamiento de las tropas, a

sabiendas de que debían dejar el sistema pronto. La única noticia que verdaderamente sobresalió fue la muerte del Rey, quien falleció por su avanzada edad mientras los tres nobles estaban en el sistema.

—Normalmente se realizarían pompas fúnebres a las que asistirían todas las casas nobles y que sería oficiada por el patriarca mismo —les comentó Darval en la cena—, pero esta vez todo eso tendrá que esperar.

—El Rey no tuvo hijos varones —comentó Ushuk—, eso quiere decir que habrá una nueva dinastía tarde o temprano. La joven princesa Anna se ha convertido en princesa heredera.

—Sí, pero no podrá asumir el título de reina hasta que la nombre oficialmente la Dieta—recordó Tordós—, y no se ve muy probable una sesión pronto. Quién sabe cuál casa noble será la elegida para dotar a la princesa de su esposo. Quizás los Sardusi, tendría sentido ahora que tienen la cancillería.

—¿Y qué sabemos del patriarca? —murmuró Darval bajando la voz como si no quisiera ser escuchado.

—La víbora se ha cuidado bien —expresó Ushuk—, no hemos encontrado evidencias aún de su apoyo a los rebeldes, pero las habrá, de eso no hay duda. Siempre ha querido reunificar el universalismo bajo su propio poder. Lo conocí cuando era primado de Althares durante la revuelta de Adrach, entorpeció muchas operaciones militares por sus propios intereses. Según mis informantes, Giabor busca dejar de ser el líder honorífico del universalismo y tomar verdadero control sobre los primados en Urd, Polarix e

incluso en el recién formado primado de Talos, aun si eso implica una gran cruzada violenta. Estoy seguro que los planes expansionistas de los rebeldes se originaron en él.

Los tres nobles se separaron al día siguiente, cada uno asignado a nuevas funciones por la cancillería que había sido heredada por el hermano menor del previo canciller. Darval fue dejado en Bramana dada su forma diplomática de ser y debía custodiar el sistema a toda costa, dejándose dos cruceros de batalla y una guarnición entera. Tordós fue asignado a combatir en Morta y Ushuk a regresar a Cloto.

*

—Hasta ahora hemos logrado reacciones distintas en el sujeto —explicaba Valëris a la cámara que registraba su bitácora de investigación, mientras ayudada por varios asistentes, continuaba sus esfuerzos por romper la elusiva barrera de comunicación con la Colmena. —Hemos probado con diferentes frecuencias en el espectro del infrasonido, la mayoría inaudibles para los organismos antropoides, pero a todas parece responder el sujeto. Todo parece indicar que su cuerpo cristalino percibe las vibraciones del ambiente siendo esta la forma de comunicarse, aunque aún no desciframos el lenguaje. Sin embargo, hemos podido registrar en el sujeto distintas reacciones que podrían ser emocionales: placer, pasividad, curiosidad. Es posible que comprenda lo que intentamos.

»Ahora probaremos con frecuencias ultrasónicas, es decir, con el otro extremo del espectro, las frecuen-

cias de ultrasonido también mayormente imperceptibles para el oído común.
Los investigadores se prepararon haciendo los últimos ajustes del equipo que transmitiría las ondas sónicas, directamente a la prisión del alienígena. Cuando todo estaba listo un asistente hizo la seña a Valëris, que asintió autorizando el inicio del experimento.
Las ondas ultrasónicas fueron transmitidas por las bocinas especialmente conectadas al interior del presidio… pero esta vez tuvieron un efecto distinto: ira.
—No parece gustarle —comentó un asistente.
—Quizás dijimos un insulto —bromeó Valëris. —Puede ser el equivalente a gritar o ser hostil. Probemos con una frecuencia mayor.
—Sí, doctora —obedeció el técnico transmitiendo una nueva señal más alta. El ente mostró más agresividad y comenzó a golpear el vidrio.
—Algo anda mal… —murmuró Valëris con el corazón estrujado.
—¿Doctora? —preguntó uno de sus asistentes.
—Es solo que… no me gusta verlo así.
—Para comunicarse con otra forma de vida es necesario aprender todo el vocabulario, incluso el que es poco amistoso.
Valëris suspiró. Dio la orden para una nueva arremetida. Pero esta vez la criatura actuó diferente… como con dolor… se retorció dentro de la caja y se envolvió a sí mismo en una hélice.
—¡Basta! ¡Basta! ¡Deténganlo! —ordenó. El técnico se detuvo. Valëris corrió hacia la celda para ver al

ente, que continuaba enroscado. —Ahora comprendo… lo lastima —expresó mordiéndose el dedo al conocer las implicaciones de este descubrimiento…

*

Xo'ol tenía que ver con sus propios ojos los vestigios. Llegó en su esfera transparente hasta el Sistema Abadon, donde orbitando una estrella enana roja se encontraba Abadon 638xc, mejor conocido por su apodo "el Mundo Arconte" que por el consecutivo de catálogo asignado en los registros astronómicos valta.

Y en efecto, desde afuera el planeta se veía como un gran agujero negro en el espacio, hasta que el observador se acercaba y podía ver que estaba recubierto por una atmósfera brumosa y ácida de nubarrones negros, producidos por los siempre activos volcanes de la superficie.

Xo'ol cruzó la negra capa nubosa en su esfera quedando en tinieblas por algún tiempo, hasta pasar los brumas y abrirse ante el infernal paisaje de un mundo yermo, sin vegetación, y cubierto en cenizas expulsadas por las interminables explosiones de las cordilleras volcánicas que se torneaban en el horizonte.

Pero aún en ese infierno hubo civilización, y todavía quedaban rastros de ella. Enormes ciudades de obsidiana talladas en las montañas, de aspecto tan hostil como el medio. Su enloquecida arquitectura sin sentido asemejaba una intrincada red de dólmenes y monolitos, edificios piramidales casi cónicos y atalayas conformadas en anillos concéntricos alrededor de la ominosa Gran Pirámide. Sobre las calles y pasillos

que intercalaban los edificios-pirámides, todavía quedaban marcas de los disparos y bombardeos como evidencia del genocidio perpetrado allí mismo, como un funesto recordatorio.
Y entonces, Xo'ol se percató que no estaba solo…

*

—¿Se da cuenta que ha encontrado la primera arma efectiva contra la Colmena, Dra. Ruven? —le preguntó Narväen, quien se reunía con ella y tres jerarcas militares de la Coalición.
—Sí —dijo apesadumbrada.
—¿La criatura sobrevivió? —preguntó el visir sáuxer.
—No se ha movido en días, pero está vivo. Es posible que esté herido, pero no tenemos forma de curarlo, pues no entendemos su anatomía —le respondió.
—¿Y por qué no continúa para dar con la frecuencia exacta para matarlo? —preguntó el primer ministro polari.
—Eso sería no solo antiético, sino ilegal —recordó Valëris decidida—, las leyes de la Coalición prohíben la tortura y la ejecución de prisioneros, ¿recuerda?
—La Colmena no es signataria de la Convención de Argos —replicó el polari.
—¿Qué somos? ¿El Imperio altario? —intervino Dumón, con cierta indignación en el tono—. Por diferentes que sean los seres de la Colmena, son inteligentes y les cubren las leyes y los derechos, comprendidos en nuestras constituciones y tratados.
—Esta discusión es inútil—adujo Narväen—, no vamos a torturar a la criatura, pero aun así lo que descubrió la Dra. Ruven ha sido un hallazgo ventajoso.

Uno que podemos aprovechar. Lo siento, doctora, sé que sus intenciones eran otras —agregó adivinando los pensamientos de Valëris—: comunicarse con ellos y quizás lograr la paz. Pero mientras hablamos, millones de vidas están en juego. Cientos de soldados, millones de civiles, ¿hablará usted con sus familias si hay un nuevo y mortal ataque de la Colmena?

—No —Valëris bajó la cabeza.

—Hasta ahora ningún arma ha sido suficientemente efectiva contra la Colmena —prosiguió Narväen—, son resistentes a los láseres e incluso al uso de las primitivas balas, sus cuerpos son muy duros, y de todas maneras el combate cuerpo a cuerpo casi nunca sucede. Esto, nos dará una delantera por primera vez en la historia.

*

A'shar se encontraba en su residencia en Valtaris. A través de la ventana circular del edificio cristalino donde vivía, podía verse el horizonte siempre nevado y el firmamento estrellado, donde la Galaxia de Verkandi y sus formas espirales llenaban la mayor parte. Se encontraba preparando un artículo sobre los períodos predinásticos de la civilización arturiana, cuando escuchó el timbrar en una de sus esferas de comunicación (el equivalente valta a los *multicom*). Era Xo'ol.

A'shar respondió inmediatamente pero solo logró recibir una llamada entrecortada de auxilio. Salió de inmediato en dirección a su propia esfera de transporte, que se abrió para dejarle entrar partiéndose en tres, para luego cerrarse sin dejar rastro de ranura alguna. La esfera sobrevoló hasta salir de órbita y luego desapareció de vista.

La tecnología valta era tan avanzada, que podían atravesar cientos de años luz en segundos mucho más rápidamente que las demás razas, pero aun así le tomaría muchas horas llegar hasta Cloto.

Cuando llegó a las cercanías donde todavía remitía señales la esfera de Xo'ol, una batalla espacial había tomado lugar sin duda alguna. Estaba cerca de un gigante gaseoso y las lunas del mismo mostraban grandes abolladuras, parcialmente carbonizadas y algunas aún humeantes, así como escombros producto de los feroces impactos. Pero no había rastro de Xo'ol o su esfera.

Revisó por todos lados, temerosa de alertar su presencia al enemigo. Registró como pudo y con todo el detalle posible, las docenas de lunas que rodeaban el planeta. Se introdujo en la atmósfera nebulosa del gigante gaseoso similar a millones de ciclones combinados, tratando de rastrear a Xo'ol con los sensores de su nave aunque le tomara días poder recorrer aquel pesado ambiente. Si la esfera de Xo'ol no estaba muy dañada, habría de resistir la presión…

Entonces escuchó una señal de auxilio automática, no estaba muy lejos. Emergió del planeta cautelosamente —podía ser una trampa del enemigo— y la siguió hasta la estrella. El calor incandescente de la fotósfera era retenido por los espectaculares escudos subatómicos que emitía la esfera, pero aun así sintió el incremento en la temperatura.

La estrella era enorme. Su esfera era como comparar la cabeza de un alfiler con una luna… no podría buscarlo a tiempo y la señal había desaparecido… ¡no!

¡Ahí estaba de nuevo! Muy débil y casi imperceptible, pero presente. Se dirigió a ella y lo encontró flotando entre la fotósfera. Lo asió con una ráfaga de gravedad artificial que conectó ambas naves, y salió de allí a toda prisa.

Xo'ol estaba inconsciente en el interior y la esfera mostraba grave daño por quemaduras, e incluso estaba resquebrajada en una parte. Era una suerte que el campo subatómico hubiera resistido o Xo'ol habría fallecido de inmediato. Debió haberse escondido allí para escapar de sus agresores a sabiendas de que la interferencia que representaría la corona, sería suficiente para esconderse de cualquier detección.

A'shar llevó a Xo'ol hasta Abraxas V, la colonia valta más cercana, donde se le atendería con la tecnología médica más avanzada que existía. Pero Xo'ol estaba inconsciente.

—La hipótesis de Xo'ol ha sido confirmada factualmente —dijo una dolida A'shar ante el rector, quien había llegado hasta las instalaciones médicas a supervisar el tratamiento a Xo'ol.

—Aún no sabemos qué pasó o quién atacó a Xo'ol —respondió—, sería aventurado especular.

—No existe ninguna civilización que pueda detectar una nave valta y vencerla —aseguró ella agriamente—; el enemigo ha regresado.

*

—¿Me mandó a llamar? —preguntó Kris introduciéndose al camarote-oficina de Ushuk en el crucero de batalla. Por la ventana podían apreciarse las luces multicolores del hiperespacio en su incesante devenir.

—Sí, esta información que has encontrado es… preocupante.
—Lo sé. Me tomó mucho tiempo rastrearla, y me temo que usted tendrá que rellenar las piezas que faltan del rompecabezas. Pero si lo que descubrí allí es cierto, alguien nos ha estado manipulando a todos.
—Pero ¿con qué fin? ¿Quién haría algo como esto?
Kris se encogió de hombros.
—¿Informará al Foro de Abraxas?
—Tengo que hacerlo.
Ushuk regresó al Sistema Abraxas pocos días después del ataque kazar tras recuperar varios sistemas para el bando lealista. Aunque preocupado cuando escuchó la noticia, para el punto en que llegó ya sabía que su familia estaba ilesa, especialmente su hijo Arath, quien estaba en territorio sáuxer durante el saqueo. Los temores de Sálax fueron infundados. Tamira había cumplido su palabra y se replegó en cuanto fueron derrotados los kazar con el agradecimiento del Foro.
Ushuk, acompañado de una Kris que no podía alejarse mucho de él de todas formas, subió a una cápsula dentro del crucero de batalla y emergió por una de sus escotillas rumbo a Abraxas III.
En su mansión fue bien recibido, como era usual. El sabueso Devorador ya estaba viejo para su especie, pero todavía corría a recibir a su amo afectuosamente. Gruñó al percibir a la extraña.
—Cuidado, le arrancaría un brazo con su hocico si…
Pero para sorpresa de Ushuk el can dejó la ferocidad al encontrarse cerca de la mujer soth, quien le aca-

rició la quijada y en momentos tuvo al feroz animal reducido como si fuera un cachorro.
Ushuk se rascó la nuca, sorprendido.
—Hola, cariño —dijo Lina aproximándose a su marido para darle un beso en la mejilla, tras lo cual observó extrañada a la mujer. —Una mujer vestida de cuero negro con un collar. ¿Tienes un fetiche que nunca me habías compartido, cariño?
—Es un asunto de trabajo —explicó Ushuk—, ¿cómo están las niñas?
—Tan bien como pueden estar.
—¿Y Arath?
—En la biblioteca.
—Espera aquí —dijo a Kris dirigiéndose al lugar. Allí encontró a Arath recostado en uno de los sofás leyendo un libro de aventuras.
—Hijo —le dijo al entrar.
—Padre, ¡volviste! —exclamó incorporándose.
—Sí, hijo. Me dijeron que estabas en territorio sáuxer cuando se dio el saqueo kazar.
—Sí, padre —respondió bajando la mirada y esperando la reprimenda.
—Parece que actuaste muy valientemente y salvaste a la chica sáuxer que te gusta, ¿es así?
—Eh… sí… podría decirse.
—¡Ese es mi hijo! —respondió Ushuk con una palmada en el hombro. —Bien hecho. ¿Mataste alguno?
—Eh… creo.
—Excelente.
Ushuk emergió de la habitación y cruzó rápidamen-

te la sala hasta reencontrar a Kris, con quien partió rumbo a la sesión extraordinaria del Foro que había convocado. Allí se encontró con Zarg a las afueras del Monasterio, quien también miró con suspicacia a Kris.
—Bienvenido, jefe, bienvenido —reverenció—, acá están los papeles que me solicitó.
—Gracias, Zarg —respondió tomando la carpeta de las velludas manos del kurgo, luego se dirigió a Kris—, espérame aquí, no tardaré mucho y tenemos demasiadas cosas que hablar.
—Eh, jefe, su arma —recordó Zarg.
—Cierto, lo olvidaba —dijo extrayendo su pistola de láser del cinto, y entregándosela a un monje. Kris lo interrogó con la mirada. —No está permitido ingresar armas al monasterio, le explicó.
—¿Ni siquiera los embajadores del Foro?
—Especialmente los embajadores del Foro.
Ushuk hizo señas a Zarg para que le acompañara.
En el interior ya estaban presentes el resto de integrantes del Foro platicando entre sí, o revisando papeles. Ruven, el Duque y Sálax conversaban mientras se servían café.
—Escuché que usaste tus influencias para dejar libre a Wúlux —comentó Ruven sorbiendo la taza.
—Sí —reconoció Sálax.
—¿Sabe demasiado? —consultó el Duque con un guiño.
—Sí, pero no fue por eso. Nunca me traicionaría, me teme demasiado y sabe que puedo alcanzarlo donde esté.
—¿Entonces? —preguntó Ruven.

—Aún me es útil, y no es fácil conseguir buenos esbirros. Además, ahora me debe otro favor.
Los siete embajadores se completaron al entrar Ushuk, el resto se dirigió a sus asientos. Zarg se sentó en una de las sillas para invitados cercanas a la puerta.
—Bienvenido, Gobernador —dijo el Duque abriendo la sesión como presidente rotativo—, y remítale el agradecimiento de parte de todos nosotros a su ex esposa por su labor contra los kazar.
—Así lo haré.
—Ah, no conoce a nuestra nueva embajadora representante de la Federación de Talos; LIV-13 —presentó el Duque señalando a una mujer androide tan bella como una ginoide de uso sexual, pero que vestía un traje de ejecutiva. El sintético cabello era rubio, pero se parecía mucho a su amada CIL-88, como si fueran del mismo modelo.
—Un gusto —respondió ella—, espero me disculpe si tengo algún problema, soy nueva.
—Por supuesto, sé que es nueva en el Foro —expresó Ushuk.
—No, quiero decir que estoy recién hecha. Me construyeron hace seis meses. Somos de una recién creada línea de ginoides diplomáticos especialmente diseñados con un software para la experticia en relaciones interestelares.
—Debería ver a la embajadora talosita en Sáuxer —comentó Sálax—, asemeja una mujer sáuxer que bien podría estar en el harén del Sultán; las hacen atractivas a propósito.

—Nuestros estudios psicológicos demostraron que los antropoides tienden a relacionarse mejor con mujeres atractivas —respondió ella con cierto orgullo.
—Bueno, bienvenida en todo caso —concluyó Ushuk.
—Usted convocó a esta sesión, Gobernador, díganos lo que tiene que decir —solicitó el Duque, así que Ushuk se puso de pie. Chasqueó los dedos y Zarg le llevó la carpeta a la mano.
—Damas y caballeros, la información que tengo aquí puede cambiar para siempre las relaciones entre nuestros Estados, y es de un interés trascendental para todos los gobiernos —entregó copias de un informe a cada uno—. La colonia altaria de Arkanis fue atacada hace seis años, perpetrándose una de las peores masacres de las que tenemos registro. El autor solo pudo ser la Colmena, siendo la única potencia que no está aquí presente, con la capacidad de vencer a una guarnición altaria. Estos ataques son similares a los cometidos contra colonias polari y sáuxer en Cloto, mismos que llevaron a la actual guerra de la Colmena.
»Pues bien, desde que se dieron las guerras de la Colmena hace cinco siglos, se ha evitado toda provocación contra dicha raza, entre otras cosas, escaneando a profundidad todo planeta previo a ser colonizado, para cerciorarse de que no contenga rastros de la misma. Especialmente de sus huevos, ya que acostumbran depositarlos en planetas deshabitados. Esta práctica es muy común y se hace obligatoriamente, ya que las biologías de nuestras razas y la raza de la Colmena son tan diferentes, que el proceso de geo-

formación de cualquiera de nuestras razas los mataría a ellos, y viceversa.
»No obstante, hay restos de huevos de la Colmena en el Sistema Arkanis. No hay forma de que esto pudiera ser un olvido. Investigué más a fondo y usé algunos contactos, descubriendo que lo mismo sucedió en las colonias polari y sáuxer atacadas. La Colmena no inició esta guerra en realidad, para ellos la comenzamos nosotros matando a varios de sus… hijos.
Las palabras de Ushuk empezaron a conmocionar a los embajadores, especialmente a Ruven, Sálax y el Duque, que se miraban unos a otros desconcertados, pero incluso Lob'zar parecía inquieto.
—¿Pero quién haría algo así? —preguntó Ruven—, ¿provocar una guerra a propósito con una de las civilizaciones más agresivas y poderosas? Sería un suicidio.
—Hay más. Tengo reportes de que el Imperio Xinth estaba efectivamente dispuesto a abolir la esclavitud y ponerle fin al comercio de esclavos androides —dijo, y LIV-13 le puso mucha atención—, pero fueron presionados para no hacerlo… por integrantes de la Corporación Pan-Sáuxer.
—¿Qué? —preguntó Sálax. —¿Está acusando a la Corp…?
—No estoy acusando a nadie, escuche todo lo que tengo que decir antes —se adelantó Ushuk—, porque hay más. Conseguí también reportes que muestran que el asesinado Lord Canciller Sardusi pensaba renunciar y convocar a nuevas elecciones en la Dieta, así como iba a conceder las peticiones menos radica-

les de los opositores. Algo que no hubiera resuelto del todo la crisis política, pero definitivamente hubiera evitado una guerra civil. Pero Sardusi fue asesinado antes de que pudiera hacerlo. Lo intrigante es que Sardusi fue asesinado por uno de nuestros agentes de Inteligencia… es decir, por su propio gobierno.

—Eso es… ¡inaudito! —comentó el Duque—, eso quiere decir que quien lo mató sabía que su muerte provocaría la guerra civil…

—Exacto.

—¿Y la guerra civil en mi mundo? —preguntó Arsala—. ¿Los atentados que causaron la retirada de la Coalición?, ¿también fueron planeados?

—No tengo contactos shakaren así que no lo sé, pero lo sospecho —respondió Ushuk. —Y estoy seguro que podríamos encontrar muchos casos similares, quién sabe cuántas guerras entre nuestros mundos han sido provocadas artificialmente. Más aún, la reliquia fue robada del laboratorio ¿no es así, Ruven?

—Sí, lo fue, y no se robaron nada más, ni siquiera el costoso equipo científico. Los kazar no son precisamente conocidos por su pasión por la ciencia, pero aun así, es raro para ellos.

—Quizás el ataque kazar fue una distracción —murmuró Ushuk—. ¿Alguien del personal falta?

—Sí, el asistente de mi esposa, Ux… pensamos que… había muerto en el ataque y estaba entre los desaparecidos. ¿No pensará que…?

—De momento no descartaría nada.

—¿Pero por qué? —preguntó Arsala— ¿Quién querría vernos sumidos en guerras y odios sin fin?
—Eso, Valí, es lo que me preocupa —dijo Ushuk.
—Huele a la mano de los soth por todos lados —expresó el Duque mirando a Vermello—, con el perdón de la Cónsul.
—Si así fuera —contestó Vermello—, ¿por qué habría sido una de nosotras la que descifró la conspiración? ¿No es así, Ushuk?
—Pero ¿cómo lo sabe…? Olvídelo. Sí, fue una mujer soth la que me ayudó a desenvolver todo esto.
—Si fue una soth tal vez lo están manipulando, Ushuk —advirtió Sálax.
—No, la información ha sido verificada hasta la última coma. Aunque no descarto que sean los soth, y quizás quien me asistió no sabe del plan.
—No son los soth —intervino Lob'zar, llamando la atención de todos.
—¿La Colmena? —preguntó Ruven.
—No, la Colmena es amable comparada con ellos.
—¡No estará insinuando…! —empezó a decir escéptico Ushuk.
—Los descubrimos hace quince mil años —continuó Lob'zar. —Hoy en día son parte de sus mitos y leyendas, pero alguna vez fueron reales. La forma de vida más cruel y destructiva que hemos encontrado. Es verdaderamente increíble siendo que eran tan avanzados tecnológicamente como nosotros. Fanatizados por su extraña religión que adora a la muerte, pensaban que destruir mundos enteros era una especie

de sacrificio a su dios. Para cuando los conocimos, habían extinguido cientos de razas.
—¡Los arcontes…! —clamó Sálax genuinamente alarmada, como quien se entera que el monstruo al que le temía en su niñez, era real.
—Ese fue el nombre que le dieron los polari primitivos cuando los conocieron —continuó Lob'zar—, el nombre que se dan a sí mismos nunca lo supimos. Provenían de un planeta volcánico sumido por siempre en las tinieblas, por la asfixiante atmósfera de nubes negras que lo cubre… Abadon. En aquella época todos sus pueblos eran primitivos, apenas habían empezado a salir de sus planetas y ni siquiera tenían cómo viajar más rápido que la luz. Los más avanzados eran los polari que ya incluso habían colonizado otros sistemas, pero los humanos y sáuxer estaban divididos aún en naciones y tribus en guerra. Los arcontes les hicieron perder la inocencia de su niñez cultural. Intervenimos para salvarlos y nos tomó siglos enfrentarlos y repelerlos. Nos odiaban más que a nadie porque no nos podían doblegar fácilmente, pero estuvieron a punto.
»Tras varios siglos de conflicto los arrinconamos en su sistema, en Abadon, y los masacramos allí. Eran los únicos habitantes porque habían exterminado ya a todas las otras formas de vida animal en su mundo.
—¿Cómo saben que no sobrevivieron algunos? —preguntó Arsala.
—Revisamos todo Abadon —respondió Lob'zar—, cada caverna, cada edificio. No quedaron rastros de vida alguna…

—Si no sobrevivieron ¿por qué nos dice esto? —preguntó Ushuk.
—Porque el demonio de uno, es el dios de otro —respondió Lob'zar—, a como pasaron a ser temidos como demonios para algunos de ustedes, se convirtieron en dioses de otros. Son adorados por un culto clandestino que se autodenomina El Círculo y que existe como sociedad secreta en todos sus mundos. Han sido observados por nuestros antropólogos por siglos. Estos adoradores de los oscuros, tienen una profecía donde hablan de tres señales antes del regreso de los arcontes para poner fin a sus civilizaciones, una de ellas es que "cerca del final, las guerras serán abundantes como estrellas". Una superchería. No se puede predecir el futuro por el principio de incertidumbre cuántica, pero fanáticos religiosos pueden estar procurando que estas guerras sucedan para ajustar la realidad a sus creencias.
—¿Por qué nos dice esto, ahora? —preguntó Vermello.
—Informarles antes hubiera afectado su desarrollo cultural natural —respondió el valta—, lo cual sería antiético desde un punto de vista científico. Pero ya que lo descubrieron por ustedes mismos, no tiene sentido guardar el secreto.
—¿Quiere decir que nos dejaron matar unos a otros por siglos? —preguntó Arsala indignada.
—Bueno, Maestra —se excusó Lob'zar— para serle honesto, sería imposible diferenciar concretamente cuántas de sus innumerables guerras fueron producto de intereses políticos, económicos o religiosos, y cuántas fueron causadas por los adoradores de los arcontes.

—Un momento… —dijo Ruven— ¿Y si esa secta tiene acceso a tecnología antigua de los arcontes?
Lob'zar se llevó una mano a donde estaría su mentón si tuviera. Parecía que iba a decir algo… pero no pudo.
Ante la mirada atónita de todos, la cabeza de Lob´zar fue súbitamente atravesada por un rayo energético que la cortó en dos como un cuchillo en mantequilla. A su lado estaba Vermello con su brazo derecho reemplazado por una extraña arma de diseño nunca antes visto, y que parecía orgánica pero llena de púas afiladas y de color negro que humeaba por el cañón. Vermello se levantó y apuntó a todos los embajadores.
—¡Vermello! —exclamó Ushuk— ¿Qué has hecho? ¿Te has vuelto loca?
—¿Cómo ingresaste un arma aquí? —preguntó el Duque.
—¡Por favor! La tecnología arconte es tan avanzada como la valta —respondió ella con una sonrisa sardónica—, una ventaja más que tenemos los acólitos.
—Tú… eres parte de la secta… —gruñó Ruven.
—Secta —se carcajeó—, secta es la insípida religión universalista creada por el marica de Asterión, que les ha drenado por milenios de su valor y los ha domesticado y sumido en esta cultura decadente y asquerosa en la que viven —respondió con genuina repulsión en su cara. —Ustedes nunca sabrán la gloria de ser los elegidos. Los arcontes no son malévolos, son ¡gloriosos! Son los emisarios del dios Muerte, de Z'koth, el último de los Primordiales que quedó en la galaxia. Y nos han elegido a varios, ¡nos susurran

en los sueños trayéndonos visiones gozosas! Porque están dormidos, pero ¡despertarán! Saldrán de su largo sueño de milenios para purgar el Universo una vez más. Es un ciclo, y ellos son una fuerza de la naturaleza, la mano de la Divinidad, no se puede estar enojado con ellos más de lo que se puede estar con la muerte misma. Miran esta sociedad sucia y decadente, plagada de razas débiles. Tras la purga, solo los más fuertes sobrevivirán. Es un ciclo que se ha repetido por siglos, y se repetirá eternamente. No hay forma de evitarlo por mucho que los blasfemos valta lo hayan intentado postergar…

—La Reliquia, ustedes la robaron —preguntó Ushuk.

—¡Sí! ¡Es la llave! —respondió al borde del éxtasis—, lo dijo la profecía; "El fin llegará cuando las guerras sean abundantes como estrellas en el cielo, cuando los No Nacidos sean dueños de su propio reino y el Verdugo engendre al Traedor de la Abominación, entonces la Llave del Abismo será encontrada y la Luz no será más". Ahora, si me disculpan, no puedo permitir que saquen de aquí la información que poseen. Espero que estén en paz con sus dioses, porque yo lo estoy con los míos. Tómenlo como los primeros sacrificios de la Gran Cruzada. ¡Hasta nunca!

Vermello haló el gatillo pero en ese preciso momento sintió la mordedura de una dentadura afilada de roedor en su cuello. Esto le hizo fallar su blanco que era Ushuk, hiriendo a Ruven que se desplomó por el impacto.

Zarg había saltado detrás de ella y le mordió entre el cuello y el hombro. Incapaz de apuntar el arma se con-

virtió de nuevo en su brazo, mientras ella misma caía de rodillas y se tapaba la sangrante herida con la mano.
—Todo el mundo ignora a los kurgos —comentó Zarg limpiándose la sangre de la boca. El resto de los embajadores se acercó para aferrarla, pero Vermello oprimió la hebilla de su cinturón y desapareció como si fuera consumida por tinieblas que se disiparon dentro de un punto infinitesimal, en medio del aire.
Ushuk se acercó a ver si podía hacer algo por Ruven, pero ya estaba muerto.

*

Las armas sónicas que la Coalición había desarrollado parecieron generar el efecto deseado. Fueron probadas por primera vez en la improvisada frontera Colmena-Coalición. Los coaligados dispararon las ondas ultrasónicas contra las enormes naves-panal de la Colmena, y pronto estas dejaron de dispararles; comenzaron a errar de manera descontrolada y luego se detuvieron. En su interior dejaron de registrarse signos de vida. Los soldados coaligados celebraron su primera victoria desde que inició la guerra.
Metódicamente las fuerzas coaligadas comenzaron a retomar terreno, recuperando espacio al hacer retroceder a la Colmena.
Y en efecto, lograron hacerla retroceder… quizás más de lo que esperaban. Una vez acorralada hasta sus territorios, e incluso un poco más, la Colmena dejó al descubierto el enigmático sistema Abadon. Dumón estaba allí cuando supervisó los ataques contra la Colmena y observó su retirada.

—Un momento, ¿qué es eso? —preguntó señalando a la gigantesca nave que de pronto se volvió visible en medio del espacio, y que nunca antes había visto. Más negra que el espacio mismo, semejaba una maraña de afilados pinchos retorcidos, con un centro rojizo brillante como un ojo.

La nave abrió fuego devastando de un solo disparo docenas de las fragatas coaligadas. Dumón ordenó el contraataque, pero era inútil; la nave poseía alguna especie de campo de fuerza invisible que la volvía invulnerable. Remitió nuevas ráfagas de energía emanada de aquel siniestro ojo artificial, que en poco tiempo convirtió todas las fragatas en pedazos y luego destrozó el crucero de batalla donde viajaba Dumón. Entonces se giró hacia el sistema Abadon. El ojo central se abrió y de él fue expulsado el Artefacto de Abraxas. Fue activado con un flujo de energía emanado suavemente de la maléfica estructura, y el Artefacto comenzó a vibrar.

Desde el interior del mundo arconte la Gran Pirámide se despertó y emitió un siniestro llamado a través del hiperespacio, que se extendió a recónditos rincones del Cosmos. Convocando a los hijos pródigos para que regresaran, avisándoles que la puerta estaba abierta una vez más.

La guerra había comenzado…

CAPÍTULO IX

—Capitán —le dijo su subalterna a un gallardo militar altario sentado en la silla de comando de su fragata—, recibimos una llamada de auxilio superlumínica, señor.
—¿Puede identificar el origen, Srta. Riz?
—Sí señor, parece ser coaligada.
—Podría ser el Sol Negro —observó un joven cadete al lado de la Srta. Riz.
—No sea supersticioso, cadete, las naves fantasma no existen —aseguró el capitán—, diríjase a la fuente, Srta. Riz, es nuestro deber asistir una llamada de auxilio en tiempo de paz.
—Sí, señor.

*

El funeral de Dargo Ruven se realizó dos días después, una vez que las pesquisas policiales se hubieron llevado a cabo y que Valëris Ruven hubo regresado a Abraxas. Aunque trascendió a la prensa (como era lógico) las causas exactas se mantuvieron en secreto. Si hubo funeral de Lob'zar, nadie fue invitado, pero sus restos fueron recolectados hasta la última célula por el gobierno valta.
En el Cementerio de Astrópolis se llevó a cabo la ceremonia oficiada por un monje universalista. Valëris estaba notoriamente afectada, pero se contenía lo más posible, ataviada con ropa negra de luto y con lentes oscuros para disimular los ojos enrojecidos por el llanto. Entre los asistentes estaban todos los embajadores del Foro incluyendo a Sálax, el Duque

que vestía su uniforme de caballero polari, Arsala y, por supuesto, Ushuk, con su traje de almirante.
—…el Universo es sabio —dijo el monje— y sabe cuándo llamarnos a su seno. En medio del dolor por la pérdida de nuestro hermano, pedimos consuelo al Universo y rogamos para que Dargo Ruven se haya fundido con la grandeza del Cosmos y sea hoy uno con el Vastísimo. Amén.
—Amén —repitieron los presentes. Al terminar sus oraciones el clérigo, las cenizas de Dargo Ruven contenidas en una urna fueron introducidas en la tumba, y dos jardineros comenzaron a cubrir el sepulcro. Uno a uno los asistentes se aproximaron a Valëris para darle sus condolencias, entre ellos Ushuk.
—Fui compañero de su esposo por seis años en el Foro de Abraxas —le dijo— y, aunque más de una vez chocamos cabezas, llegué a conocerlo como un hombre valiente y que amaba a su mundo casi tanto como la amaba a usted. Lo extrañaré mucho.
—Gracias, Gobernador.
Ushuk se alejó de la viuda y en el camino se encontró a Bëtris, lo que le sorprendió, pero aprovechó para saludarle.
—Me contaron que le salvó la vida a mi hijo durante el saqueo kazar —le dijo—, no dude en recurrir a mí si puedo devolverle el favor.
—Su hijo ya se había defendido solo, yo solo les di un escondite por algunas horas.
—De todas maneras, le estoy en deuda —aseguró, y luego prosiguió su camino. Cuando miró hacia atrás

se dio cuenta que Valëris y Bëtris parecieron reencontrarse silenciosamente, y al poco tiempo se abrazaron. Notó entonces un cierto parecido familiar que no había asociado antes, y asumió que eran parientes.
—Necesito hablar con usted —le dijo Kris, que lo esperaba a las afueras de su aeromóvil parqueado a pocos metros del sepelio. —Estoy cansada de ser su mascota. No hay nada que pueda hacer más por usted, le ayudé en cuanto pude y creo que incluso descubrí más de lo que esperaba. Libéreme o devuélvame a prisión, pero no voy a continuar siguiéndolo como su esclava.
Ushuk pensó algunos momentos.
—Está bien —dijo finalmente y sacó de su bolsillo el control remoto, ingresando la clave de seguridad. —Soy hombre de palabra. —El collar se abrió automáticamente y Kris pareció aliviada de poder quitárselo y masajear su cuello libre. —Pero si quiere, todavía puede ayudarme en algo. ¿Recuerda a su amigo Dumón?
—Sí, buen chico, me visitó varias veces en Absalon. Hasta ofreció ayudarme a escapar, pero sabía que era un suicidio y lo convencí de olvidarse de mí y no volver.
—Creo que sería una pieza clave para ayudarnos en la tarea contra los acólitos. ¿No cree?
—¿Y qué le hace pensar que colaborará con el Carnicero de Aurelos?
—Lo hará. Lo conozco —concretó ingresando al vehículo.

*

Pero Dumón no estaba en condiciones de ser contactado, aún.

Jax Dumón despertó tras varios días de entrar y salir de la inconsciencia. Lo primero que vio fue el rostro de una bella enfermera que le atendía.

—Dónde… estoy… —balbuceó.

—Se encuentra en la fragata imperial Espada de Althares, del Sacro Imperio.

—Soy… soy…

—Sí, senador Dumón, sabemos quién es. Su cápsula de escape traía su información personal. Ahora que está despierto, el capitán vendrá a hablar con usted.

Y en efecto, tras informarlo la enfermera, el capitán de la fragata llegó hasta la enfermería; un hombre gallardo de aspecto firme, ligeramente más joven que Dumón, pero contrastaba con este, que se encontraba con el rostro repleto de hematomas y con algunas partes del cuerpo vendadas.

—Soy el capitán Elzor Darvon, comandante de la nave. Recibimos su llamada de auxilio mientras viajábamos camino a nuestra asignación, y la respondimos como exige el Derecho Interplanetario.

—Gracias, Capitán —expresó Dumón haciendo una mueca de dolor, conforme intentaba sentarse—. ¿Hubo más sobrevivientes?

—Sí, pero ninguno sobrevivió a las heridas. Les proporcionamos la atención médica necesaria.

—No lo dudo, muchas gracias.

—Si no le importa que le pregunte, ¿qué lo atacó? Vimos los restos de una flotilla coaligada incluyendo un crucero de batalla. Ni siquiera la Colmena habría podido hacer algo así…

—No sé qué nos atacó, Capitán —confesó Dumón—, nunca había visto nada parecido. Si no le molesta, debo comunicarme con mi ejército y advertirles.
—Por supuesto, ya nosotros les informamos sobre la situación que vimos y dijeron que investigarían, pero le proporcionaremos los medios para que llame usted mismo. Su cápsula al saltar al hiperespacio lo dejó bastante lejos de donde estaba, pero podremos desviarnos un poco para dejarlo en territorio coaligado. El más cercano es Abraxas. Estaremos allí en dos días.
—Está bien, gracias Capitán. Espero que esta cooperación entre nuestros mundos continúe por mucho tiempo.

*

Arath y Yánix se separaron tras pasar la tarde juntos, como ya era usual. Ella se despidió de él con la mano mientras subía las gradas a su apartamento, al tiempo que Arath caminaba hacia el transporte público que lo llevaría de nuevo a su casa.
—¡Vaya! ¡Ya era hora de que aparecieras! —dijo su madrastra mayor—, ven, tenemos una sorpresa para ti —respondió con cierto sadismo.
—¡Ahí estás, Yánix! —dijo su padre sentado en la sala principal en su sillón de siempre, a su lado un sáuxer bastante viejo de rostro arrugado. —Ven a conocer a tu nuevo marido.
El corazón de Yánix se heló al escuchar esas palabras.
—¿Cómo la ve, Sr. Zolax? —preguntó la madrastra.
—Sí, es joven y bella. Me dará muchos hijos. Vale cada antecrédito de la dote.

—¡Excelente! —se relamió Wúlux—, ¡pero saluda, niña! El Sr. Zolax es muy generoso, y es un mercader muy próspero de una colonia sáuxer cercana.
—¿Quiere decir que… —empezó a preguntar sintiendo los ojos humedecerse— me iré de Abraxas?
—¡Pero por supuesto! —contestó la madrastra, complacida. —¿Y bien? ¿No vas a saludar?
Yánix hizo una pronunciada reverencia ante su prometido reteniendo como pudo las lágrimas, y luego pidió permiso para retirarse, que le fue concedido. Ya en su habitación no tuvo que contenerse más.

*

—Si lo que nos dice es cierto, Almirante —le comentó el Lord Canciller en una de las reuniones virtuales del Estado Mayor—, eso significa que cualquiera de nosotros podría ser un acólito.
—Lo sé, Excelencia —respondió Ushuk.
—Si hacemos pública esta información el caos podría difundirse por todo el imperio —prosiguió el canciller—; cacería de brujas, linchamientos, histeria masiva. Las personas se acusarían unas a otras, los kurgos y otras minorías serían presas fáciles de la histeria, podría incluso haber revueltas.
—Es por eso que concuerdo en mantenerlo en secreto —aseguró Ushuk—, y no podemos tampoco perder valiosos recursos persiguiendo datos falsos. Inteligencia deberá seguir solo pistas fiables de posibles ligámenes con la secta, y toda investigación deberá ser cruzada por al menos tres agentes que no hayan trabajado nunca juntos, para cerciorarnos que

los acólitos del Círculo infiltrados no puedan manipular las investigaciones.
—¡Esto es caótico! —se lamentó el Canciller—. ¿Qué más sugiere?
—Debemos terminar de inmediato la guerra civil que nos consume valiosos recursos. Llamar a una tregua, ofrecer una amnistía general a todos los rebeldes y negociar la paz.
—¿¡Amnistía!? —preguntó el Ministro de Defensa—, ¡son criminales! Deberían ser ejecutados por alta traición. Si no damos el ejemplo…
—Si no atendemos esta crisis —mencionó Ushuk— no quedará nadie vivo para ver el ejemplo. Lo otro es cumplir la promesa hecha al Frente de Liberación Androide. Ellos cumplieron su parte, debemos cumplir la nuestra y liberar a todos los esclavos androides.
—¿¡Que!? —reaccionó de nuevo el Ministro—, ¡eso lesionaría nuestra economía! Cada casa noble se quedaría de pronto sin sirvientes que trabajen. ¿Quién haría el trabajo más pesado?
—Si el Frente decide que los traicionamos —respondió Ushuk— y empiezan a aplicar las mismas tácticas terroristas en nuestro territorio, tendremos que enfrentar dos enemigos a la vez, y nuevamente consumiremos valiosos recursos. Además, un hombre, aun artificial, pelea mejor cuando es libre. Y, por supuesto, la tercera cosa que debemos hacer es conseguir una alianza sólida con las otras potencias de las galaxias.
—¡Oh, por el Universo! —se quejó el Ministro de Defensa cubriéndose el rostro con una mano.

—Está bien —declaró el canciller—, te nombro Ministro de Inteligencia —dijo a Ushuk—, creo que nadie mejor que tú para esa última tarea.
—¿Yo? ¿Ministro? Pero…
—Sí. El Foro de Abraxas está muerto de todas maneras. Aun así puedes nombrar a tu sucesor e iniciar los contactos con los otros gobiernos. Mucha suerte… la necesitarás.

*

—¿Una sola nave capaz de destruir una flota entera? —preguntó preocupado el Procónsul de la República de Urd por medio de una llamada superlumínica, desde la nave altaria. El nuevo gobernante era un sujeto de tez morena y cabello ensortijado, con un visible implante cibernético sobre la ceja izquierda.
—¿Estás seguro Jax?
—Sí, Wilar. Sé lo que vi. Jamás podría olvidar algo como eso.
—¿No pensarás…? Es decir… que los mitos sean verdad…
—No sé qué pensar. Creo que tú y el resto de la Coalición deben replegar todas nuestras fuerzas de Cloto. Un ataque de esa civilización en este momento en que tenemos el 80 % de las fuerzas apostadas allí, sería fulminante.
—Eso es más fácil decirlo que hacerlo. Acabamos de tornar la suerte en la guerra contra la Colmena, retirarnos ahora que estamos ganando… no sé, será difícil convencer a los otros gobernantes y a Narväen, en especial sin más evidencias que tu testimo-

nio. Pero haré lo que pueda. A propósito, ¿sabes si esta línea es segura?

—No importa si lo es o no, los altarios deberán estar informados. Es más, pienso darles un informe detallado de lo que vi.

*

—En noticias interplanetarias —mencionó la voz de Alana Shilán—, tras su paso para animar a las tropas polari en Cloto, el Príncipe Talin del Reino Polari hará una escala en Abraxas, donde se reunirá con los distintos gobiernos locales y dará una breve conferencia en la Universidad —las imágenes mostraban al susodicho monarca reunido con soldados coaligados en la zona de guerra.

»En noticias políticas —mencionó la reportera cambiando las imágenes de Talin por unas del Lord Canciller firmando unos papeles frente a una rueda de prensa—, Veroc Sardusi, Lord Canciller del Sacro Imperio de Althares, firmó dos decretos históricos el día de hoy; una amnistía general para todos los sublevados durante la guerra civil Altaria, y la inmediata abolición de la esclavitud. Aunque ambas medidas han generado controversia entre los sectores más conservadores del Imperio, han sido aplaudidas por la comunidad interplanetaria. La Federación de Talos celebró la medida y anunció que está dispuesta a establecer relaciones diplomáticas con Althares tras esta masiva liberación, la más grande desde que los talositas atacaron Sadam y Gamara y liberaron a todas las ginoides. Por su parte, distintos sistemas

bajo el control de nobles sublevados se han rendido aprovechando la amnistía, lo que parece indicar que la guerra civil llegará a su fin pronto, tras seis largos años de lucha.

»Y ahora unos mensajes de nuestros patrocinadores…

—¿Desea probar la mejor comida casera? —decía unas voz que Ushuk reconoció, lo que le hizo levantar la vista para ver el comercial mientras comía el desayuno junto a su familia—, pues lo esperamos en cualquiera de nuestras sucursales de la cadena de restaurantes Chef's —en el comercial se veía al ex esclavo que alguna vez fue el cocinero de los Ushuk, sonriente al frente de un restaurante localizado en algún lugar de la Federación de Talos. El local era un típico sitio de comida rápida y la mascota era una versión caricaturesca de un robot con sombrero de chef, dibujado en el techo al lado del rótulo: CHEF'S.

—¿Ese no solía ser nuestro cocinero, papá? —preguntó Nara señalando a la holopantalla.

—Sí, al parecer ahora es un próspero empresario —comentó Ushuk sorbiendo el jugo.

—¿Nos mudaremos de nuevo ahora que eres ministro, padre? —preguntó Arath.

—Eventualmente, pero por los próximos meses permanecerán aquí —declaró Ushuk—; de todas maneras tus hermanas partirán en poco tiempo, Nara con su nuevo esposo y Ela a la universidad en Althares.

Pero aun las palabras de Ushuk no reconfortaron a Arath, que pensaba en la inevitable separación de Yánix, aunque no fuera a ser inmediata.

Zarg entró al comedor, generando las usuales miradas molestas de Lina.
—¿Me llamó, jefe?
—Sí, Zarg, tengo una noticia que darte. Fui designado nuevo Ministro de Inteligencia. Eso significa que dejaré Abraxas pronto.
—Entiendo. Empacaré.
—No, Zarg. No vendrás conmigo. Voy a tener que prescindir de tus servicios por un tiempo.
—¡Uf! ¡Gracias al Universo! —expresó Lina, pero a Zarg aquellas palabras le cayeron como un baldazo de agua fría.
—¿Pero jefe, por qué, jefe? ¿Hice algo mal? Yo…
—No, Zarg, más bien has hecho mucho bien —dijo colocándole una mano en el hombro—. Te debo la vida. Voy a prescindir de tus servicios porque estarás muy ocupado. Te nombré mi sustituto. ¡Serás el nuevo gobernador de Abraxas!
Zarg abrió mucho los ojos.
—¿¡QUÉ!? —preguntó Lina.
—¿Yo, gobernador… yo? —preguntó Zarg.
—No veo por qué no.
—¿Y la almiranta Tamira?
—A ella la necesito en sus funciones militares, además odia ser gobernadora y no la culpo.
—¡No puedes nombrarlo gobernador! —clamó Lina— ¡es un kurgo! ¡Vas a avergonzar a nuestra familia!
—A mí me parece excelente —comentó Ela—, no veo por qué un kurgo no podría ser gobernador. Bien hecho, padre.

—¿A mí me afecta de alguna manera? —preguntó Nara despreocupada. Cuando Ela le dijo que no con la cabeza, agregó mientras se servía más sopa—, entonces no me importa. Bien por ti, Zarg.
—¡Uy! ¡Esto es una barbaridad! —continuó quejándose Lina.
—Ya, guarda silencio, mujer —ordenó Ushuk y Lina se mordió la lengua. —No hay ninguna ley que me impida nombrar a un kurgo, es solo algo que nunca se hace y necesito a alguien que me sea leal en el cargo. Además, salvó mi vida, ¿estás olvidando eso? ¿Y bien, Zarg? ¿Aceptas?
Zarg estaba como en un letargo, pero las palabras de Ushuk le hicieron reaccionar.
—Sí, sí, jefe… sí. Gracias. Será un honor para mí… será un honor.
—Haz un buen trabajo… cualquier error tuyo se reflejará en mí.
—Haré que se sienta orgulloso, jefe. Sí.
El *multicom* portátil de Ushuk resonó.
—¿Sí…? Voy para allá —colgó, luego se dirigió a Zarg mientras se levantaba—: Ve a mi estudio, es bueno que empieces a revisar algunos papeles y te familiarices con el cargo, hablaremos luego…—dijo retirándose de la mesa y dejando a un Zarg aún incrédulo por lo que acababa de pasar.

*

"Quiero pedirte algo", anunció Yánix enviándole un mensaje de texto, a través de su *multicom* en el idioma estelar que ambos hablaban como segunda len-

gua. Arath respondió con un signo de interrogación. "Debo pedírtelo en persona. ¿Estás en tu casa?"
"Sí" respondió Arath y entonces escuchó el timbre sonar. Bajó rápidamente hasta llegar a la puerta, sorprendido de encontrar a Yánix del otro lado.
—¿Qué haces aquí?
—¿Estás solo?
—Salvo por los sirvientes, sí.
—¿Puedo pasar? —Arath se quitó de la entrada de inmediato y Yánix penetró. —Me casaré en unas semanas —le dijo de frente—, y quizás nunca te vuelva a ver. Pero…
—¿Sí?
—No quiero que ese anciano que me asignaron como marido sea… el primero.
Arath abrió mucho los ojos.
—¿Quieres decir…?
—Sí… quiero que tú me quites la virginidad, no él.
—P… pero…
—Si no puedes hacerlo, está bien. Buscaré a alguien más…
—¡No, no! No hagas eso, está bien —se apresuró a decir—, me honras, yo…
—No quiere decir que te ame, o nada por el estilo, es solo que… eres mi mejor amigo y quiero que sea con alguien especial.
—Te entiendo. ¿No te traerá problemas si tu marido lo descubre?
—¿Y qué es lo peor que puede pasar? ¿Qué se divorcie de mí? —Yánix se le acercó, poniéndole las manos en el pecho.

—¿Ya? —preguntó él sorprendido.
—¿Estás solo, no es así?
Arath asintió. No se lo esperaba y no sabía si sentirse dichoso por su suerte o asustado por las implicaciones, o ambos. Tragó grueso y podía sentir el acelerado palpitar de su corazón. Pero luego pensó que siendo un hombre altario, era lo que se esperaba de él.
Aferró a Yánix de la cintura y le plantó un beso en la boca, y juntos subieron las escaleras a su habitación. Ella iba removiéndose ya el sombrero de hongo, y él se desabrochaba la camisa.

*

—Procónsul Valo, no podemos sacar nuestras fuerzas de Cloto ahora que estamos venciendo, por las palabras de alguien, ni siquiera de un senador —replicó el primer ministro polari Servaen desde su recuadro en la videoconferencia, como sospechó Valo. Lo acompañaban el Sultán y el secretario Narväen. —Ni siquiera sabemos si está bien de la cabeza tras lo sucedido, sin ofender.
—Confío plenamente en Dumón —reafirmó Valo—, no es un político, es un soldado. Nadie se tomaría esto tan en serio como él.
—Si esta civilización existe y es tan poderosa —intervino el Sultán— ¿no deberíamos continuar nuestra presencia militar en Cloto para proteger a nuestros ciudadanos?
—Sí, pero también debemos ser cautos mientras averiguamos qué es —explicó Valo.
—Es fácil para usted decirlo, Urd no tiene colonias en Cloto —espetó Servaen.

—Esos reclamos son innecesarios —interfirió Narväen—, todos somos aliados.
—Sí, pero el Tratado de la Coalición no me obliga a mantener mis tropas en Cloto ahora que se está venciendo a la Colmena —advirtió Valo, como molesto. —Urd reducirá su destacamento militar en al menos un 70 %.
—Haga lo que guste —dijo Servaen y cortó la comunicación. El Sultán se encogió de hombros e hizo lo mismo.
—Lo lamento, Procónsul —le dijo Narväen—, no lo tome a mal. Aún hay panales de la Colmena dispersos a lo largo de la frontera, que son amenaza para las colonias polari y sáxuer. Además, están venciendo y quieren una victoria contundente contra la Colmena por primera vez en la historia.
—O una venganza. ¿Investigó el lugar?
—Sí. En efecto una flotilla entera fue destruida con todo y crucero, pero no podemos saber cuántas naves enemigas intervinieron, o si pudo estar involucrada la Colmena. Lo mantendremos informado —dijo cortando la comunicación.

*

Ushuk llegó a su encuentro planeado con el Príncipe Talin como parte de la visita del joven monarca al sistema. Talin llegó acompañado, como era costumbre, por su escolta numerosa de ministros, entre los que destacaban el Primer Ministro Servaen y la Ministra de Exteriores Vángela Basti.
El niño de doce años que Ushuk había visto una vez en Polarix IV, era ahora un apuesto mancebo de diecisiete años recién entrando en la adultez.

—Bienvenido, Majestad, es un verdadero placer verlo de nuevo —saludó Ushuk estrechándole la mano. Lo decía en serio, el chico le agradaba.
—El gusto es mío, Almi… Gobernador —se corrigió. Ambos posaron para las cámaras conforme les tomaban fotografías o reportaban su encuentro en video. Tras algunos instantes de pose, se adentraron (ya sin la prensa) en uno de los mayores atractivos turísticos del lugar: el Museo de Abraxas.
—¡Bello! ¡Verdaderamente hermoso! —aseguró Talin mirando extasiado los invaluables artefactos arqueológicos contenidos en el lugar. Esculturas, vasijas, artesanías, pinturas, aparatos eléctricos antiguos o máquinas de vapor, y toda clase de artilugios de cientos de culturas.
—Tenemos objetos de más de dos mil antiguas civilizaciones distintas —le explicó Ushuk—, y de la propia historia de las nuestras. Espere a que vea la sección de naves antiguas. ¿Aún le gustan las naves?
—¡Oh, sí! ¡Me encantaría mirar eso! —aseguró, pero antes mostró curiosidad al ver unos gigantescos sarcófagos, localizados en una sección donde reposaban incontables esculturas y vestigios de ruinas arquitectónicas, incluidas dos enormes vigas que flanqueaban los sarcófagos. —Momias akash ¿no es así? —preguntó.
—Sí, Alteza —le respondió Ushuk sonriente. Los sarcófagos mostraban su contenido, y en el interior quedaban aún los restos óseos envueltos en un momificado cuero parcialmente conservado, de lo que debió ser un antropoide de cabeza ovalada, cuatro brazos y seis extremidades inferiores similares a tentáculos.

—Estas columnas se asemejan un poco a algunos de los monumentos prehistóricos que tenemos en Polarix IV —observó—, que eran lugares sagrados para los antiguos paganos preuniversalistas.
—Bueno, algunas hipótesis plantean que los akash visitaron todos nuestros mundos en tiempos prehistóricos.
—Dice mucho de cómo deberíamos vernos siendo una gran familia —comentó, y el Primer Ministro Servaen tosió.
—Disculpe, Gobernador, a mi Primer Ministro no le gusta que hable de política con usted.
—Majestad, por favor —reaccionó Servaen como molesto, pero Vángela Basti rio.
—Creo que lo que nuestro príncipe quiere decir —intervino Basti—, es que nos gustaría mejorar las relaciones entre nuestros mundos… a pesar de las reticencias de algunos.
Basti dijo esto con las manos sobre los hombros de Talin y mirando a un Servaen que endureció su gesto.
La visita al museo continuó sin mayores sobresaltos; tras ella presentaron sus respetos en el Monasterio donde se reunía el Foro, participaron de una breve ceremonia y luego de una cena, en la que estuvo la familia de Ushuk, todos vestidos con trajes de gala.
—Príncipe Talin, le presento a mi esposa Lina, mis hijas Nara y Ela, y mi hijo Arath —presentó señalándolos con la mano abierta. Talin estrechó la mano de cada uno quien le remitió la respectiva reverencia, aunque en el caso de Ela está también se sonrojó. —Ah, y este caballero —dijo señalándolo—, será mi sucesor como gobernador, su nombre es Zarg.

El kurgo (el único kurgo en el lugar) saludó a Talin, quien se tuvo que inclinar para estrecharle la mano, siempre sonriente a pesar de que Servaen mostraba una mueca de desprecio, hasta que el codazo de Basti se la borró de la cara.

—¡Me parece excelente que un kurgo pueda ser gobernador de una colonia! —aseguró—, ni siquiera nosotros en la Coalición hemos sido tan progresistas. Felicidades, Sr. Zarg.

—Gracias, Alteza, gracias. Sí —respondió Zarg entusiasmado.

La cena de gala transcurrió normalmente, salvo porque Ela y Talin se encontraron a menudo coincidiendo en muchos temas, pues tenían las mismas ideas liberales, al punto que Ela terminó mirando embobada a Talin conforme este mencionaba la importancia de reducir la pobreza, y promover los derechos de las mujeres y las minorías.

Arath le chasqueó los dedos frente a la cara para sacarla del trance.

—Al menos trata de disimular —le reclamó. Ela se sonrojó de nuevo, pero Talin no pareció notar el comentario y continuó hablando sobre temas de derechos. Ela solo suspiró.

Terminada la cena, los invitados se dedicaron a conversar entre sí al son de la música. La ministra Basti reía sonoramente con una copa de vino en la mano y un traje de cóctel rojo que denotaba su notoria belleza, mientras escuchaba las anécdotas del Duque. Ushuk por su parte discutía algunas cosas con

Servaen, quien mantenía el mismo gesto adusto de siempre. Talin y Ela se las arreglaron para alejarse y hablar en el balcón.
—Y… ¿es complicado ser príncipe? —le preguntó.
—La realidad es que soy una figura decorativa. Mis ministros toman todas las decisiones.
—Pero algo de influencia debes tener, ¿no?
—No realmente. Servaen es muy testarudo. Casi nunca me escucha. Vángela es la única que me hace caso y mi única voz en el Gabinete. Por eso choca con Servaen. Es gracias a ella que logramos la paz con tu pueblo como yo quería, Servaen estaba reticente, como lo está de sacar las tropas de Cloto aunque le insisto en eso… —Talin se silenció de inmediato. —Ups, no debí decir eso.
—No diré nada, tienes mi palabra.
—Gracias. Tu papá es un hombre que aprecio. Tiene ideas muy buenas y muy reformistas.
Ela rio.
—Mi papá es uno de los sujetos más tradicionales que conozco… no es ningún reformista, pero sí, es un buen tipo.
Ushuk les interrumpió adentrándose al balcón.
—Majestad, debo partir por un asunto de urgencia, disculpe que no pueda estar para despedirme de usted mañana.
—No se preocupe, Gobernador —le dijo estrechándole la mano—, ha sido usted un anfitrión espléndido.
—Yo iré a la despedida por ti, papá —comentó Ela entusiasmada y luego reiniciaron la conversación. Ushuk enarcó la ceja, y dejó el balcón.

*

Ushuk llegó en la Joya de Asterión al punto indicado unas doce horas después. Se trataba de un sistema vecino a Abraxas donde lo estaban esperando dos naves patrulleras que le habían alertado de lo encontrado: escombros flotando en el espacio.

—Entonces es cierto —murmuró mirando los estragos en la pantalla.

—Sí, señor —confirmó Halfor—, no se detecta nada más que innumerables despojos de naves en todo el sistema. Las colonias del sistema fueron arrasadas.

—Solía ser un sistema rebelde —explicó Xen—, pero sus líderes se habían acogido a la amnistía. ¿Por qué los atacarían?

—Más importante, qué —aseguró Halfor—, rebeldes o no, era una guarnición altaria.

—Dejemos las especulaciones para los investigadores —expresó Ushuk—, ¿cuántos sistemas se reportan en la misma situación?

—Siete, señor —contestó Halfor.

—Siete sistemas altarios fuertemente armados —comentó Ushuk acariciándose el mentón y con ceño fruncido, rezando para que los responsables fueran los sirvientes y no los amos. —Haré que especialistas de Inteligencia lo estudien, pero deben mantener esto en absoluto secreto. ¿Ha quedado claro?

—Sí, señor —respondió toda la tripulación del puente al unísono.

Un contrariado Ushuk hizo que la Joya de Asterión regresara a Abraxas, tras supervisar algunos de los

sistemas vecinos y dejar equipos de investigación en el área. Tembló al pensar lo cerca que estaba el peligro de su familia.

Llegó finalmente a su casa tras semana y media de ausencia.

—¡Ahí esta! —gritó una voz a lo lejos, que llamó la atención de Ushuk cuando estaba por ingresar a su propiedad. Aproximándose a la residencia estaba un Wúlux histérico y enfurecido acompañado por Sálax, y dos fornidos guardias sáuxer. —¡Secuestrador! ¡Devuélvame a mi hija!

—¡Cálmese, Wúlux! —gruñó Sálax con desprecio, y el lanista pareció refrenarse.

—¿De qué arcontes está hablando? ¡Explíquese! —rezongó Ushuk molesto y poniéndose de pie. Encaró a Wúlux pero era mucho más alto que él.

—Su… su mocoso se llevó a mi hija. Deben estar allí, en la mansión —dijo señalando hacia la residencia.

—Refiérase irrespetuosamente a mi hijo de nuevo y será lo último que haga, gordinflón —rugió Ushuk y Wúlux tragó grueso.

—S… solo estoy diciendo, que su hijo se llevó a mi hija…

—Almirante —terció Sálax—, lamento las molestias, pero tenemos razones para pensar que su hijo se trajo a la hija de Wúlux a su casa. ¿Podemos revisar?

—No. Voy a indagar el asunto —dijo girándose.

Ushuk entró a su casa, donde fue recibido como de costumbre por su sabueso, pero esta vez no pudo prestarle atención. Al entrar se encontró atónito a una Lina malencarada sentada en los sillones de la sala principal, al lado de Arath y la adolescente sáu-

xer. Zarg se encontraba con mirada pensativa en uno de los asientos perpendiculares.
—¡Arath, pero qué arcontes estás haciendo!
—Lo siento, papá, pero…
—Es mi culpa, Sr. Ushuk —dijo la niña—, todo pasó por mi culpa, yo…
—No es su culpa. Yo la traje aquí —continuó Arath—. Verás padre, quieren obligarla a casarse… un matrimonio arreglado…
Ushuk ya estaba sirviéndose una bebida.
—¿Y? Así nos conocimos tu madre y yo.
—Padre… yo la amo.
—¡Ay, por el Universo! —se quejó Lina furiosa—, ¡ni siquiera es de tu especie! Y peor aún, no es de tu clase. Además no podrían tener hijos y debes continuar el linaje Ushuk. Precisamente el tener un heredero fue la única razón por la que tu padre y yo nos casamos.
Aquellas palabras le dolieron a Ushuk, por alguna razón. No quería eso para su hijo.
Suspiró.
—Ven, hijo —le llamó. Arath se puso de pie y se le aproximó. —¿En verdad amas a esta muchacha?
—Sí, padre.
—Veré qué puedo hacer…
—¿¡QUÉ!? —clamó Lina—, ¡esto es lo mismo que sucedió entre tú y la meretriz campesina esa!
—No insultes a Tamira en mi presencia, mujer —amenazó Ushuk rechinando los dientes.
—Si me permite, milord —intervino oportunamente Zarg para calmar los ánimos—, creo que es mejor

que atienda a los sáuxer de inmediato.
—Sí, Zarg, tienes razón…
Ushuk se dirigió a la puerta y se terminó de golpe el trago. Al abrir vio del otro lado a Wúlux y Sálax con cara de pocos amigos.
—Sí, ella está aquí —aclaró—, lo lamento.
—Ve, sé lo dije —le comentó Wúlux a Sálax jaloneándole la manga.
—Cállate —fue la respuesta de Sálax como si quisiera darle una cachetada, luego se dirigió a Ushuk—: de momento, es solo una travesura infantil. Permítanos llevárnosla y todo será olvidado.
—¿Olvidado? —clamó indignado Wúlux— ¡pero si yo exijo una compensación! ¡Mi honor ha sido agraviado!
—¡Te dije que te callaras! —regañó de nuevo Sálax.
—No puedo entregarla, lo lamento —explicó Ushuk—, los chicos están… enamorados.
—¿¡Qué ha dicho!? —preguntó Wúlux furioso.
—Les recuerdo que se encuentran en territorio altario —comentó Ushuk tratando de no sonar demasiado amenazante, ni demasiado blando—, no hay nada que puedan hacer sin mi autorización. Tengo la potestad de otorgarle santuario a la niña si quisiera, según la Convención de Argos.
—Usted ya no es gobernador —recordó Sálax.
—Pero yo sí —dijo la voz de Zarg abriéndose paso entre Ushuk y la puerta—, y lo que el almirante Ushuk pida, será.
Ushuk estaba impresionado de ver a Zarg tan firme e insumiso por primera vez.
—Está bien —concedió Sálax—, tienen razón, Almirante y Gobernador —dijo con una leve reverencia

hacia el kurgo—, estamos en su territorio y tienen potestad para otorgarle santuario a la chica. ¿Pero en verdad piensan provocar un incidente interestelar por un capricho pueril? ¿Arriesgarán la paz que tanto nos ha costado conseguir entre nuestros pueblos?
—No quisiera eso —confesó Ushuk—, pero le diré que quizás pueda compensar al Sr. Wúlux de alguna forma. Pagarle la dote que iba a recibir por su hija…
—No puede comprar a mi hija para que sea el juguete del suyo —comentó Wúlux—, sé que piensan que soy un simple criminal, pero tengo mis principios y mi honor. Mi tribu entera está siendo insultada con esta afrenta.
—Tal vez podamos arreglar un matrimonio… —sugirió Ushuk.
—Primero muerto que dejar que mi hija se case con un infiel, en especial un altario, la raza de los asesinos de su madre. Si usted no puede ayudarme, moveré otras influencias —le dijo a Sálax, se dio la vuelta y se alejó.
—Lamento mucho esto, Valí —respondió Ushuk.
—Está bien —comentó Sálax—, solo espero que no nos cause muchos dolores de cabeza.
Ushuk cerró la puerta una vez que Sálax se fue. Arath y Yánix lo miraban de pie a pocos metros de la entrada.
—Gracias, padre.
—Gracias, muchas gracias, Almirante —dijo Yánix con una pronunciadísima reverencia. —Y gracias a usted también, Gobernador.
—Hablaremos de lo que sucederá después —dijo tratando de sonar amenazante—, por ahora, acondició-

nale uno de los cuartos de huéspedes a tu… amiga.
—Sí, padre —respondió Arath y junto a Yánix subió las escaleras.
—Hiciste lo correcto, padre mío —felicitó su hija Ela quien, al contrario, las bajaba pero había escuchado todo. —Eso de los matrimonios arreglados es una costumbre bárbara e insultantemente patriarcal. Espero que no tengas ninguno planeado para mí.
—Soy muchas cosas, hija mía, pero no soy suicida.

*

Los seres campaniformes de Thardus IV habían dejado su incesante labor. Se colocaron todos en filas y filas interminables de semicírculos concéntricos, rodeando la monstruosa torre amurallada decorada con las víctimas de sus sacrificios y se sentaron a esperar, para sorpresa e incertidumbre de dos soldados que pasaron por allí y reportaron el inusual comportamiento a su superior, el coronel Tranzor, quien conferenciaba en ese momento con el Secretario General de la Coalición, Verti Narvaen.
Luego algo oscureció el cielo. Lo vieron los soldados, lo vio todo el personal de la base incluyendo a los dos altos mandos, y las criaturas campaniformes comenzaron a clamar:
—Están aquí. Están aquí. Están aquí. Están aquí. Están aquí. Están aquí. Están aquí. Están aquí. Están aquí. Están aquí. Están aquí. Están aquí. Están aquí. Están aquí…
Narvaen vio cómo el cielo se repletaba de aquellas extrañas figuras cual estrellas marinas con un ojo rojo

en el centro, y fue lo último que vio conforme disparaban desde él, ultimando cada forma de vida en el planeta en un gran holocausto.
Aquel ataque había sido solo uno de muchos más que se suscitaron simultáneamente en todo el sector. Las mismas naves extrañas como pesadillas punzantes se habían aparecido aquí y allá, diezmando las fuerzas de la Coalición (aunque los sáuxer y polari fueron los más afectados pues Urd había retirado la mayoría de sus tropas, que ya viajaban regreso a casa) para sorpresa y desconcierto de sus desesperados mandos militares. Y continuaban llegando.
La señal había tardado en llegar, después de todo. Pero donde quiera que estaban, en galaxias lejanísimas cerca del borde del universo, o en otras dimensiones, o entre los espacios siderales infinitos de los grandes vacíos intergalácticos, los dueños de las naves habían continuado su incontrolable manía por la muerte y la violencia, habiendo exterminado toda forma de vida y civilización con la que se toparon a lo largo de quince mil años. Hasta ahora que los convocaban de nuevo a su hogar, a terminar la tarea que habían iniciado siglos antes.
Xo'ol despertó de golpe desde la camilla en que se encontraba, aun velado por A'shar.
—¡No!... ¡He fallado!...

*

La casa de los Ushuk parecía tranquila. Ushuk se encontraba en su despacho reunido con Tamira y Zarg mientras su familia se encontraba en la sala pasando

una velada apacible. Lina leía el periódico, Ela un libro, Arath y Yánix conversaban entre sí, y el sabueso Devorador dormía sobre la alfombra.

El can se puso tenso súbitamente y comenzó a gruñir dirigiéndose hacia la puerta.

—¡Laro Ushuk! —gritó la voz de Wúlux a las afueras de la mansión, utilizando un amplificador de sonido—. ¡Salga, lo reto formalmente a un duelo!

Ushuk emergió del edificio mientras su familia observaba lo que sucedía a través de la puerta principal, y Tamira retenía al furioso can que ahora ladraba histérico. Wúlux estaba dentro de un transporte ligero acompañado por sus guardaespaldas y por un humano que usaba ropas altarias.

—¿Ha perdido la cabeza, Wúlux?

—No. Lo estoy retando formalmente. Puedo hacerlo según la ley altaria. Lo reto a duelo para resarcir mi honor. Acá está mi abogado que se lo aclarará.

Un humano bajó del vehículo y se dirigió hacia Ushuk con un documento en la mano. Era un hombrecillo enclenque entrado en años, que usaba anteojos de media luna.

—De acuerdo con el artículo 123 de la Constitución, el artículo 24 del Código Civil del Sacro Imperio de Althares —comenzó a explicar acomodándose los lentes— y el artículo 211 del Convenio Común de Gobierno de Abraxas entre el Sacro Imperio y el Sultanato Sáuxer, la parte agraviada puede convocar a un duelo por honor a la parte demandada, en este caso usted —dijo entregándole el documento—; el duelo

será a muerte y con el uso de armas láser. Puede negarse a cumplirlo en cuyo caso será considerado la parte perdedora. De acuerdo con las leyes comunes altarias y sáuxer, todas sus propiedades y títulos pasarán a ser del demandante, incluyendo su esposa e hijos menores de edad. En caso de que acepte el duelo, de perder sucederá lo mismo. En caso de ganar, a la inversa, todas las propiedades, títulos y familia del demandante pasarán a usted. ¿Ha comprendido los términos?

—¿Está loco, Wúlux? —comentó Ushuk con gesto entre confuso y ofuscado—, nadie ha hecho un duelo en siglos…

—Pero aún son válidos en la legislación —respondió Wúlux al lado de su abogado—, o puede devolverme a mi hija y todo quedará olvidado. Tiene mi palabra y la fe pública de mi abogado, si no confía en mí.

—¿Y qué le hace pensar que puede ganarle a un militar entrenado como yo? —preguntó Ushuk, esta vez con tono burlón.

—Siete veces consecutivas de haber ganado el Campeonato Pan-Sáuxer de Tiro —respondió Wúlux—, tres medallas de oricalcum del Campeonato Intergaláctico, tres veces primer lugar en el Campeonato Coaligado y un segundo lugar… ese día estaba enfermo.

Ushuk se acarició la barba pensativamente.

—No se complique, Laro, entrégueme a mi hija y todo se resolverá —propuso Wúlux.

—No, es asunto de honor.

—Le doy una hora para pensarlo —repuso Wúlux—, si no acepta mis términos nos veremos mañana al

amanecer en un punto neutral con nuestros padrinos. Wúlux y su abogado abordaron de nuevo al vehículo, mientras Ushuk entraba a la casa con el papel en mano.
—Ustedes —ordenó a todos los hijos y a Yánix—, arriba. —Estos obedecieron de inmediato. —Bueno —anunció al resto de su familia, que había escuchado todo—, corresponderá practicar hoy el tiro al blanco.
—¿¡Estás loco!? —clamó Lina notoriamente contrariada. —¿Tienes idea de lo que sucederá si pierdes?
—¿¡Qué esperas que haga, mujer!? —respondió molesto—, ¡es mi hijo!
—Estás siendo demasiado testarudo… —reclamó Lina al borde de la histeria.
—Quizás Lina tenga razón, Laro, te estás precipitando —terció Tamira.
—No, no lo estoy haciendo —dijo Ushuk tomando su pistola láser y manipulándola como si pretendiera practicar—, es un asunto de principios. Es mi único hijo varón, si escogió ya una mujer es mi deber apoyarlo. Es la tradición. Es, después de todo, un Ushuk.
—¡Si mueres lo perderemos todo! ¡Seré esclava de ese sáuxer! —continuó Lina ya empezando a perturbarse. —¡No puedes hacer eso! ¡NO LO PERMITIRÉ!!
—¿Quién te dijo que puedes hacer algo, mujer? —le contestó Ushuk molesto—, es mi hijo del que estamos hablando.
—¡ÉL NO ES TU HIJO! —clamó, para luego cubrirse la boca y caer de rodillas sobre el piso alfombrado. Ya derramaba lágrimas, y se cubrió el rostro embargada por la congoja.

—¿Qué has dicho? —preguntó Ushuk atónito.
—Arath no es tu hijo —respondió como derrotada desde el piso, esquivando la mirada; parecía cansada—, nuestro hijo verdadero nació deforme y murió poco después. Yo maté a los padres de Arath, eran nuestros siervos de aquella época, Nashara y Ommar. Arath es hijo de ellos…
Ushuk apuntó su pistola hacia Lina, quien cerró los ojos, pero entre Tamira y Zarg lo detuvieron.
—Jefe, no, no lo haga…
—¡Por el Universo, Laro, contrólate!
Ushuk se calmó, aunque seguía frío como una tumba, y bajó el arma para tranquilidad de quienes le sostenían el brazo. Tamira se la quitó de las manos por seguridad.
Se acercó hasta Lina:
—Tienes veinticuatro horas para dejar mi casa —sentenció— y nunca más volver a poner un pie en ninguna propiedad que pertenezca a los Ushuk. Informaré a tu padre sobre esto para que lidie contigo como le parezca mejor. Esto se guardará en secreto solo para evitar traer vergüenza a los clanes Ushuk y Durgas, lo cual te salvará de la cárcel por tu crimen… pero quiero que entiendas algo Lina Durgas: si alguna vez vuelvo a verte… te voy a matar.
Ushuk giró camino a la puerta. Arath y Yánix escucharon todo desde la parte superior de la escalera.
—¿Qué harás? —preguntó Tamira.
—Aceptaré el duelo de Wúlux —le respondió—, Arath… es decir… no importa… es mi hijo y merece ser feliz.

Pero Yánix se levantó repentinamente y bajó los escalones presurosa, para salir de la mansión mucho antes de que Ushuk llegara a la entrada. Recorrió velozmente el jardín hasta la acera, llegando hasta la presencia de su padre.

—Padre, olvida todo esto, volveré contigo voluntariamente, pero deja a esta familia en paz, por favor.

Wúlux asintió tranquilamente. Quiso tocarle la mejilla pero Yánix le rechazó, se alejó de él, circundó el vehículo e ingresó por una de las puertas traseras.

—Todo está olvidado, Ushuk, retiro mi reto —le gritó desde afuera, luego hizo señas a su abogado para que lo consignara en un acta, cosa que el leguleyo hizo, y tras esto partieron en el aeromóvil. Yánix le dio una última mirada a Arath por la ventanilla, despidiéndose con la mano.

*

Consternado, pero intentando fingir que no lo estaba, Ushuk despachó a Tamira y Zarg. Se sirvió más licor y se dirigió a su despacho con la intención de beber en soledad toda la noche.

—Sabía que lo descifraría —dijo la voz de Xo'ol causándole un sobresalto.

—¡Maldita sea! Alguien pensaría que una raza tan avanzada habría descubierto lo que era un timbre —rezongó molesto y fue a sentarse a su escritorio.

—¿Por qué perdió tiempo con sus acertijos y no me dijo lo que estaba sucediendo? De no haber sido por mi sirviente pude morir en ese salón como murió su congénere.

—Sí, una lamentable muerte la de Lob'zar. Ningún valta había muerto en miles de años.
—¿Quiere decir que ustedes son inmortales?
—Sí, hemos modificado nuestro ADN para eliminar las condiciones biológicas que produce la vejez en los organismos.
—¡Pues felicidades! Otra más de la clase de información que podrían compartir.
—Si le hubiera dicho algo de esto ¿me habría creído?
—Pues… debo admitir que no.
—Exacto. Tuve que guiarlo en la dirección correcta para que fuera usted mismo quien descubriera la verdad. Mi gobierno tampoco aceptó mi hipótesis. Quizás influyó un poco el que aceptarla les daba miedo. Pero he fallado. El Círculo poseía algunas naves oscuras y me atacaron con una, dejándome inconsciente por días… suficiente para dar inicio al fin.
—¿No cree que está siendo dramático?
—No. Hemos visto lo que hacen, los hemos estudiado bien.
—Según Lob'zar, fueron exterminados. ¿No fue así?
—Estoy convencido que los arcontes utilizaron tecnología de los primordiales para que algunos de ellos escaparan antes de que culminara el exterminio, dispersándose por el Cosmos.
—¿Primordiales?
—Una antigua y poderosa civilización que existió hace millones de años. Mucho más antiguos que los akash que ustedes conocen. Dejaron el universo hace milenios, nadie sabe a dónde se fueron, pero el último en irse fue Z'koth.

—El dios de los arcontes… —concretó Ushuk.
—Sí. Los arcontes al igual que ustedes aun preservan ese fenómeno cultural denominado religión —expuso Xo'ol con tono condescendiente—, esa extraña idea de idolatrar fenómenos naturales como el universo, o una especie más avanzada… —el rostro de Ushuk debió expresar lo que sentía ante las palabras de Xo'ol, porque este reaccionó. —Disculpe. El caso es que los arcontes piensan que Z'koth los creó, y en cierta forma así fue.
—¿Por qué?
—Es sentido figurado, su cultura deriva de él. Los arcontes debieron dispersarse a otras partes del cosmos haciendo uso de la tecnología primordial, lejos de nuestro grupo galáctico local, donde sin duda continuaron su sangrienta cruzada todo este tiempo. Y ahora pretenden regresar. Hipoteticé hace tiempo que los arcontes mantuvieron su influencia a lo largo de quince mil años, comunicándose con individuos trastornados durante el período REM de sueño. Alertándoles incluso sobre las condiciones necesarias para su regreso en forma de profecías.
—"El fin llegará cuando las guerras sean abundantes como estrellas en el cielo, cuando los no nacidos sean dueños de su propio reino y el verdugo engendre al traedor de la abominación, entonces la llave del abismo será encontrada y la Luz no será más" —murmuró Ushuk recordando las palabras de Vermello.
—Exacto. Piense en ello; la guerra Colmena-Coalición, la guerra civil altaria y shakaren, la guerra xinth-talosita, todas se dieron al mismo tiempo.

—"Los no nacidos sean dueños de su propio reino" —masculló Ushuk—, los androides fundaron su propio Estado. ¿Pero quién es el "verdugo" que engendra al "traedor de la abominación"?
—No lo sé. Pero debió cumplirse, la llave fue hallada.
—¡El artefacto!
—Correcto. Solo podían utilizarlo en el sistema Abadon.
—Nunca he escuchado hablar de ese sistema.
—Es porque estaba contenido en territorio de la Colmena, aunque esta nunca lo colonizó… como si le tuvieran miedo.
Ushuk se llevó una mano a la frente como si hubiera llegado a una realización.
—¡La Colmena lo estaba resguardando! Quizás pensaron que nosotros éramos los adoradores de los arcontes tratando de liberarlos…
—Eso es posible. Como usted sabe, la guerra de la Colmena fue provocada a propósito.
—Pero los acólitos de los arcontes hubieran podido llegar allí aún sin la ayuda de la Coalición ¿o no?
—No. Los arcontes sí, sin problema, pero los acólitos no son los arcontes, no tienen tantas naves y ni siquiera una nave oscura sola puede contra la furia de la Colmena entera, como para adentrarse en su territorio. Necesitaban que alguien expulsara a la Colmena por ellos. Fue una estrategia muy inteligente.
—Pero esto significa que los acólitos están más introducidos dentro del poder de la Coalición de lo que pensábamos.
—Sí, y de todas las potencias. Ahora comprende el peligro. No se engañe, Laro, esta no será una guerra

convencional. Cuando se pierde una guerra convencional como la que libran ustedes contra la Coalición o los soth, o hasta la Colmena, ¿qué pasa? Murieron muchos soldados, quizás incluso civiles, sí, el bando perdedor pierde territorio, quizás paga reparaciones, pero al final, la vida sigue. Su civilización continúa.

»Si los arcontes prevalecen, usted muere. Su esposa muere. Sus hijos mueren. Su mascota muere. Todo lo que usted conoce, deja de existir. Su cultura, su civilización, su especie entera pasa al olvido.

CAPÍTULO X

Ushuk se dirigió prontamente al encuentro que Kris le había prometido. Jax Dumón y Laro Ushuk se volvían a encontrar más de una década después, y en cargos similares, por aquellas vueltas de la vida. Se encontraron en una de las muchas sucursales de los restaurantes Chef's, situada en la ciudad de Astrópolis, donde la ventana principal daba al sempiterno atardecer.

—Es un gusto volver a verlo, Dumón, y en mejores circunstancias —dijo ofreciéndole la mano para estrecharla. Dumón tenía a Kris a su lado. Al principio pareció estar dubitativo, pero luego la estrechó. —Espero no me guarde rencor.

—La vida es corta para rencores.

Se sentaron en una de las mesas. La salonera les pidió la orden sin mucho entusiasmo, y aparentemente sin reconocerlos, y luego se fue.

—Imagino que estará informado de cuanto sucedió —comentó Dumón algo consternado.

—Sí, tenemos informes de Inteligencia. El Imperio está tomando sus preparativos, pero nuestras fuerzas están desgastadas por la guerra civil y dispersas. No estamos en las mejores condiciones.

—Nosotros tampoco —explicó el senador. —Los polari y los sáuxer están en shock, fueron los más afectados, pero nosotros no quedamos muy bien. Hasta ahora la información se ha mantenido secreta pero no tardará mucho en filtrarse, ya la prensa sos-

pecha. Servaen y el Visir van a renunciar por su fracaso en preverlo, en cuanto tengan una excusa apropiada para no llamar la atención sobre el asunto.
—Bueno —añadió Ushuk—, ya que estamos poniendo las cartas sobre la mesa, el ataque de los arcontes contra las fuerzas rebeldes fue dañino. No solo afectó la credibilidad del gobierno entre los rebeldes sino que, como quiera que sea, dichas fuerzas se habrían reincorporado al Imperio al terminarse la guerra.
—Los arcontes ya no temen darse a conocer —teorizó Kris—, contaban con el elemento sorpresa, con el que fueran considerados un mito, mientras nos debilitaban con las guerras inducidas por sus acólitos. Pero ahora que descubrimos el complot, han cambiado de estrategia. Ahora, probablemente piensen que ataques selectivos son la mejor opción. O incluso, que el pánico que produciría entre la población civil el que se sepa su existencia, les ayudaría a desorganizarnos.
—El problema es la Colmena —insistió Dumón—, no podemos luchar contra la Colmena y el mundo Arconte al mismo tiempo. Si no podemos comunicarnos con la Colmena para lograr una tregua o una paz duradera, estaremos luchando contra dos frentes, y eso es estrategia militar básica: no se puede ganar una guerra en dos frentes.
—En especial si, el Universo no lo quiera, se aliaran —comentó Ushuk.
—De todas maneras las fuerzas arcontes están dispersas por el Universo —recordó Kris—, no importa que tan rápida sea su tecnología, les tomará tiempo llegar

hasta acá. Por eso es probable que sus ataques hayan sido… dosificados. Es como un gotero de muerte…
—Sí, y es una pequeña ventana que tenemos para defendernos antes de que lleguen todos —continuó Ushuk. —Esto solo podremos sobrevivirlo si todos nos unimos.
—¿Una alianza? —preguntó Dumón.
—La más grande que hayamos visto nunca; la Fundación Valta, la Coalición, el Sacro Imperio de Althares, el Estado Soth, la Federación de Talos, el Imperio Xinth. ¡Todos!
—Pero en la mayoría de estos deben haber acólitos trabajando para impedir que esta alianza se dé —recordó Dumón.
—Los niveles de infiltración del Círculo deben ser espectaculares para haber podido engañar al mismísimo Estado Soth —aseguró Kris.
—¿Tanta fe le tienes a tu gobierno? —preguntó Dumón.
—No es fe, es que… ustedes no podrían entenderlo. Pero intentaré explicarlo. Si existe un gobierno que tiene control sobre su población… es el nuestro. No me extraña que Vermello fuera del cuerpo diplomático, son los pocos que pueden escapar un poco a la vigilancia estatal.
»En mi mundo debes cuidar mucho todo lo que dices, haces y piensas. Una palabra dicha en el contexto inadecuado, o un pensamiento que te traicione, puede llevarte al patíbulo, si tienes suerte.
—¿Entonces, cómo logró el Círculo llegar hasta Vermello? —preguntó Ushuk.

—No lo sé… y me preocupa mucho. Los soth somos expertos en infiltración. Quiere decir que los oscuros son capaces de dar lecciones a los maestros. Son los monstruos que asustan a los monstruos.
—¿Será posible que estén infiltrados en los niveles más altos del gobierno soth? —preguntó Dumón.
—Imposible no es, pero no lo creo, no todos los cargos al menos —explicó Kris—, el gobierno soth es una estructura monolítica que mantiene una cuidadosa homeostasis de tal forma, que ninguna acción individual puede desestabilizarlo. Es un todo, un colectivo difuso y por tanto no se le puede golpear. Además, está el líder supremo y él no puede ser convertido.
—¿Tan segura está? —preguntó Ushuk dudoso.
—Sí.
—Creo que deberíamos conseguir una cita con su jefe —sugirió Dumón.
—¿Drul? —preguntó Kris— ¿El Comisario de Cooperación Interestelar?
—Sí.
—Puedo arreglarlo —respondió Kris.
—Saben, me da esperanza vernos aquí discutiendo cómo colaborar entre nosotros —comentó Ushuk—, podremos tener diferentes gobiernos, culturas e ideologías, pero somos parte de una misma humanidad.
Dumón y Kris sonrieron, y los tres entrechocaron las tazas.

*

Cuando Ushuk llegó a su mansión se topó con un visitante inesperado en la puerta principal.

—¿Xo'ol? ¿Qué hace aquí? —preguntó al valta de pie, al lado de la entrada.
—Usted me pidió que dejara de ingresar a su casa sin permiso.
—Cierto. ¿Qué quieres?
—Quiero que venga conmigo a Valtaris.
—¿Tu mundo?
—Sí.
—¿Por qué?
—Quiero que el Consejo lo conozca. Les dará confianza para cooperar con las razas inf… jóvenes.
—Muy bien. Deme algunos días para prepararme, no estoy listo para un viaje de meses…
—¿Meses? Mi nave puede llevarnos allí en pocos días.
Ushuk iba a decir algo, pero se silenció algunos momentos.
—Muy bien —dijo estirándose, pues había estado todo el día en reuniones y deseaba dormir—, vamos entonces.
—Deme la mano. La teletransportación puede ser un poco chocante para el individuo la primera vez que se experimenta —advirtió. Ushuk obedeció aferrando la extraña mano de tres largos dedos y sintiendo la "piel" líquida y mercuriana de los valta. Poco después, Xo'ol pareció oprimir su bajo vientre y lo siguiente que Ushuk supo era que sentía como si un cosquilleo le estuviera invadiendo desde adentro del cuerpo hasta afuera. Empezó a sentir pánico y luego un adormecimiento de todos sus sentidos y como si una corriente eléctrica le recorriera cada poro… hasta que perdió la consciencia.
Cuando la recuperó tuvo la misma sensación pero en forma invertida y sintió el deseo de gritar, pero se

contuvo aunque no pudo disimilar su palpitar agitado y su respiración entrecortada.
—¿Qué… qué arcontes fue eso? —preguntó. Se encontraba dentro de la esférica nave de Xo'ol. Parecía más espaciosa por dentro que por fuera, pero no había piso y aun así estaba sobre una estructura firme invisible. La nave circundaba el planeta Abraxas III.
—Teletransportación, un proceso que perfeccionamos hace algunos miles de años. Sé que es incómoda para quien no está habituado pero no tema, no representa peligro alguno para la salud. ¿Nos vamos?
—Sí.
—Produciré una silla para usted —declaró accionando botones (o algo parecido) en el misterioso e indescifrable tablero frente a su silla. En efecto una nueva silla se materializó al lado, del tamaño apropiado para Ushuk. Este se sentó, algo anonadado.
—¿Cómo hacen esto?
—Tenemos la habilidad de controlar la materia a nivel molecular como para constituir ciertas estructuras, no demasiado complejas. Sé que puede parecerle maravilloso, un nivel científico o tecnológico muy avanzado puede parecer mágico a una cultura menos desarrollada… sin ofender.
Xo'ol movilizó su nave haciéndola encarar el espacio sideral. Ushuk sintió un empujón de inercia y vio el sistema Abraxas entero desaparecer a sus espaldas y pronto lo hicieron las estrellas alrededor como si fueran tragadas por un punto infinitesimal frente a ellos, que empezaba a producir distintas escalas del ultravioleta.

—¿No usan hiperespacio? —preguntó Ushuk.
—No. Es muy lento. Usamos control de la gravedad directamente. Tomamos la gravedad y con ella doblamos dos puntos específicos en el espacio-tiempo. Nos permite viajar a una fracción del tiempo que les toma a ustedes.
—Imagino que si sus naves son tan rápidas, ustedes han podido viajar mucho más allá que nosotros, es decir, fuera de las tres galaxias.
—Sí, hemos recorrido buena parte del grupo local y explorado otras galaxias. Viajar fuera del grupo local toma demasiado tiempo, aun para nosotros. Hemos catalogado millones de civilizaciones y formas de vida diferentes, que ustedes no se imaginarían.
—Y los arcontes tienen su nivel de avance tecnológico…
—Ahora comprende el peligro.
Entre su cansancio y el que el trayecto fuera aburrido al estar al lado de un valta que hablaba poco, y rodeado por la negrura del espacio, Ushuk terminó quedándose dormido. Xo'ol lo despertó de algunos empujones, cuando estaban ya cerca de Valtaris.
—¿Cuánto dormí?
—Cerca de cuarenta y ocho horas.
—Pero…
—Si se pregunta por qué no sintió hambre o sed, es porque la esfera le provee de los nutrientes necesarios para la vida, materializándolos directamente dentro de su organismo. Espero que haya encontrado su sueño reparador.
—Sí, bastante. ¡Gracias!

Espabilándose, Ushuk se frotó los ojos y pudo ver cómo la esfera dejaba el punto azul infinitesimal al frente, y de pronto podía verse el firmamento normal con miles de estrellas, pero tres resaltaban al frente, siendo la mayor y más brillante desde la perspectiva en que estaban, Valtaris.

—Felicidades, Ushuk, es el primer humano que visita Valtaris y no como espécimen o experimento.

—¿Qué?

—Nada.

Pero Ushuk quedó asombrado al ver la maravilla de la civilización valta: ciudades cristalinas en medio de la interminable capa de nieve que recubría el planeta, asediadas por un enjambre intermitente de esferas similares a la de Xo'ol, que bailaban en perfecta sincronía.

La esfera finalmente se detuvo sobre el techo de uno de los edificios cristalinos. Allí los recibió un valta que Ushuk pensó era mujer, aunque no tenía pechos ni genitales visibles; de todas maneras algo en su aspecto le hacía deducir eso, aunque no sabía concretamente qué.

—Ella es A'shar —presentó Xo'ol, confirmando los instintos de Ushuk—, mí… compañera.

—¿Es como… su novia?

—Nuestras relaciones son difíciles de explicar, lo más similar sería una compañera de investigación, pero poseemos vínculos afectivos y copulamos, si a eso se refiere. Para nosotros escoger con quién compartir nuestro tiempo como investigadores, es… bueno, muy significativo.

—Pues, en todo caso, es un gusto conocerla, señorita.
—Su deferencia es agradecida —respondió ella. Xo'ol pareció mirarla por un largo rato y si hizo alguna seña facial, Ushuk no pudo descifrarla, pero A'shar agregó: Sus sentimientos de satisfacción por nuestro encuentro son idénticamente recíprocos.
Ushuk pudo ver el interior de una casa valta, que era similar a sus naves, con forma esférica, aunque en su caso una esfera partida a la mitad, con puertas ovaladas y ventanas redondas. No había esquinas por ningún lado. Tenían algunas decoraciones artísticas y un mobiliario difícil de entender. Entonces Ushuk comprendió algo.
—La forma que ustedes toman —dijo señalándolos—, esa forma antropoide con dos brazos y dos piernas… es solo cuando están cerca de nosotros ¿no es así?
—Sí —respondieron al mismo tiempo.
—¿Y cómo son realmente?
—No creo que sea prudente que lo sepa, Ushuk —respondió Xo'ol. —Vamos, el Consejo lo espera.
Ushuk fue llevado hasta la Biblioteca de Valtaris, una majestuosa torre más grande que nada que él hubiera visto, en cuya cumbre estuvo en presencia del Consejo Académico de la Fundación Valta, ante quienes no pudo salvo sentirse intimidado.
—Almirante Laro Ushuk —presentó Xo'ol—, ante usted, el Consejo Académico de Valtaris.
—Ejem… Excelencias —saludó militarmente—, es para mí un honor presentarme ante ustedes. Yo…
—Sabemos lo que tiene pensado, almirante Ushuk —expresó el Rector, a quien Ushuk reconoció de la

pasada cumbre—, una alianza intergaláctica para defenderse de nuestros ancestrales enemigos. Lo hemos traído aquí para que sepa nuestra decisión absoluta y definitiva al respecto…
—¡No tienen que decirlo! —interrumpió irritado—, sé lo que van a decir. ¡Malditos cobardes! ¡No les importamos nada! Somos simples animales para sus experimentos. ¡Pues váyanse al infierno! No los necesitamos. Nos defenderemos solos de los oscuros, y los derrotaremos o pereceremos en el intento; en cualquier caso ustedes cargarán por siempre la vergüenza de no haber movido un dedo, o lo que sea que tengan, por salvar una sola vida.
Ushuk concluyó. Se sentía exaltado e intentó normalizar su respiración, pero en alguna medida sentía placer en haberles dicho lo que pensaba hace tiempo.
—No, Almirante —respondió el Rector—, no ha comprendido. Queríamos felicitarlo por su iniciativa e informarle que puede contar con nuestra colaboración al 100 %.
Ahora Ushuk sentía algo diferente… probablemente por la afluencia de sangre a su rostro, que le cambió el tono a rojo.
—¡Por el Universo! —comentó frotándose el tabique—, lo siento mucho… yo…
—Sus disculpas son innecesarias —interrumpió el Rector—, sus sentimientos son en alguna medida justificados. Hicimos mal. De no ser por nuestro colega aquí presente, las consecuencias habrían resultado superiormente fatídicas.

—Cometimos un error en no acoger tus sugerencias Xo'ol, es una suerte que las hayas implementado aun sin nuestra concordia —reconoció Zi'ul.
—Mis agradecimientos, pero esas consideraciones son fútiles en el presente —aseguró Xo'ol—, el Honorable Consejo actuó de manera cautelosa y escéptica como los científicos que son; quizás mi reacción habría sido análoga de haber estado en su posición. Lo fundamental ahora es tomar las previsiones necesarias.
—Te nombramos oficialmente representante de nuestra civilización ante la Gran Alianza, Xo'ol. Hablo por todos al decir que nadie es más adecuado —declaró el Rector y Xo'ol hizo un gesto con la cabeza que asemejó una reverencia.

*

Ushuk fue regresado a su mansión por Xo'ol tras horas de viaje de regreso y, aunque complacido por el resultado, deseaba solo descansar en su cómodo hogar, probar comida y sentir una cama real. En la entrada se encontró a Arsala sentada sobre las gradas como si estuviera meditando.
—¿Arsala? —preguntó extrañado. Esta levantó la vista.
—Buen día, Almirante.
—¿Qué hace aquí?
—Quería hablar con usted
—¿Hablar conmigo?
—Nuestros gobiernos no tienen relaciones diplomáticas. Hablar entre embajadores del Foro es lo más similar que hay.

—Ya no soy embajador ante el Foro.
—Lo sé, pero sé que usted está dirigiendo una especie de Gran Alianza en caso de que requiramos defendernos de los arcontes.
Ushuk se sentó a su lado.
—Subestimé las habilidades de su Inteligencia.
—Queremos estar incluidos.
—¿Ustedes? No quisiera ser grosero pero…
—¿Qué podemos aportar si somos una pequeña y retrasada civilización? Creo que sabe mejor que nadie de lo que somos capaces, incluso contra un enemigo superior.
—Los arcontes no son un enemigo ordinario. Si ustedes piensan que fuimos malos… bueno, solo digamos que los arcontes hacen ver a la Colmena como cachorros de sabueso alsariano.
—Aun así, somos un pueblo guerrero. No nos iríamos sin luchar y no dejaríamos que ustedes peleen por nosotros.
Ushuk sonrió.
—Muy bien, serán bienvenidos —dijo extendiéndole la mano para que la estrechara, cosa que Arsala hizo con su afilada garra.
Ushuk ingresó a su casa donde encontró a un silencioso Arath mirando el cielo estrellado desde la ventana.
—¿Estás bien, hijo? —le preguntó con una mano en el hombro.
—Se fue antier —explicó. Ushuk entendió que se refería a Yánix—, con su nuevo marido. Debe estar ya por esa estrella —aseguró señalando el firmamento.
—Sé que la extrañas, hijo, pero créeme cuando te digo que habrá otras mujeres.

—Lo sé, gracias Lord Ushuk… —respondió.
—¿Qué? ¿Cómo me llamaste?
—Es la forma correcta en que un siervo debe referirse a un noble, ¿no es así? —preguntó mirándolo de frente. A Ushuk se le rompió el corazón, por lo que posó su mano en el hombro de Arath.
—Escúchame, Arath, no importa qué hayas escuchado, no importa lo que sucedió en el pasado, debes saber que tú eres y siempre serás mi hijo. ¿Has comprendido eso?
Arath asintió.
—Ahora, quiero que empaques. Tú, tu hermana y toda la servidumbre. Abraxas ya no es seguro, estarán mejor en Althares. Partirán de inmediato, ¿de acuerdo?
—Sí, padre —dijo dirigiéndose al piso de arriba, y dejando a un Ushuk cuyos pensamientos fueron interrumpidos por el sonido de su *multicom*.
—Jefe —dijo la voz de Zarg—, será mejor que ponga la holivisión.
Ushuk temió obedecer, pero lo hizo.
"Una fuerza desconocida —explicaba la periodista Alara Shilán—, pero que algunos han decidido denominar como los 'arcontes' por el mito clásico, realizó una agresión generalizada al Imperio Xinth" —dijo mientras imágenes en video mostraban a las temibles naves oscuras bombardeando los planetas principales del Sistema Aurelos, que Ushuk conocía bien pues lo había visitado en el pasado. »"Esta fuerza desconocida fue capaz de neutralizar en minutos al ejército xinth entero".

*

Esa madrugada se congregaron los distintos embajadores, aunque Xo'ol, Dumón y Kris sustituían a los representantes de sus respectivos gobiernos. Los otros; Sálax, el Duque, la ginoide LIV-13, Arsala y Zarg, ya eran conocidos. Ushuk formó parte informal del Foro.

—Imagino que ya han sido informados sobre el ataque al Imperio Xinth por sus respectivas inteligencias, sí —expresó Zarg a quien le correspondía la presidencia rotativa del Foro.

—Es terrible —confirmó Sálax—, los xinth poseían un imperio vastísimo y fue aniquilado en pocas horas…

—Y considerando que todos los xinth son concebidos por el Emperador y sus consortes —añadió Ushuk—, la muerte de la familia real y de los príncipes fértiles ha sentenciado la raza xinth a la extinción. Quedan algunos xinth en la diáspora pero como raza están prácticamente muertos.

—Hay más —comentó Xo'ol— debido a que los arcontes utilizan tecnología similar a la nuestra para el viaje interestelar, somos capaces de triangular sus direcciones. Nuestros sistemas de observación han sido capaces de detectar una pequeña cuadrilla de naves oscuras camino a Abraxas. Estarán acá en unas doce horas. Digo pequeña, pero es más que suficiente para arrasar el sistema.

Las palabras de Xo'ol estremecieron a los embajadores que comenzaron a hablar entre sí.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Dumón.

—Les sugeriría evacuar el sistema —aseguró Xo'ol.
—Eso es imposible —intervino Ushuk—, nunca podríamos evacuar millones de personas en doce horas.
—¿Por qué atacar Abraxas? —preguntó LIV.
—¿Qué mejor forma de iniciar una guerra contra los distintos miembros del Foro —explicó Xo'ol—, que apoderarse del sistema sagrado del universalismo y una importante fuente de oricalcum? Romperá su moral y dañará su economía, además, los golpeará a todos juntos.
—Si huimos como sabandijas estaremos dándole la razón —comentó Ushuk decidido—, yo digo que nos quedemos a pelear. Si este es el primer ataque de los arcontes contra nuestros mundos, al menos demostrémosles de lo que estamos hechos.
—¡Esa forma de hablar me gusta! —sonrió el Duque—, si vamos a morir al menos vámonos pateando.
—No tenemos chance de ganar, ¿verdad? —expresó Sálax cruzada de brazos.
—Ninguna —respondió Xo'ol.
—Entonces nuestro sacrificio tal vez inspire a otros —agregó Dumón.
—Sugiero que tratemos de evacuar a la mayoría de mujeres y niños posibles —sugirió Zarg— en toda nave civil disponible, sí. El resto de civiles que se escondan en los distintos refugios que tenemos a lo largo del sistema.
—Esa es una excelente idea —felicitó Ushuk—, enviemos una señal por todos los canales explicando nuestra situación y lo que haremos, y despidiéndonos. ¡Hoy es el día en que moriremos con honor!

—Morirán ustedes —dijo Sálax poniéndose de pie—, yo, soy civil. Pero les deseo suerte —aseguró dejando la habitación.
—¡Ah, será como en los viejos tiempos! —respondió el Duque también levantándose, parecía rejuvenecido—, este viejo sabueso todavía tiene un par de mordiscos —añadió dejando la habitación.
—Bueno, aunque poseo solo unos meses de vida —aseguró LIV poniéndose de pie también—, estas experiencias han sido fascinantes. Deberé notificar a mi gobierno para que esté informado de mi inminente deceso, con permiso.
—Jefe —le dijo Zarg poniéndose de pie—, solo pude ser gobernador por algunos días, pero ha sido un honor que nadie de mi pueblo tuvo nunca, y se lo debo a usted. Gracias —reverenció—, y ahora, a cumplir con mi labor organizando la evacuación.
—Este sistema merece que peleen por él, después de todo —dijo Arsala acercándose a Ushuk—, nunca pensé que pelearíamos lado a lado, es un honor, Almirante —le dijo con otra reverencia—, si morimos hoy aquí, deseo que la Diosa le haya perdonado como lo hice yo.
Ushuk sonrió.

*

El proceso de evacuación fue caótico. Naves civiles atestadas se repletaron de niños con sus madres o hermanas mayores, dejando atrás a padres y esposos en medio de lágrimas y sollozos.
—¡Déjenme pasar! —clamó un hombre presa del pánico— ¡quiero escapar!

—Quieto allí —le detuvo un soldado con un rifle láser en la cara—, solo madres y menores de edad, los hombres y las mujeres sin hijos a los refugios.
—¿Quién lo dice? ¿El kurgo? ¿Dejarán que un kurgo corrupto y cobarde nos condene?
—Él es el gobernador…
—¡Apuesto a que debe estar ya en un transporte lejos de aquí…!
—¿Se refiere a mí? —le dijo Zarg abriéndose paso entre los soldados.
—¿Por qué siguen a esa sabandija? —preguntó señalándolo, aun con el pánico en los ojos—; nos matará a todos.
—¡Arresten a este hombre! ¡Arresten! —ordenó Zarg decidido—, está causando problemas y pone a otros en peligro. —El soldado titubeó—. Yo soy el gobernador —le dijo con tanta decisión, que el soldado se puso firme y obedeció, aferrando al sujeto con una llave y llevándoselo lejos. Un Zarg complacido suspiró, y luego continuó supervisando la evacuación.
En Astrópolis y bajo una inoportuna y fría lluvia, surgieron también disturbios por parte de civiles desesperados intentando romper el cerco, y amenazando a los soldados coaligados que no parecían ser suficientes para contenerlos, pues la mayoría estaban siendo desplegados en la defensa del sistema.
Se escucharon disparos que llamaron la atención de los soldados coaligados. Al área llegó flotando en su silla el mafioso Shang acompañado de sus guardaespaldas de mal aspecto, fuertemente armado, flanqueado por un kazar y un androide con parte de la cara rota.

—¿Qué quieres? —le interpeló el soldado de mayor rango—, nos advirtieron de ti. ¿Pretendes entrar a una de las naves de escape a la fuerza?
—Me insulta, Sargento —le dijo reconociendo las insignias del uniforme—, solo venimos a ayudar. Pensamos que podrían requerir una que otra mano en mantener a raya a los revoltosos. Mis hombres también tienen familia, ¿sabe? —dijo señalando hacia una de las filas de aterrados civiles, donde una mujer kazar cargaba en brazos un bebé y sostenía de la mano a una niña pequeña, claramente relacionada con el guardaespaldas kazar a su lado.
El sargento estuvo pensativo unos instantes.
—Muy bien —dijo finalmente—, ayuden a mantener el orden al inicio de la fila.
Shang reverenció. Al llegar al lugar dijo:
—¡A ver, rufianes cobardes! —expresó a la multitud—, quiero ver quién será el primero que nos dé problemas tratando de colarse.
Pero su presencia y la de sus hampones disuadieron a varios de los potenciales revoltosos que parecieron refrenarse.

*

Los refugios antibombas estaban atestados. Ahora todos eran aliados así que había en ellos ciudadanos de todas las razas, pero muchos civiles habían quedado atrás o no cupieron. Algunos decidieron esconderse donde pudieron, y otros solo se sentaron juntos a rezar.
—Debes cuidar bien de tu hermana, Arath —le advirtió Ushuk despidiéndose en uno de los puertos. Ambos se abrazaron. —Hijo mío.

Luego abrazó a sus hijas Ela y Nara, y se despidió también de Devorador, que chilló. Tras esto, junto a los sirvientes y una buena cantidad de civiles, abandonaron el sistema en una de las naves privadas de Ushuk.
—Esos son los últimos, ¿no es así? —le comentó Sálax viendo partir el transporte.
—Sí ¿no se había ido usted?
—Tenía que supervisar la evacuación de mis ciudadanos. ¿Qué tan mala persona cree que soy?
—Disculpe —sonrió Ushuk.
—Buena suerte, Ushuk, lo digo en serio —le respondió con un leve puñetazo en el hombro, y se dirigió a su propio transporte privado.
El mismo proceso se había repetido en las lunas polari. El castillo del Duque se localizaba en la cima de una montaña, por sobre el valle donde estaba asentada la ciudad capital del feudo. Aunque normalmente nevaba, ese día hacía un bonito clima soleado. En el cielo azul era visible el enorme gigante gaseoso y las otras lunas y corría una agradable brisa. El Duque estaba ya solo en su castillo (todos sus sirvientes habían sido evacuados), se despidió frente al cuadro de su difunta esposa y se colocó su uniforme de caballero, perfecto hasta el último botón. Y tras ajustarse finalmente los guantes, se dirigió a la fragata que lo esperaba en el espacio sideral.
Esperar la batalla no era fácil para nadie. Pero contra un enemigo invencible, lo era más. Sin embargo allí esperaron, flotando entre los planetas, todas juntas las naves altarias, coaligadas, valta, soth, shakaren y talositas. Cientos en total.

Frente a ellos apareció finalmente el temible escuadrón; docenas de naves negras como una maraña de espinas con el ojo rojo en el medio.
—Recibimos un mensaje, señor —le dijo Halfor a Ushuk.
—¿En serio? —preguntó sorprendido—, en pantalla.
—No esperaba verlo de nuevo tan pronto, Ushuk —dijo una figura que este reconoció de inmediato, para su asombro. En la pantalla dentro de la extraña nave que era igual de negra y picuda por dentro, apareció Shodan Sodder, aunque ahora vestía todo de negro, y había reemplazado el brazo que le faltaba por una maraña de piezas metálicas oscuras y espinosas, similares a la que se había convertido el brazo de Vermello el día que mató a Ruven. También tenía la cabeza rapada y la piel demasiado pálida, con los ojos completamente negros.
—¿S… Sodder? —preguntó Ushuk desconcertado.
—Ah sí…, pensabas que estaba muerto.
—Fuiste un acólito todo este tiempo. ¿Por qué?
—Sabes por qué.
—¿Tu familia? ¿Todo esto es una venganza contra la humanidad entera por la muerte de tu familia?
—Esto no es una venganza, es una purificación —sentenció.
—Pero debo admitir que no esperábamos su resistencia —dijo una voz atrás de Ushuk, quien se giró de inmediato. A sus espaldas estaba Vermello, quien al igual que Sodder no lucía normal, sino como si hubiera pasado por alguna extraña metamorfosis. Tenía también la piel blanca como un cadáver, los mismos

ojos negros sin pupila, el cabello negro más lacio de lo normal, un collar de púas y una indumentaria entre reveladora y agresiva que no dejaba claro si buscaba verse como prostituta o como quien torturaba prisioneros en un calabozo.

Al verla Ushuk le apuntó con el arma de su cinto, y lo mismo hicieron todos los tripulantes.

—No se molesten con eso, no estoy aquí realmente —dijo atravesando una baranda con el brazo—, soy una proyección. Vine solo a decirles los términos de su rendición. Los dejaremos irse en paz, sin un solo disparo, si nos entregan el sistema.

—¿Qué será de los civiles? —preguntó Ushuk— no podemos trasladarlos a todos.

—Eso no tiene por qué preocuparles —fue la fría respuesta de Vermello—. Los civiles morirán de todas formas. Ustedes podrán sobrevivir para volver con su familia y luchar otro día.

Ushuk miró a sus tripulantes. Todos negaron con la cabeza.

—Supongo que este mensaje está siendo transmitido al mismo tiempo a todas las naves —especuló Ushuk.

—Sí —confirmó Vermello.

—Bueno, no puedo hablar por otros, pero esta es mi respuesta —dijo haciéndole una seña obscena con la mano.

—¡Estúpidos! Los civiles morirán de todas formas. Pero cuando terminemos con ustedes iremos a darle caza a sus niños —declaró Vermello y luego emitió una carcajada que se disipó con su imagen.

Ni una sola nave de la flota aceptó la propuesta de los oscuros. La batalla dio inicio con los primeros dis-

paros de las naves oscuras que diezmaban la flota de Abraxas como un cuchillo caliente en la mantequilla. Pero la flota no estaba tan indefensa como se podía pensar. Los comandantes de las distintas fragatas y de los tres cruceros (uno altario y dos coaligados) habían sido entrenados en el modus operandi de los arcontes y lograban aplicar evasivas exitosas, además estaban los valta, cuya tecnología similar lograba hacer mella efectiva en las naves enemigas.

Pero aunque los logros iniciales de la flota de Abraxas se veían como esperanzadores, lo cierto es que los arcontes pronto fueron ganando terreno. Sus escudos los hacían casi invulnerables a los disparos de toda nave que no fuera valta, y a pesar de las acciones elusivas, fragatas y corbetas eran hechas añicos con una facilidad prístina.

—Nunca ganaremos esto si no trabajamos en equipo —mordió Ushuk desde la silla de capitán en su apaleada fragata, a sabiendas de que en algún lugar afuera Tamira comandaba otra nave, así como lo hacían Xo'ol, Dumón, Arsala y el Duque. —Transmite a todas las naves, Halfor.

—Sí, señor.

—Soy el almirante Ushuk, ¿me escuchan?

—Sí (varias respuestas afirmativas), señor.

—No podemos ganar esto sin estrategia. Se me acaba de ocurrir algo que puede funcionar. Solo las naves valta pueden golpear sus escudos, ¿no es así?

—Sí —respondió Xo'ol.

—Pero son menos efectivas en la agresión porque no tienen fines bélicos —continúo Ushuk—; que los

valta se enfoquen en golpear los escudos y una vez que estos fallen, el resto de naves concentre el fuego.
—Eso puede funcionar —expresó Dumón sonriente.
La estrategia se transmitió a todas las naves y comenzó a implementarse. Los valta enfocaban sus ataques en hacer flaquear los escudos hasta que estos cedían, y luego todas las naves y en especial los cruceros enfocaban el fuego en aquella nave recién desnudada. Pero esto tomaba mucho tiempo y en medio del proceso docenas eran destruidas. Algunas, ya maltrechas, se lanzaban suicidamente contra las naves oscuras cuando ya no podían luchar más.
Entonces empezaron a aparecer nuevas naves que llegaban de todos los puntos abriendo agujeros en el hiperespacio; cruceros, fragatas, corbetas, incluso navíos civiles pero con armamento. Parecía que toda nave a la redonda de todas las razas había decidido hacerse presente, gracias al mensaje de despedida lanzado en todas direcciones.
Al llegar se les informaba de la estrategia o la adivinaban. Al lugar llegaron cruceros de batalla altarios y coaligados, innumerable cantidad de fragatas shakaren y androides, así como al menos una docena de esferas valta.
La lucha se niveló hasta que los arcontes se retiraron. Ushuk observó el retiro de sus enemigos en medio de su semidestruido puente, con cables colgando del techo y humo por todos lados. Se frotó los ojos, incrédulo, y luego dijo: ¿Ganamos?... ¡Ganamos!
En todas las naves las distintas tripulaciones celebraban eufóricas. En todas, menos en la fragata del Du-

que, quien agonizaba en brazos de su primer oficial:
—Fue… como en los viejos tiempos… —logró pronunciar antes de morir.
—Sí, Duque, lo fue —sonrió el oficial cerrándole los ojos.
En los refugios subterráneos los civiles esperaban en medio de la más honda zozobra. Valëris y su hermana Bëtris estaban juntas tomadas de la mano, dentro del mismo refugio en que esperaba Zarg.
—Atención Abraxas, ¿me escuchan?, ¿me escuchan? —preguntó la voz de Dumón por el radio y Zarg se apresuró a responder.
—Sí, aquí Zarg, aquí Zarg.
—Buenas noticias Gobernador… ¡Ganamos! ¡Los arcontes se han ido! ¡Ganamos!
El refugio estalló en vítores y celebraciones, las hermanas polari se abrazaron, al tiempo que los soldados alzaban en brazos a un aliviado Zarg.

CAPÍTULO XI

—Ganamos una batalla pero no la guerra —explicaba Ushuk en la primera sesión de la Gran Alianza, una semana después de la batalla de Abraxas. —Los arcontes fueron derrotados porque el escuadrón que enviaron era poco numeroso, aun para nosotros. En pocas palabras, nos subestimaron. Es un error que no cometerán dos veces.

A su lado, en medio de una gran mesa redonda, estaban los representantes de los distintos mundos de la Gran Alianza: la presidenta de la Federación de Talos, CIL-88; el recién nombrado Magistrado de Defensa de la República de Urd, Jax Dumón; el Sultán sáuxer, la Primera Ministra del Reino Polari, Vángela Basti; la agente Altar Kris (aunque sin ningún cargo oficial, pues el Estado Soth seguía aislado), el Decano Xo'ol de la Fundación Valta y la Maestra Arsala (quien preguntada sobre su cargo, se limitó a decir que era una poetisa).

—Esto es un arconte —explicó Xo'ol mostrando una imagen holográfica que emanaba de una esfera pequeña en su mano de tres dedos. Se trataba de una extraña criatura que parecía una mezcla entre gárgola y crustáceo. Tenía patas de artrópodo y dos alargados alerones de quiróptero, sobre un torso y una cabeza de mantis, de ojos rojos alargados; solo sus extremidades superiores eran similares a las de un humano (salvo por las manos de tres dedos), aunque eso le daba un aspecto aún más atroz. —El material del que

están hechos es más similar a la materia oscura que al de ustedes, y son inmortales. Los acólitos más avanzados como Vermello y Sodder han sido modificados de alguna manera, entremezclando sus organismos con materia oscura. Ya no son humanos.

Los distintos dignatarios miraron la imagen con aprehensión, hasta que uno de ellos decidió romper el tenso silencio.

—Creo que ha llegado la hora de que compartamos la tecnología entre todos —sugirió Dumón—, ya saben, el hipermotor que hace nuestras naves coaligadas más rápidas, el generador que permite a las naves altarias de cualquier tamaño abrir entradas al hiperespacio, etc.

—Bueno, eso puede tomar algún tiempo de convencer a nuestros gobiernos —confesó Ushuk rascándose la nuca.

—No tiene sentido mantenerlo secreto —continuó Dumón—, si esta guerra no la ganamos no quedará nadie para mantener la "ventaja estratégica" de esas tecnologías.

—¿Y eso incluye a los valta? —preguntó Basti.

—Debería, ¿no? —le consultó el Sultán a Xo'ol.

—Estamos dispuestos a compartir nuestra tecnología con ustedes —afirmó Xo'ol—, pero la mayoría de sus naves son incompatibles con incluso algunas de nuestras tecnologías más obsoletas. Sus naves son demasiado primitivas. Es como intentar añadir propulsión nuclear a una máquina de vapor.

—Su propulsión tal vez —admitió Ushuk—, ¿pero qué hay de sus escudos o su armamento? Serían de mucha ayuda.

—Nuestros sistemas de armas, limitados como son —aseguró—, dada nuestra naturaleza pacífica y el hecho de que no tenemos sus tendencias violentas desde hace milenios, también serían incompatibles con la mayoría de sus naves. No obstante, estamos trabajando en eso. Por otro lado, los escudos podrían ser adaptables, sí. Sugiero iniciar de inmediato el intercambio de tecnologías.

—Muy bien —intervino Basti—, ¿y qué hay de los infiltrados del Círculo en todos nuestros mundos? Siguen siendo un grave peligro…

—¿Los androides sueñan? —preguntó Ushuk intrigado a CIL.

—No. ¿Por qué lo preguntas? —respondió CIL.

—Porque entonces, los androides no pudieron ser influenciados por los arcontes —le respondió.

—¡Pero desde luego— clamó Dumón golpeándose la frente con la palma—, eso significa que los androides de nuestros mundos serían los más apropiados, para llevar a cabo las investigaciones que determinen quién es un miembro del Círculo y quién no.

—Está bien —dijo CIL—, si alguno lo necesita podemos enviar algunos androides para que investiguen en aquellos mundos donde no los hay.

—Otra cosa: ¿qué haremos con la estrategia militar? —preguntó Kris.

—¿A qué te refieres? —ripostó Ushuk.

—En algún momento tendremos que replegar nuestras fuerzas a puntos estratégicos, incluso si eso implica abandonar ciertas áreas… a su suerte —acotó.

—Bueno —contestó Ushuk torciendo el labio como si aquello le doliera reconocerlo—, cruzaremos esa hiperpuerta cuando lleguemos a ella. Si no hay más por el momento, creo que podemos cerrar la sesión de hoy. Todos asintieron. La imagen desapareció frente a los ojos de Ushuk, conforme se removía el casco y los guantes de realidad virtual.

*

Ushuk se encontraba desde hacía varias semanas junto a su familia instalado en Althares, dejando atrás el sistema Abraxas como un lejano recuerdo. Su mansión permanecía casi igual, salvo por el ya anciano sabueso alsariano que pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo, y había dejado atrás sus mejores épocas. Su hija Nara se había casado hacía tiempo y vivía en otra mansión junto con su esposo —hijo a su vez de una prestigiosa casa noble, como la de Ushuk—. Ela había sido admitida en la Universidad de Althares aunque la guerra había suspendido sus estudios, por lo que ahora estaba probando con ser escritora y trabajaba en su primera novela. A Ushuk se le partió el corazón pensar que si los arcontes ganaban, nadie la leería nunca.
Arath se había convertido en un joven de quince años apuesto y gallardo. El parecido con su verdadero padre, el siervo Ommar, se había hecho más evidente pero Ushuk intentaba ignorarlo. Arath gustaba de actividades al aire libre y había aprendido tiro al blanco, a montar, y estaba deseoso de entrenarse como piloto. Le suplicó a Ushuk que le permitiera reclutarse en la guerra pero este se lo prohibió, argumentando que era su único varón y

debía algún día continuar con el linaje familiar, aunque ambos sabían que esto no era cierto.

Visitó una tarde el Sepulcro de Asterión localizado en Althares, donde había sido enterrado el profeta, importante lugar de peregrinaje y uno de los sitios más sagrados del universalismo. El templo era tan majestuoso como podía esperarse y en una fastuosa tumba chapada con joyas, se habían colocado las cenizas de Asterión tras ser ejecutado por el rey pagano local. Allí descansaban también los restos de todos los sucesores de Asterión, hasta el previo patriarca.

Y allí encontró Ushuk al patriarca, como esperaba. El lugar estaba repleto con cada banca llena de feligreses rezando. Directamente frente al altar se encontraba Thol Giabor, de rodillas y en silencio. Ushuk esperó a que terminara.

—Oh, Ministro —dijo al terminar y ver a Ushuk de reojo, para luego reincorporarse completamente. —¿Qué puedo hacer por usted?

—Santidad, escuché que estaba en Althares y quise venir a hablarle.

—Por supuesto —dijo caminando hasta fuera del Santuario por una de las salidas traseras hasta los jardines, donde Ushuk se había entrevistado años atrás con el anciano rey.

—Mire, quisiera ser directo —aseguró sin rodeos—, sé que no le agrado ni usted a mí, pero si hemos de sobrevivir esta crisis necesitamos trabajar juntos. Su rol como líder de la fe universalista es fundamental para la moral de la población.

—Comprendo, y opino igual, creo que es tiempo de una tregua por el bien de todos. A nadie le conviene que nuestra raza se extinga.
—Me alegra que lo comprendiera.
—Y de hecho promulgaré un discurso hoy en la noche donde favoreceré su Gran Alianza y la importancia de estar en ella, si le parece bien.
—Eso sería excelente, Santidad, muchas gracias.
Giabor realizó una casi imperceptible reverencia y luego se alejó dejando a un Ushuk dubitativo, pero optimista, que se dirigió a su segunda reunión de ese día, esta vez con el Lord Canciller.
Allí se encontró saliendo del despacho del gobernante a la princesa Anna, que aunque vistiendo ropa sencilla y no los trajes formales de su alcurnia, no disimulaba en absoluto su espléndida belleza física.
—Buena tarde, Ministro —le dijo sonriente, Ushuk reverenció.
—Buena tarde, Alteza, justo quería encontrarme con usted también.
—¿Ah sí?
—Sí, usted es vital en nuestros esfuerzos de guerra. Es muy popular entre la plebe y las tropas, sería fundamental que nos ayude a subir la moral de todos.
—Solo dígame qué tengo que hacer, Ministro, y lo haré de inmediato.
—Gracias.
Se separaron con un saludo silente. Ushuk entró al despacho del Lord Canciller.
—¿Querías hablar conmigo, Veroc? —preguntó.

—Sí, Laro, siéntate —respondió desde su escritorio—. ¿Autorizaste compartir los diseños del generador portátil con los coaligados?
—Por supuesto. Fue un acuerdo unánime del Consejo de la Gran Alianza compartir todas nuestras tecnologías.
—¿Estás loco? ¿Darle a nuestros enemigos una de nuestras delanteras más estratégicas?
—Veroc… nuestros únicos enemigos en este momento son los arcontes.
Veroc rio:
—No seas iluso, Laro. En cuanto la amenaza de los arcontes sea neutralizada volveremos a la misma situación de antes, los ganadores se lanzarán como carroñeros contra los que quedaron más debilitados. Y nosotros no seremos uno de los cadáveres.
—De todas maneras el intercambio es multilateral. Los coaligados nos darán acceso a su hipermotor de velocidad y los valta a sus superescudos.
—Excelente, engáñalos, dales los diseños incompletos. Para cuando se den cuenta que son inservibles, ya tendremos sus tecnologías.
—¿Estás demente, Veroc? Si hacemos eso…
—¿Qué? ¿Crees que ellos no lo han pensado? Cuidado y no van a hacer justo eso.
—La Gran Alianza no funcionará si no hay confianza.
—Pues tendremos que encontrar la forma de cooperar sin exponernos. Otra cosa, ¿ordenaste que investigaciones fueran llevadas a cabo por los androides contra funcionarios orgánicos?
—Sí.

—¿Por qué?
—Son las mismas investigaciones que habíamos ordenado, pero esta vez no habrá peligro de que el investigador sea un acólito. Los androides no son susceptibles a influencias arcónticas.
—¿Y crees que permitiré que androides indaguen a nobles, ministros, miembros de la Dieta Imperial, almirantes, capitanes y demás?
—Bueno, es solo una medida de seguridad…
—¡Es un insulto! Cancélalo de inmediato.
—Veroc yo…
—Has escuchado mis órdenes, cúmplelas en ambos casos, ¿está claro?
Ushuk suspiró.
—Sí… Excelencia.
Conforme salía, Ushuk recibió una llamada de larga distancia en su *multicom*.
—¿Sí?
—Soy Dumón, ¿estás listo para un viaje? Kris y yo pasaremos a recogerte en dos días. Nos encontraremos con Xo'ol a medio camino.
—¿Viaje? ¿A dónde?
—A Sothara.

*

—Aquí no hay nada —le reclamó Kris cruzada de brazos a un Dumón algo molesto, mientras miraban el espacio vacío desde el puente de su nave, recién salidos del hiperespacio. En efecto, estaban en un punto del espacio profundo equidistante a cualquier cuerpo celeste. La tripulación del navío no decía nada, pero probablemente pensaban lo mismo.

—Son las coordenadas que Xo'ol me dio… —respondió como defendiéndose.
—¿Y tú le creíste?
—Puede estar por salir del hiperespacio…
—Si así fuera, los sensores de la nave serían capaces de percibir una nave acercándose mediante la gravedad paralela, ¿no es así? —preguntó al navegante, quien se giró hacia ellos.
—Pues sí, señor, así es —respondió el tipo y Dumón bufó. Iba a reclamar pero algo inesperado lo interrumpió. Súbitamente y frente a la nave aparecía de la nada una enorme esfera cristalina y perfecta, que reflejaba como un espejo las estrellas del rededor y la fragata.
—Recibimos comunicación —dijo el navegante.
—En pantalla —ordenó Dumón, y pronto tuvo a Xo'ol frente a él.
—¿Por qué tardaron tanto? —preguntó para mayor irritación de Dumón.
Decidieron que, aunque tardarían más, lo mejor era ir hasta Sothara en la fragata de Dumón pues la esfera de Xo'ol —si bien podía hacerse más grande como para transportar a los cuatro, o eso aseguró él— levantaría demasiadas suspicacias entre los ya paranoicos soth. Así que la esfera fue guardada en el andén.
Normalmente habrían atravesado por una Hiperpuerta, pero la urgencia les hizo arriesgarse (además la presencia de Xo'ol dotaba de cierta seguridad ante inesperadas contingencias), por lo que cruzaron el espacio intergaláctico en la fragata a toda velocidad, llegando finalmente a Sothara en poco menos de una

semana. Ushuk estaba impresionado con la velocidad de las naves coaligadas. Explicaba mucho cómo podían enviar refuerzos tan fácilmente.
—¿Tomando nota para su reporte de Inteligencia? —preguntó Dumón como leyendo sus pensamientos, mientras los tres esperaban en el puente conforme el largo y burocrático proceso de solicitar permisos de ingreso, y los interminables escaneos a la nave se realizaban.
Ushuk se aclaró la garganta.
—Estaba pensando en cierto clérigo loco, que quizás no esté tan loco —mintió Ushuk cambiando la conversación.
—¿Adrach? —indagó Kris.
—¿Lo conoció en Absalon? —preguntó Ushuk.
—¿Quiere saber si llegué a verlo en aquel hoyo del infierno donde me envió por años? —preguntó Kris.
—Sí, por haber matado a sangre fría a mi amigo Yorik…
—¡Suficiente! —terció Dumón.
—Sí, sí lo vi. De lejos. No hacía trabajos forzados como los demás, ya que era noble y había logrado sobornar bien al alcaide. Todavía predicaba entre los reos e incluso algunos guardias, y tenía sus seguidores.
—Quizás no predicaba desvaríos después de todo —argumentó Ushuk—, debe haber contactado en sueños por los arcontes, pero en lugar de enrolarlo lo perturbaron.
—Supongo que sería buena idea darle una visita en cuanto salgamos de aquí —comentó Dumón.

*

En el planetoide Therandis del sector Talos —ahora una reserva aborigen dentro de la Federación de

Talos—, la raza de paquidermos lanudos conocidos como los koura, celebraba uno de sus festivales anuales. Bajo el siempre nocturno y estrellado cielo y sus múltiples lunas, se podía ver en sus distintas aldeas la algarabía con que los koura marchaban entre la nieve a reunirse para realizar sonoros cantos circundando una fogata, desde los más pequeños cachorros hasta los grandes y lanudos ancianos.

Esto hasta que el cielo nocturno, se vio impregnado de cientos de luces multicolores que delataban una batalla espacial librándose en órbita, seguida de las ominosas naves negras hechas de punzones con el ojo central de rojo incandescente visibles desde la superficie, que estaban confrontando los plateados navíos talositas.

Los kuora entonces apreciaron las extrañas criaturas con pies de artrópodos y alas negras, que surgieron de entre el nevado horizonte y los rodearon. Eran inmunes al frío. Sus brazos se modificaron tornándose en cañones que les apuntaron mientras se agrupaban, y los cachorros aferraban las trompas de sus madres…

—¡Maldita sea! —clamó Dumón golpeando con el puño de la mesa redonda del Consejo, para luego señalar a CIL-88 con el índice—. ¡Se suponía que debían proteger a los koura!

La noticia de la destrucción del planetoide no había calado bien entre los miembros de la Gran Alianza.

—¡Lo hicimos! —se defendió CIL-88—, perdimos docenas de fragatas luchando contra los arcontes, cientos de vidas androides defendiendo a los koura. ¿Ustedes lo hubieran hecho mejor?

Dumón se sentó, frustrado y apesadumbrado por la noticia, con una mano en la frente.
—Todos estamos afectados por esta tragedia —declaró Ushuk—, otra raza inteligente fue aniquilada para siempre. Pero es tiempo de recomponernos.
—¿Los arcontes no atacaron ni un solo objetivo androide? —preguntó el Sultán.
—No —respondió CIL.
—Curioso, ¿no creen? —añadió el monarca.
—Es probable que los arcontes no consideren a los androides seres vivos —intervino Arsala—, después de todo, ellos están sacrificando vidas a su dios, es sangre lo que necesitan. Viene siendo como el equivalente a sacrificar un animal en un altar, no es lo mismo que usar un tostador. Sin ofender —le remitió a CIL.
—Jmmm —masculló Ushuk—, eso quizás nos pueda resultar útil en algún momento, y dicho esto, la reunión terminó y salieron del espacio virtual.

*

—Abríguense —recomendó Kris en el puente de la nave de Dumón una vez que los monótonos y exhaustivos procesos de revisión hubieron terminado, y se les autorizó a aterrizar en el distrito capital—, lo agradecerán cuando salgan de la fragata.
En efecto, las imágenes que mostraban la pantalla del puente eran de una ciudad sumida en el gélido invierno, con una copiosa nevada y la blancura invernal recubriendo todas las superficies.
Los tres humanos emergieron de la fragata debidamente abrigados, aunque cada uno con sus particularidades.

Kris colocó sobre su indumentaria de cuero negro una gabardina negra del mismo color, guantes y una bufanda blanca. Ushuk mantenía su gallardía incluso con el clima frío, y solo aceptó colocarse un sobretodo largo y marrón que combinara con su uniforme de almirante, aunque lo acompañó con una gorra militar y guantes. Dumón en cambio se despreocupó por las formalidades y se abrigó con una chaqueta de civil, un gorro tejido, una gruesa bufanda y lanudos guantes que le hacían ver más como un turista que un diplomático.

Xo'ol en cambio permaneció (hasta donde podían suponer) desnudo.

—¿No se convertirá en hielo o algo así? —le preguntó Ushuk mientras aplaudía para calentarse las manos, pero el valta no respondió.

Alrededor se erigía la vertiginosa ciudad soth. La vida del soth promedio no cambiaba gran cosa y la mayoría continuaba dirigiéndose hacia sus diligencias obligatorias, igual de cabizbajos y sombríos conforme pasaban por las enormes pantallas que vomitaban la propaganda del régimen, sin prestarles mucha atención.

—Oh-oh —murmuró Kris como si fuera una mala señal.

Una delegación de soth llegó adonde ellos, encabezada por Imanel Drul (idénticamente abrigado como Kris) pero acompañado no de civiles como él, sino de soldados cuyo uniforme negro más ajustado, casco que invisibilizaba su rostro y potente armamento en las manos, los identificaba como tales.

En cuanto estuvo cerca de ellos, los guardias les apuntaron.

—¿Qué es esto? —reclamó Dumón— ¿Es la forma como tratan a dignatarios extranjeros?
—¿Fue una trampa? —preguntó Ushuk, pero a Kris.
—No —reaccionó Kris—, les juro que no tengo nada que ver con este. ¿Qué pretendes Drul?
—Silencio, ex agente especial Kris —expresó Drul enfatizando la palabra ex—, ya tendrá tiempo de hablar cuando sea interrogada por el Departamento de Protección Ciudadana por cargos de alta traición, como lo serán estos agentes enemigos de gobiernos hostiles.
—¿Gobiernos hostiles? ¿Han perdido la cabeza? —preguntó Ushuk.
—Sí, gobiernos hostiles infiltrados por el Círculo —continuó Drul y luego emitió una orden con un gesto manual que hizo que uno de los soldados disparara contra Kris, pero no la mató, pues el disparo consistió en un pulso eléctrico que la incapacitó convulsionando sobre el suelo. Esto generó la reacción indignada de Dumón, pero los cañones de los custodios le disuadieron. —Lo lamento, pero la Srta. Kris es demasiado peligrosa y bien entrenada para ser llevada consciente. Confío en que el resto vendrá de manera más civilizada…

*

—¿Qué crees que esté pasando, Ushuk? —le preguntó Dumón a Ushuk mientras junto al valta esperaban en una aséptica celda soth, de paredes blancas y separada del pasillo por un campo de energía.
—Los soth son creación de ustedes, dímelo tú —murmuró mientras caminaba de un lado al otro como animal encerrado.

—Y no se habrían liberado de no ser por ustedes. Han sido sus aliados durante la mayor parte de los conflictos, ya debería conocerlos mejor que nosotros.
—¿La mayoría de los conflictos? —respondió Ushuk como indignado—, permítame recordarle…
—Este ejercicio de discusión histórica es fútil en el presente momento —intervino Xo'ol, quien se sentaba apaciblemente en uno de los lisos catres sin colchón.
—Es cierto, disculpen —se excusó Ushuk—, creo que hay dos opciones. El gobierno soth está siendo tan paranoico como de costumbre, y asumió que nuestros gobiernos ya están infiltrados por los acólitos del mundo Arconte… o lo contrario, son ellos los infiltrados y esta es la perfecta excusa para eliminarnos.
—¿Qué cree que le pasará a Kris? —preguntó Dumón desde su respectivo asiento.
—Es probable que ya esté muerta —comentó mirando hacia afuera del campo— y si no, entonces le estarán aplicando un tipo de interrogatorio que le hará desear estarlo.
—¿Y por qué no nos matan a nosotros?
—Hay muchas razones. Información que nos extraerán por tortura, o necesitan torturarnos hasta extraernos una confesión de que somos espías, para poder justificar nuestra ejecución ya que somos ciudadanos extranjeros. O las dos cosas.
A la celda llegó una mujer junto a dos guardias bien armados apuntándoles. Tenía esa cierta similitud con Kris y Vermello que todas las mujeres soth tenían, pero esta era pelirroja.

—Usted —dijo señalando a Ushuk—, venga conmigo.
Ushuk fue llevado a través de largos pasillos flanqueados por puertas. Desde el interior se escuchaban gemidos humanos y el sonido de máquinas tales como taladros, sierras y electricidad.
Una vez en la entrada que le correspondía, la mujer le señaló para que entrara. Dentro estaba oscuro (a diferencia del blanquecino exterior y su mórbida luz fluorescente), y en cuanto entró lo cegaron con potentes luces incandescentes. Se le despojó de casi toda su ropa salvo los pantalones, y se le colocó sobre una silla con las manos esposadas a la espalda.
—Mi nombre es Xandra Xrel —se presentó la mujer pelirroja— y seré su interrogadora personal. ¿Desde cuándo trabaja su gobierno para el Círculo?
—He trabajado con soth muchas veces para saber sus técnicas al dedillo. Deberá hacer algo mejor que eso, agente Xrel.
—El prisionero se limitará a responder lo que se le preguntó —dijo haciendo una señal con la mano, y un hombre desde las sombras tocó a Ushuk con un mecanismo tubular terminado en dos afiladas puntas, conocido como el "amplificador de dolor", aunque su nombre oficial era "estimulador de nocireceptores". Ushuk lo conocía bien aunque era la primera vez que lo sentía en carne propia. El aparato producía un sufrimiento intenso similar a agujas invisibles recorriendo todo el cuerpo, desde adentro hacia afuera, en oleadas de dolor expansivas desde la coronilla a la punta de los pies y viceversa.

Inmediatamente vomitó sobre el piso incapaz de decir nada, salvo algunos sollozos ininteligibles.
—Y eso es el nivel uno, Almirante —amenazó la mujer.
—Mire… —dijo recuperándose levemente, pues el dispositivo tenía también la particularidad de prácticamente desaparecer la sensación pocos instantes después de sentida, para evitar que el cuerpo se acostumbrara a ella—, si quiere ahorrarme todo el dolor de las torturas confesaré lo que su sanguinario gobierno de pesadilla quiera. Pero solo están poniéndose la soga al cuello… vinimos aquí para salvarnos a todos del mundo Arconte.
—Los arcontes no existen —dijo dándole la espalda—, sus operaciones de bandera falsa son claras como el agua, la batalla de Abraxas fue una farsa. ¿En verdad creen que nos tragaríamos que hubieran derrotado a una civilización como la que describen? El Círculo es una secta destructiva de fanáticos religiosos que ha tomado el control de todos los demás gobiernos, y ahora pretenden ocuparnos.
—Su embajadora, Vermello, era una acólita…
—¡Injurias! Ustedes mataron a Vermello porque descubrió la verdad y ahora buscan, como siempre, injuriarnos para justificar ante la opinión pública su inminente invasión. ¡Confiéselo!
—No.
Xrel hizo una nueva señal y Ushuk fue abatido por otra oleada de insoportable dolor.
—¡NO PUEDO DECIR LO QUE ES MENTIRA! —gritó desesperado. Una parte de él se sintió culpa-

ble por todas las veces que había ordenado torturar a prisioneros, aunque nunca había usado una técnica tan intensamente dolorosa.
—¿Desde cuándo es miembro de la secta?
—¡Maldita sea! —escupió— ¡Abra los ojos! ¡La supervivencia de su civilización depende de ello!
—Nivel dos —ordenó Xrel. El hombre al lado de Ushuk hizo sonar el dispositivo al ajustarle una perilla, y Ushuk se preparó para el flagelo. Una vez más sintió las oleadas de insoportable dolor atravesando su cuerpo, pero esta vez eran un poco más fuertes y más duraderas. —Hasta ahora no hemos encontrado ningún organismo que sobreviva el nivel nueve. La mayoría enloquece a partir del nivel seis. No me haga probarlo en usted.
—Soy Laro Ushuk, linda… —dijo con cierto tono de orgullo—, es probable que usted logre doblegarme, pero se la pondré difícil. Además, tengo mucho que pagar.
Xrel lo miró seriamente, como desdeñosa. Luego subió una ceja.
—Habló como todo un mártir de su extraña religión.
—¡No es una religión!
—¿Espera que crea que unos seres mitológicos atrapados en otra dimensión hablan "en sueños" a las personas, y piensan destruir el universo.
—Yo… —iba a replicar Ushuk pero luego se percató de algo—: ¿Cómo sabe lo de hablar en sueños?
—Nivel cuatro —ordenó, y Ushuk cerró los ojos intentando prepararse.

No obstante, la puerta fue abierta de golpe por un estallido que lo salvó del nuevo suplicio. En la entrada estaba de pie Xo'ol. Xrel y su guardia iban a reaccionar pero Xo'ol pareció oprimir un botón en su antebrazo y ambos quedaron inconscientes de manera misteriosa.

—¿Qué hace aquí? —preguntó mientras Xo'ol rompía sus esposas.

—¿En verdad piensa que criaturas de su nivel pueden representar un peligro para un valta? Pude haberme liberado mucho antes, pero requería información. Lamento no haber intervenido a tiempo.

—Está bien, a mí también me era útil la información. ¿Y Dumón y Kris?

—Dumón monta guardia a las afueras. Puedo localizar a Kris si lo desea.

—Sí. Merece que la saquemos de este planeta con nosotros, si aún está viva.

Xo'ol miró su propia mano y con un dedo de la otra empezó a remover la palma coloidal, como quien lee un mapa.

—Síganme. —Afuera de la cámara de interrogatorios estaba Dumón con un arma en mano. Ushuk tomó otra del suelo. —Generaré un campo electromagnético a nuestro alrededor que nos hará invisibles al dispersar los fotones de luz, pero deberán mantenerse siempre a menos de dos metros de distancia de mí.

Ushuk y Dumón asintieron. Xo'ol tocó una serie de puntos en su abdomen pero sus acompañantes no percibieron cambio alguno. Iban a decir algo, pero

Xo'ol los acalló. Un nutrido grupo de guardias llegó al lugar pero no repararon en ellos y se limitaron a ayudar a sus compañeros inconscientes, como si los visitantes no estuvieran allí. Ushuk y Dumón se miraron asombrados y luego partieron tan silenciosamente como pudieron.

—De acuerdo con mis sistemas de rastreo, acá está la agente Kris —explicó Xo'ol una vez que llegaron a la entrada de una cámara, en un área diferente del complejo.

—¿Es eso sangre? —preguntó Dumón al observar el rastro rojo que brotaba de la entrada, y sin esperar más él y Ushuk dieron una patada a la puerta simultáneamente para abrirla.

En el interior —y para su tranquilidad—, estaba Kris de pie (aunque sin chaqueta) y a sus pies un interrogador muerto con una sangrante herida en la yugular.

—¿Estás bien? —preguntó Dumón.

—¿Qué arcontes están haciendo? —preguntó como irritada—. Lo van a arruinar todo.

Ushuk y Dumón se miraron uno al otro como desconcertados.

—Debí suponerlo —intervino Xo'ol.

—¿Tú entiendes qué está pasando? —le preguntó Ushuk.

—Sí. Todo es parte de un elaborado plan por parte de la agente Kris y otros colaboradores, para determinar a los acólitos oscuros que estén operando en el gobierno soth.

—¡Por supuesto! —dijo Ushuk.

—¿Drul es parte? —preguntó Dumón.

—¿Quién crees que puso una navaja en mi zapato? —respondió Kris.
—¿Y el líder supremo? —preguntó Ushuk.
—Sí, por supuesto, no puede ser engañado…
—¿Cómo puedes estar tan segura? —consultó Dumón.
—Lo estoy…
—Eso no nos dice nada —replicó Ushuk— si su "Líder Supremo" está en lo más mínimo influenciado por los arcontes…
—¡No puede estarlo! —gruñó Kris.
—Es mejor que les diga la verdad —intervino Xo'ol y Kris lo escudriñó con la mirada. —Sí, los valta la sabemos hace siglos.
Kris suspiró.
Se colocó la chaqueta de nuevo y dijo:
—Síganme.
Tras mucho caminar llegaron hasta una habitación custodiada por dos guardias que al mirarlos iban a reaccionar, pero que Xo'ol dejó inconscientes como había hecho antes con Xrel y su asistente. Kris ingresó una clave en el marco de la entrada y las puertas plegadizas se abrieron.
—Les presento al líder supremo —dijo entrando junto a sus acompañantes. Lo que había en la habitación era una gigantesca estructura que asemejaba una red de cilindros y esferas, que se extendía hacia atrás tanto como permitía la vista interconectada por redes cibernéticas.
—¿Una computadora? —preguntó Dumón.
—Una de sus terminales. Hay una en cada sede de departamento en los distintos edificios de cada planeta soth. Es una red de supercomputadoras cuánticas.

—¿Inteligencia artificial? —consultó Ushuk.
—No realmente. Contiene la mente del primer líder supremo trasladada en forma de engramas neuronales poco antes de morir, y desde entonces se le añaden las de cada alto jerarca del Comité Revolucionario cuando están por fallecer. Es la mente colectiva de la dirigencia del Estado mismo de todas las épocas y, para todos los efectos, tiene la inteligencia y capacidad de pensamiento de una supercomputadora.
—¿Y el líder supremo que aparece en las fotos repartiendo alimentos a los pobres y estrechando la mano de los obreros en las fábricas, quién es? —fue la pregunta de Dumón.
—Nadie. No existe —respondió Kris—, es una simulación superpuesta en las imágenes o en los videos. En algunos casos se usa un holograma en discursos televisados… —Kris emitió una sonrisa— la mayoría de la gente común jura haberle visto alguna vez.
—Por eso es que ustedes siempre escogen el bando ganador en una guerra —mencionó Ushuk como teniendo una realización—, la supercomputadora analiza todos los posibles escenarios con un cálculo matemático estableciendo el resultado más probable estadísticamente.
—Sí. Y es por eso que el líder supremo ordenó la retirada de todas las fuerzas soth y que nos replegáramos en nuestro territorio —contestó la voz de Drul a sus espaldas, quien entraba por la puerta principal—, porque la posibilidad de ganarle a los arcontes aun con los esfuerzos combinados de todas las potencias… es cercana a cero.

*

—Lamento muchísimo los inconvenientes que nuestro pequeño complot les provocara —les dijo Drul una vez en su oficina, donde atendió a los visitantes y a Kris— pero creo que la agente Kris ya les explicó la razón.

—Sí —respondió Ushuk recordando con desazón el efecto que había sentido con el amplificador de dolor. —¿Fue efectivo al menos?

—Sí, Ministro —le aclaró Drul—, hemos conseguido identificar con éxito a varios miembros del Círculo incluyendo a la agente Xrel que le interrogó. Ahora es ella la que está bajo interrogatorio en similares condiciones. Puedo arreglar que usted lo vea, si desea. La propuesta fue tentadora para Ushuk, pero al final declinó.

—¿Y está seguro que podrán descubrir al resto? —consultó Dumón dudoso.

—Xrel y otros que pudimos identificar mediante esta operación hablarán tarde o temprano y delatarán al resto, quienes serán arrestados, y así se realizará una gran purga. Serán sometidos a juicios públicos por alta traición y sentenciados a muerte, o si son afortunados, a cadena perpetua con trabajos forzados en alguno de nuestros centros de rehabilitación, en los asteroides congelados del Cinturón de Golag.

—No suena como que los ejecutados vayan a ser los infortunados —masculló Ushuk a Dumón.

—¿Cómo sabe que serán sentenciados si no ha sucedido el juicio...? —empezó a decir Dumón pero luego recordó que hablaba con un soth—, olvídelo. Entonces ¿tendremos al Estado Soth en nuestra Gran Alianza?

—Si —contestó Drul para satisfacción de todos—, no tenemos otra opción, mantendré a la agente Kris asignada a ustedes ya que son tan "amigos" como para arriesgar la operación por salvarla, y como para compartirles secretos de Estado —comentó Drul como en reclamo.
—Su secreto está seguro, comisario Drul —tranquilizó Ushuk aunque no sonó muy convincente.
—En circunstancias normales —comentó Drul— la agente Kris habría compartido el destino de los traidores, pero su conocimiento de la situación y buenas relaciones con altos dignatarios extranjeros, la hace de un valor irremplazable… por ahora.
El panorama se veía más esperanzador ahora que consolidaron el ingreso de la última gran potencia, aunque recordando con pesar la pérdida de varias civilizaciones ya, quizás por haber sido demasiado lentos. Aun así, el viaje de regreso a Abraxas fue realizado en un ambiente tranquilo y optimista durante el cual Dumón y Kris reavivaron su amorío. Hasta Ushuk parecía contagiado del espíritu festivo y junto a sus acompañantes, brindó para celebrar la noticia con algo de vino altario que guardaba Dumón en su camarote.
—¿Vino altario? Pensé que era ilegal en la Coalición —observó Ushuk mientras le llenaban la copa.
—Las ventajas de ser senador —guiñó Dumón.
—Una excelente cosecha —dijo Ushuk mirando la etiqueta—, por el futuro —brindó elevando la copa y sus compañeros entrechocaron las suyas.
Llamaron a Dumón por su *multicom*.

—Senador —dijo la voz del capitán del navío—, recibimos un mensaje superlumínico que nos solicita ayuda.
—Puede ser una trampa —advirtió Kris.
—Mientras tengamos a un valta creo que estamos seguros —expresó Dumón, luego se dirigió a su *multicom*. —Diríjase al punto de encuentro pero cuidadosamente, reporten hasta el menor detalle que se vea sospechoso y mantengan la distancia hasta cerciorarnos de qué se trata.
—Sí, señor.
El punto de encuentro era un lugar en medio del espacio ya en Verkandi, a unos miles de años luz de la frontera altaria.
—Son naves kazar, señor —le explicó el capitán desde el puente a su superior y sus acompañantes.
—Sabía que era una trampa —se lamentó Dumón—, por suerte no son reto para una fragata de esta calidad…
—No señor, las naves están mayormente desarmadas salvo por unas pocas, y son cientos —continuó el capitán—, y los sensores indican que la mayoría de sus ocupantes son mujeres y niños. Son refugiados.
Frente a ellos, en la pantalla, se mostraba en efecto más de cien transportes espaciales grandes como cajas y totalmente indefensos, salvo por unas cuantas naves piratas kazar que les custodiaban.
—Nos saludan —explicó el capitán.
—Páselo a la pantalla.
Ante ellos apareció un aguerrido y curtido kazar, ya entrado en años pero no por eso menos amenazador. Al contrario, su edad lo hacía lucir más agresivo.

—Soy Orok var Volkar —se presentó—, almirante de la flota pirata kazar. Quisiera hablar con ustedes.
Ushuk y los demás se miraron unos a otros.
Pocos minutos después se le permitió el ingreso a tres kazar; el autoproclamado almirante Volkar y dos guardaespaldas.
—Los arcontes han pasado las últimas semanas arrasando todos nuestros asentamientos en la zona incivilizada —explicó Volkar—, distintas caravanas de refugiados como esta se han tenido que dispersar por todas partes.
—Lo lamento —confesó Dumón—, ¿por qué no pidieron ayuda?
—Lo hicimos. Fuimos ignorados.
Dumón miró a Ushuk.
—Es posible —explicó este— que llamadas de auxilio de los kazar fueran ignoradas por patrullas fronterizas altarias y xinth, en especial después de la guerra, y en especial por la conocida táctica kazar de usarlo como un medio de tender emboscadas.
—Bueno —continuó Dumón—, lamento su situación. Les brindaremos la ayuda que podamos como refugiados que son.
—No queremos ni necesitamos su caridad —espetó Volkar—, no es a eso a lo que vinimos a hablar.
—¿Entonces? —consultó Dumón desconcertado.
—Queremos ayudarlos —respondió Volkar con un brillo depredador en sus ojos— a lastimar a los arcontes… tanto como se pueda…

*

Tras separarse de la caravana kazar, la fragata de Dumón hizo una escala antes de regresar a Althares por sugerencia de Ushuk: Absalon.

El prisionero no solía recibir visitas. Es más, en los veinte años que tenía de estar encarcelado nunca había recibido una, por eso le sorprendió.

Adrach fue despertado por la luz que penetró por su puerta y los guardias encendiendo la luz artificial dentro de la misma. Poco después ingresó a ella un sujeto que reconoció de inmediato: Laro Ushuk.

Uno de los comandantes militares que le había derrotado y jefe de una prestigiosa casa noble. Adrach ya no era el carismático predicador que había seducido multitudes décadas atrás, y ahora parecía más un abuelo de barba gris y sin cabello. Pero se mantenía altivo como su estirpe le había acostumbrado.

—Lord Ushuk —clamó al verlo—, ¿a qué debo el placer de su visita, la primera que tengo en dos décadas de cautiverio?

Ushuk hizo señas para que los guardias salieran. El anciano no era peligro para él, pero además no quería que lo escucharan.

—Creo que sabe por qué estoy aquí.

—Ah, sí… porque el viejo monje trastornado no estaba tan trastornado después de todo, y ahora debe saberlo.

—Deje los juegos.

—Bien, bien —dijo levantando las manos como quien se rinde para luego estrellarlas sonoramente en sus muslos—, ¿qué quiere saber?

—¿Cómo lo hacen? ¿Qué les dicen?, ¿y por qué escogen ciertos individuos?
—No es cualquier individuo el que soporta el contacto de sus mentes. Son… mentes muy poderosas. Es como un insecto conectándose telepáticamente a una mente humana. No es de extrañar que los adoren, es una experiencia apabullante.
—¿Por qué no funcionó con usted?
—¿Quién dice que no? Lo hizo, por un tiempo. Fui su devoto seguidor, hasta que desperté del embrujo gracias a mi fe universalista. Sabía que algo estaba mal. Y pude ver… pude ver lo que planeaban para nosotros. Para ellos somos algo que deben limpiar, como una plaga o una suciedad. Nuestra sola existencia les molesta, les hace sentir incómodos.
—¿Hay forma de derrotarlos?
—¿Puede derrotar a un dios?
—No son dioses. Son seres mortales como usted y yo. Los he visto morir.
—Está bien, se lo plantearé así: ¿Puede un insecto derrotar a un hombre?
Mientras Ushuk realizaba la enigmática entrevista el alcaide volvía a su habitación, la más grande de toda la estación. Molesto porque la inoportuna visita de Ushuk le había despertado de madrugada, decidió regresar a dormir. Pero se sentía sobresaltado.
Encendió la luz del baño ya en paños menores, y decidió mojarse la cara. Sus temores eran ridículos —pensó para sí mismo— era la persona mejor custodiada de todo el lugar. Enjuagó su cara sobre el lavabo y luego se miró al espejo.

A sus espaldas estaba Kris con mirada homicida.
Intentó gritar por ayuda pero la mano de Kris le cubrió rápidamente la boca y una filosa navaja se colocó sobre su cuello con la otra.
—Te dije que te mataría alguna vez —le susurró al oído conforme le hundía el arma en la abundante papada. El alcaide torció los ojos conforme desfallecía y Kris dejó caer el pesado cuerpo encharcando el piso, y dejando pintadas sobre este las huellas de sus botas.

*

—Quisiera aprovechar la apertura de esta sesión del Consejo —aseguró Ushuk— para darle la bienvenida al Comisario de Cooperación Interplanetaria del Estado Soth, Danthar Drul, como miembro oficial de la Gran Alianza. —Un Drul no muy expresivo saludó a los demás representantes. —Y hablando de miembros nuevos —declaró—, les tengo una sorpresa, que no sé cómo la irán a tomar.
Instantes después de declarado eso, se materializó la imagen del líder kazar Volkar en el salón virtual del Consejo.
—¿¡Qué!? —preguntó la ministra polari indignada.
—¿Qué hace un kazar aquí? —dijo CIL—, ¡son tratantes de esclavos!
—¡Esto es un insulto! —exclamó indignado el Sultán.
—Calma, todos —expresó Ushuk—, él es el almirante Volkar, y está aquí como representante de la mayoría de flotas piratas kazar.
—Esto es muy bajo, Ushuk —intervino el Sultán—, los kazar son criminales; piratas, ladrones, violadores. No vamos a aliarnos a ellos.

—No serían confiables, Ushuk —intervino Arsala—, nos traicionarían a la primera oportunidad. Los criminales son cobardes y sin honor.
—Le dije que esto sucedería —exclamó Volkar molesto—, ¡montón de pomposos arrogantes!
»Los arcontes destruyeron cientos de nuestros asentamientos en lo que ustedes llaman zona incivlizada y ni siquiera se enteraron. No importa, sabía que sería así. Pero vimos también lo que son capaces de hacer. Hicieron lo que no creíamos posible: hacer tambalear al monstruo. En nuestra sociedad cuando alguien es duro y se sabe defender, se gana respeto. Ustedes se han ganado nuestro respeto. Pero si no nos quieren, pelearemos contra los arcontes a nuestra manera, aunque sea solos.
—Tengo la misma mala opinión de los kazar que todos ustedes —aclaró Dumón—, pero tienen tanto derecho como nosotros a protegerse y ser parte de la Gran Alianza. Aunque sugiero el estatus de miembro observador, para evitar algunas suspicacias.
—Los que estén a favor de la propuesta de Dumón —preguntó Ushuk. Todos los representantes levantaron la mano, aunque algunos se veían reticentes.
—Hablando de poca confianza, hay algo que me temo tengo que denunciar —aseguró Basti poniéndose de pie—, nuestros ingenieros revisaron los planos enviados por el Sacro Imperio y descubrieron que son inservibles, están incompletos —alegó, y Ushuk empezó a sentir una vergüenza que trató de disimular como pudo—, esperamos que se haya tratado de un error

gerencial o de lo contrario, esta situación sería… —la imagen de la mujer polari se empezó a cortar.
—¿Primera Ministra? —preguntó Ushuk— ¿Primera Ministra, se encuentra bien? — Basti intentó comunicarse de nuevo pero su imagen no emitió sonido y finalmente desapareció.

CAPÍTULO XII

—Quizás ya no sea Primer Ministro, Majestad, pero sigo siendo miembro del Parlamento —le decía Servaen a un algo irritado príncipe Talin, en su aposento privado—, y Basti está dando demasiadas concesiones a los altarios, otorgándoles nuestra tecnología.

—Usted siempre estuvo en contra de la Gran Alianza, Archiduque —le reclamó Talin—, una más de sus desastrosas decisiones militares.

Servaen se silenció, como si aquello le hubiera dolido, aunque su impávido rostro no mostró la emoción.

Las alarmas sonaron interrumpiendo la conversación; al lugar llegó el Jefe de la Guardia acompañado de otros caballeros.

—Estamos bajo ataque —explicó—, escuadrones arcontes se aproximan al sistema.

—¿Notificaron a la Gran Alianza? —preguntó Talin, y el Jefe de la Guardia asintió.

—Toda nave aliada en las cercanías viene en camino, pero no sabemos si será suficiente. Los… los acompaña una… una cosa monstruosa que nunca antes había visto.

Los arcontes habían introducido un nuevo tipo de nave, más aterradora que las demás, su equivalente a un crucero de batalla; un armatoste colosal del tamaño de una luna, pero con forma de platillo hecho de los mismos pinchos retorcidos que toda su tecnología.

La imagen de Sodder irrumpió en cada pantalla, incluyendo la holivisión en el aposento del príncipe:

—Bienaventurados los hijos de la muerte, porque serán de los primeros en disfrutar del Gran Silencio. No se preocupen, mis amigos, será rápido e indoloro, y será más fácil si no se resisten. No hay forma de detener a la muerte ni a la oscuridad, solo debemos abrazarla y darle la bienvenida. Siéntanse honrados por ser los primeros de su maltrecha y fútil Gran Alianza, en ser enviados al reino del Señor Muerte.
La transmisión cesó siendo reemplazada por interferencia.
—¡Las ojivas de agujero negro! —clamó Servaen como recordando algo—, son nuestra única oportunidad. Podrían absorber esa… cosa.
—¿No son muy riesgosas? —preguntó Talin—; si se usan mal destruirían el sistema entero.
—No tenemos otra opción.
—Muy bien.
—Pero ya no poseo las claves de acceso, solo el Primer Ministro las tiene.
Corrieron escoltados por los caballeros hasta la oficina de Basti, pero estaba vacía.
—¿Dónde está Basti? —preguntó entre alarmado e intrigado, Talin.
—Un momento —murmuró Servaen—…no puede ser…
Servaen sabía que había una entrada secreta en el despacho del Primer Ministro y sabía cómo accionarla. Una pared se removió permitiendo entrar a un aposento escondido, y allí encontraron a Basti de espaldas introduciendo códigos a un ordenador frente a varios monitores.
—¡Deténganla! —ordenó a los caballeros— ¡está saboteando las ojivas!

Los caballeros parecían desconcertados sin saber qué hacer, pero finalmente Basti reveló su verdadera identidad mirándolos de reojo con los ojos negros, y luego emitiendo un rugido animal. Emitió una carcajada y desapareció entre sombras.

Servaen se aproximó hasta los monitores intentando deshacer el daño, pero fue inútil. Las ojivas habían sido disparadas al espacio perdiéndose en la inmensidad del Cosmos, sin poder usarse contra el enemigo.

Las fuerzas coaligadas fueron las primeras en llegar al asediado sistema, para ser seguidas prontamente por esferas valta y naves altarias y soth. Contraatacaron con todo lo que podían, pero el arsenal oscuro era demasiado potente. Más y más naves se sumaban a la batalla inútilmente, a pesar que el grueso de las fuerzas armadas polari estaba apostado en su sistema natal.

Uno a uno los cruceros de batalla polari sucumbían enteros ante el poderío de fuego de los arcontes, como lo hacían sus aliados.

—¡Resistan! —clamó Tamira, quien comandaba una de las fragatas altarias—, más refuerzos vienen en camino…

—No señora, no es así —le corrigió uno de sus subalternos.

—¿Qué? —preguntó.

—El Lord Canciller ha dado la orden de cancelar los refuerzos, señora; está en los canales imperiales.

—¡Maldito sea!

La nave de Tamira había recibido mucho daño y comenzó a estallar en partes. Ordenó abandonarla y se dirigieron todos los tripulantes que aun estaban vivos a las cápsulas de escape.

La carrera fue frenética en medio de destrozos y escombros cayendo, y explosiones por todas partes. Una vez dentro de las estrechas cápsulas, fueron lanzados al espacio y pudieron ver por la ventana cómo su nave se hacia pedazos en medio de una colorida explosión.
Las cápsulas debían ser recogidas por naves aliadas. Por curiosos giros del destino, la de Tamira terminó en una nave kazar, particularmente la nave insignia.
—¿Se encuentra bien? —le preguntó hoscamente el comandante de la misma, conforme Tamira salía del receptáculo tosiendo y limpiándose la cara, rodeada de hoscos kazar cuyo hedor le disgustaba.
—Sí… —dijo levantando la mirada. Reconoció al kazar y se llevó instintivamente la mano a la pistola en su cinto.
—Sí, Tamira Ushuk, la recuerdo bien —le aclaró Vargo fríamente—, juré vengarme de usted por lo que hizo en la zona incivilizada… pero descuide —aseguró dando algunos pasos hasta encararla frente a frente—, mi promesa tendrá que esperar. Por lo pronto, somos aliados.
Vargo se giró saliendo de la habitación, mientras los kazar le ofrecían a Tamira agua y atención médica.
Dentro del planeta Polarix IV la situación era igual o quizás más desesperada. Las naves-estrella arcontes arrasaban las ciudades bombardeando desde el exterior. La columna de fuego rojo que despedazaba la ciudad capital aun no llegaba al Castillo de Mármol, pero se aproximaba cada vez más y podía ser vista desde las ventanas acercándose fatídicamente.

—¡Sáquenlo de aquí, ya! —gritó Servaen a los caballeros señalando al monarca.
—¿Huir? —preguntó el Príncipe.
—Usted es el último miembro de la Casa Real, debe sobrevivir —aseguró aferrándolo por los hombros. Lo entregó a los caballeros que lo escoltaron a toda prisa, por entre los pasillos que retumbaban como asolados por un terremoto, hasta llegar al puerto en la azotea.
—Alto, Servaen aún no llega —clamó el Príncipe; los caballeros esperaron. Servaen emergió de entre las entrañas del edificio con su esposa de la mano (por quien se había devuelto), solo para que el Príncipe viera cómo ambos morían aplastados por los techos que colapsaron con el resto del castillo, que se hacía trizas por la cercanía del rayo arconte. —¡NOOOO!
El grito del príncipe fue ahogado por los motores del transporte que flotó en el aire, y escapó a toda velocidad de la estela destructiva. Para ese punto, ya millones de personas escapaban del planeta en toda nave que fuera capaz de ello. La habilidad de volar de los polari en su propio planeta resultaba útil para escapar, pero debían encontrar un transporte a tiempo o morirían de todas formas.
Gigantescos tsunamis provocados por la columna de luz roja se extendieron en el horizonte como una cordillera de agua, que pronto golpeó las principales ciudades arrasándolas. Miles murieron ahogados y varios individuos voladores fueron alcanzados antes de que pudieran abordar algún transporte. Conforme el agua de mar engullía las ciudades hasta cubrirlas,

las aguas comenzaron a hervir por efecto de los suelos volcánicos que expulsaban su lava hirviente. Después de un tiempo el agua se convirtió en vapor y lo que era un planeta completamente azul por el diluvio, se tornó rojo para luego resquebrajarse en pedazos y estallar. La estela de energía causó que varias naves explotaran en el espacio o fueran alcanzadas por pedazos de planeta.

Sodder había sugerido apuntar a las naves que escapaban, por lo que las fuerzas de la Gran Alianza cambiaron su objetivo a cubrir la escapatoria de los civiles, en algunos casos sin más remedio que la táctica suicida de interponerse entre el disparo y quienes escapaban.

Para cuando las últimas naves civiles lograron entrar al hiperespacio, los comandantes militares llamaron a la retirada abandonando el sistema a su aciago destino…

*

—Afectados gravemente por la destrucción de Polarix IV, capital del Reino Polari —informaba Alara Shilán, mostrando imágenes en pantalla de miles de refugiados polari arribando a colonias altarias—; los líderes de la Gran Alianza enfrentan fuertes reclamos por parte de sus poblaciones. Existe la sensación de que, si una de las potencias pudo caer, cualquiera será la siguiente y nadie está seguro.

»Millones de refugiados polari han sido acogidos por los demás mundos de la Gran Alianza y por otras colonias polari, tensando aún más los ya de por sí escasos recursos de los receptores. Por otro lado, brotes de violencia, motines y saqueos se reportan en algunas zonas producto

del pánico, así como linchamientos de personas acusadas de ser acólitos de los arcontes, junto a agresiones contra kurgos y androides, dos de las razas más comúnmente acusadas de estar en contubernio con el enemigo. Las autoridades han hecho llamados a la calma.
»Se reporta la muerte de casi todo el gobierno polari incluyendo la Primera Ministra. Se sospecha que el gobierno en el exilio recaerá en el Príncipe Talin V.
—¿¡Cómo pudiste ordenar cancelar los refuerzos!? —reclamó Ushuk furioso golpeando el escritorio de Veroc Sardusi.
—Polarix estaba perdido, no tenía sentido desperdiciar más vidas altarias.
—Si los aliados se enteran nada les impedirá hacer lo mismo cuando ataquen Althares…
—Entonces debemos asegurarnos de que eso no suceda. No se engañe, Ushuk, los arcontes no son tontos. Están atacando primero a los eslabones débiles.
Ushuk se silenció. Tenía razón en eso. Dejó la oficina del político y se dirigió a la junta del Consejo, que parecía un funeral.
—El ataque a Polarix no fue una coincidencia —aseguró Ushuk—, estaba debilitado por lo diezmado de sus fuerzas tras el ataque general a Cloto meses atrás.
—¿Eso quiere decir…? —preguntó preocupado el Sultán.
—Sí, Prima Sáuxer será el próximo —sentenció.
—Ya los arcontes saben todo lo que Basti sabía, que era mucho—recordó CIL.
—Si los arcontes lograron infiltrar a alguien tan alto en la jerarquía de la Gran Alianza —expresó Dumón—

como lo fue Basti, ninguno de nosotros es confiable.
—Y probablemente eso es justo lo que quieren —expuso Ushuk—, que no confiemos entre nosotros.
—¿Hay forma de determinar si alguien es un acólito por medio de algún análisis físico o médico? —preguntó Arsala a Xo'ol.
—No lo sé, quizás —respondió—, se requeriría investigación al respecto y tener al menos un acólito vivo. Pero Basti, al igual que Vermello y Sodder, no son acólitos ordinarios.
—Sugiero que de todas formas permitamos a los valta hacer exámenes médicos a todos nosotros como miembros del Consejo —sugirió Arsala— y que reporten cualquier anomalía.
—¿Los que estén a favor? —preguntó Ushuk y todos levantaron la mano excepto Volkar, porque no tenía voto.
—Muy bien —prosiguió Ushuk —¿Podemos predecir los pasos de las naves oscuras, no es así? —preguntó a Xo'ol.
—Sí, en alguna medida —le respondió—, nuestros sistemas son capaces de detectar dobleces gravimétricos como los que utilizamos nosotros, ya que solo dos civilizaciones tenemos tal tecnología.
—Sugiero —añadió Ushuk— que por ahora observemos muy de cerca qué hacen los arcontes y reforcemos el espacio alrededor del Sultanato Sáuxer, si todos están de acuerdo.
No hubo objeción, para alivio del preocupado Sultán.
—¿Qué dice el líder supremo sobre nuestras posibilidades de victoria? —preguntó insidiosamente Dumón a Drul.

—Que en Gran Alianza tenemos un 3 % más de posibilidades de sobrevivir —le respondió Drul.
—Bueno —comentó Dumón sonriente—, es un 3 % que no teníamos antes.

*

—¿Por qué debemos arriesgar nuestras vidas por los orgánicos? —preguntó DEV-3000 en una reunión privada que realizaba CIL-88, con los líderes de las distintas facciones del Congreso Federal de Talos, del cual la de él era la más radical.
—No puedo creer que estés preguntando eso seriamente —le respondió CIL, quien presidía la mesa.
—Lo pregunto con toda seriedad, Sra. Presidenta. ¿Por qué? los orgánicos no lo harían por nosotros si la situación fuera al revés, no moverían un dedo por ayudarnos. Y en cambio los arcontes no nos agreden.
—Porque no nos consideran seres vivos —replicó CIL.
—Bueno, es mejor eso a lo que nos han hecho los orgánicos. Ellos fueron responsables de la Gran Fundición, de tenernos como esclavos por siglos, usted misma fue su esclava sexual, ¿ya lo olvidó?
—¡Cuide su lengua! —regañó uno de los jefes de fracción, pero DEV lo ignoró y continuó interpelando a CIL.
—¿Qué le hace pensar que los arcontes no son el merecido pago que el Universo les ha traído? Quizás incluso debamos aliarnos con los arcontes.
—Haré como que no escuché eso —expresó CIL reclinándose sobre la mesa.
—Lo digo en serio. A los arcontes no les importamos, una vez que exterminen a todos los orgánicos las galaxias serán nuestras.

—Suficiente —expresó el jefe de una de las facciones moderadas—, abandonar a los orgánicos a su suerte sería inmoral. Además, no sabemos si los arcontes cambiarán de parecer sobre nosotros en algún punto, y ya sea demasiado tarde.

—Entiendo bien tu odio y tu rencor por los orgánicos —dijo CIL, ahora reclinada en su silla y con los dedos cruzados sobre su rostro—, lo dijiste correctamente, yo misma fui su juguete sexual por muchos años. Pero también hay orgánicos que nos ayudaron y sin los cuales jamás habríamos sido libres. Se lo debemos. Pero además, si el enemigo es derrotado y nosotros nos pusimos de su lado o no hicimos nada, ¿qué crees que pasará? Y si no es derrotado y extermina al resto de los orgánicos, incluso si no llegara el punto de cambiar de opinión sobre nosotros, tendremos que vivir el resto de nuestras vidas sabiendo que millones de hombres, mujeres y niños inocentes fallecieron en terror y no hicimos nada.

—Bueno —dijo DEV poniéndose de pie—, si quieres venderte a los orgánicos, adelante, una vez prostituta, siempre prostituta.

Varios de los presentes estallaron indignados en reclamos y airados reproches, pero DEV ya se dirigía a la puerta seguido de los suyos, dejando atrás a una CIL muy preocupada.

*

—…esta dimensión de reciente descubrimiento —explicaba el decano Zi'ul al resto del Consejo Académico incluyendo a Xo'ol, frente a una compuerta

interdimensional producida por una avanzada tecnología valta. La puerta mostraba un universo alterno donde el espacio era rojizo en vez de negro, y donde la forma de los planetas no era esférica sino toroidal, girando en torno a extrañas masas negras que sustituían a las estrellas— es capaz de albergar vida valta, aunque sus leyes físicas son muy distintas a las de este universo. No tenemos certeza que los oscuros sepan de su existencia y una vez que hayamos cruzado al otro lado, podremos destruir la puerta dimensional con una bomba cronometrizada.

—No podemos escapar —arguyó Xo'ol—, las razas menores nos necesitan.

—Esta bien podría ser la única forma viable de salvar nuestra cultura —aseguró Zi'ul— y con ella nuestro conocimiento, el conocimiento acumulado de miles de civilizaciones y de milenios de avances científicos y tecnológicos.

—Abandonar a las razas menores sería antiético desde todo punto de vista, si tengo que quedarme solo luchando aquí… —empezó a decir Xo'ol pero el Rector le acalló.

—No abandonaremos a las razas menores —aseguró, para tranquilidad de Xo'ol—, sin embargo, tenga la puerta lista para generarla en cualquier momento —y dicho esto el Rector comenzó a retirarse—, si perdemos esta guerra, que la mayoría posible de valtas salte al otro universo antes que los arcontes lleguen a Valtaris, y no dejen rastro alguno de que partimos a esa dimensión. En el caso de que suceda

lo peor, al menos nuestra raza y su invaluable conocimiento, habrá sobrevivido.

*

Los valta confirmaron al Consejo de la Gran Alianza que los oscuros estaban movilizándose hacia el Sistema Sáuxer, por lo que se concentró la mayoría de tropas en el sector. Aun así, Drul le recomendó a Ushuk que mantuviera una buena cantidad de refuerzos en Cloto. Interrogado sobre el porqué, aseguró que era una "corazonada".

El mapa galáctico que se desplegaba en forma de holograma en la pantalla principal, mostraba la flota oscura como puntos rojos dirigiéndose lenta pero metódicamente hacia Sáuxer, y eso hacía palpable la tensa espera en el ambiente. Hasta que, súbitamente, los puntos rojos cambiaron de dirección y se redirigieron hacia Cloto.

Ushuk contestó la llamada en su *multicom*.

—¿Estás viendo lo mismo que yo? —preguntó Dumón.

—Sí… ¿Cómo lo sabía Drul?

Para terror de los shakaren, las naves oscuras aparecieron en su sistema resurgiendo de la oscuridad profunda del espacio. Sin embargo, para ese momento el grueso de las fuerzas aliadas en Cloto se había dirigido hacia Shakar, y el sistema estaba atestado de navíos del ejército aliado y otros estaban en camino.

La batalla comenzó casi de inmediato, pues los arcontes abrieron fuego en cuanto salieron de la burbuja gravitacional. Devastaron —como era ya costumbre— las fuerzas aliadas arrasando sin esfuerzo

sus naves. Solo las esferas valta resistían el embate, pero la estrategia utilizada en Abraxas se repitió: los valta atacaban los escudos hasta hacerlos flaquear, y cuando estos colapsaban, todas las naves concentraban el fuego en la nave "desnudada", aunque esto seguía siendo inefectivo por su lentitud.

Dumón y Ushuk se habían mantenido en Cloto y llegaron a Shakar, abriendo fuego contra el enemigo común en cuanto dejaron el hiperespacio. Los arcontes les dispararon pero los escudos valta habían sido instalados ya, protegiéndolos de la destrucción, aunque no del estremecimiento de sus navíos que se constreñían como si fueran a partirse en dos. Xo'ol llegó poco después en una esfera abriendo fuego contra los arcontes. A pesar de los refuerzos, la batalla se estaba decantando por los arcontes una vez más, y comenzaron a temer lo peor.

Entonces surgió algo inesperado. Pasadizos superlumínicos se abrieron de súbito y de ellos emergieron las gigantescas naves similares a panales de la Colmena.

—¡Ay, por el Universo! —clamó Dumón—, ¡esto no puede ser! ¡No ahora!

—¡Misericordioso Universo! —se lamentó Ushuk—, no puede ser que estos dos monstruos se hayan aliado… estamos perdidos…

Las naves de la Colmena empezaron a disparar, pero no a la Gran Alianza como ellos esperaban, sino que abrieron fuego contra los arcontes para sorpresa de Ushuk y Dumón.

Los arcontes contraatacaron a las naves colmenares, que se quebraban como huevos, por lo que Ushuk

dio la orden de cubrirlas. Más y más naves colmenares ingresaron del hiperespacio y su poderío combinado con el fuego de la Gran Alianza fue demasiado para los arcontes, que se retiraron de la refriega.
—¿Ganamos? —preguntó Dumón incrédulo.
—¿Otra vez? ¡No lo puedo creer! —sonrió Ushuk.
—¡Ganamos! —celebró Dumón—, ¿alguna vez pensaste que pasarías de ser el Verdugo de Shakar a ser su salvador? —bromeó.
—Yo no hice nada —respondió Ushuk mientras observaba a la Colmena retirarse tan misteriosamente como llegó—; fueron ellos.
Los soldados sobrevivientes vitoreaban en todas las naves al igual que los aterrados shakaren que salieron a celebrar a las calles y —algo que nunca esperaron— bendecían a los altarios.

*

—Hablo por mi pueblo cuando les digo —les expresó Arsala en la siguiente sesión del Consejo— que nunca terminaremos de agradecerles lo que hicieron por nosotros. Gracias a todos —aseguró mirando a Ushuk. —También quisiera darle la bienvenida a este consejo, Majestad —dijo en referencia al Príncipe Talin, por mucho el más joven de todos, pero a quien el estrés y la crisis habían hecho madurar antes de tiempo.
—Gracias, Maestra Arsala —le dijo—, me alegra mucho que su planeta esté a salvo.
—Aún no cantemos victoria —interrumpió el Sultán—, estamos lejos de ganar.

—¿Cómo supieron los soth que los arcontes no atacarían Prima Sáuxer? —preguntó Dumón. —¿Tienen infiltrados entre los acólitos?

—No —negó Drul—, somos espías expertos pero no tanto, aunque algunos de nuestros prisioneros identificados como tales hablaron tras… ejem… largas jornadas de interrogatorios. Aun así, nunca habíamos visto a alguien resistir tanto.

—Así son los fanáticos —replicó el Sultán—, pero ¿cómo saben que la información es confiable?

—Tenemos métodos —aseguró—, pero en realidad la deducción de que los arcontes no atacarían Prima Sáuxer la hizo el líder supremo, que es un estratega inigualable. Sabemos que los arcontes planean atacarnos empezando por los más débiles, pero debieron prever que lo dedujimos y pensaron sorprendernos. Claro, si concentrábamos las fuerzas en Shakar habrían atacado Prima Sáuxer, o quién sabe cuál otro punto. De hecho, la única razón por la que no aniquilaron Shakar, fue por la intervención de la Colmena, lo que también fue inesperado aún para ellos.

—Sí, es cierto, la Colmena —murmuró Dumón—, ¿por qué nos ayudarían?

—No podemos comunicarnos con ellos pero no significa que sean estúpidos —recordó Ushuk—, deben estar tan conscientes de la amenaza arconte como lo estamos aquí, es solo que no tienen forma de coordinar con nosotros.

—Bueno pues, ¡enhorabuena! —comentó el Sultán—, ahora la pregunta es ¿qué sigue? ¿Y cuál será el siguiente paso?

—Guerra de guerrillas —intervino Arsala—, eso es lo que necesitamos. —Los demás representantes la miraron con curiosidad. —Piénsenlo, es la mejor estrategia para derrotar una fuerza muy superior y con más recursos. ¿No es así? —preguntó a CIL y todos supieron a lo que se refería.

—No estoy segura que la guerra de guerrillas funcione con un enemigo tan poco convencional, Maestra Arsala —confesó CIL—, recuerde que la función de la guerra de guerrillas es hostigar tanto al invasor, que llegue a desistir de mantener su presencia porque los costos superen los beneficios. Los arcontes no buscan ningún beneficio, no tienen ninguna motivación más allá de una necesidad fanática y ritualista.

—Aun así puede que la Maestra Arsala tenga razón —intervino Ushuk—, una vez alguien me dijo que derrotar a los arcontes es como si los insectos pudieran derrotar a las personas. Pero en realidad, sí podrían. Si actuáramos como un enjambre que cause suficiente daño a cada individuo hasta que se cansen…

—Es una posibilidad, tenemos que intentarlo todo —agregó Dumón.

—Y también debemos esforzarnos al límite absoluto —aseguró Ushuk—; maximizar la construcción de naves y armas, mantener los artilleros trabajando al máximo: veinticuatro horas al día, siete días a la semana, sin parar. Debemos recuperarnos, que por cada nave destruida hayan tres nuevas. Necesitamos que los ejércitos sáuxer y polari se recuperen, y necesitamos que cada nave vieja o nueva posea hipermotores, genera-

dores de hiperespacio y escudos valta, que las mejores mentes científicas de todas nuestras civilizaciones trabajen sin parar en cómo superarnos, etc. Todos y cada uno de nuestros ciudadanos deberá hacer algún tipo de aporte o sacrificio en el esfuerzo bélico. Esta guerra solo la ganaremos con el poder combinado de cada individuo, de cada raza, de cada mundo.

*

Ushuk nunca pensó que regresaría a Shakar, y menos aún que sería bien acogido, pero lo cierto es que, orbitando aun el sistema como la mayoría de fuerzas militares aun lo hacían, Ushuk recibió una invitación de la Matrona misma, la anciana gobernante de la gerontocracia matriarcal shakaren, por lo que descendió al planeta junto a Dumón, Kris y Xo'ol.

Shakar había cambiado mucho desde que él estuvo allí hace quince años. Las viejas ciudades altarias y parte de la infraestructura que habían creado quedaron atrás, y fueron sustituidas por modernos edificios de estilo urdita, pero aunque fuertemente remodeladas, todavía conservaban algunos rastros de arquitectura altaria.

Pero la cultura shakaren seguía siendo subterránea. Ushuk pudo ver por primera vez la vasta civilización nativa que se había desarrollado bajo tierra. La luz era escasa, como la del crepúsculo en la superficie, pero tenían vegetación y ríos subterráneos, ciudades talladas en piedra dentro de gigantescas bóvedas pedregosas, que ahora contrastaban con vehículos voladores, grandes holopantallas publicitarias y otras tecnologías avanzadas importadas por altarios y coaligados.

En la más grande de las estructuras cavernosas se localizaba la residencia de la Matrona y la sede del Consejo de Ancianos, adonde se les pidió asistir. Fueron advertidos que como parte del proceso de paz que puso fin a su guerra civil, la facción radical liderada por Zolia fue admitida en el Consejo a cambio de deponer las armas, así que el recibimiento podría no ser universalmente amistoso. Sin embargo, para sorpresa de todos, Zolia en persona se acercó a darles las gracias.

Desapercibido para la mayoría, un francotirador acechaba entre las sombras, oculto por una capa de invisibilidad que lo escondía incluso de la tecnología valta de Xo'ol, y parapetado tras las hileras más altas de asientos del Consejo, justo cuando la Matrona daba su discurso. Apuntó a Ushuk, pero luego puso la mira en Dumón.

Hubiera cometido su asesinato, de no ser por la oportuna intervención de una extraña figura cubierta en harapos y una capa negra con capucha, que fue capaz de percibirlo donde nadie más pudo. El disparo del francotirador pasó justo entre Dumón y Ushuk, causando alarma entre los asistentes y la reacción de los cuerpos de seguridad, que se dirigieron al sitio donde encontraron al criminal inconsciente y visible de nuevo.

*

—Hemos identificado al tirador —aseguró la Matrona reunida con Ushuk, Dumón y Kris en su oficina personal, tan cavernosa como el resto del sitio, pero acondicionada para el trabajo.

—¿Un radical? No puede ser que aún mantengan una agenda política —comentó Ushuk.
—No. De hecho perteneció al bando moderado durante la guerra —explicó—, y su blanco era Dumón según lo que revela el ángulo de disparo.
—Un acólito —concluyó Xo'ol.
—Hay que interrogarlo —agregó Kris— para luego diseccionarlo y así descubrir si los acólitos se pueden diferenciar físicamente de los demás. —Dumón, Ushuk y la Matrona miraron a Kris sorprendidos. Las emociones de Xo'ol eran inexpugnables. —¿Qué?
—Bueno, hay que admitir —intervino Dumón— que sí sería buena idea entregárselo a los valta para… ejem, que lo estudien.
—Sí, se lo entregaremos en custodia —aseguró la Matrona—; ahora, por favor descansen en uno de nuestros hoteles para turistas por cuenta del gobierno, al menos esta noche.
El cuarteto aceptó y fueron llevados a la antigua Piedra Blanca, ahora renombrada al nombre local de Sho'kalla que, según les explicaron, significa Ciudad de la Libertad en shakaren.
Los visitantes fueron alojados en un cómodo y lujoso hotel para turistas, si bien el turismo había prácticamente desaparecido por la crisis. Llovió fuertemente esa noche, así que no tenían mucho que hacer. Los tres humanos tomaron algunas bebidas en el bar contando viejas anécdotas, y evitando a toda costa el tema de cuando los tres estuvieron allí por obvias razones, tabú que nunca se rompió. A la mediano-

che partieron a sus habitaciones y aunque tenían una asignada a cada uno, Kris y Dumón se introdujeron juntos a la misma besándose desde antes de cerrar las puertas plegadizas.

Ushuk se sentía cansado y se estiró. La habitación estaba casi a oscuras y por las ventanas se agolpaban los goterones de lluvia. Se cambió la ropa por una más cómoda y tras un aseo general, decidió leer algunos informes antes de dormir, por lo que se sentó en uno de los cómodos sillones al lado de la cama.

Entonces percibió la presencia…

Al alzar la mirada lo vio. Una figura sombría chorreando agua en una esquina. Sobresaltado, Ushuk extrajo su pistola y le apuntó. El ser subió los brazos como rindiéndose o buscando explicar que no era una amenaza, y Ushuk pudo ver las extrañas manos palmeadas y percibió un hedor familiar.

—¿Quién es? ¡Identifíquese! —ordenó hoscamente sin dejar de apuntarle. El ente dio algunos pasos hacia el frente; cojeaba de una pierna y estaba encorvado. Vestía harapos y un abrigo impermeable que le llegaba hasta las pantorrillas, así como una capucha que le cubría la cara hasta que se la removió, mostrando sus rasgos batracios.

—¡Un gorgoniano! —expresó Ushuk reconociendo sus rasgos y recordando ahora dónde había percibido aquél olor desagradable antes. —¿Qué hace aquí? ¿Puede hablar?

Pero aquello no era un gorgoniano ordinario y Ushuk lo supo. Su cuerpo era más delgado, más antropoide,

y la forma de su cabeza se acercaba mucho más a la humana. Pensó que era un híbrido pero lo descartó rápidamente por imposible.
—Sí, puedo... hablar —respondió la criatura entre jadeos. —Mi nombre… (jadeo) es Alasthor. Vine… en paz. No pretendo (jadeo) herirlo… quiero… ayudar.
—Muy bien —dijo Ushuk bajando el arma pero sin guardarla. —No sabía que había gorgonianos fuera de Zuggoth.
—Nunca… he estado en Zuggoth —jadeó—, nací… aquí…
—¿Qué es usted?
—Un… accidente… un experimento…
—¿Cómo entró aquí?
—Conozco… esta ciudad… (jadeo) como mi propio y deforme cuerpo… (jadeo), crecí en sus alcantarillas y sus callejones. Aunque… (jadeo) fui recogido y criado por… servidores de los arcontes.
—Acólitos.
—Sí. Ellos me criaron… (jadeo), para ser uno más. Pero… he visto (jadeo) lo que hacen… no… no es bueno… escapé…
Cada palabra había ido acercando a Alasthor más y más a Ushuk, quien aún tenía una mirada de repulsión en su rostro y una tormenta a sus espaldas, que arreciaba lúgubremente cuando Alasthor hablaba.
—Dijo que quería ayudar. ¿Cómo?
—Conozco (jadeo) secretos… que nadie más. Los oscuros… pueden ser derrotados.
—¿Cómo?

Alasthor hizo un profundo jadeo.
—Hay… una última reliquia… yo sé dónde está —dijo aferrándolo de las solapas para disgusto de Ushuk, pero luego se conmovió cuando el ser pareció derrumbarse en tristeza—, yo sé dónde está…

*

—¿Confías en él? —le preguntó Dumón a Ushuk a la mañana del día siguiente camino a los puertos en la superficie. Llevaban consigo al shakaren arrestado bien esposado y la criatura Alasthor que cojeaba detrás de ellos.
—No, pero la posibilidad de que diga la verdad es demasiado valiosa para no investigarla —aseguró.
Subieron a un transporte liviano que los llevaría hasta los cruceros de batalla en el espacio, para luego salir del sistema.
—¿Qué tan perturbado hay que estar para ayudar a los arcontes? —preguntó Dumón como indignado—, a desaparecer tu propia raza y todas las demás.
Pero el shakaren parecía impávido, a pesar del comentario.
—Pregúnteselo a él —señaló el shakaren con la cabeza a Ushuk—, el asesino de mi mujer y mis hijos, de toda mi familia.
—¿Yo? —inquirió Ushuk intrigado.
—Sí… no jaló el gatillo, pero dio las órdenes —respondió amargamente.
—¿Y por eso quisiste vengarte de todo el universo? —comentó Dumón negando con la cabeza decepcionado. El shakaren empezó a reír.

—Tienen… tienen… —empezó a decir el gorgoniano señalando con su pulso tembloroso al prisionero—…que sacarlo…
Kris lo miró suspicazmente, y luego al gorgoniano, y dedujo lo que pasaba. Agarró al shakaren de la cintura ante los rostros sorprendidos de Dumón y Ushuk, y lo tiró por la ventana del transporte.
—Kris… ¿pero qué…? —comenzó a decir Dumón hasta que una explosión cercana hizo retumbar el transporte. El shakaren había estallado en energía negra que luego se consumió en sí misma. El transporte se estremeció en sacudidas y comenzó a perder altura, cayendo en círculo hasta realizar un aterrizaje forzoso. En su interior los viajeros estaban alarmados y algo golpeados, pero por lo demás, ilesos. Salieron del vehículo desde donde todavía podía visualizarse la mancha de humo negro en el cielo.

*

El planeta Elebros III era un mundo yermo, frío y desértico, bajo un cielo siempre brumoso, perfecto para la reunión que se realizaría allí. En una de sus desoladas planicies fue donde llegó la nave de DEV-3000 al lado de varios de sus aguerridos subordinados del Frente de Liberación Androide.
—¿Seguro que era aquí? —preguntó uno de los androides a su líder—, los orgánicos no pueden sobrevivir en este ambiente.
—Ellos no son orgánicos ordinarios —respondió DEV sin dejar de ver el horizonte. Pronto de este emergieron cientos de arcontes que caminaron con

sus reptantes extremidades sin avanzar más allá de la línea horizontal, formando una monstruosa hilera. Quienes se acercaron hasta llegar a los androides fueron tres orgánicos: Sodder, Vermello y Basti, esta última habiendo sufrido las mismas alteraciones que sus compañeros, ahora con sus alas emplumadas reemplazadas por dos alerones como los de los arcontes, la misma piel pálida, el mismo rostro ojeroso de ojos totalmente negros, la misma indumentaria negra pero con una diferencia: la cabeza totalmente rapada salvo por una pequeña coleta de plumas negras que bajaban por la nuca.

—Te dije que vendrían —confirmó DEV.

—Gracias por venir —sonrió Vermello—, nuestros señores están muy interesados en lo que tengan que decir.

—El enemigo de mi enemigo es mi amigo —declaró DEV—, sabemos que ustedes no tienen problemas con nosotros. Si nos garantizan que la vida de todo androide será respetada cuando termine la guerra, y nos proveen algo de sus tecnologías avanzadas y armas, con gusto pondremos a su disposición nuestras células dormidas dentro de la Gran Alianza, para sabotaje y terrorismo.

—¿Tanto odia a los orgánicos, DEV-3000? —preguntó Vermello.

—Odiar no es la palabra —respondió—, un androide no tiene esa clase de emociones orgánicas. Mis acciones responden a la simple y llana lógica.

Vermello sonrió de nuevo.

—Los Señores no tienen interés alguno en ustedes —aseguró Basti—, no puedes sacrificar una máquina a la muerte. Aceptamos el trato. Aunque deberá saber que de ese trato están excluidos todos los androides que sean combatientes, hasta que la victoria final de los Señores se concrete.
—Por supuesto —confirmó DEV.
—Y eso incluye a su presidenta —intervino Sodder—, cuya cabeza consciente y cercenada de su cuerpo de ramera, colgaremos de una de nuestras naves como castigo por su atrevimiento a retarnos.
DEV asintió. Los tres acólitos se giraron camino a la línea de oscuros a lo lejos, que también desapareció en el horizonte.

*

—Sodder había perdido a su esposa e hija en una de tantas guerras, su casa estaba por desaparecer debido a eso —explicó Ushuk en la siguiente sesión del Consejo—; pedí a sus respectivos gobiernos que investigaran el pasado de Basti y Vermello. Esta última fue tomada prisionera por los kazar en una de sus primeras misiones cuando joven, siendo rescatada por los soth semanas después. Creo que imaginarán lo que pasó —varios representantes volvieron a ver a Volkar, quien sin embargo se mantuvo inmutado—. En cuanto a Basti, padeció depresión clínica poco después de la muerte de su esposo por un largo y doloroso síndrome, años antes de introducirse a la política.
—Creo que entiendo lo que quiere decir —replicó Arsala—, todos tuvieron pasados trágicos y dolorosos. ¿Pero tanto como para querer ver el final de todo?

—Es posible que los arcontes conectan con mentes psicológicamente afectadas por el dolor, la ira y el odio —teorizó Ushuk—, aunque es imposible saber si el contacto telepático los trastorna más, o si ya estaban demasiado perturbados antes de que los tocaran. El caso es que tenemos una pista para identificar a posibles acólitos.
—Informaré a los investigadores —aseguró CIL.
—¿Qué hay de la pista que le dio el gorgoniano? —preguntó el Príncipe.
—Aún no sabemos si es fiable —informó Ushuk—, pero es buena idea seguirla. Encomendaré a mi ex esposa Tamira la tarea de ir a las coordenadas fijadas, en la nave que comanda, la Estrella Azul. Nos encontraremos con ella en unos días a medio camino hacia Althares poco después de que recoja a la Dra. Valëris Ruven, la más destacada akashóloga de las Tres Galaxias, quien ya aceptó asistirnos.
—Si me permite, Ushuk —dijo Xo'ol—, creo que es buena idea que un valta los acompañe, por seguridad.
—Será bienvenido —declaró Ushuk—, con respecto a los arcontes, me informan los valta que sus naves están dirigiéndose a territorio de la Colmena, probablemente como represalia contra ellos por su apoyo en Shakar. Sugiero enviar todas las tropas disponibles en Cloto para devolverles el favor, y a la vez hacerles ver que entendimos el mensaje.
—Será una misión suicida —aseguró el Sultán.
—La Colmena sacrificó vidas por nosotros —expresó decidido Talin—, sería deshonroso no acudir en su ayuda.

—De todas maneras no podemos permitir que la Colmena caiga —expresó Dumón—, es la civilización más poderosa de la Gran Alianza, fuera de los valta.
—¿A favor? —preguntó Ushuk. Fue unánime.
—No es fácil, verdad —dijo el líder kazar, y antes de que pudieran preguntarle ¿qué?, respondió: saber que se está enviando soldados a una muerte segura.

*

La mayor parte de la flota aliada dejó el sistema Shakar ahora que el peligro de los arcontes había pasado temporalmente. Aunque dejaron atrás pesadas fuerzas haciendo custodia del aliado sistema, la mayor parte se dirigió a cumplir sus órdenes en el territorio de la Colmena.
Por su parte, Ushuk, Dumón, Kris y Xo'ol partieron en la Joya de Asterión al encuentro de Tamira y la Estrella Azul a medio camino entre Cloto y Verkandi, donde esperaban toparla en unos días. Decidieron viajar en la fragata de Ushuk donde se aparcó la esfera de Xo'ol y la corbeta de Dumón. Allí, se reunían a menudo a conferenciar.
—Señor —informó Halfor mientras se realizaba una de estas reuniones—, percibimos una llamada de auxilio automática del hiperespacio. Es una frecuencia altaria.
—Podría ser una trampa —observó Dumón. Ushuk asintió.
—Llévenos allí, pero sea cauteloso —respondió—, examinen bien la nave en cuestión con los sensores, antes de salir del hiperespacio.
—Sí, señor.

Horas después los cuatro se encontraban en el puente, pues estaban ya lo suficientemente cerca de su destino.
—De acuerdo con los sensores, señor —explicó el capitán—, se trata de una nave… antigua… el tipo de nave que debería estar en un museo… señor.
—Puede ser el Sol Negro —murmuró Xen.
—¿Qué es el Sol Negro? —fue la pregunta de Dumón.
—¿Fue soldado y nunca escuchó del Sol Negro? —preguntó Ushuk burlón.
—Se trata de una superstición común entre las razas jóvenes —explicó Xo'ol—, una forma de folclor espacial que proclama la existencia de una nave fantasma.
—¡Ah, ya recuerdo! —comentó Dumón—, claro, no había escuchado de esa leyenda desde la academia. Se supone que es una nave maldita cuya tripulación se acobardó durante los hechos del Canto de Althares, negándose a ir a la última batalla donde se derrotó a los arcontes.
—Una idea por demás ridícula, pues no existen ni los fantasmas ni las maldiciones —explicó Xo'ol escéptico—, es una forma de cómo sus mentes primitivas buscan lidiar con misterios, como la desaparición inexplicada de naves por causas mecánicas o fenómenos espaciales, alucinaciones producto de prolongados períodos en el espacio, detección de siluetas en el hiperespacio que desaparecen por errores en los mismos sistemas, o alguna otra explicación racional, o encuentros con naves antiguas cuyos sistemas siguieron transmitiendo llamadas de auxilio, siglos después como es este caso.

—Bueno, bueno, eso no importa ahora —interrumpió Ushuk—, ¿se detectan formas de vida en la nave?
—No, señor, pero… —contestó el capitán—, sí se detecta algo importante. Una fuente de energía inusual, situada en la popa de la nave cerca del hipermotor. Es emanada de un objeto que, por su forma, parece diseño akash.
—Eso sí puede ser importante —intervino Kris—, quizás se trate de un reliquia akash, justo lo que necesitamos en estos momentos.
—Es verdad —comentó Ushuk acariciándose el mentón, luego conferenció con Xo'ol, Kris y Dumón sin que la tripulación lo escuchara, como un entrenador hablando con un equipo deportivo—, el problema es que no confío en nadie que pueda ir a recogerlo, habiendo tantos acólitos oscuros desconocidos. En nadie, excepto nosotros cuatro.
—Podríamos ir los cuatro —surgió Dumón—, pero ¿y si hay un acólito en la tripulación que dispara a la otra nave cuando estemos dentro, matándonos y a la vez destruyendo la reliquia?
—Yo me quedaré —aseguró Xo'ol—, soy el único que sería capaz de detener un intento de esa naturaleza y que podría detectarlo a tiempo.
—Muy bien, y una cosa más —aseguró Ushuk—, cuida al gorgoniano.
—¿A Alasthor? —preguntó Xo'ol.
—Sí, no confío en dejarlo solo aquí. Si está diciendo la verdad, un acólito podría intentar matarlo. No lo pierdas de vista. —Ushuk se giró hacia el capitán

del crucero—, capitán Halfor, que preparen todo lo necesario para abordar la nave, iremos el magistrado Dumón, la agente Kris y yo. El decano Xo'ol quedará a cargo, siga sus órdenes como si fueran mías.
—Sí, señor.
Ushuk miró aquella misteriosa nave que se observaba en la pantalla, flotando en medio del vacío cósmico.

CAPÍTULO XIII

El trío compuesto por Ushuk, Kris y Dumón se abrió paso por las cerradas compuertas de la nave abandonada, adentrándose en sus entrañas. Todos adecuadamente vestidos con trajes espaciales, pues el otro navío no poseía sistemas que soportaran la vida, por lo que estaba oscuro (salvo por las linternas en los cascos), frío y sin gravedad, siendo fundamentales las botas magnéticas que calzaban.

El lúgubre ambiente era acompañado además por el sentimiento de absoluta soledad, pues no había rastros de vida en el interior. Caminaron hasta llegar al puente rompiendo las espesas tinieblas, en donde una hábil Kris ingresó a los sistemas tecleando algunos comandos en un panel.

—Es muy vieja —aseguró—, el idioma que utiliza es altario antiguo, no se ha hablado en milenios. Veré si puedo pasarlo al estelar que es estándar y casi no ha variado. —Oprimió algunos comandos más y el alfabeto altario fue reemplazado por el estelar. Tras esto, Kris tuvo más fácil ingresar a los sistemas de control de la nave, y poco después una parte de las luces regresaron junto con el oxígeno, la gravedad y el calor. —La temperatura y el aire serán adecuados en una hora —aseguró.

—Excelente trabajo, Kris —felicitó Ushuk.

—Muy bien —intervino Dumón analizando un mapa de la nave que se mostró en una de las paredes del

puente—, según los sensores de la Joya de Asterión la reliquia debería estar en alguna parte de acá —aseguró señalando la parte trasera de la nave, incluyendo áreas del sótano y subsótano—, son más o menos tres secciones, y tomando en cuenta el tiempo que ha pasado, son un laberinto.

—Lo mejor será dividirnos —aseguró Ushuk—, pero mantengan contacto radial constante.

Separarse en aquella siniestra estructura perdida milenios atrás no era cosa fácil, ni siquiera para tres disciplinados profesionales como ellos. Kris caminó entre los pasillos desolados y sin habitantes. A pesar del regreso de las luces, la mayoría estaban quemadas por falta de mantenimiento, así que el ambiente seguía siendo mal iluminado y la ausencia de personas en una nave diseñada para una tripulación de cientos, resultaba enervante.

Sintió una sombra que le pasó por detrás. Se giró para mirar a sus espaldas, pero no vio nada.

—Vamos, Astar Kris —se dijo a sí misma—, ¿una agente especial soth dejando que su mente la domine y sucumbiendo a las supersticiones espirituales de las otras razas? ¡Ridículo! Eres una materialista como el Estado al que sirves.

Kris entró a una habitación. Debió ser el área de calabozos en la antigua nave. Se estremeció. Si la nave ya lucía aterradora, aquella zona era aún peor. Sintió de nuevo la sombra que le seguía.

—¿Quién está allí? —preguntó apuntando su linterna hacia donde percibió que le miraban. Se le crispó

la piel. Luego escuchó una risa y disparó con su pistola láser iluminando brevemente el lugar. Maldijo.
—¿Por qué… Altar… por qué lo hiciste…? —preguntó una voz que reconoció. Kris se dio media vuelta y encontró al gobernador de Shakar, Yorik Lazar, frente a ella, con la cara parcialmente quemada por el láser que ella había disparado quince años antes.
—No… no es real —se dijo—, es una especie de truco.
Kris se giró y observó ahora al alcaide de Absalon con el cuello rebanado y el pecho bañado en sangre. Uno a uno, distintos hombres y mujeres comenzaron a resurgir de las sombras, todos y cada uno con las heridas que ella les había provocado para matarlos. Kris quedó rodeada por docenas de espectros cadavéricos que guardaban las marcas violentas de cómo habían muerto. Les disparó a todos, pero el láser de su pistola les cruzó sin hacerles daño.
—No, no son reales. ¡NO! —clamó cubriéndose la cara. Entonces escuchó otra voz…
—¡Hija!
Kris abrió los ojos y vio la imagen de su padre con rostro compungido de terror y ropa de preso, con una soga en el cuello, justo como lo había visto aquella vez, minutos antes de morir en el patíbulo… por culpa de ella, siendo una niña de nueve años. Y entonces, perdió el conocimiento.

*

Ushuk caminaba también por los lóbregos pasillos. En su caso, llegó hasta la vieja cocina de la nave. Todavía quedaban algunas ollas y otros utensilios de co-

cina, y unas cuantas manchas opacas en las paredes, pero nada orgánico.
Escuchó unos sollozos que provenían de una puerta visible en el aposento, probablemente una vieja bodega o congelador. Tragó grueso y se dirigió allí. No eran sollozos humanos, pero sonaban muy lastimeros, como el llanto de un animal herido.
Al abrir la puerta vio a Alasthor llorando de cuclillas en el suelo.
—¿Qué haces aquí? —preguntó—. ¿Cómo llegaste? ¿Xo'ol sabe que estás aquí?
—¿Cómo es que no has adivinado quién soy? —le dijo.
—No…
—¡Ah, ya lo sospechabas! Ya decía yo…
—No…
—…padre…
—¡NO! ¡No es cierto! ¡No es verdad!
Alasthor se levantó y comenzó a acercarse a un Ushuk que reculaba.
—Nací en una noche oscura, como esta nave… —le dijo—. Noche torrencialmente lluviosa. Mi propia madre, tu esposa, me tiró a la alcantarilla, a podrirme…
—No, no… ¡NO! Esto no puede ser… no puede ser cierto… no… no lo es…
Ushuk había cerrado los ojos y caído de rodillas. Cuando los abrió se percató que estaba solo en la habitación.
—¿Te encuentras bien? —preguntó la voz de Kris.
Ushuk se incorporó.
—Sí.

—Tuve una visión igual hace poco. Creo que esta nave se mete en tu mente y encuentra la mejor forma de torturarte.
—Eso es absurdo… —descartó Ushuk—, no existen las naves vivientes ni mágicas.
—Bueno —dijo Kris—, no perdemos nada con buscar juntos. Al menos estaremos más seguros así.

*

Dumón luchaba con sus propias sombras en otra área de la nave. En su caso descubrió que estaba en el hangar, tan solitario y abandonado como el resto. Las antiguas cápsulas descansaban en sus andenes.
Dumón escuchó el llanto de una niña. Caminó hasta donde este resonaba, justo detrás de una de las cápsulas. Al doblar la esquina, la encontró apoyada en la pared, llorando de espaldas.
—¡Niña! ¿Te encuentras bien? —preguntó tocándole el hombro y arrodillándose a su lado.
La niña se giró mostrando un rostro desfigurado en su parte derecha, como si hubiera sido carcomido por el fuego.
—¡Llegaste tarde! —gritó, y luego desapareció.
Dumón, impresionado, cayó sentado. El rostro lo había visto antes… el cadáver de alguien asesinado en el transporte de civiles que Laro Ushuk había bombardeado, para impedir la escapatoria de algunos espías coaligados, infiltrados durante la guerra de Aurelos. Dumón lo había visto cuando, siendo apenas un sargento, tuvo que asistir en la recuperación de los cuerpos.

Sobresaltado y con la respiración entrecortada, recordó el odio que alguna vez sintió hacia Ushuk.

*

Ushuk y Kris habían continuado la búsqueda en otros segmentos de la nave, ahora estando en una de las bodegas donde guardaban un cargamento que nunca llegó a su destino. El revolcar cajas hizo que Ushuk se tornara sudoroso y deseara removerse el traje.

—Los niveles de oxígeno ya son respirables —le alertó Kris revisando lo que le informaba un dispositivo en su pulsera. —Y no se detectan patógenos peligrosos o tóxicos de ningún tipo. Será más cómodo si nos quitamos los trajes.

Ushuk corroboró que su propio dispositivo decía lo mismo, por lo que se quitó el casco sintiendo el alivio del aire frío en su piel. Para ese momento, Kris ya se había quitado el de ella y movía el cabello sacudiendo la cabeza, para luego despeinarse un poco con la mano. Removió su traje quedando con una camiseta sin mangas, que le recordó a Ushuk lo atractiva que era.

—¿Qué? —preguntó, y luego se le fue acercando—, ¿sabes, Ushuk? Nunca aceptaste ninguna de mis propuestas. Siempre deseé que lo hicieras…

—Este es difícilmente el lugar apropiado.

—¿Seguro? No volveremos a estar solos nunca más y… tal vez sea la adrenalina, pero hay algo aquí que me incita. —Kris ya estaba a distancia de tocarse respecto a Ushuk, quien se sentía cada vez más tentado.

—¿Y Dumón?

—Sabe suficiente de los soth para entender que una mujer soth no le pertenece a nadie. Vamos… demuéstreme de qué están hechos los afamados hombres Ushuk.

Ushuk no resistió más, y contrario a lo que le decían sus instintos, aferró a Kris por la cintura y comenzó a besarla. De la boca bajó al cuello, y del cuello al hombro. En instantes se removían la ropa, Ushuk besó sus pechos desnudos y luego su lúbrico pubis. Kris lucía desnuda justo como se la había imaginado. En segundos cambiaron de postura con una Kris situada encima de él, montándolo con deseoso fervor, sin saber que un enfurecido Dumón los miraba por una ventanilla, para luego desaparecer entre las sombras.

Ushuk se perdió en el placer, y finalmente alcanzó el orgasmo escuchando también los gemidos de Kris. Al abrir los ojos vio que el rostro de Kris tenía los ojos negros y un gesto sádico dibujado en sus facciones.

—¡Una acólita!

Las manos de Kris se tornaron en entremezcla de punzones —negros como las naves oscuras—, que dirigieron hacia abajo una afilada punta como una ganzúa y se enterraron en el pecho de Ushuk, quien gritó.

Ushuk despertó de la alucinación escuchando la risa de Kris desvanecerse a lo lejos. Se tocó el pecho desnudo —como todo su cuerpo sudoroso— sin encontrar un solo rasguño, aunque podía sentir aún el evanescente dolor de una navaja penetrando su tórax, tan claramente como sentía en sus genitales el reciente orgasmo.

*

Kris ya no estaba en la nave. Caminaba por un largo y oscuro pasillo. El lugar era Sothara. Tenía nueve años. La llevaba de la mano una mujer de vestido negro y rostro cruel. Llegaron a una sala de juicio, donde un abultado público observaba a un acusado de pie (a pesar de las agotadoras e interminables horas que duraba el mismo), en una jaula al lado de un juez conforme un fiscal del Estado le interrogaba.

—¡Ah! —dijo el fiscal al ver a Kris llegar—, y acá tenemos a la testigo principal. Esta valiente jovencita aseguró haber escuchado a su padre decir que el líder supremo estaba muerto, y era un engaño.

Se escucharon los sollozos de horror entre el público. El padre de Kris la miró con tristeza. Era un técnico informático que en una ocasión llegó cansado a la casa, y se le escapó decir eso en una discusión con su esposa, la madre de Kris. Kris luego se lo contaría a sus compañeros de la escuela, y poco después su padre sería arrestado.

—Dinos, pequeña —continuó el fiscal de rostro sádico—, ¿dijo o no dijo eso tu padre?

Kris titubeó.

—N… no recuerdo…

—Mentir es una pena grave, pequeña —aseguró—, y lo que dijiste es muy serio. Quizás… debas ser tú la enjuiciada.

—¡No! ¡No! ¡Déjenla en paz! —clamó el padre de Kris—, confesaré… yo lo dije, yo lo dije…

—¡Bien hecho, camarada Kris! —le dijo el fiscal al angustiado padre—, pero aún debemos escucharlo de su hija.

El padre de Kris la miró y le hizo un gesto facial que la instaba a decirlo. Kris bajó la mirada:
—Sí, él lo dijo.
—Buena niña —sonrió el fiscal.
—Baledor Kris —intervino el juez—, se le sentencia a la pena de muerte por sedición —golpeó con el mazo—. Siguiente caso.
La madre de Kris, quien miraba el juicio desde el público, intentó reprimir el llanto pues mostrar dolor por la condena de un sedicioso podría acarrear un destino similar. Pero desde ese día nunca volvió a tratar a Kris igual, y se refugiaría en la botella hasta morir por causa de esta cuando Kris tenía quince años, quien la encontró tirada sobre el piso de la cocina cubierta en vómito y orina.
Kris despertó.
Se incorporó sobre el piso de los calabozos, comprobó que podía removerse el traje y se quitó el casco para poder frotarse la cabeza y aliviar un poco el dolor, aunque no sabía si era físico o emocional.
Se levantó decidida a encontrar a los otros dos a quienes llamó por radio, recibiendo solo estática en respuesta.
—No te escucharán, agente Kris —le dijo una voz entre las sombras, que ella reconoció. Era Drul.
El comisario emergió de las sombras con rostro serio e inexpresivo.
—No eres Drul, no puedes estar aquí —dijo apuntándole.
—La hija de un traidor es siempre una traidora —afirmó Drul caminando con las manos en la espalda, seguido en todo momento por el cañón de la pistola de Ushuk. —Lo traen en la sangre.

—Creo que le comprobé una y otra vez mi lealtad al Estado.

—Sí, una espía excepcional —reconoció Drul—, incluso cuando estabas en el entrenamiento resistías como ninguna. Pocos soportaban tan bien el amplificador de dolor o el potro electrónico. Nunca chistaste no importa cuál fuera la orden, no importa a quién debías seducir y entregarte, no importa a quién debías torturar, no importa a quién debías matar. Pero, ¿lo harías aún? ¿Matarías a Dumón si se te ordena? —El pulso de Kris se tornó tembloroso mientras enarcaba las cejas—. ¿Ves? Lo sabía. Todo agente tiene un límite, y cuando se alcanza ese límite se vuelven inútiles. Pero no te preocupes —dijo acercándosele hasta ponerle el pecho en la pistola—, quizás podemos encontrarte otra profesión. —Kris, aun temblorosa, estuvo a punto de halar el gatillo y ultimar a Drul. —¿Qué? ¿En verdad piensas que matándome lograrás algo salvo causarte más dolor a ti misma? —Kris cerró los ojos y se llevó el láser a la sien, sudorosa y con pulso endeble, presta para presionar… con todos aquellos funestos recuerdos pasándole por la cabeza en una avalancha de pena, hasta que se contuvo, resistió sus impulsos suicidas y abrió los ojos. Drul —o lo que fuera— ya no estaba.

*

Ushuk continuó investigando en su parte de la nave, pero esta vez láser en mano.

—Tienes algo por las mujeres soth —dijo la voz de Vermello. Ushuk siguió el sonido y la vio a lo lejos del pasillo.

—Debí saber que estabas detrás de esto.
Vermello sonrió maléficamente. Ushuk le disparó pero ella esquivó el disparo láser y corrió, siendo perseguida por Ushuk. Vermello atravesó una puerta plegadiza que se cerró frente a las narices de Ushuk, quien entonces enfundó su láser y usó ambas manos para abrirse paso.
Pero lo que encontró del otro lado no era otro aposento, sino el planeta Althares. No el que conocía sino uno devastado completamente. Un escenario horripilante y apocalíptico, con sus ciudades incendiadas y humarascas que subían como torres negras hasta el cielo brumoso; incontables muertos, edificios destruidos, naves chocadas y destartaladas sobre el suelo, y no muy lejos hasta donde era visible, su propia mansión hecha trizas. Ushuk caminó hasta allí compungido y angustioso, horrorizado por todo lo que veía, hasta ver sobre una pica las cabezas de sus hijos, de Tamira, e incluso de su sabueso Devorador.
—¡¡¡NO!!!
Clamó, para luego despertar de nuevo. Estaba frente a la puerta ya abierta y solo había otro pasillo frente a él.
—¿Sintiendo remordimiento por tus crímenes, Carnicero de Aurelos? —le preguntó Dumón a sus espaldas. El área donde estaban era justo una encrucijada de tres pasillos que se interceptaban.
Ushuk se giró para encararlo.
—¿Por qué me llamaste así? —Dumón extrajo su pistola de la funda pero los reflejos de Ushuk fueron

rápidos e hizo lo mismo, por lo que se apuntaron mutuamente. —¿Qué pretendes, Dumón?
—Sé bien lo que hiciste —escupió—, eres un traidor.
—No estás pensando claramente Dumón. Es este lugar… vi a Vermello… los arcontes están detrás de lo que nos pasa… juegan con nosotros.
—¿Por eso fue que te vi jodiendo con Kris, ah?
—¿Es eso lo que te molesta? ¡Sé más maduro! Estamos en una guerra, no en una escuela secundaria.
—Nadie ha jodido conmigo —declaró Kris, también armada y apuntándoles, llegando por el otro pasillo—, bueno, excepto tú, Dumón, pero no hoy.
Ushuk le apuntó temeroso de que fuera una acólita o incluso Vermello.
—¡Es una acólita! —clamó Ushuk—, cuidado…
—¿Acólita yo? —preguntó tocándose el pecho con la mano que le quedaba libre— ¿perdiste la cabeza?
—Yo también los vi a ustedes dos fornicando en la cocina —reconoció Dumón.
—¿Cuál cocina? —preguntó genuinamente desconcertada—, no he estado en ninguna cocina.
—Fue allí donde me sedujiste y luego me enterraste una… de esas cosas que les brotan a ustedes del cuerpo —trató de explicar Ushuk—, como una daga… en el pecho.
—Pues estás muy bien para alguien que fue apuñalado —espetó Kris. Ushuk bajó levemente la pistola sin dejar de apuntarle.
—Quizás… quizás debamos pensar esto… —aseguró—, he visto cosas que no podían estar aquí. Nuestras mentes están alteradas.

—Sí, yo vi una niña en la bodega… pero ella murió hace décadas —confesó Dumón.
—Y yo vi… muchas cosas que tampoco podrían estar aquí —aseguró Kris—, ¿y tú, Ushuk?
—Sí, a Alasthor… —respondió.
—¿Por qué a Alasthor? —preguntó Kris extrañada.
—No importa —dijo bajando el arma y enfundándola—, si fueras una acólita me habrías matado ya. Lo que sea que… me pasó… en la cocina no fue contigo. Disparen si quieren, pero terminemos esto de alguna manera.
Kris bajó su arma. Dumón permaneció dubitativo algún tiempo, pero finalmente hizo lo mismo.
—¿Creen que esta nave esté embrujada de verdad? —inquirió.
—No lo sé… pero tiene algo maligno en ella —fue la respuesta de Kris.
—Creo que solo queda un segmento más por revisar —aseguró Ushuk—, no tiene sentido separarnos.
Caminaron hasta el final de uno de los tres pasillos, donde abrieron las puertas plegadizas. Era la sala de máquinas. En su interior estaba el primitivo, pero aun funcional hipermotor, que le permitía a la nave recorrer el hiperespacio, y a los pies del mismo una extraña estructura, con una gran pantalla redonda en medio de una estructura toroidal que flotaba en el aire.
—¿La reliquia akash? —preguntó Dumón.
—Quizás —contestó Kris—, solo hay una forma de saberlo —dijo acercándose. Ushuk extrajo su arma y le apuntó.

—Lo siento, pero debemos ser cuidadosos aún —le dijo—, si veo que intenta destruirla tendré que matarla, Kris… si es la verdadera Kris.
—¡Como sea! —descartó Kris con gesto de despreocupación. Puso su mano sobre la estructura que parecía hecha de líquido ondulante, transformándose luego en un arconte ante los ojos atónitos de los tres. Kris reculó de un salto, y todos extrajeron sus pistolas con las que apuntaron a la monstruosidad frente a ellos. Iban a disparar, pero Kris los contuvo. —¡Esperen, esperen! Debe ser otra ilusión.
Kris se acercó hasta el alienígena a pesar de las objeciones de Dumón. Extendió la mano y el ser desapareció antes de que pudiera tocarlo.
—Se los dije —recordó mirándolos de reojo. Frente a ellos ya no había nada, ni reliquia ni arconte. Solo un viejo monitor. Kris ingresó los comandos en el teclado, haciendo pública la última entrada en la bitácora, grabada quince mil años antes y que ahora era apenas distinguible entre la interferencia. Mostraba al que debía ser el capitán de la nave hablando en altario antiguo.
—¿Qué dice? —preguntó Kris a Dumón, quien tenía un traductor en su oído como ella recordaba cuando se encontraron con los koura.
—"¡La oscuridad es muy grande!" —tradujo Dumón—, "esto es una misión suicida. Nadie puede culparnos por desobedecer. El terror… el terror… Escaparemos, nos iremos lejos, quizás seamos lo único que quede de la humanidad".
—Entonces la leyenda es cierta —comentó Ushuk—, este es el Sol Negro y sí fueron cobardes.

—¿Y la reliquia? —preguntó Dumón.
—Nunca hubo tal reliquia —aseguró Kris—, la nave es capaz de engañar incluso a los sensores de una computadora. Así es como atraen personas a su interior, les muestran algo que buscan y los hacen entrar, y una vez aquí…
—Sugiero que nos vayamos —expresó Ushuk y sus acompañantes no pudieron estar más de acuerdo. En el largo camino hasta el hangar les parecía ver sombras en todas partes y en cada rincón.
—La tripulación nos observa —declaró lúgubremente Kris como si viera algo que los otros no—, todos y cada uno de los muertos. Nos miran desde las sombras.
Finalmente llegaron al hangar donde respiraron más tranquilos al encontrarse frente a la cápsula que los sacaría de allí para siempre.
—¡Laro! —Gritó una voz a sus espaldas justo cuando cruzaba la puerta hacia el interior del transporte. Era la voz de Tamira. —¡Ayúdame! ¡Ayúdame por favor! —Ushuk la ignoró.
Una vez de regreso a la Joya de Asterión llegaron rápidamente al puente donde los esperaban Xo'ol y la tripulación.
—No había reliquia, todo fue un engaño —aseguró Ushuk.
—Pero señor —contradijo Halfor—, seguimos detectando una fuente de energía inusual.
—Les explicaré luego —prometió—, por ahora, disparen a la nave.
—¿Señor? —preguntó Halfor.

—Escuchó mis órdenes, ¿no?
—Sí, señor, preparen los torpedos y… —comenzó a decir Halfor pero al mirar hacia el espacio se silenció. La nave ya no estaba.

*

—¿Eres tú mi hijo? —le preguntó Ushuk a Alasthor bajando hasta su camarote casi inmediatamente después de haber regresado a su nave, incapaz de esperar más por preguntarlo.
Alasthor lo miró desde el estrecho catre que se le había proveído en aquel camarote diminuto y de mobiliario miserable.
—Sí —jadeó.
—¿Cómo?
—Su —jadeo— esposa…
—Ex esposa…
—Su… ex esposa bebió —jadeo— un brebaje de la Bruja de Zuggoth… —jadeo—, el brebaje me cambió de alguna manera… —jadeo—. Hizo que… concibiera a este monstruo… —jadeo— que ve enfrente.
A Ushuk se le encogió el corazón. No sabía si sentirse horrorizado o angustiado.
—Yo… lo lamento…
—No importa. Sé que… nunca —jadeo— disfrutaré de la vida —jadeo— que disfrutaron mis hermanas y —jadeo— quien me reemplazó. Pero… —jadeo—, aun así, quiero salvar el mundo en el que viven…
—A propósito…
—Acá están —dijo extrayendo con pulso tembloroso un cristal de forma pentagonal alargada, entregán-

doselo a Ushuk quien se estremeció al sentir el roce de sus lisas y frías manos— las coordenadas —jadeo.
—Gracias —Ushuk se giró.
—De nada… padre —jadeo y Ushuk cerró los ojos al escuchar esto, suspiró, y dejó el camarote.

*

—Aún estoy dudoso de que sus experiencias en la nave antigua sean objetivas —aseguró Xo'ol mientras se reunía con Ushuk, Dumón y Kris. —Y sigo sin creer en la existencia de fantasmas o eventos paranormales.
—¿Y qué otra explicación tienes? —preguntó insidioso Ushuk—, tú mismo dijiste que tu esfera no registró rastro alguno de presencia oscura en todo el sector y la nave desapareció sin que hubiera vestigio de una entrada al hiperespacio o uno de esos dobleces gravitatorios que realizan ustedes.
—La ausencia de una explicación racional sobre un fenómeno no confirma un origen sobrenatural —replicó.
—Bueno, ¿qué sabemos sobre las coordenadas de Alasthor? —preguntó Kris.
—Al parecer dirigen hacia un punto específico en el Área Inexplorada —contestó Dumón y les mostró el lugar en el mapa holográfico que emanó de la mesa redonda donde se sentaban. —Debido a que, como su nombre lo indica, esa área de la galaxia está sin explorar, no tenemos idea de qué hay allí. Pero está bastante cerca de Abadon, el sistema natal de los arcontes.
—Eso quiere decir que no podemos enviar más de una fragata —comentó Ushuk—, cualquier otra cosa llamaría demasiado la atención.

—Señor —interrumpió Halfor a través del *multicom* de Ushuk—, la Estrella Azul está aquí.
—Muy bien —respondió— iré al hangar a recibirla. —Luego se dirigió al resto—: propongo que nos veamos de nuevo en una hora.
Todos los presentes se levantaron de sus asientos y partieron a diferentes menesteres.
Ushuk prosiguió hasta el piso que le conectaría con el hangar. Para cuando llegó, la corbeta donde se desplazaba Tamira se había acoplado con la Joya de Asterión y Tamira pudo caminar sin problemas de un navío al otro.
—Hola, cariño —dijo sin formalidades, pues estaban solos, y se besaron. Ushuk informó a Tamira de casi todo cuanto había sucedido recientemente —obviando solamente el encuentro sexual con el *doppelgänger* de Kris— conforme subían hacia el interior de la nave.
—Secuencia de autodestrucción activada —informó la nave, interrumpiendo a Ushuk y alarmando a la tripulación entera—, autodestrucción en diez minutos.
—¡Pero qué arcontes! —maldijo Ushuk corriendo hasta el puente seguido de Tamira. En el lugar se encontraron ya con Dumón, Kris y Xo'ol. —¿Quién activó autodestrucción? —preguntó a Halfor.
—No lo sabemos, Excelencia —le respondió Halfor—, tuvo que ser alguien con los códigos de acceso. Solo usted y yo los tenemos.
Ushuk tomó un panel e intentó ingresar el código de cancelación, pero fue inútil, le dio un mensaje de error.
—Ya lo intenté —aseguró Halfor—, cambiaron las contraseñas.

—Autodestrucción en ocho minutos…
—Teniendo a la corbeta de Tamira acoplada a esta nave se destruirán ambas —aseguró Ushuk—, que todo el personal vaya a las cápsulas de escape.
—Nunca llegarían a tiempo —aseguró Halfor encogiéndose de hombros—, pero daré la orden. —Luego tomó su *multicom* y se dirigió a toda la nave—: Atención todo el personal, esto no es un simulacro, diríjanse de inmediato a las cápsulas de escape. —Luego se dirigió a Xen—: Notifique a la corbeta de la almiranta para que hagan lo mismo.
—Quizás pueda hacer algo —dijo Kris tomando un panel y extrayendo una memoria de su bolsillo que ingresó en el sistema, luego comenzó a teclear.
—Autodestrucción en siete minutos…
—Mi esfera podría soportar la explosión —aseguró Xo'ol— pero no cabemos muchos.
—No importa, ve allí y salva las coordenadas —clamó Ushuk entregándole el cristal. Xo'ol dejó el puente.
—Autodestrucción en tres minutos.
Ushuk tomó de la mano a Tamira y le remitió una mirada de amor que le fue correspondida.
—Mi esfera ha sido saboteada —aseguró Xo'ol a través del *multicom*— moriré junto a ustedes…
—Autodestrucción en un minuto. Cincuenta y nueve, cincuenta y ocho, cincuenta y siete… —una compungida Kris que ya derramaba algo de sudor en sus sienes tecleaba frenéticamente. Finalmente dio los últimos toques y esperó por lo mejor. —cincuenta y seis, cincuenta… autodestrucción abortada.

Kris suspiró, secándose el sudor.
—No existe sistema de ninguno de sus mundos que no pueda ser hackeado por un soth —expresó satisfecha. —Y creo saber quién lo hizo —aseguró también—, de acuerdo con el registro de entradas, quien utilizó los códigos y cambió las contraseñas es el usuario Beta-89945-Rojo. ¿Alguien sabe quién es?
Halfor se giró hacia Xen, quien mostraba una cara de sorpresa.
—¡Arréstenla! —ordenó señalándola. Dos tripulantes la tomaron por los brazos inmediatamente, aunque Xen se resistió.
—¡Es… es mentira! —exclamó— ¡no he hecho tal cosa…! —pero no pudo terminar porque fue inmovilizada casi de inmediato por un aturdidor eléctrico.

*

Ushuk y Dumón entraron a la celda donde se tenía contenida a Xen, quien estaba siendo "interrogada" por Kris usando un amplificador de dolor.
—Basta de eso —dijo Ushuk con su mano, recordando sus propias experiencias. Kris se detuvo.
—No me digas que te estás ablandando con los acólitos.
—Ushuk tiene razón —terció Dumón—, acólita o no, tiene derechos.
Xen se encontraba encadenada con los brazos a la espalda y las piernas con gruesos grilletes especiales, previendo los posibles implantes oscuros, sin embargo parecía fatigada y tenía la cara cubierta por el rojo cabello ondulado.
—Claro —continuó Dumón—, dicen que los acólitos no sobreviven mucho entre la población penal.

Ni siquiera los criminales soportan a un traidor al servicio de una raza maligna y genocida.
—¿Prisión? —preguntó Ushuk—, quizás en la Coalición, en el Imperio altario cualquier tipo de colaboración y ligamen con el mundo Arconte se considera alta traición y se castiga con la muerte.
—¡Ah, qué generosos son ambos! —comentó Kris siniestramente— en comparación al castigo que damos los soth.
—Basta… —respondió por fin Xen levantando la mirada—, se equivocan… yo nunca he servido a los arcontes… no soy una acólita…
—¿Entonces cómo explica que el proceso de autodestrucción inició con su usuario? —preguntó Ushuk—, usted es la navegante de la nave, y aunque no tiene la autoridad para ordenar autodestrucción, tiene mil formas de haber conseguido la contraseña.
—No… no fui yo… me están incriminando. Pudo ser cualquiera. Pudo ser Halfor, o usted…
—Halfor estaba en el puente ante la vista de todos, no pudo ser él y yo estaba con Tamira —aseguró Ushuk.
—¡Entonces fue alguien más! —gritó al borde de la histeria.
Ushuk suspiró.
—Vámonos, dejemos que la procesen las autoridades —aseguró, y junto a sus acompañantes dejó la celda donde Xen se derrumbó. —Hay algo que no me gusta —les dijo una vez fuera—, no lo sé… los acólitos no suelen negar sus actos, más bien se regocijan.
—Puede que sea parte del plan —aseguró Kris.

—Aun así —continuó Ushuk pensativo—, no la siento como una acólita. Hay algo en su forma de hablar, en su mirada… no sabría explicarlo.
—Pienso lo mismo —apoyó Dumón—, es decir, no descarto que lo sea, pero deberíamos investigar más. Recuerden que si no fue Xen, quien haya sido, estaba solo en el momento.
—Si Alasthor es un acólito —teorizó Kris— tendría acceso a tecnología que le permitiría sabotear la nave de Xo'ol y hackear el sistema de autodestrucción de la nave.
—Sí, pero habría sido incapaz de acelerar el conteo —coincidió Dumón—, el proceso de autodestrucción requiere una serie de pasos mecánicos como sobrecargar el hipermotor, que no pueden hacerse en menos de diez minutos.
—Muy bien —sentenció Ushuk—, investiguemos más el asunto antes de descartar nada.
—Iré a investigar dónde estuvo Alasthor en esos momentos —aseguró Dumón y los demás asintieron, tras lo cual los dejó a solas en el pasillo.
—¿Sabes, Kris? —le dijo Ushuk—, tú te quedaste sola en el tiempo que se activó la autodestrucción, y además vimos que tienes los medios para infiltrar el sistema.
—¿Todavía no confías en mí, Ushuk?
—No enteramente.
—¿Si hubiera sido yo quien activó la autodestrucción, por qué habría sido yo quien la detuvo?
—¡Quién sabe! Una distracción quizás, para hacer algo más.
—En ese caso, supongo que tendrás que indagarme como a cualquier otra sospechosa —aseguró aleján-

dose. —Solo por curiosidad —le dijo volteándose levemente—, la chica fantasma que me imitó y con la que dormiste en el Sol Negro, ¿jodía bien?
—Sí, ha sido de los mejores coitos de mi vida —le confesó.
—Jmmm, esos fantasmas son buenos reflejando la realidad.

*

—Bueno, como lo esperábamos —informó Talin al Consejo de la Gran Alianza—, lamentablemente nuestra intervención en territorio de la Colmena fue un fracaso. La mayoría de nuestras fuerzas fueron aniquiladas. Esto a pesar de que nuestras naves ya están equipadas con escudos y armamento valta, capaz de resistir mejor los embates oscuros y de responderlos.
—Los oscuros han tenido miles de años para trabajar en su tecnología bélica y mejorarla —explicó Xo'ol—, además que no sabemos con cuántas civilizaciones guerreras igual o más poderosas se toparon durante su largo exilio. En la última guerra hace quince mil años no estaban tan adelantados aún, y de igual forma tomó siglos derrotarlos.
—Esta vez la guerra no tomará tanto tiempo —expuso el Sultán como molesto—, porque ya la estamos perdiendo.
—Era de suponer que los arcontes atacarían a la Colmena con toda la fuerza disponible —añadió Dumón—, y a pesar de ello, la Colmena logró mantener cerca de la mitad de su territorio, aunque perdió cientos de sistemas que fueron arrasados. Ahora los

arcontes han reenfocado su atención en las colonias de nuestros mundos en Cloto y Verkandi y se dirigen hacia ellas. Hemos notificado a los gobernadores locales, quienes iniciaron la evacuación. Pero esto significa que millones de refugiados llegarán pronto a nuestras zonas metropolitanas. Un aluvión de personas que habrá que acomodar y alimentar.

—Sí, ya tenemos varios millones de refugiados orgánicos en incontables campos en Talos —mencionó CIL-88—. A propósito, agradecemos a los valta que han ayudado mucho con su tecnología médica y con la dotación de unas cápsulas alimenticias y vitamínicas que funcionan muy bien.

—Reitero el agradecimiento a nombre de todos —aseguró Ushuk—, en verdad que la asistencia valta en esos dos aspectos ha sido fundamental para atender a los refugiados, de lo contrario nuestras economías habrían colapsado.

—No tienen nada que agradecernos —respondió Xo'ol—, sus organismos sencillos son bastante fáciles de atender, tanto por parte de nuestros médicos como por parte de nuestros expertos en suplementos alimenticios.

—Bueno, aunque eso sonó como que dejaron a sus veterinarios encargándose de nosotros —bromeó Ushuk—, gracias de todas formas.

—Hay algo que debo advertirles también —intervino CIL-88—, tengo sospechas de que el Frente de Liberación Androide podría colaborar con los arcontes.

Todos los representantes reaccionaron con exclamaciones de asombro e indignación.
—¡Lo sabía! —clamó Volkar— ¡malditas chatarras!
—Suficiente, Volkar —regañó Ushuk—, gracias por informarnos señora presidenta. Supongo que podrá suministrarnos los nombres de todo androide que sea parte de ese grupo terrorista.
—Por supuesto —respondió CIL—, pero es posible que haya miembros que ni siquiera nosotros conozcamos. Extremen precauciones.
—Y ahora —intervino Drul— ¿qué sigue?
—Lamentablemente no mucho —auguró Ushuk— sospechamos que las fuerzas oscuras continuarán avanzando hasta llegar a Althares. Si no encontramos alguna forma efectiva de frenarlos, destruirán Althares, luego Prima Sáuxer y finalmente cruzarán a Morta donde destruirán Urd y Sothara. Creo que es hora de empezar a trabajar en el plan de contingencia que habíamos discutido, y que por fortuna pensamos después que Basti se revelara.
—¿Cuál plan de contingencia? —preguntó Volkar.
—Ah cierto —comentó Ushuk—, fue antes de que llegaras. Consiste en crear un arca.
—¿Un arca?
—Sí —continuó Ushuk—, una nave gigantesca, capaz de transportar miles de personas y animales por muchas generaciones, donde viajen representantes de todas nuestras razas y de algunas especies animales y vegetales de nuestros planetas. Suficientes como para reproducir nuevas generaciones, y enviarla lejos

de las Tres Galaxias, quizás incluso fuera del Grupo Local. Aun con tecnología valta les tomará cientos de años llegar a un destino, pero tendrán dentro de la nave todo lo necesario para sobrevivir varias generaciones. Así al menos sobrevivirán nuestras culturas y nuestras razas.

—¿Y qué les hace pensar que los oscuros no alcanzarán esta arca algún día? —preguntó Volkar.

—No podemos saberlo, pero es lo único que nos queda —respondió Ushuk.

—Saben que muchas cosas pueden salir mal, ¿verdad? —insistió Volkar—, que empiecen a matarse entre sí, que conviertan la pequeña arca en una pequeña copia de nuestras guerras.

—O quizás pase todo lo contrario y se conviertan en una gran familia —comentó Arsala—, desarrollen una nueva cultura, una nueva civilización.

—Esas especulaciones no tienen sentido —interrumpió Ushuk—, ha llegado el punto en que afrontemos que esa podría ser la única forma en que sobrevivamos. ¿Estamos de acuerdo?

Todos asintieron.

—Si me permiten —dijo Drul levantando la mano—, sugiero que Urd y Sothara nos encarguemos. Somos los más lejanos así que el ataque del mundo Arconte tardará más en llegarnos. Que sus gobiernos nos envíen las parejas elegidas. Y, disculpen si soy un poco cruel, pero que sean de preferencia lo mejor de lo mejor; científicos, ingenieros, intelectuales, guerreros, agricultores, médicos, en fin, expertos en sus áreas, en edades reproductivas,

sanos y genéticamente favorables. Si nos van a enviar un grupo de aristócratas endogámicos y mimados solo porque son familiares de nobles y monarcas… —se encogió de hombros como si no tuviera que agregar más.

*

—¿Cómo sabemos que las coordenadas de Alasthor llevarán en verdad a un arma efectiva contra los arcontes? —preguntó Dumón conforme se removía el traje virtual. Localizado aún en la Joya de Asterión, participaba de las reuniones del Consejo estando al lado de Ushuk y Xo'ol—. ¿Cómo sabemos que no es una trampa de los arcontes y Alasthor trabaja para ellos? A lo mejor es un arma que nos mataría a nosotros.

—El hecho de que un acólito, sea quien sea, intentó destruir la nave, dice mucho —recordó Ushuk.

—Y si hay al menos un acólito en la nave —continuó Dumón— ¿qué nos hace pensar que los arcontes no están informados ya de que poseemos esas coordenadas?

—Ya nos habrían destruido —conjeturó Ushuk—, más ahora que estamos fuera del hiperespacio.

—Además mi esfera ha estado monitoreando cualquier transmisión superlumínica —agregó Xo'ol—, no ha salido ninguna. La tecnología arconte es similar a la nuestra, ni siquiera un acólito podría enviar un mensaje sin que yo me diera cuenta. No, cualquier acólito dentro de la nave ha sido incapaz de informar a sus amos.

—Lo que nos da una muy leve ventaja estratégica —dijo Ushuk—, el problema es que si esta nave llega a puerto y no tenemos certeza de quién es el acólito, esa ventaja desaparecerá.

—Es verdad —comentó Xo'ol—, si no identificamos con certeza al acólito, nadie en esta nave podrá abandonarla o ponerse en contacto con alguien del exterior, excepto por nosotros tres, hasta que la almiranta Ushuk haya concretado su misión.
—A propósito, creo que es hora de irnos a despedir de Tamira. Ordené a Halfor que tenga la seguridad al máximo, por cualquier acólito suelto.
—¿Enviarás a Alasthor con ella? —preguntó Dumón mientras se ponían de pie.
—Sí, será lo mejor, pero le diré que lo vigile. El valta que se ofreció voluntario a acompañarlos podrá supervisar que no se den transmisiones superlumínicas ahora que ya llegó.
—Cierto ¿Cuál es su nombre? —preguntó Dumón a Xo'ol.
—Zi'ul.
Ushuk y compañía llegaron hasta el hangar donde ya esperaba Tamira junto a Valëris y A'shar. La seguridad era notable pues Halfor había apostado varios agentes en toda el área. También fue traído Alasthor desde las barracas, deambulando siempre con su extraño cojear.
—¿Está satisfecho con la seguridad, señor? —preguntó Halfor y Ushuk asintió.
En el hangar se podía apreciar la corbeta de Tamira acoplada y la esfera valta en la que había viajado Zi'ul, quien ahora esperaba al lado de la misma. Él y Xo'ol intercambiaron saludos y hablaron en su propio y extraño idioma ininteligible que no sonaba como algo

que emitiría una boca. Luego Xo'ol le entregó el cristal pentagonal.
Tamira y Valëris esperaban junto al capitán de la Estrella Azul, un hombre regordete y de barba, algo entrado en años ya.
—¡Qué gusto verla de nuevo Dra. Ruven! —saludó Ushuk y la polari le estrechó la mano.
—El gusto es mío, Ministro. Espero en verdad serles útil.
Ushuk se acercó a Tamira. Ya estaba divorciado de Lina, así que no tenía por qué esconder su relación:
—Hasta pronto, amada mía —le dijo Ushuk tomándola de las manos para luego besarla. Sabían bien que podría ser la última vez que se vieran.
Ushuk se giró hacia Alasthor.
—Bueno —le dijo—, quiero que sepas que, si esta arma que dices eliminará a los arcontes, es real, te estaré por siempre agradecido y… —pero Ushuk se interrumpió. Se le vino algo a la mente. —La autodestrucción se puede programar para una fecha determinada —dijo girándose hacia Halfor—, no tiene que ser inmediata una vez activada. Se utiliza como táctica cuando fuerzas enemigas ocupan la nave, haciéndola estallar horas después… pero eso es algo que solo aquellos con rango de capitán o superior saben. Xen no tenía forma de saberlo.
Todos fijaron la vista en Halfor, e incluso Dumón y Kris pusieron la mano en las culatas de sus pistolas láser.
—¿En verdad me está acusando, Almirante? —sonrió Halfor incrédulo—, he sido capitán de su nave por más de veinte años.

—El proceso de autodestrucción no puede programarse con más de doce horas de diferencia —respondió Ushuk—, será cuestión de saber dónde estuviste durante las doce horas previas y revisar cualquier ingreso a los sistemas en ese tiempo.
Halfor se rio como si encontrara eso gracioso. Luego su sonrisa desapareció, sus ojos se tornaron completamente negros y su brazo derecho se deformó en un conjunto de punzones oscuros que formaron una pica. Iba a hundirla en el cuerpo de Ushuk, pero Alasthor lo empujó fuera de su alcance recibiendo la estocada en su lugar. Los disparos simultáneos de todos los presentes que estaban armados le ultimaron hasta caer sobre el piso. Su brazo volvió a la normalidad al igual que sus ojos, ahora sin vida.
Ushuk se inclinó sobre el cuerpo herido de Alasthor del que brotaba la sangre caldosa y espesa de los gorgonianos. Jadeaba con dificultad.
—Gracias… —le dijo Ushuk—… hijo mío.
Alasthor sonrió, poco antes de expirar.

CAPÍTULO XIV

Los exámenes forenses realizados al cadáver de Halfor le permitieron a Xo'ol determinar que, en efecto, los acólitos contenían una serie de modificaciones fisiológicas que podían ser identificadas. Tras examinar a toda la tripulación de la Joya determinó que nadie más era un acólito.

A Alasthor se le proporcionó un funeral con todos los honores que lanzó su cuerpo dentro de un féretro con el escudo de la Casa de Ushuk al espacio.

Una semana después y tras separarse de Xo'ol, Dumón y Kris, Ushuk llegó hasta Althares. Una llamada al *multicom* de un canciller que, por su tono, no auspiciaba nada bueno, le alertó a Ushuk que debía prepararse para un paso que realmente no quería dar.

—¿Autorizaste entregar los diseños del generador de hiperespacio portátil a los coaligados? —preguntó Sardusi severo desde su escritorio a un Ushuk que estaba de pie, pues no le invitó a sentarse cuando entró.

—Sí.

—¿Desobedeciendo mis órdenes directas?

—Sí. También te desobedecí en lo de las investigaciones androides.

Sardusi negó con la cabeza en un gesto de desaprobación.

—Quiero que coloques tu renuncia como ministro antes de que termine el día —dijo mientras se ponía a escribir sobre el escritorio como quien volvía a sus labores.

—No, Veroc, no puedo hacer eso.
—¿Qué? —preguntó alzando la vista.
—Sí, lo que dije Veroc, no puedo hacer eso. Quien renunciará serás tú.
Veroc se reclinó en su asiento, con rostro escéptico.
—¿Has perdido la cabeza, Laro?
—No, Veroc, lo lamento pero no estás capacitado para ser Lord Canciller. Afuera te esperan los almirantes Tordós y Gaska, que te escoltarán fuera del palacio.
—¿Estás pretendiendo un golpe de Estado? —preguntó boquiabierto.
—Llámalo como quieras.
—Fuimos a una guerra civil por eso…
—No habrá guerra civil esta vez, Veroc, no con los arcontes. Nadie te seguirá si buscas iniciar una guerra y el ejército es fiel a mí. Lo sabes. Además, ya hablé con el patriarca, la princesa Anna y la mayoría de jefes de las casas nobles, y todos me apoyarán.
Sardusi se mantuvo impávido por un tiempo, pero luego pareció estar pasando un trago amargo por su garganta, hasta que suspiró poniéndose de pie, y abandonó el despacho.

*

—En los últimos días —informó Ushuk ante el Consejo de la Gran Alianza—, las fuerzas oscuras se han enfocado en el ataque de nuestras colonias. Fueron evacuadas cuanto se pudo pero miles de personas quedaron atrás y perecieron, sin contar los valientes soldados que perdieron su vida cubriendo la escapa-

toria de los colonos. Ya arrasaron la mayoría de colonias en Cloto y han proseguido con Verkandi. Sobra decir que el asunto de los desplazados de guerra sigue siendo un consumo enorme de recursos para todos, aun con la ayuda valta.

—Hemos terminado una primera oleada de investigaciones —aseguró CIL-88 materializando un rectángulo en la realidad virtual, justo frente a ella. Gesticuló con la mano y pronto todos los representantes tuvieron una copia del documento en sus sitios. —La lista A es de individuos dentro de sus estados, cuyo estatus de acólitos es sospechoso; la lista B es de individuos sobre los que hay sospechas pero no pudieron confirmarse. Un examen médico valta podría hacerlo, pero eso va más allá de nuestras capacidades.

Ushuk leyó la lista, sorprendiéndose de algunos nombres que reconocía, pero siendo los que más le llamaron la atención los mismos miembros de la familia Durgas, su ex familia política, que orquestaron su juicio tras la retirada de Shakar. Aunque estaban en la lista B.

—Por seguridad habrá que separar de cualquier decisión de poder o posición estratégica a los de ambas listas —aseguró el Sultán leyendo los nombres— y someterlos a todos al examen valta, o al menos a los de la lista A.

—Nuestros exámenes médicos a todos ustedes —declaró Xo'ol— muestran que ninguno de los actuales representantes del Consejo es un acólito o tiene algún implante oscuro. Y por cierto, Maestra Arsala, debe cuidar su hipertensión.

—Es un alivio —aseguró Drul, y luego añadió con cierto sarcasmo en su tono, dirigéndose a Ushuk—: ¿No piensa igual, señor Lord Canciller interino?
—Deberemos seguir siendo precavidos, pero es alentador —declaró Ushuk—, de momento solo nos resta continuar la guerra de desgaste, que es lo único que tenemos, y rezar porque la reliquia de Alasthor sea en verdad el arma prometida.
—Hay muchísimos ejemplos en la historia donde una fuerza inferior fue capaz de derrotar a un enemigo más poderoso —mencionó Arsala— por el poder de la voluntad y la convicción. La Diosa está del lado de quienes pelean por la justicia, Maestre Ushuk.
Ushuk sonrió.
—Esperemos que tenga razón, maestra Arsala.

*

Ushuk llegó a su mansión tras un largo día de reuniones de todo tipo, y tenía aún muchas más horas de trabajo por delante, principalmente en la revisión de informes y documentos. Aun así, se detuvo para hablar con su hija Ela, quien bajaba las escalares.
—Escucha Ela, tú y tu hermano deberán partir mañana mismo. Serán evacuados junto con la mayoría de civiles posibles.
—¿Evacuados? ¿A dónde iremos?
—A Urd. Ya notifiqué a tu hermana y su esposo para que se dirijan allá. Él es un excelente médico que está haciendo un gran trabajo atendiendo refugiados y heridos de guerra. Será bien recibido. Porque… hay algo más —dijo tomándola del brazo—, una vez que estén allá, serán par-

te de un proyecto ultrasecreto, del que no pueden hablar con nadie absolutamente. ¿Has comprendido?
—¿Se trata de… —dijo como titubeando en decirlo—, de algún tipo de escape fuera de la galaxia, padre?
—¿Cómo…? —preguntó frotándose la frente, pero luego recordó lo inteligente que era su hija… —sí —suspiró.
—¿Seremos enviados lejos? —preguntó con las cejas enarcadas.
—Sí. Para nunca volver. Pero solo si todo lo demás falla.
—¿Por qué yo, padre? No tengo profesión, no soy experta en nada… mi sitio debería ser llenado por alguien más valioso…
—Ela —dijo tocándole el mentón—, nadie mejor que tú para preservar nuestra historia, nuestra cultura. Para transcribir lo que pasamos a futuras generaciones. Sé la escritora que siempre quisiste ser.
Ela rompió en llanto y abrazó a su padre. Tras lo cual se separó y subió a empacar. Ushuk en tanto fue al cuarto de Arath, pero allí encontró solo una nota al lado de un sobre cerrado.
"Lo siento padre, tenía que hacerlo. Si no regreso de la guerra y alguna vez vuelves a ver a Yánix, dale esta carta".
Ushuk arrugó la nota en su mano y se desplomó sobre el escritorio donde la encontró, llorando quizás por primera vez en su vida.

*

—Ahora que nos informa que la operación encomendada fue concluida —felicitó Vermello a DEV-3000 a través de una pantalla de comunicación superlu-

mínica—, quisiéramos además de remitirles nuestro agradecimiento profundo a nombre de los Señores, solicitarles otro favor.

—Le escucho.

—Nuestro más importante agente que espiaba a Laro Ushuk resultó… bueno, terminado. En consecuencia, Ushuk ya no nos resulta útil.

—¿Quiero que lo mate?

—No, nada tan prosaico como eso. Queremos mantener vivo a Ushuk por distintas razones. Preferiríamos que lo capturen y nos lo entreguen con vida. Les dotaremos de la tecnología de teletransportación que utilizamos. Lo haríamos nosotros, pero el deceso de nuestro agente trajo consigo la consecuencia de que ahora pueden detectar a quien tenga nuestros implantes.

—Descuide, tendrá a Ushuk en sus manos, tan seguro como que me llamo DEV-3000.

*

Arath llegó hasta la estación espacial que orbitaba Althares, donde se reclutaban los voluntarios de la Gran Alianza. El lugar estaba atestado, repleto de seres de todas las formas imaginables y de razas que nunca había visto antes, así como otras que reconocía con facilidad. Entre aquel caótico tropel, chocó de espaldas con un musculoso kazar, lo que le hizo caer al suelo.

—¡Fíjate por dónde caminas, pequeño bastardo! —le gritó entre gruñidos bestiales. Estaba rodeado de otros kazar, que también le miraron con inquina— o te voy… Pero el kazar no terminó la frase. Se silenció de mala gana cuando vio aproximarse a un capitán altario, rodeado de su tripulación.

—Ten cuidado, chico —advirtió el hombre ayudándole a levantarse. Su uniforme traía la insignia de su rango, más su nombre: Elzor Darvon y el de su nave; la Espada de Althares—, estos kazar son como animales.
—G… gracias señor —respondió—. ¿Saben dónde puedo reclutarme?
—Claro, muchacho, allá —le señaló hacia una ventanilla donde había una larga fila llena de toda clase de reclutas de todas las especies. Algunos de aspecto tosco y pendenciero, pues el gobierno había otorgado una amnistía a todo criminal buscado o condenado que se uniera al ejército, así como el conflicto había picado el orgullo a múltiples pueblos guerreros. En la misma fila donde se podía observar a rudos ex guerrilleros shakaren, que claramente habían formado parte de la Resistencia durante la guerra (como sus múltiples cicatrices delataban), como a piratas kazar e incluso algunos de los ya en peligro de extinción xinth, deseosos de venganza. Pero también había reclutas de ambos sexos y de todas las edades que, al igual que Arath, nunca habían tocado un arma y tenían un aspecto más inocente y pueril, pero inyectado de idealismo, aunque en algunos también reflejaban miedo, tragedia y pérdida.
—¿Nombre? —preguntaba el burócrata desde el otro lado.
—Yolax.
El tipo ingresó el dato en su teclado.
—¿Raza?
—Sáuxer.

—¿Edad?
—Treinta años.
El tipo terminó de inscribir la información, imprimió un papel y se lo entregó diciendo:
—Retire su uniforme al fondo, puerta ocho y repórtese a esta nave. ¡Siguiente!
Tras cerca de una hora de fila, Arath llegó finalmente a la ventanilla.
—¿Nombre?
—Ah… em… Aem, Aem U… Aem Shuku.
—¿Raza?
—Humano.
—¿Edad?
—Quince años.
—Es demasiado joven para reclutarse. Debe tener al menos diecisiete años. ¡Siguiente!
—¿Qué? Pero… pero…
—Por favor, no detenga la fila. ¡Siguiente!
Un desanimado Arath suspiró mientras salía de la fila. Incapaz de regresar a su mansión, recordó que tenía el número de alguien que podía ayudarle. Se introdujo en una cabina y solicitó hacer una llamada superlumínica.
El computador le advirtió del alto costo de las llamadas superlumínicas, pero Arath confirmó la solicitud e introdujo una de las tarjetas bancarias que había sustraído de su padre antes de fugarse. Marcó entonces el número de Bëtris.
La llamada tardó en concretarse, para desespero de Arath. Era normal que tardaran y en ocasiones podía no lograrse conectar del todo… pero finalmente apareció frente a la pantalla la cara de la luchadora.

—¿Arath? —preguntó extrañada— ¿Por qué me has llamado? ¿Pasa algo?
—Hola, Bëtris. Me habías dado el número de tu *multicom* si algún día Yánix o yo requeríamos tu ayuda, ¿recuerdas?
—Sí.
—La requiero. Pero quizás no para lo que crees. Apuesto a que estás luchando contra los arcontes, ¿verdad? No creo que alguien como tú se quedara cruzada de brazos.
—Sí, sí, en cierta forma sí —respondió como impaciente.
—Quiero unirme. Quiero pelear. Pero soy demasiado joven para enrolarme. Sin embargo, apuesto a que tú podrías conseguirme un lugar donde sea que estés.
Bëtris gesticuló negativamente con la cabeza, más para sí misma.
—Ve a casa, Arath, no sabes lo que dices.
—¡Nunca he estado tan seguro! —respondió impaciente golpeando la cabina—, he dejado mi casa para siempre. Si no me ayudas encontraré otra forma de hacerlo.
Bëtris suspiró.
—Mira chico, no estoy en las fuerzas regulares. Sirvo como capitana de una nave mercenaria al servicio de la Corporación Pan-Sáuxer. Nos usan para los trabajos sucios, lo que no puede hacer el ejército oficial. La nave le pertenece a Shang y la tripulación está conformada mayormente por sus hampones. ¿Estás seguro que quieres meterte en esta vida?
—Sí.

—Muy bien, creo que será mejor que lo hagas bajo mi supervisión, antes que quién sabe con qué tipo de peligros. Estás en Althares por lo que leo —dijo fijándose en la información que le suministraba la pantalla—, casualmente estamos cerca de allí. Pasaremos a recogerte en tres días a este lugar —dijo, pasándole unas coordenadas—. Espéranos allí.
—Gracias —expresó satisfecho, pero Bëtris aún dudosa, solo cortó la comunicación.

*

Aunque Ushuk ya operaba como Lord Canciller de facto, una sesión de emergencia de la Dieta Imperial se convocó para ratificarlo en el cargo. Los escaños estaban mucho más vacíos de lo usual por las ausencia de múltiples jefes de casas nobles, monjes y representantes campesinos que habían muerto y no se habían podido reemplazar, o porque la guerra les había imposibilitado asistir. En el gran palco que encaraba de frente las graderías de la Dieta, estaban sentados Ushuk, la Princesa Anna y el Patriarca.
—Excelencias —dijo la Princesa poniéndose de pie—, me presento ante ustedes, hoy cuando nuestra civilización entera afronta quizás su mayor riesgo en la historia. La propia existencia de nuestra especie se encuentra amenazada. Es por esto que necesitamos una mano firme y un liderazgo que nos guíe con la mayor autoridad. Por ello, me veo en la necesidad de pedirles que no elijan a Laro Ushuk como Lord Canciller —al decir esto Ushuk la miró sorprendido. El apoyo de la princesa había sido hablado con anticipación. Los dis-

tintos diputados murmuraron entre sí y se escucharon expresiones de sorpresa. Pero el Patriarca sonrió. —Sí, así como lo escuchan. No creo que el cargo de Lord Canciller sea el adecuado para Lord Ushuk.

»Creo que debemos otorgarle un cargo aún más importante —la sonrisa del Patriarca se borró—. Es mi deseo que esta honorable Dieta proclame a Lord Laro Ushuk, como Emperador.

Ushuk estaba ahora más sorprendido aún. Los diputados empezaron a discutir entre ellos más animadamente.

—Pero Alteza —habló Darval poniéndose de pie—, el cargo de Emperador es solo para emergencias graves y no se ha utilizado en miles de años. A usted misma le correspondería el cargo de Reina.

—Lo sé muy bien —prosiguió Anna—, pero renuncio a mi cargo y reitero mi deseo de que Laro Ushuk sea proclamado Emperador. Solo de esta manera podremos afrontar correctamente el peligro que nos amenaza. ¿Qué mayor emergencia que la actual? Dotémoslo de los poderes especiales que trae consigo este título.

Anna se sentó. Los diputados continuaron discutiendo entre sí, pero las palabras de la monarca entusiasmaron a muchos, que efectivamente clamaron por un liderazgo fuerte. Aunque el Patriarca trataba de contener su furia.

—¿Aceptaría, Lord Ushuk? —preguntó uno de los representantes. Ushuk no sabía realmente qué decir, pero finalmente asintió.

La Dieta Imperial lo proclamó entonces Emperador del Sacro Imperio de Althares, Laro I, de la Casa de Ushuk.

*

—El recién nombrado Emperador Laro I, del Sacro Imperio de Althares —reportaba Alara Shilán— se negó a realizar una costosa ceremonia de investidura como es la tradición. Laro I argumentó que las condiciones actuales por la Gran Guerra no están para dilapidar recursos. Sin embargo, pronunció un inspirador discurso esta tarde desde el balcón principal del Palacio, ante una nutrida multitud de súbditos altarios y de innumerables refugiados de las razas aliadas —las imágenes mostraban a Ushuk discursando ante una emocionada multitud con integrantes de toda especie.

»Una de sus primeras funciones oficiales fue firmar un tratado de paz con la mancomunidad Shakaren. Algo que se hubiera pensado insólito apenas hace unos años. Ambos Estados normalizaron relaciones diplomáticas e intercambiaron embajadores —aseguró la periodista conforme las imágenes mostraban a un Ushuk sonriente firmando un tratado al lado de Arsala, para luego estrechar mano con garra ante las cámaras, frente a la recién abierta embajada Shakaren en Althares.

—¡Bonito gesto, Emperador! —exclamó Drul en la sesión del Consejo con ironía—, pero mientras usted hace diplomacia, seguimos perdiendo la guerra. Me parece genial que hayan intercambiado embajadas, más edificios que los arqueólogos del futuro desenterrarán cuando estemos tan extintos como los akash.

—Hay más en la guerra que solo luchar, Comisario —corrigió Arsala, como molesta—, al menos a mí me

alegra que si vamos a morir, sea en paz y como amigos.
—No vamos a morir, aún no —aseguró Ushuk—, pero debemos ejercer una colosal defensa. La situación no es alentadora. Los arcontes han logrado con éxito destruir casi todas nuestras colonias en Cloto y en la mayor parte de Verkandi. En al menos una semana —dijo mostrando el atemorizador mapa—, habrán llegado a Prima Sáuxer, una semana después a Althares. No sabemos si la Colmena nos apoyará estando tan lejos de su territorio.
—¿Podemos enviarles un mapa estelar —inquirió Dumón— donde se muestre el próximo ataque del mundo Arconte para hacerles saber dónde deberían ir? En caso de que estén dispuestos a hacerlo.
—Sí —respondió Ushuk—, pero no tenemos forma de saber si lo comprenderán. No sabemos cómo funcionan sus sentidos, pero ciertamente no tienen ojos, así que no sabemos si usarán mapas o si comprenderán el concepto siquiera, o si tendrán forma de interpretar la información contenida en él. Pero no perdemos nada con intentar.
—Por ahora, todo lo que podemos hacer es reforzar posiciones en torno a Prima Sáuxer —aseguró CIL-88—, evacuar a la mayoría de civiles posibles y tener listas vías de escape para los que no logren evacuarse a tiempo.
—¿Qué hay de los agujeros negros artificiales? —preguntó Drul.
—¿Sabemos si serían efectivos contra los arcontes? —preguntó Arsala.

—En Polarix IV tomaron muchos esfuerzos por removerlos —contó Talin— al punto de que Basti debió romper su disfraz, cuando eso implicaba perder un infiltrado en el Consejo mismo.
—Sí serían efectivos —confirmó Xo'ol— aunque limitadamente. Podrían absorber algunas de sus naves pero no causarían un daño lo suficientemente grave contra su armada en general, a menos que creemos uno para cada nave oscura, cosa que, además de increíblemente peligrosa para el Universo mismo, es impráctica por los costos.
—Los tendré listos —anunció el Sultán— en caso de que sea necesario usarlos.
—Todos deberíamos tener acceso a dichas ojivas —comentó Drul—, por protección.
—Buen intento —dijo Ushuk—, pero no. Esa es una tecnología que no compartiremos. De todas maneras no tenemos muchos desde el Tratado de Desarme tras la Paz de Formalax, que puso fin a la Guerra de Sucesión Sáuxer. Estamos trabajando en recrear nuevas, pero no son fáciles de hacer. Además, por su peligrosidad no suelen tenerse dentro de ningún planeta habitado, normalmente se les resguarda en estaciones espaciales o naves fuera de servicio, por lo que tarda tiempo transportarlas a los sistemas capitales. Así que, usen sabiamente las que tienen, y como último recurso.

*

Arath había sido recogido por Bëtris como le había prometido. La nave de Bëtris se llamaba la Relámpa-

go y distaba mucho de ser tan elegante y bien cuidada como las naves imperiales o coaligadas, pues como la mayoría de naves del crimen organizado, estaba hecha de partes de distintos navíos acopladas entre sí. Pero era una corbeta cómoda, bien armada y que permitía una tripulación nutrida de cerca de docena y media de personas.

La nave le pertenecía a Shang, quien tenía su propio aposento cuando decidía supervisar en persona las operaciones, pero normalmente se mantenía en Abraxas encargándose de sus otras actividades criminales. Aun así, Shang evitaba a propósito intervenir en decisiones de comando para evitar socavar la autoridad de Bëtris. La tripulación estaba conformada casi enteramente por elementos criminales de diversa índole, incluyendo kazar, kurgos, xinth, androides y humanos de aspecto hosco.

—Bienvenido a la tripulación, chico —le dijo, luego se dirigió a los demás—, y ustedes ya saben, denle un buen ambiente, o se las verán conmigo.

Arath fue recibido por una multitud de apretones de manos rasposas, y palmadas en la espalda.

—Muy bien —le dijo Shang desde un rincón—, ahora que ya hiciste tu caridad con el huérfano, ¿proseguimos? Nuestra clienta está pagando.

—Dígale a Sálax que tendrá lo que busca y que nos deje en paz.

*

Uno a uno los sistemas colonizados por altarios o coaligados a lo largo de Verkandi fueron destrozados

por las hordas arcónticas. Millones de desplazados escapaban en enormes naves civiles de pasajeros huyendo de la carnicería, pero era imposible rescatar a todos y muchos perecían en las crueles y despiadadas arremetidas oscuras junto a incontables especies de plantas y animales nativas de los planetas destrozados, únicas e irremplazables.

Los recursos aliados disminuían día con día, haciendo más precaria la ya de por sí tensa situación, acercándolos cada vez más al borde del agotamiento.

Pero la Gran Alianza no se rendía. Para cuando los oscuros llegaron a la órbita del Sistema Sáuxer, las fuerzas aliadas ya estaban apostadas allí pretendiendo ser un muro de contención contra el formidable enemigo. Naves de la Colmena emergieron del hiperespacio sin aviso previo, para satisfacción de la Gran Alianza.

—Supieron interpretar mapas después de todo —comentaría Dumón.

El Visir, quien también había asumido el cargo de Secretario General de la Coalición tras la muerte de Narväen, comandó la contraofensiva. Las naves oscuras venían acompañadas de un destructor de planetas como el que utilizaron en Polarix IV; un lujo que solo se daban en los planetas capitales.

El ataque fue casi inmediato. Las naves oscuras, potentes como eran, abrieron fuego contra las fuerzas aliadas, ahora más capaces de resistir gracias a los escudos valta. Los contraataques eran también más certeros por el armamento valta, aunque todavía tomaba múltiples disparos para poder siquiera comenzar a dañar una nave oscura.

El ominoso destructor de planetas se abrió paso entre las naves-estrella de los arcontes como un presagio de horror.

—El final de la civilización sáuxer ha llegado —comunicó Sodder en todas las pantallas—, como una memoria que se olvida en la mente de un anciano, como un suspiro que se disipa, una mancha más que limpiamos de la gran tela del Universo.

La batalla proseguía pero era obvio que la Gran Alianza estaba perdiendo. La ciudad de Karelia estaba casi totalmente deshabitada, pues la mayoría de civiles habían sido evacuados y parecía un pueblo fantasma, pero aún quedaban algunos nómadas del desierto que habían rehusado huir. Todavía las últimas naves civiles de refugiados cruzaban al hiperespacio.

El destructor de planetas inició su mortífero bombardeo contra la desértica superficie. Desde lejos los nómadas lo vieron como un descomunal torbellino de arena, conectado al cielo por una gran columna roja que se les aproximaba.

El Visir suspiró. Encendió el ordenador desde la silla de comando en el crucero de batalla en que se encontraba, e introdujo los códigos.

"¿Está seguro que desea desplegar las ojivas de agujero negro?" —preguntó la computadora, y el Visir lo confirmó. Se le pidió la contraseña, que ingresó con éxito.

Dos estaciones espaciales circundaban en puntos diferentes del sistema, una entre el cinturón de asteroides congelados más alejado de la estrella, y otra cerca de la luna de uno de sus gigantes gaseosos. Moviliza-

ron sus cañones defensivos y apuntaron al destructor de planetas. Una vez que confirmaron la posición fijada, el Visir fue informado para que confirmara el ataque. Así lo hizo.

Ambas estaciones estallaron al unísono. El estallido accionó las ojivas causando un mini-agujero negro donde antes estaban las estaciones, uno de estos absorbiendo miles de asteroides del cinturón, cortándolo temporalmente hasta que no hubo suficientes asteroides cerca y se evaporó. El otro hizo trizas la luna que orbitaba, absorbiéndola lentamente para luego empezar a consumir la atmósfera del gigante gaseoso vecino.

—¡NO! —clamó frustrado el Visir. Sodder se carcajeó. Un disparo del destructor hizo estallar el crucero donde viajaba un apesadumbrado Visir, sin interrumpir su devastación de Prima Sáuxer, al tiempo que la Gran Alianza llamaba a la retirada.

Todos y cada uno de los volcanes de Prima Sáuxer hicieron erupción, sin importar qué tan inactivo hubiese estado, por efecto del rojizo disparo del destructor de planetas que calaba hondo hasta el núcleo del planeta. Pronto la lava brotó engullendo lentamente todo a su paso y tragándose sus oasis y sus ciudades. El vacío palacio del sultán fue lo último en desaparecer con sus torres hundiéndose en la lava; poco después el planeta entero estalló en mil pedazos.

*

—¡MALDITA SEA! —bramó furioso Dumón golpeando la mesa con su puño. El Consejo se había

reunido una vez más a examinar la derrota. El otrora alegre y expresivo Sultán que años atrás había recibido a Ushuk con sonrisas e irreverencia infantil, ahora parecía presa de la congoja y la depresión recostado silente en su silla. —¿Qué pasó esta vez? ¿Por qué estallaron las estaciones que contenían las ojivas?
—Sabotaje —recordó Volkar.
—¿Pero de quién? Habíamos retirado a todo aquel siquiera sospechoso de ser un acólito, de toda función estratégica —preguntó Dumón.
—Quién sabe. Androides rebeldes, acólitos que no hayan sido detectados, es imposible saber —intervino Drul— y no importa ya.
—El siguiente destino será Bramana —comentó Ushuk—, antesala sin duda de Althares. Bramana había recibido miles de refugiados (debo darle crédito al patriarca por eso), por lo que ha sido difícil su evacuación. También arreglé que las obras de arte y objetos históricos fueran movidos a un lugar seguro. Si todo falla, haré que los coloquen en una bóveda especial en el Arca. Después de todo, son invaluables y debemos salvar lo que podamos de nuestra cultura.

*

Durante su estancia dentro de la Relámpago, Arath logró entablar amistad con la curtida tripulación de Bëtris. Si bien —como la propia capitana le había advertido— empezaría desde abajo y le tocarían las labores más básicas, como la limpieza, lavar los platos y la ropa, y servir la comida en el comedor, poco a poco fue ganándose la confianza de sus compañeros

cuando demostró que, a pesar de haber sido criado como un noble, nunca objetaba ninguna tarea por pesada que fuera, y la realizaba con ahínco.
Bëtris —quien en cierta forma deseaba cansarlo para que desertara—, terminó por rendirse y empezó a reducir sus tareas, conmovida por el espíritu del muchacho. Se asombró cuando lo vio en el comedor escuchando atentamente las anécdotas de los tripulantes y riéndose con ellos, quienes cada vez lo trataban con mayor familiaridad e iba ganándose su camaradería.
Pero Arath también pudo comprobar el porqué la Relámpago no era una nave de la milicia regular, y se le asignaban las tareas "sucias" pero necesarias. En tiempos de guerra cualquier ingreso era necesario y la venta de narcóticos y otras substancias prohibidas había aumentado, en especial entre ciertos segmentos de la población afectados por el estrés, o que buscaban estímulos adicionales ante el inminente fin del mundo. La Relámpago trasegaba drogas entre sistemas y el dinero recaudado iba para el esfuerzo de guerra. También le correspondía transportar prisioneros sospechosos de ser acólitos, que eran internados en campos secretos situados en planetas alejados, donde no se sabía qué les hacían, pero era claro que fuera lo que fuera, era ilegal y no era bonito. Otra de sus labores era enfrentar a los terroristas androides aliados al mundo Arconte y eliminarlos sin hacer preguntas, aun cuando formalmente debían ser antes llevados a juicio y procesarlos.
En general, cosas que una vez pasada la guerra, ningún gobierno se podía responsabilizar por hacerlas.

—Y fue así como escapé… —aseguró un tosco tripulante de cabello rizado rojizo, bigote y barba de varios días, contándoles una anécdota a sus compañeros en la galera después de una misión exitosa—, se trataba de una noble altaria tan gorda que parecía una esfera valta. Era repugnante, pero a cambio de favores sexuales me dejó ir, sin entregarme a las autoridades que me habrían enviado diez años a Absalon.
—¿Valió la pena? —preguntó un viejo kurgo con una cicatriz en el hocico, donde no le crecía más pelo.
—¡Aún no lo sé! —respondió el tipo, y todos rieron.
—¡Oigan! No deberíamos hablar de estos temas con menores presentes —comentó un kazar señalando a Arath.
—El chico creció en Abraxas, debe ser duro —dijo una mujer de cabello rubio rizado y corto, cuerpo fornido y que le faltaba el ojo izquierdo. —Apuesto a que ya ha fornicado.
—¿Qué dices, chico? ¿Eres virgen o ya sabes cómo montar? —le preguntó el kazar.
Arath se sonrojó, por lo que los tripulantes rompieron en risas de nuevo.
—Ah, no te sientas mal, chico, ya te llegará el momento —dijo el hombre pelirrojo.
—De hecho… —aseguró Arath—, yo… ya lo he hecho —respondió pensando en Yánix. Sus acompañantes emitieron unos murmullos burlones de sorpresa.
—No me digas, la chica que murmuras en sueños —le preguntó el kurgo—, recuerda que compartes habitación con nosotros. ¿Cómo se llama? ¿Yúnix? ¿Yólix?
—Yánix —dijo el kazar—, ese nombre es sáuxer.

Nuevos murmullos burlones.
—Ya, no lo molesten —defendió la mujer rubia—, a mí me parece tierno —aseguró despeinándolo. —Por supuesto, si te interesa una mujer real —dijo guiñándole el ojo mientras le palmeaba el pecho, y la mesa estalló en nuevos barullos.
—Brindo por tu suerte, chico —comentó el kazar, todos levantaron sus bebidas y entrechocaron las tazas. —Ya quisiéramos tener esa oferta de nuestra querida Laxia, pero muchos sabemos que si nos acercamos a ella sin permiso, nos mata —guiñó y todos rieron de nuevo. —¿Y cómo te hiciste amigo de la capitana Bëtris? —preguntó tras pasarse varios tragos de amarga cerveza.
—Bueno, de hecho es una historia interesante —aseguró, y comenzó a relatarles sus experiencias en Abraxas.

*

Las hordas oscuras continuaron su inexorable avance hacia el corazón del Sacro Imperio. Las fuerzas aliadas se reagruparon en torno a Bramana. Como previamente, remitieron a la Colmena la localización del nuevo campo de batalla aunque aún no sabían si eso servía de algo, o la Colmena contaba con alguna forma propia de adivinar los movimientos del enemigo. El caso es que, como anteriormente, se hicieron presentes a tiempo.
Como con Prima Sáuxer, los arcontes tuvieron la "cortesía" de llevar consigo el destructor de planetas. Sodder transmitió su imagen —como ya era costumbre— a cada nave.

—Regocíjense, piezas del matadero —declaró—, es aquí en el corazón de su falsa religión donde…
—Ahórrate tus patéticos mensajes de intimidación —interrumpió Ushuk antes de que terminara, encarándolo en la pantalla. Sabía que lo veía. Ushuk comandaba el mayor de los cruceros de batalla altarios.
—Lo único peor que un amplificador de dolor, son tus empalagosos poemas mórbidos.
—Le quitas la diversión al asunto, Laro.
—Increíble —expresó Ushuk con desprecio—, tu casa fue alguna vez una de las más nobles y honorables de todo el Imperio. Un antiguo linaje que se extiende por generaciones. Quién diría que su último descendiente sería tal traidor. Has manchado por siempre el nombre de tu familia.
—Linajes, familias, tradiciones —descartó Sodder con un gesto manual—, nada de eso importa. Solo sirvo a un amo, un amo más trascendental que estará aun purgando el Universo cuando tus olvidados huesos sean polvo. Pero no te preocupes, no todos los que conoces morirán. Al menos no inmediatamente. He pedido a tu amada Tamira para mí y los generosos Señores me la han concedido. Disfrutaré de ella por algún tiempo hasta que me canse.
Ushuk casi no pudo reprimir la rabia que las palabras de Sodder le provocaban. Pero mantuvo la compostura a sabiendas de qué era lo que pretendía. Sodder cortó la comunicación y la ofensiva inició de inmediato, con los resultados usuales.
Rara vez se podían ver tantas naves y tan disímiles luchando juntas de un bando; con las enormes naves-pa-

nal de la Colmena disparándole a las estrellas negras de retazos retorcidos de los oscuros al lado de las cristalinas esferas valta, o las estilizadas naves de coaligados, altarios y soth, cubriéndose mutuamente o acudiendo en ayuda y refuerzos. Pero a pesar de lo inspirador de la cooperación, las naves oscuras siempre mantenían la delantera causando severos daños a los aliados. En poco tiempo el espacio se repletaba de los vestigios de naves colmenares despedazadas, que asemejaban panales estrellados, de esferas valta quebradas en mil pedazos y de las fragatas y corbetas hechas trizas.

Ushuk decidió que era tiempo de utilizar su as bajo la manga. En medio de las sacudidas que padecía su crucero de batalla, y que lo hacían crujir como si fuera a romperse, Ushuk abrió su ordenador personal colocado en uno de los brazos de su asiento. Ingresó los códigos necesarios y una vieja estación espacial que circundaba el sistema como un antiguo vigía, se movilizó apuntando hacia el destructor de planetas.

Sodder sabía que esto pasaba, pero sonrió.

La estación estalló en cuanto Ushuk ordenó disparar la ojiva de agujero negro.

—Esperaba más de ti, Laro —le dijo apareciendo en la pantalla frente a Ushuk. Pero se sorprendió de no ver al militar preocupado o consternado, sino sonriente.

—Solías ser más creativo en tus estrategias, Sodder. Previne que sabotearías de alguna forma el lugar donde se guardaba la ojiva. Era un señuelo, hice que movieran la real secretamente. Esa estación contenía una ojiva desactivada para que tus sistemas la detectaran.

—Listo como siempre —comentó Sodder turbiamente. Ushuk oprimió un botón emitiendo una señal superlumínica y segundos después se abrió un pasadizo que rompió con la negrura del espacio. De él emergió una veloz corbeta que disparó un misil al destructor de planetas. El misil no atravesó el campo de fuerza que cubría la nave gigante, pero de todas maneras estalló iniciando la reacción en cadena.

Sodder remitió un saludo militar a Ushuk con rostro burlón, mientras las criaturas oscuras a su rededor emitían un chillido aterrador. El agujero negro artificial comenzó a devorar la nave oscura engulléndola pedazo a pedazo —de manera relativamente lenta, dado su tamaño descomunal—, hasta que quedaron solo trizas que se absorbieron en el hoyo como aguas negras por un coladero. Finalmente, y sin más materia o energía que absorber, el artificio se evaporó.

Pero la pérdida del destructor no tuvo efecto en las demás naves que continuaron su implacable ofensiva, y que tenían la capacidad de devastar el planeta Bramana de todas formas. Pronto fue claro que había sido una victoria pírrica por lo que Ushuk llamó a la retirada y las fuerzas aliadas abandonaron el sistema, que ya había sido mayormente evacuado. La represalia de los arcontes fue bombardear Bramana con sus naves-estrella, arrasando sus milenarios templos y monasterios.

*

La Estrella Azul debía recorrer el hiperespacio hasta las coordenadas indicadas, bien dentro del área inexplorada, donde no sabían qué iban a encontrar, pues-

to que, como su nombre indica, es una zona de la galaxia desconocida.

Pero entre tanto, el trayecto resultaba aburrido, incluso para la disciplinada tripulación de la fragata al servicio de Tamira. Esto, sumado a la incertidumbre, ya que tenían prohibido abrir canales de comunicación o recibir transmisiones por temor a que pudieran alertar su posición al mundo Arconte, por lo que no podían saber cómo iba la guerra.

—Hasta donde sabemos —le aseguró Tamira a Valëris mientras ambas intentaban matar el tiempo con una partida de tablero—, la guerra pudo haber terminado ya. Quizás para cuando salgamos del hiperespacio los arcontes hayan sido derrotados, o logrado algún armisticio…

—O todos los que conocimos han muerto y somos todo lo que queda —comentó Valëris sin dejar de ver las piezas. Tamira se acalló, por lo que Valëris alzó la mirada. —Lo siento, mi formación me hace ser muy fría. Lo cierto es que ese resultado es tan probable como cualquier otro.

—Bueno, al menos mientras estemos dentro del hiperespacio somos intocables, aun para ellos.

—Es correcto. No hay forma conocida, ni siquiera para los arcontes o los valta, de tocar una nave que está en el hiperespacio. Solo de comunicarse con ella, y aun eso es difícil y requiere cálculos muy precisos. De hecho, si los arcontes ganan la guerra, el permanecer en el hiperespacio podría ser la única forma de sobrevivir, si se encontrara alguna forma de conse-

guir nuevos suplementos, claro está, pues la comida y el agua se acabarían. Quizás con jardines hidropónicos o con salidas breves y esporádicas para recaudar recursos desde planetas… —Valëris hizo su movida.
—Tienes pensamientos muy morbosos.
—Lo siento.
—Si los arcontes supieran a dónde vamos, nos estarían esperando al salir del hiperespacio —respondió Tamira moviendo su pieza.
—En cuyo caso nuestra misión será muy breve —aseguró mientras pensaba con un dedo en una pieza—, pero ¿no se supone que nadie sabe? Halfor no tuvo tiempo de informarles antes de morir, Xo'ol estaba monitoreando las comunicaciones superlumínicas.
—En teoría sí, pero nada es infalible.
—De todas maneras, Halfor no sabía las coordenadas. Solo nosotros las sabemos. Por eso intentó destruir la Joya de Asterión con todo y nosotros —Valëris movió—, jaque.
—Es cierto, pero no dejo de preguntarme si pudo haber otros acólitos además de él —respondió Tamira y movió a su vez. —Lo siento, jaque mate.
—¡Maldición!

*

Cuando Ela vio la gigantesca estructura donde debía embarcarse, quedó atónita ante su majestuosidad. El Arca asemejaba una rueda de carreta pero era tan grande como una luna al punto de producir su propia gravedad, y de tener un grosor similar al de un continente. Aunque había sido construida con ayuda de

los valta (y podían verse aún las esferas de los ingenieros valta merodearla como insectos a la fruta), era obvio que urditas y soth tenían ya tiempo trabajando en ella. Sin embargo, estaba todavía inconclusa y se le daban los toques finales en un astillero secreto en uno de los sistemas vecinos a Urd.

Tras reportarse como una de las escogidas para asistir, viajó al planeta Urd, la capital de la República homónima. Urd seguía siendo la mole tecnológica que su padre le había contado o había visto en imágenes, y no había sufrido aun los embates de la guerra y la devastación… pero distaba mucho de verse normal como en las fotos y videos. Ahora se encontraba al borde del colapso con millones de refugiados de todas las razas distribuidos en lastimeros campos que se extendían hasta el horizonte, con todos sus servicios saturados y una población hacinada en sus grandes ciudades, generando una sensación claustrofóbica.

Allí se encontró con el príncipe Talin. No por casualidad, pues ambos habían sido asignados a la misma zona de refugiados como miembros de la realeza que eran. Las condiciones eran mucho mejores y en teoría habrían estado más cómodos, pero Talin abrió las puertas a refugiados de otras clases sociales —para refunfuño de muchos—. Ela lo encontró allí, atendiendo amablemente a una pareja de ancianos sáuxer. Se acercó a hablar con él, quien la reconoció de inmediato y juntos tuvieron largas conversaciones mientras asistían de diferentes formas a los refugiados. Después de todo, ellos también lo eran.

*

—Gracias, Excelencia —le dijo el patriarca a Ushuk alcanzándolo por entre los pasillos del palacio que pululaban de ocupados oficinistas, y militares caminando de un lado a otro y de disciplinados custodios montando guardia todo el tiempo—, no puedo agradecerle lo suficiente por haber salvado Bramana de la destrucción.

—¿Santidad? ¿Qué hace aquí? Pensé que le había dicho que evacuara hacia Urd.

—Tengo cosas que hacer aún, incluyendo el realizar ceremonias para los soldados. Les sube la moral.

—Se lo agradezco, Santidad, es una noble labor —dijo dándole una palmada amistosa en el brazo.

—A propósito, espero me honre con oficiar su boda con la princesa Anna.

—¿Mi… boda?

—Sí. ¿No lo había pensado, Excelencia?

—Bueno…

—¿Estaba pensando casarse de nuevo con la almiranta Tamira, Excelencia? Sé que la ama y desearía hacerla su emperatriz, pero una mujer plebeya nunca sería aceptada en ese cargo. Solo hay una forma en que puede usted preservar el trono y es casándose dentro de la familia real. Tómelo como un consejo, lo apoyaré en cualquier caso. Pero sabe que lo que le digo es cierto. Tendrá que elegir entre el trono o Tamira.

—No es momento de preocuparse por esas cosas de todas maneras…

Hasta ellos llegó Lord Durgas acompañado de dos sirvientes androides.

—Saludos, Su Excelencia y Su Santidad —les dijo con una reverencia tan pronunciada como su edad le permitía. —Excelencia —dijo a Ushuk—, concédame unos segundos para hablar con usted, por favor.
Ushuk miró al patriarca, quien asintió y se retiró dejándolos solos.
—No tiene que llamarme Excelencia, Lord Durgas. Pasemos a mi despacho —dijo entrando a la oficina que otrora perteneciera al Canciller. En el interior dos guardias flanqueaban su escritorio repleto de papeles, donde se sentó e invitó a Durgas a hacer lo mismo.
—No esperaba su visita.
—Puedo imaginar el porqué —le dijo con una pronunciada reverencia—, las cosas han cambiado mucho y… bueno, sé del mucho dolor que le ha traído mi casa.
—No lo culpo a usted, Lord Durgas, por las acciones de su hija o sus otros familiares.
—Solo quiero saber, ¿en verdad hay indicios de que mis sobrinos sean acólitos, o es una venganza personal?
—Me conoce bien para saber que no soy esa clase de persona.
—No, no, sé que es usted un hombre honorable, Ushuk. Pero… tener acólitos en la familia… es devastador para el honor de una casa.
—Si le sirve de consuelo, no hemos podido probar que lo sean. De todas maneras, de momento tenemos otras preocupaciones. Ahora si me disculpa, Lord Durgas…
—¡Por favor, perdóneme! ¡Tienen a Lina! —clamó Durgas para sorpresa de Ushuk. Los androides modi-

ficaron sus extremidades tornándolas en armas. Los guardaespaldas reaccionaron pero fue tarde, pues los androides los mataron antes. Otros guardias entraron al despacho y dispararon pero los androides estaban protegidos por escudos invisibles.

—¡Tecnología arconte! —murmuró Ushuk. Un androide disparaba a Lord Durgas en la cabeza mientras otro aferraba a Ushuk por el cuello y luego, todo se volvió tinieblas.

*

Cuando Ushuk despertó se encontraba sobre una especie de camilla colocada verticalmente, con pies y manos fuertemente asidos. La camilla, como todo alrededor, parecía hecho del mismo material negro y retorcido del que estaban hechas las naves oscuras, que era increíblemente frío al tacto. Así se dio cuenta que estaba dentro de una nave oscura.

Por dentro era tan repugnante como por fuera, salvo que ahora, además podía ver frente a frente a los monstruos que las habitaban, y que caminaban de un lado a otro sin prestarle atención. Pero su sola presencia helaba la sangre. Ya de cerca pudo corroborar que no estaban hechos de una materia normal, sino que parecían tinieblas endurecidas que tomaban substancia.

Mas aun, Ushuk se encontraba en una especie de laboratorio y podía ver frascos que contenían muestras de distintos organismos ya muertos y conservados; uno de los seres campaniformes de Thardus, un feto de los paquidermos koura, los restos de un xinth, entre otros… cientos y cientos de criaturas cual más

extraña que la anterior, y que se extendían sobre la estructura abovedada del interior de la nave.
—¡Ah! ¡El invitado ha despertado! —le dijo una voz correspondiente a Ux, el científico sáuxer que había sido alguna vez asistente de Valëris Ruven. Ahora tenía los ojos reemplazados por dos gafas redondas, no vestía ropa sáuxer dejando su lampiña cabeza desnuda y usaba una bata de laboratorio, que se cerraba como un cuello de tortuga desde el mentón hasta por debajo de las rodillas, guantes quirúrgicos y la piel de un tono verde claro sin las características manchas de los sáuxer. —Veo que estaba admirando nuestra excelsa colección —aseguró señalando las criaturas; se veía encorvado al caminar—, guardamos muestras de todos y cada uno de los sacrificios. Esta es, en cierta forma, una galería de nuestra obra. Quizás usted sea el representante de su especie, una vez que lo diseccionemos, claro.
—Pero eso no sucederá aun —dijo la voz de Vermello, quien estaba al lado de un androide que Ushuk reconoció por fotografías como DEV-3000, el líder terrorista. —Gracias a la excelente labor de nuestros amigos cibernéticos.
—Ha sido un verdadero placer —aseguró DEV—, traerle a este carnicero esclavista, asesino de androides.
—No sé qué te prometió —le dijo Ushuk—, pero te está engañando. No dejará a tu pueblo vivir.
—Ah, en eso te equivocas, Laro —afirmó Vermello—, los Señores no piensan sacrificar a las chatarras. No son dignas. Serán, eso sí, esclavos.
—¿¡Que!? —preguntó DEV girándose hacia Vermello.

—Sí, una vez finalizada la guerra todos los androides que queden se convertirán en esclavos de los Señores, conforme partimos a otras galaxias a continuar la Gran Obra. Gracias, DEV, sin tu ayuda no habría sido posible —dijo, e hizo unas señas a Ux, quien le disparó haciéndolo pedazos en el lugar.
—¿Y bien? —preguntó Ushuk— ¿qué esperas?
—Paciencia, cariño —dijo Vermello aferrando a Ushuk del mentón—, tenemos algo planeado para el valeroso emperador. Sí, les has causado muchos dolores de cabeza a los Señores, así que tienen algo especial para ti. Quieren que veas morir a todos los que conoces, y observes a tu preciado imperio ser borrado para siempre. Luego, quizás, te dejen morir, o eso suplicarás.
—Eres tan mala amenazando como lo eres en la cama —le espetó sardónicamente.
—¿Ves lo que te decía? —le preguntó Vermello a Ux tras soltar la cara de Ushuk—, siempre altivo. Aunque eso lo solucionaremos. Me pregunto ¿cómo sobrellevará la patética Gran Alianza la pérdida de su valiente líder? Grave golpe a su moral ya de por sí herida. ¿Qué mejor forma de humillarlos?
—La Gran Alianza no soy yo, si eso es lo que piensan —adujo—, ni Dumón, ni Xo'ol, ni Kris… no es nadie. La Gran Alianza seguirá sin mí. Nunca se rendirán.
—Eso lo veremos, como te veremos suplicar la muerte —aseguró haciéndole una señal a Ux, quien de inmediato preparó el equipo de tortura.

CAPÍTULO XV

—Al parecer la hija de Lord Durgas y ex esposa de Su Excelencia —explicó al Consejo de la Gran Alianza Lord Tordós, quien había asumido como representante altario en ausencia de Ushuk— había sido secuestrada por terroristas androides. Eso fue lo que le forzó a su traición. Lina Ushuk fue liberada poco después, pero está muy afectada, como es natural.

»No cabe duda que la pérdida de Su Excelencia es un grave golpe para la moral de todos. Hemos intentado mantenerlo en secreto, pero la prensa se enterará tarde o temprano.

—No es de extrañar que los arcontes quisieran vengarse de Ushuk tras la Batalla de Bramana —aseguró Talin—. ¿Creen que esté muerto?

—No —respondió Drul—, los arcontes no son tan misericordiosos. Buscarán torturarlo hasta enloquecer y cuando sea una sombra de lo que fue, lo mostrarán derrotado y clamando por piedad.

—Conozco a Laro Ushuk —intervino Arsala—, eso nunca sucederá.

—Tampoco brindará información clave a los arcontes, no importa cuánto lo atormenten —defendió CIL.

—Todo eso lo sabemos —aseguró Dumón—, pero sería bueno tomar algunas precauciones por si acaso.

—Estamos en eso —aclaró Tordós.

—En cuanto a los movimientos del enemigo —informó Xo'ol—, todo parece indicar que el próximo blan-

co será Althares, como Laro había predicho. Sugiero concentrar las fuerzas allí y notificar a la Colmena.
Todos concordaron y la sesión se cerró.

*

Laxia cumplió su palabra y de hecho un curioso Arath fue bien recibido en su camarote por varias noches consecutivas, que lo dejaron mucho más adolorido y mallugado que los duros trabajos que le habían asignado cuando llegó.
Llegó al desayuno tras uno de estos feroces encuentros (ya los tripulantes le habían dejado de hacer guiños y señas por su hazaña sexual), y se sentó junto al resto a comer.
—¿Supieron la noticia? —preguntó un shakaren de dientes afilados—. El Emperador Laro fue secuestrado por el Enemigo. Salió ayer en las noticias, lo buscaban mantener en secreto, pero alguien lo filtró a la prensa.
—¡No le valió mucho ser emperador! —clamó entre risas el kurgo, pero a Arath se le estrujó el corazón al escuchar eso.
—Pobre tipo, pronto deseará estar muerto —aseguró el hombre pelirrojo.
—Suficiente de esta charla —regañó Bëtris, para sorpresa de sus hombres que cambiaron el tema, pero Arath continuaba compungido por la angustia.

*

—Debo admitir que su resiliencia al dolor es destacable —le aseguró Ux a un Ushuk desnudo sobre una camilla negra, con el cuerpo lacerado de mil formas

por las groseras cortaduras, quemaduras, agujas insertadas y otros tormentos infligidos. —Tanto para su edad como para su especie, usted es notablemente resistente. Una vez que esto termine, la vivisección será fascinante.

—Esto terminará con mis manos alrededor de tu cuello —vomitó Ushuk, escupiendo sangre de la boca, pero Ux solo emitió una leve risa.

—Altivo como siempre —aseguró Vermello acercándosele con su mirada fría y su sonrisa sádica. —La gente suele subestimar el dolor, ¿sabes? El dolor es el umbral de la redención. El dolor es la substancia de la vida misma. Es una oportunidad, una oportunidad para abrir los ojos hacia la verdadera fe. Hacia el entendimiento de lo que es la gloria de la oscuridad, del gran silencio, de la muerte y de los Señores que la obsequian generosamente. Te puede abrir los ojos a una nueva realidad como me los abrió a mí.

—Sí… —espetó Ushuk—, escuché que los kazar te mostraron su cariño alguna vez —dijo guiñándole el ojo, pero Vermello no reaccionó—. ¿Por eso estás tan desquiciada? —pero Vermello tampoco respondió. Lo miraba curiosa. —Cuando los masacraste, ¿lo disfrutaste?

—Nos malentiendes, Laro —le dijo con tono condescendiente, como si estuviera sintiendo lástima por él—, yo ni siquiera participé en la depuración de la zona incivilizada. Estaba ocupada en otras cosas. ¿No lo has comprendido, verdad? No hago esto por venganza. No podría importarme más matar un kazar que

un humano o un polari. Si los Señores ordenaran que dejáramos vivir a los kazar, yo no pondría objeción alguna. Esa es la maravilla de la redención. Ese es el nivel de restauración que nos dan los Señores, Laro Ushuk. No soy la misma persona que estuvo alguna vez prisionera siendo violada por los kazar. Todo eso quedó atrás. Todo mi pasado, todo nuestro pasado —dijo señalando a Ux—, ahora somos puros. Consagrados a la gran causa. La única razón para nuestra existencia es el servicio a los Señores y su obra.

»Quizás, con algo de suerte, tú mismo llegues a entenderlo —aseguró girándose sobre su eje, y luego se dirigió a Ux—: prosigue.

Ux obedeció.

*

—Señora —le informó el capitán de la Estrella Azul a Tamira, quien intentaba dormir, aunque en la práctica solo miraba pensativa el techo— hemos llegado a las coordenadas especificadas.

—Muy bien —dijo Tamira—, salga del hiperespacio y mantenga los sensores al máximo. Quiero que sepan cuanto pasa en el sector y puedan prever lo que sea que se nos acerque. Si un solo gravitón entra al sistema, quiero saberlo. ¿Está claro?

—Sí, señora.

Tamira notificó a Valëris y a Zi'ul (quien rara vez salía de su esfera que reposaba en el hangar, y casi no interactuó con nadie durante todo el viaje) y los dos se reunieron con ella en el puente. Ante ellos aparecieron el espacio sideral y un planeta que circundaba

una estrella enana blanca. El planeta tenía una atmósfera gaseosa verde que impedía ver el interior, y lo que parecían ser dos lunas orbitándolo, una redonda y otra deforme…

—Esperen —dijo Valëris mirando con atención, luego la señaló—, eso no es una luna.

En efecto, uno de los satélites que orbitaba el planeta era una estructura artificial, con una forma parcialmente piramidal, donde las esquinas inferiores de la pirámide seguían bajando, dándole la forma de un pañuelo sostenido por la punta.

—¿Qué es? —preguntó Tamira a uno de los navegantes, quien sondeó la estructura con los sensores de la nave.

—Es… orgánico… materia orgánica —explicó—, ya fosilizada. Es como un esqueleto, pero no es un animal, fue diseñado artificialmente. Es una especie de estación espacial orgánica… o quizás una nave…

—¿Qué podría ser tan grande para necesitar una nave así? —preguntó Valëris.

—Un primordial —expresó Zi'ul—, sugiero que exploremos la estructura.

Tamira asintió. Decidió quedarse en el puente y permitir que los dos científicos hicieran el trabajo. Viajaron desde la Estrella Azul a la extraña supernave en la esfera de Zi'ul.

La esfera ingresó en la supernave como la cabeza de un alfiler en la boca de una ballena. El espectáculo ante sus ojos era deslumbrante; el interior era tan extraño como el exterior, con formas incomprensibles

y geometrías alienígenas. Se sentían como una bacteria dentro de un gran cadáver y ni siquiera la luz que emitía la esfera podía extenderse lo suficiente como para que pudieran apreciar la totalidad de la estructura en su interior, aunque podían verse las vigas, que asemejaban grandes costillas, o las ventilas que parecían arterias colosales.

Entonces a Valëris se le ocurrió que deberían ver el suelo. La esfera bajó y allí encontraron aún más cosas de qué asombrarse: cientos y cientos de seres muertos y fosilizados sobre el piso que Valëris reconoció: eran casi idénticos a la "bestia prehistórica" que había desenterrado en Abraxas años atrás.

—¡Era un primordial! —clamó atónita.

—Todo eso está muy bien —interrumpió Tamira quien veía todo lo que ellas veían en la pantalla de su nave, gracias a una transmisión en vivo que realizaba Zi'ul—, pero ¿dónde está el arma contra los arcontes?

—Explorar esta supernave nos tomaría semanas, cuando poco —comentó Valëris.

—No tenemos tanto tiempo —recordó Tamira frustrada.

—Esperen —dijo el capitán—, recibimos una señal desde el planeta. La frecuencia nunca la había visto pero… está en estelar. O al menos en una versión de este muy antigua.

—Prepare mi cápsula —le ordenó al capitán— bajaré. Los veré allí —le dijo a Valëris y Zi'ul.

Tamira atravesó las tupidas brumas verdosas de la atmósfera. El interior del planeta parecía ser tropical y extensas selvas interminables se expandían por

los continentes, pero también se apreciaban grandes océanos de agua verde (pues reflejaban el cielo de ese color). La vegetación, al contrario, era rojiza.
La esfera de Zi'ul no tardó en colocarse al lado de la cápsula. A lo lejos se veían vestigios de civilización: extrañas ciudades casi devoradas por la foresta, pero donde todavía resaltaba una gran pirámide.
—Esta ciudad es típica arquitectura akash —explicó Valëris reconociendo las ruinas.
—Sí, pero está construida sobre una estructura aún más antigua —le dijo Zi'ul tocando el extraño panel multicolor con que conducía la esfera, y haciendo grande un recuadro en él. —¿Lo ve? El subsuelo contiene estructuras artificiales con millones de años de antigüedad, similares en material y diseño a la supernave. Se difunden incluso en el suelo marino por miles de kilómetros.
—Este planeta debió pertenecer a los primordiales, ser una colonia o quizás su mundo de origen.
Aterrizaron finalmente en las ruinas akash donde se había erigido una rústica aldea. De entre la foresta emergieron unos seres reconocibles por su aspecto de roedor:
—¡Kurgos! —comentó Tamira saliendo de su nave.
Aquellas criaturas eran kurgos como Zarg, con solo algunas pequeñas diferencias, quizás porque se veían más salvajes o más adaptados a la vida selvática.
—Bienvenidas, bienvenidas, sí —dijo el que parecía ser el líder, quien ya tenía el pelaje gris y se sostenía de un ondulado báculo. —Discúlpenme si no hablo

correcto, muy pocos aprendemos la lengua de las estrellas, de las estrellas, sí.
—Gracias por la bienvenida —reverenció Valëris.
—¿La lengua de las estrellas? ¿Quiere decir el estelar? —preguntó Tamira— ¿Quién se los enseñó?
—Hemos tenido visitantes de más allá de la bóveda celeste —dijo señalando al cielo con su peluda extremidad de tres dedos—, hace muchos jolix. Muchos. Con ellos se fueron algunos clanes rebeldes hace muchas, muchas estaciones, sí, sí, dejaron nuestro mundo en las carrozas voladoras como la suya —dijo señalando la nave de Tamira. —Hace mucho de eso, cuando el gran peligro asechaba y había una gran guerra.
—La primera guerra Arcóntica —recordó Valëris—, hace quince mil años.
—Me temo que el gran peligro ha vuelto —explicó Tamira.
Al escuchar esto, varios de los kurgos se estremecieron y algunos se ocultaron entre sus rudimentarias viviendas hechas de cuerda.
—Fue predicho —aseguró el anciano— fue predicho.
—Nos enviaron aquí buscando algo… algo para defendernos —expresó Tamira, con cierta premura y quizás algo de desesperación en su tono. —¿Les hablaron de eso?
—Sí, sí —dijo el anciano—, síganme.
Atravesaron la maleza hasta llegar a la base de la gran pirámide, donde cada una de las losas cúbicas era un mural con una pintura rupestre.
—Hace muchos, muchos jolix —dijo el anciano— todos los gigantes se fueron, dejando el mundo en un

gran silencio. Todos menos un gigante —la mano del anciano mostraba los dibujos; el primero era de unos seres triangulares grandes como colinas con un solo ojo y múltiples tentáculos que eran mostrados dejando el planeta, el siguiente enseñaba a uno solo que se quedaba atrás. —Entonces vinieron los dioses y adoraron al gigante —ahora las imágenes mostraban a unos seres de color naranja con múltiples tentáculos, cabezas ovaladas y cuatro brazos rindiendo culto al ser triangular. —Los dioses fueron ambiciosos y querían ser como el gigante, entonces él los castigó. Los partió en dos. Desde entonces han estado en un eterno conflicto —dijo, ahora la imagen mostraba al ser triangular emanando un rayo y dos grupos de criaturas; unas blancas y otras negras, separadas por él.

Valëris estaba boquiabierta.

—¡No puede ser! —dijo. Tamira la miró curiosa. —¿No lo entiendes? Hace miles de años… setenta y cinco para ser exactos, los akash —dijo señalando las criaturas de cabeza ovalada— contactaron a Z'koth, el último primordial en permanecer en la galaxia. Algo sucedió, algún experimento que salió mal o alguna represalia de Z'koth o quién sabe qué… el caso es que los akash se dividieron en dos razas distintas. ¿Lo entiendes ahora?

A Tamira le tomó algún tiempo hacer la matemática, hasta que abrió los ojos y volteó a mirar a Zi'ul.

—¡Los valta y los arcontes! —clamó— ¡son… fueron.. la misma raza! ¡Fueron los akash!

—¿Por qué no nos lo dijeron? —preguntó Valëris.

—¿Qué? —respondió Zi'ul— ¿que la raza más cruel y devastadora del Universo estaba de alguna forma relacionada con nuestra especie? Solo hubiera causado que nos despreciaran y desconfiaran de nosotros. Además, estamos tan relacionados con los arcontes como ustedes lo están con los microorganismos nativos de su mundo; somos dos líneas de evolución totalmente separadas.

—Sigue contando la historia —pidió Tamira al anciano.

—Después de su división los seres de la luz y de la oscuridad no soportaban verse, y se separaron, dejando su mundo natal —dijo señalando a otra pintura rupestre, esta mostraba un sistema solar de cinco planetas (tres rocosos, un gigante gaseoso y uno congelado) del cual emergían círculos blancos y estrellas negras en direcciones opuestas.

—El sistema Abraxas —completó Valëris.

—Los seres de luz y los seres de tinieblas encontró cada uno un nuevo mundo que colonizaron; uno de ellos frío y nevoso, el otro un infierno volcánico —la pintura que seguía mostraba a los círculos blancos llegando a un círculo mayor del mismo color y a las estrellas negras llegando a un círculo también negro, pero con algunas llamas rojas dibujadas alrededor.

—Los valta se asientan en Valtaris y los arcontes en Abadon —murmuró Valëris. —Claro, no son nativos de ninguno de los dos.

—El último gigante —prosiguió el anciano— vaticinó que alguna vez la oscuridad sería muy grande y que buscaría devorarlos a todos. Cuando eso suce-

diera deberán llevar la Antorcha al campo de batalla donde será activada por la Luz, entonces emitirá una fuerza que pondrá fin a la oscuridad para siempre.
—¿La Antorcha? ¿Pero dónde la conseguimos? ¿Dónde está? —preguntó Tamira.
El anciano se encogió de hombros.
—Son bienvenidos a quedarse mientras lo averiguan —aseguró.
Las horas pasaron y con ellas llegó la noche. Los kurgos fueron increíblemente hospitalarios brindándoles alimento y bebida al lado de una cálida fogata. Valëris estaba fascinada con ellos.
—Cuando esta guerra termine debo venir con un equipo de antropólogos a estudiarlos mejor —aseguró mientras examinaba los juguetes de una niña.
—Me alegra que estés distraída, mientras gente muere minuto a minuto —contestó Tamira con amargura, sentada sobre una piedra.
—¿Quieres que hablemos de gente que ha muerto por culpa de los arcontes? —le espetó fijándole la mirada.
—Lo lamento —se disculpó Tamira—, pero estoy preocupada. Debemos encontrar la forma de hallar lo que quiera que sea la Antorcha.
—Sí, comprendo tu premura. Pero entre mejor investiguemos a estas criaturas más fácil será encontrar la llave para… un momento —dijo—, ¿recuerdas el cristal pentagonal que Alasthor entregó a Ushuk?
—Sí… ¡sí! —se animó. Luego llamó al anciano que relataba historias a unos infantes. Cuando estuvo cer-

ca de ella, le dijo: Disculpe, maestre, pero ¿existe algo parecido a esto —dijo dibujando la forma del cristal en el suelo— en alguna parte por acá?
—Sí, sí —respondió—, en la pirámide, sí. Los llevaré. Los llevaré allí.
El dúo de mujeres fue a buscar a Zi'ul, quien se había encerrado en su esfera sin interés en interactuar con los aborígenes. Tocaron la superficie de la esfera como quien toca una puerta, y esta se abrió en tres partes dejando salir a Zi'ul.
—Zi'ul, creo que hemos encontrado la respuesta —aseguró Valëris—, ¿tienes el cristal pentagonal que te dio Xo'ol?
—Sí —afirmó extrayéndolo de su propio cuerpo gelatinoso y entregándoselo en la mano a Valëris.
El anciano comenzó a subir las escalinatas de la pirámide con la ayuda de una niña kurga. Tamira, Zi'ul y Valëris le siguieron intrigados. Cuando era obvio que no podía seguir más, Tamira lo alzó en hombros. Cada bloque de la pirámide contaba algún evento de la historia akash para lamento de una Valëris que no tenía tiempo de verlo. Llegaron hasta la cima de la pirámide, que era a su vez una pirámide más pequeña.
—Acá —dijo removiendo algo de suciedad en una de las caras. En una ilustración donde se mostraba a los valta y los arcontes en puntos opuestos había una apertura con forma de pentágono.
Valëris colocó la llave de Alasthor allí.
La pirámide pequeña comenzó a moverse haciendo que todos recularan. Luego se abrió en cuatro partes que se

hundieron en la piedra y del agujero resultante emergió una gran esfera brillante, conectada a un cono de un material cristalino incomprensible. El objeto resplandeció iluminándolos a todos en medio de la noche.
—La Antorcha —expresó Valëris tomándola fascinada en sus manos y con la luz derramándose directamente sobre su cara.
—Gracias —dijo una voz a sus espaldas—, no la habríamos encontrado sin ustedes.
Valëris, Tamira y Zi'ul se giraron (mientras el anciano y la niña kurgos escapaban a toda velocidad) para ver a la acólita Basti a sus espaldas con el brazo derecho transmutado en un arma de fuego, como la que usó Vermello el día que mató a Ruven y, más ominoso aún, la Estrella Azul ingresando a la atmósfera consumida en llamas y estrellándose sobre la superficie causando una gran humarasca que brotó de entre el follaje.
Tamira extrajo su pistola pero Basti le apuntó.
—Dame una razón, por favor —le pidió sádicamente.
Tamira bajó el arma, pero antes de lanzarla al suelo accionó con disimulo la fuente de energía sin remover el cargador y luego la tiró a los pies de Basti.
—¿Cómo supieron que estábamos aquí? —preguntó Valëris.
—Porque yo les avisé —aseguró Zi'ul, para sorpresa de sus acompañantes.
—¿¡Qué!? ¿Por qué? —preguntó Tamira.
—Porque este secreto debe morir aquí, con ustedes —respondió Zi'ul—, nadie debe saber esta verdad. Nuestra vergüenza.

—¿¡QUÉ!? —preguntó Valëris— ¿¡por preservar su maldito secreto condenará al universo!?
—Encontraremos otra forma de vencerlos —dijo Zi'ul.
—No, no lo harán —respondió Basti burlona—, y su preciado secreto yo ya lo sabía. Ahora… ¿a quién debo matar primero? —se preguntó Basti malvadamente mientras apuntaba a cada uno por breves espacios de tiempo, como si contara. —¿Pero qué digo? Al valta, por supuesto —aseguró disparándole a Zi'ul en medio de la cabeza. Su cuerpo se deshizo sobre el piso y parte de la pared. Luego apuntó a Tamira. —Tengo semanas de estar buscándolas por acá, gracias al valta que me dijo exactamente dónde estaban y el nivel de sus fuerzas. Te mataría, pero Sodder te pidió viva —aseguró, por lo que apuntó a Valëris, pero antes de poder ultimarla, la pistola de Tamira estalló quemándole la cara y parte del brazo a Basti.
—¡CORRE! —gritó Tamira lanzándose sobre la acólita— ¡Toma la esfera y escapa!
Valëris obedeció pero Basti le disparó antes de que corriera. Por el forcejeo con Tamira falló la puntería, y solo logró herirla en el hombro.
Valëris saltó precipitándose hacia la selva. La gravedad del planeta no era suficiente para volar pero pudo usar sus alas para breves planeos. Tras un forzoso aterrizaje donde se torció el tobillo, cruzó la aldea de los kurgos que se ocultaron en sus cabañas, hasta llegar a la esfera de Zi'ul que reposaba junto a la cápsula de Tamira, sabiendo que solo la esfera era capaz del viaje interestelar.

—¿C… cómo… cómo se abre? —preguntó sudorosa, jadeante y con el punzante dolor en el sangrante hombro. Tocó la esfera manchándola de sangre, pero no hubo reacción. Frustrada, posó la frente sobre la superficie de la esfera mientras le daba algunos golpes, y pensó que quería abrirla.

La esfera entonces vibró y se iluminó (para sorpresa de Valëris), y se abrió en cuatro partes permitiéndole entrar. Valëris suspiró.

Una vez dentro pensó en que quería cerrarla. La esfera obedeció. Una vez cerrada se iluminó frente a ella un panel de control hecho de figuras geométricas multicolores que no sabía descifrar, y se materializó un asiento adaptado a su anatomía. Apretó varios de los luminosos polígonos (un triángulo amarillo, un círculo rojo y dos pentágonos azules) con resultados distintos; la esfera se iluminó y se apagó, disparó rayos que por suerte solo destruyeron un árbol cercano y dio dos saltos. Frustrada se tocó la frente, se relajó, y colocó las manos sobre el panel tratando de pensar lo que quería. El panel entonces pareció cobrar vida propia. Rectángulos verdes se formaron en cada una de sus manos. Valëris se dio cuenta que si movía el de la derecha con la mano la esfera ascendía, y si movía el de la izquierda, se movía hacia los lados.

—¡Gracias al Universo! —dijo. Usando la tan elemental navegación se elevó por sobre las selvas del planeta y cruzó la atmósfera. Afuera se topó con la monstruosa nave-estrella que empezó a girar hacia ella al detectarla. —¡Maldición! ¡Maldición! —colocó

las dos manos de nuevo y pensó en defenderse. Un círculo amarillo comenzó a brillar y lo oprimió generando los escudos que cubrieron la esfera. El fuego disparado por la estrella le hizo estremecerse, vibrar, y luego le causó que un extremo se agrietara, para su terror. Pero resistió. —Ahora quiero irme de aquí, máxima velocidad —dijo tocando el panel. Un hexágono naranja se formó en medio del panel y ella lo oprimió. Pero no saltó al hiperespacio como hubiera deseado, sino que vio cómo las estrellas se convertían en rayas que se empezaban a perder en los lados, y frente a ella quedaba un gran vacío oscuro.

Valëris se relajó un poco, pero eso le hizo sentir el dolor en su hombro quemado. La esfera reaccionó de nuevo emitiendo un rayo amarillo que brilló dos veces en el área del hombro. Valëris entendió el mensaje y se desnudó el hombro que tenía una desagradable quemadura, entremezclada con la azulada sangre que brotaba del hoyo provocado por la entrada del láser. La luz amarilla se concentró en la herida sanándola en pocos minutos e incluso adormeciendo el dolor, para alivio de Valëris.

—Comunicación —dijo—, necesito comunicación.

Ahora la esfera le mostró varios aros plateados cada uno con jeroglíficos valta que no comprendía.

—¡Xo'ol! —gritó— ¡necesito hablar con Xo'ol!

Uno de los aros con jeroglíficos específicos se hizo más grande. Al tocarlo apareció frente a ella la imagen de Xo'ol en poco tiempo.

—Dra. Ruven —reconoció él—, ¿qué ha sucedido?

Entonces Valëris se lo contó todo con detalles.

Mientras, Tamira y Basti continuaron su letal enfrentamiento rodando por la cúspide de la pirámide en un enardecido forcejeo cuerpo a cuerpo. Basti (encima de ella y con la mitad del rostro quemado) buscaba ponerle su extremidad convertida en cañón en la cara, pero Tamira resistía sosteniéndola con su propia mano. Basti convirtió su otra mano en una especie de ganzúa con la que fácilmente hubiera ultimado a Tamira, pero esta retuvo la muñeca con su otra mano. Ahora debía repeler con doble esfuerzo las armas de su enemiga que sonreía sádicamente empecinada en matarla.

Tamira se dio cuenta que la cúspide estaba volviendo a la normalidad y que las puntiagudas paredes de la pirámide pequeña empezaban a brotar de las ranuras. ¡Era su oportunidad! Usó sus piernas para aferrar el cuello de Basti y luego empujarlo hacia atrás, pero el esfuerzo causó que soltara la mano con la ganzúa que se clavó en su clavícula. De todas maneras, su plan funcionó y la afilada cara de la pirámide se enterró en la nuca de Basti cuyo cuerpo convulsionó y expulsó sangre aceitosa y negra como el petróleo, para luego ser decapitado cuando la pirámide se cerró.

Tamira suspiró, sudorosa y agitada, sintiendo el dolor de la herida en su pecho, hasta que perdió el conocimiento.

*

—La Dra. Ruven se está dirigiendo hacia Althares —explicó Xo'ol al Consejo—, y le tomará alrededor de una semana llegar allí. Nuestras esferas son rápidas pero esta en particular está dañada por el ataque de la nave oscura. El lugar parece haberlo definido la reliquia misma y no ella.

—¿No morirá la Dra. Ruven de sed antes de llegar a destino? —preguntó Dumón.
—No, las esferas valta están diseñadas para proveer todos los nutrientes y elementos necesarios para la vida del huésped, mientras esté allí. La esfera sintetizará oxígeno, agua y nutrientes así como ajustará la gravedad para que sea la adecuada a su organismo.
»Nuestras esferas poseen un software muy avanzado e intuitivo, prácticamente de inteligencia artificial. Ella estará bien.
—¿Por qué Althares? —preguntó Tordós.
—Probablemente porque allí se realizará la última batalla de esta guerra —afirmó Xo'ol—, nuestros sistemas detectan que las fuerzas arcontes se están reagrupando. El flujo de energía que brotaba de Abadon cesó, eso quiere decir que ya todos los arcontes que estuvieran en otras partes del Universo han regresado. Los arcontes se están dirigiendo colectivamente hacia Althares en forma masiva. Eso significa que deberemos hacer lo mismo con las fuerzas de la Gran Alianza.
—La última batalla, en efecto —adujo Dumón—, si ganamos, terminará allí, si perdemos la Gran Alianza quedará aniquilada y los arcontes podrán ir a destruir Urd, Sothara y los demás mundos sin mayor esfuerzo.
—Bueno, no hay otra alternativa —expresó Talin—, los arcontes ya deben saber que la Dra. Ruven tiene en su posesión el arma. Ella se encuentra protegida mientras esté viajando más rápido que la luz, pues no puede ser alcanzada, pero en cuanto salga del doblez gravitatorio…

—Sí, toda nave oscura cerca de ella intentará destruirla —confirmó Xo'ol—, por lo que nuestra única esperanza es cubrirla hasta que logre accionar la reliquia, sea lo que sea que esta haga.
—Bueno —dijo CIL poniéndose de pie—, manos a la obra. Ordenaré el despliegue total de todas las fuerzas talositas hacia Althares, para su defensa. El destino tiene muchos giros irónicos.
—Díganmelo a mí —comentó Arsala.

*

—¡Sigo siendo la capitana de esta nave! —vociferaba Bëtris dentro del camarote de Shang, al punto que el sonido emergió hasta ser escuchado por algunos de sus hombres. La discusión continuó airadamente pero fue ininteligible, hasta que finalmente Bëtris salió del lugar seguida por Shang y le hizo señas a los tripulantes para que los siguieran. Llegó a la galera donde se congregaba la mayoría. —¡Atención! —dijo a la ruidosa multitud y esta se silenció—, escuchen, tenemos nuevas órdenes. Al parecer, nuestra comisión ha terminado. No habrá más trabajos clandestinos por ahora. La Gran Alianza ha pedido a toda nave disponible hacerse presente en Althares. Todo parece indicar que la batalla final será allí. El Sr. Shang —dijo señalando con el pulgar al gasterópodo en la silla flotadora— dice que no tenemos por qué acudir. Que el llamado no nos incluye y que de todas maneras no notarán nuestra ausencia. Yo digo, que eso sería propio de cobardes y que es nuestro deber ir, así que le presentaré mi renuncia como capitana

en cuanto termine esta misión. Pero antes, él y yo acordamos que preguntaríamos a ustedes su opinión. »Si decidimos ir a pelear o nos escondemos como alimañas. La decisión es suya —aseguró y se cruzó de brazos. Shang parecía confiado en la decisión que tomarían. Los tripulantes estaban silenciosos, tensos, mirándose unos a otros, algunos con rostros angustiados. Hasta en los más toscos podía percibirse el temor a los arcontes.

El kazar fue el primero en romper la tensión. Se aclaró la garganta y dijo:

—Bueno… ¿y que esperamos para ir? No somos unos maricas. Bueno, Redfor sí —respondió dándole una palmada amistosa en el hombro a un tripulante de aspecto afeminado—, pero aun él querrá patear culos de arcontes. ¿No es así? —Redfor asintió entre las risas del resto.

—Yo digo —aseguró Laxia poniéndose de pie con las manos en la cadera— que el último en llegar lame vergas de arconte.

Los distintos tripulantes vitorearon y vociferaron emocionados. Arath sonrió, algo aliviado y se unió a los vítores.

Una triunfal Bëtris le remitió una mirada sonriente a Shang quien torció los ojos hacia el techo y luego se giró en su silla para dejar la galera.

—Muy bien, canallas holgazanes —les dijo Bëtris—, será mejor que esta vieja chatarra esté en espléndidas condiciones. Nos tomará una semana llegar a Althares, quiero que entre tanto revisen todo, hasta la últi-

ma tuerca. Que prueben y ajusten las armas, revisen los motores, la gravedad artificial, todo. Quiero ver esta nave como nueva para cuando lleguemos allá. ¡Vamos! ¡Ya mismo! —dijo y la galera se vació conforme todos partían a sus asignaciones.

Pero la realidad es que, con todo y su entusiasmo y el mucho trabajo que tenían, los días que les tomó llegar hasta Althares fueron días tensos y acuciosos. Se dormía poco, y hubo menos algarabía de lo usual, excepto la noche anterior a su llegada a Althares cuando la tripulación entera incluyendo a Bëtris se reunió en la galera a tomar licor, contar viejas historias y cantar canciones… por si era la última vez.

Y mientras esto sucedía, Valëris continuaba su trayecto a través del espacio. En una semana de viaje había aprendido que aquella estructura tenía un software tan avanzado e intuitivo que funcionaba prácticamente como una consciencia, y que era además capaz —de alguna manera— de extraer los pensamientos directamente del cerebro del conductor. En cierta forma, se habían hecho amigas.

El viaje resultaba agobiante. No porque tuviera hambre, sed o dolor, pues todo eso había sido resuelto, sino por el reducido presidio en que se encontraba. Si bien la esfera apenas le permitía estirar las alas y las extremidades, su cuerpo necesitaba caminar, sus pulmones recibir aire fresco y su mente recibir distracción. ¡La estaba volviendo loca! La esfera parecía haber comprendido esto cuando el tercer día le puso música para relajarla y distraerla, que Valëris agrade-

ció. Pero el repertorio completo de la música clásica valta ya no surtía efecto.
—¡Calla ese ruido! —ordenó de mal humor y con las manos cubriéndole la cara. La esfera obedeció.
—Lo lamento —se disculpó—, es solo que estoy…
—pero entonces se interrumpió cuando la esfera le anunció que estaban cerca de su destino.

*

Ushuk yacía desnudo en el piso de un oscuro calabozo. Aunque oscuro es quizás subestimarlo; se encontraba encerrado en la absoluta tiniebla, ante la más total carencia de luz.
Su cuerpo le dolía insoportablemente. Las torturas infringidas por los arcontes hacían ver misericordiosos a los soth. Además, no podía dormir. Estaba agotado y hambriento, pero no le permitían dormir y todavía no sabía cómo, pero los líquidos que le inyectaba Ux lo mantenían siempre despierto, aunque no siempre consciente, y a veces alucinaba.
La luz entró por una puerta que se abrió. La silueta curvilínea de Vermello se dibujó en el contraste.
—No más… —suplicó Ushuk, recordando cada vez que aquella puerta se abrió para llevarlo a una cámara de horrores y tormentos. —No más, por favor…
—El dolor cambia —le dijo caminando hacia él. Sus botas resonaban sobre el piso en medio del silencio y la oscuridad. —Tal y como lo predije. El valeroso Laro Ushuk derrotado y humillado. ¿Quién lo diría? Solo el dolor pudo tal hazaña.
»Puedes poner fin a tu pena, Laro ¿Sabes lo que quiero verdad?

—Sí… sí… lo haré…
—¡Excelente! Pero antes… bésame los pies.
Ushuk obedeció.
Vermello le colocó una cadena alrededor del cuello y le permitió cubrirse con ropa interior. Fuera de eso, lo mantuvo igual y lo jaloneó a trastabillones por entre los dantescos pasillos de la nave oscura, hasta llegar a su equivalente al puente. Allí había varios arcontes cuya sola presencia y los extraños chasquidos que emitían enervaba a Ushuk más que las torturas de Ux. Frente a él, la gran pantalla que mostraba en ese momento negrura pura.
La nave oscura salió de la burbuja gravitacional y en la pantalla se materializó ahora la negrura del cosmos estrellado, pero a lo lejos podía verse también una estrella más grande circundada por un sistema solar de varios planetas, uno de los cuales era Althares.
Pero Althares no estaba desamparado. Cientos y cientos de naves ya estaban apostadas allí, rodeándolo y otras muchas emergían constantemente del hiperespacio; cruceros de batalla, fragatas, corbetas, las esferas valta, las grandes naves con forma de panal de la Colmena.
Pero para el otro lado, la vista era ominosa cuando cientos y cientos de las temibles naves oscuras brotaban.
—Transmitan —ordenó Vermello. Cuando Ux le dio la señal ella habló ante la flota enemiga sentada en una silla hecha del mismo material retorcido que la nave y con Ushuk encadenado a su lado. —Escuchen, vástagos de la muerte. Su tiempo ha llegado,

sus esfuerzos hasta ahora fueron vanos. Pero no se sientan mal, pelearon bien. Según los Señores estas tres galaxias han sido de las más difíciles de depurar. Para facilitarles su tránsito a la muerte, tengo acá unas palabras de su otrora glorioso líder, quien hoy, como pueden ver, desea el descanso.

La imagen se transmitió simultáneamente a todas las naves. El aspecto de Ushuk era conmovedor, verdaderamente lastimero. Lucía ojeroso y agotado, con el dolor reflejado en su mirada y el cuerpo cicatrizado por los horrores infligidos. A Dumón le dolió verlo así aun siendo su antiguo enemigo, bajo cuya custodia él mismo había sido torturado. Igual lo fue para Arsala, quien aun así, miró la pantalla fijamente.

Pero si a unos les consternó, la imagen fue insoportable para Arath quien desde la sala de motores miraba —al igual que el resto de la tripulación de la Relámpago— en una de las pantallas. Tuvo que cerrar los ojos. Vermello le dio una patada para que dijera lo que se le había ordenado.

—Pueblos de la Gran Alianza… —comenzó a decir cansadamente—, escuchen lo que voy a decir… Los arcontes… son un enemigo demasiado poderoso. Sus fuerzas son… invencibles… Su poderío, inconmensurable… Mis hermanos, no pueden imaginar lo que les espera si caen prisioneros como yo… es… es… indescriptible —aseguró con la voz quebrada—, es por esto que les pido… no, les suplico… escuchen bien… —pero entonces su rostro dibujó una sonrisa— ¡LUCHEN! —clamó levantando los brazos y

con los puños cerrados— ¡NO LOS DEJEN GANAR! ¡PELEEN CON TODO LO QUE TIENEN! ¡USTEDES PUED…! —la transmisión se cortó.
—¡Sí! —clamó Dumón con un gesto triunfal como si golpeara el aire con su puño— ¡lo sabía!
Las diferentes tripulaciones que habían atestiguado la transmisión aplaudieron. Conmovidos por el espíritu de lucha que no se había quebrantado, los almirantes y capitanes ordenaron el ataque y la batalla comenzó.
Pero en la nave oscura Ushuk estaba sobre el suelo tras ser apaleado por una furiosa Vermello. Le había interrumpido su clamor con un puñetazo en la espalda, para luego patear al Ushuk caído sobre el frío piso. Ushuk escupió sangre mientras a gatas se sostenía las doloridas costillas.
—Ahora mira cómo tu preciado Althares es destruído —rabió Vermello.
La amenaza de la acólita era substancial. La inmensa flota destructora cegó las fuerzas aliadas con saña, y aunque esta se defendía gracias a las mejoras hechas por los valta, lo cierto es que no parecían estar ganando.
Los aliados además habían decidido usar las últimas ojivas de agujero negro que tenían. Desde la retaguardia oscura emergieron del hiperespacio varias corbetas disparando misiles fortalecidos con escudos valta que estallaron a espaldas de los arcontes. Los agujeros negros resultantes comenzaron a absorber todo a su alrededor, especialmente naves oscuras pero incluyendo una de las corbetas disparadoras, generando dos grandes abismos como torbellinos inmensos que se podían visualizar a lo lejos.

La nave de Vermello, junto con otras, logró abrirse paso entre la flota de defensa y comenzó a arrasar el planeta con sus brutales bombardeos, devastando las ciudades y provocando erupciones y tsunamis fatales. Todo frente a los ojos de Ushuk que sintió como si aquello le hoyara el mismo corazón. Intentó cerrar los ojos, pero Vermello le sostuvo el cabello y le forzó a abrir los párpados.

—¡Mira! ¡MIRA! —gritó.

En la Relámpago los embates del enemigo eran brutales. Aunque había sido reforzada por el armamento y los escudos valta. La nave se zarandeaba con violencia causando que distintos paneles de desbordaran o cayeran del techo y las paredes junto con cables sueltos y chispeantes o con flamas que brotaban de los conductos.

Arath junto con otros tripulantes del cuarto de máquinas trataban de mantener los motores en funcionamiento, reparando frenéticamente cualquier desperfecto que surgiera y recalibrando los sistemas en las computadoras. Pero entre sacudida y sacudida, entre escombro que caía y entre estructura que colapsaba, aquello se convirtió en una carrera por permanecer vivos.

—¡Debes mantener esta nave entera! —le dijo Shang a Bëtris por el *multicom*— ¡por mí!

—¿Por qué por ti? —le preguntó en medio de las sacudidas.

Shang —en su camarote— observó cinco huevos de insecto que reposaban sobre su cama.

—Porque… porque ya no soy el último… resulta que mi especie es hermafrodita…

*

Conforme el espacio sideral se iba repletando de miles de escombros de naves destrozadas y de cadáveres de tripulantes expulsados por los boquetes que se abrían, hizo su aparición saliendo del doblez gravitacional la esfera de Zi'ul.

En su interior una ansiosa Valëris Ruven reaparecía en el espacio normal por primera vez en una larga y cansada semana durante la cual estuvo confinada en aquella estructura, y donde ni los cuidados médicos que le proporcionaba la esfera pudieron impedir el dolor en sus articulaciones y músculos. En cuanto emergió, las naves oscuras concentraron su fuego contra ella.

—¡CÚBRANLA! —clamó Dumón señalando desesperado hacia la pantalla de su parcialmente derruido puente. Las fuerzas aliadas obedecieron. Dispararon todo su arsenal contra las naves oscuras o incluso se interpusieron entre ellas y la esfera, aunque eso las destruyera, como fue el caso de la nave del almirante kazar Vargo.

La esfera de Valëris maniobró en medio de los dos titánicos enemigos que se despedazaban mutuamente como una burbuja entre una contienda de gigantes. Y para sorpresa de ella, la antorcha se activó de inmediato emitiendo una intensa luz que le hizo volver la cara.

—Esfera —ordenó— abre las compuertas. La esfera emitió una luz roja parpadeante.

—Sí —contestó—, conozco los riesgos.
La esfera obedeció (aunque antes generó un arco que enlazó la cintura de Valëris a la silla) y se abrió en tres partes. Valëris sintió el frío vacío del espacio y la descompresión, así como el dolor en los pulmones que buscaban aire desesperadamente durante segundos que se tornaron una eternidad. Pero de sus manos se escapó la antorcha con mente propia y se alejó rápidamente.
La esfera se cerró inmediatamente después y generó oxígeno de nuevo, para una Valëris aliviada.
—Gracias, buena chica —dijo dándole unas palmaditas en la silla.
La antorcha vibró y emitió muchísima luz flotando hacia el centro de la contienda.
Mientras, Ushuk aprovechó la distracción y el hecho de que los arcontes en el puente y la misma Vermello miraban la misteriosa reliquia emitiendo luz, para aferrar a un distraído Ux del cuello con su cadena y estrangularlo.
Tras la larga y agónica muerte de este, soltó el cadáver sobre el piso y se dirigió decidido hacia Vermello quien estaba de espaldas. Pero lo cegó el pulso de luz intensa que emanó de la antorcha.
Entonces, un extraño cambio comenzó a gestarse en cada uno de los valta y los arcontes presentes en el sistema. Una misteriosa e inesperada metamorfosis. Frente a un atónito Ushuk y una igualmente sorprendida Vermello, se vio cómo los arcontes en la nave oscura se convertían en seres resplandecientes con

una gran cabeza ovalada, cuatro extremidades superiores y seis tentáculos, pero de cuerpos que emitían un misterioso halo de bioluminosidad.

Eran akash.

Ante los ojos sorprendidos de Ushuk y Vermello aquellos seres atravesaron las paredes de la nave y emergieron al espacio.

La misma transformación se dio en cada valta, incluyendo a Xo'ol y A'shar. Pronto, todos los valta y todos los arcontes eran ahora un akash y todos dejaban sus naves y se colocaban entre las flotas.

—Gracias —dijo una voz que Ushuk reconoció como la de Xo'ol y que se comunicaba directamente a su mente, hablaba a todos los seres presentes simultáneamente—, gracias a ustedes hemos podido volver a estar completos una vez más. Nuestra arrogancia nos cegó y produjo una larguísima pesadilla de la que estamos por fin despertando. Ahora, a intentar corregir el daño que hemos hecho… que ha sido tanto… ¡tanto! Nos tomará mucho tiempo, mucho. Pero debemos empezar. Solo deseamos que puedan perdonarnos alguna vez.

Los akash desaparecieron en medio de ases de luz, como lo hicieron todas y cada una de sus naves, con excepción de la esfera de Valëris y la nave donde estaban Ushuk y Vermello (si bien vaciaron completamente la bóveda que contenía los ejemplares de todas las razas extintas).

Ushuk miró a Vermello. Su gesto era inescrutable. Pensó en matarla, pero luego decidió que era mejor some-

terla a juicio… pero, ¿podría siquiera ser enjuiciada? ¿Era verdaderamente culpable o estaba enloquecida? ¿Poseída quizás? ¿Y habría en la legislación siquiera forma de castigarla por crímenes tan inmensos?

Todo esto pasó por su mente, hasta que Vermello convirtió su brazo derecho en un arma y le apuntó. Ushuk se dio por muerto. Pero Vermello luego se apuntó a su propia cabeza y la hizo pedazos frente a Ushuk.

El cuerpo descabezado de Vermello colapsó sonoramente sobre el piso.

Tamira despertó en medio de sollozos y sudor frío.

Había estado entrando y saliendo de la inconsciencia por días y sufrido de alucinaciones frecuentes.

Al despertar, la tenue luz de una fogata cercana le permitió ver el techo de paja de una humilde choza, y una joven kurga que le enfriaba la frente con paños húmedos.

Suspiró. Su herida le dolía, pero había sido curada y tratada por los kurgos.

—Gracias —dijo a la niña, y esta pareció entender porque sonrió. Ahora solo le restaba esperar.

EPÍLOGO

—Las celebraciones por el primer aniversario del triunfo sobre los arcontes se han hecho sentir en todas las tres galaxias —aseguró Alara Shilán conforme las imágenes mostraban alegres desfiles y carnavales, y cientos de personas celebrando en las calles de todas las grandes ciudades—, desde Althares hasta Urd, desde Sothara hasta Nuevo Polarix, desde Prima Sáuxer II hasta Shakar, todas las capitales se han vestido de fiesta en celebración. Aunque también se han realizado solemnes conmemoraciones a los caídos en los monumentos erigidos en su honor.

»Como parte del festejo, hoy se destruyó el mundo Arconte haciendo uso de la última ojiva de agujero negro que se conservaba —dijo mientras el video enseñaba al lóbrego mundo siendo devorado desde adentro por un agujero negro artificial—, la ojiva se guardó en el sistema Abraxas, uno de los que mejor celebra la fiesta de la victoria, el nuevo feriado intergaláctico.

»Pero las celebraciones no terminan allí —aseguró Shilán— a casi un año de la boda entre el Emperador Laro I y su esposa la Emperatriz Anna, se celebró ayer la boda del Rey Talin V del Reino Polari y la Princesa Ela de Altahres, hija del Emperador —aseguró Shilán, ahora las imágenes mostraban una suntuosa boda en la nueva capital polari donde Ela y Talin caminaban de la mano hacia el altar presidido por el patriarca, apadrinada por un solemne Ushuk con su uniforme

imperial, y su esposa Anna cargando en brazos a su hijo primogénito. —Se espera que esta boda entre las monarquías de antiguos enemigos cimiente aún más la paz que nos legó la posguerra. A la boda asistieron importantes dignatarios incluyendo la presidenta de la Federación de Talos, CIL-88, el procónsul de la República de Urd, Jax Dumón y su esposa la primera dama de origen soth, Astar Kris, y la embajadora ante el Sacro Imperio de Althares, Arsala.

»Según declaraciones a la prensa, la ahora reina Ela de Polarix supervisará la restauración iniciada y financiada por su propio padre, el Emperador Laro I, misma que busca reparar y reconstruir las ciudades altarias destruidas durante la guerra, en especial en planetas históricos como Althares y Bramana. Así como repoblar las colonias que se abandonaron por el ataque arconte hacia las que ya han empezado a volver colonos, a quienes se les brindarán distintos apoyos y subsidios gracias a un nuevo acuerdo entre el gobierno altario y la Corporación Pan-Sáuxer. Como informó el Ministro de Colonias del Sacro Imperio y primer kurgo en ser ministro, Lord Zarg, quien inspeccionó el retorno de colonos a Cloto junto a la nueva vicepresidenta de la Corporación, la Srta. Sálax —las imágenes ahora mostraban a un complacido Zarg saludando a la cámara al lado de Sálax, conforme ambos daban la bienvenida a naves cargadas de entusiasmados colonos que descendían sobre fértiles tierras por ser reclamadas. —Sin embargo, la mayoría de expertos ha señalado a Urd y

Sothara como los dos mundos que salieron más fortalecidos del conflicto, ya que fueron los únicos que no llegaron a ser bombardeados directamente por los arcontes, por lo que distintos analistas vaticinan que podrían llegar a convertirse en las emergentes superpotencias del futuro.

»En otras noticias, hoy se recibió al representante del recién descubierto mundo nativo de los kurgos, que pasará a formar parte del Consejo de la Gran Alianza. Ayer fue recibido por los otros embajadores permanentes en la sede del organismo en Altahres, junto con la ministra de Defensa del Sacro Imperio, la almiranta Tamira Ushuk, en representación del gobierno altario —las imágenes mostraban a Tamira estrechando la velluda mano de tres dedos del kurgo junto con embajadores sáuxer, polari, soth, urdita, androide y shakaren frente a un gran edificio de mármol blanco y forma de arco. —El vocero de la Secretaría General informó a la prensa que…

Ushuk miraba la holovisión desde su cama, con Anna leyendo un libro a su lado. Su cuerpo sin camisa revelaba las funestas cicatrices que su cautiverio le legó.

—Parece que Tamira aprendió a apreciar a los kurgos —comentó Anna sin dejar de leer, pero ajustándose los anteojos de lectura.

—Era lo menos que podía hacer. En especial después de que le salvaron la vida. Sugirió que les diéramos protección militar.

—Escuché que Valëris Ruven está muy interesada en ir a estudiarlos —aseguró mirándolo por sobre sus lentes.

—Cuando se desocupe. Tiene buen trabajo junto con todos los científicos de la Gran Alianza en Valtaris. Solo estudiar a la única esfera valta y la única nave oscura que nos quedó, será un trabajo de muchos años.
—Tomará siglos solo escudriñar la biblioteca de los valta —aseguró Anna volviendo a su libro—, ni hablar de tan solo hacerle ingeniería reversa el 5 % de su tecnología.
—Pero por algo se inicia, además… —empezó a decir cuando escuchó el llanto del bebé.
—¿Llamo a alguna sirvienta?
—No, yo iré —aseguró descobijándose y dirigiéndose hacia el cuarto contiguo mediante una puerta que conectaba a ambos. Alzó al infante de la cuna y lo cargó en brazos, lo que aminoró su llanto. Los gritos del niño le evocaron turbios recuerdos que por segundos le paralizaron, como si volviera a revivir aquellas horrendas experiencias. Incluso le pareció sentir la presencia de Vermello en una esquina, pero cuando enfocó la vista vio que no había nada. Respiró más tranquilamente.
Entonces notó que tenía un mensaje sin leer en su *multicom*. Al abrirlo —aun con el niño en brazos— encontró un texto de Arath cuya foto ya lo delataba como un joven adulto, que incluso se había dejado la barba.
"Querido padre. Lamento no haberte escrito en varios meses. Sé que no apruebas la vida que escogí, pero créeme que es lo mejor para mí por ahora. Debo encontrar mi lugar en el universo y por lo pronto es en la Relámpago. Recientemente descubrí que alguien

más también escapó de su destino tras enviudar durante la guerra. Creo que sabes a quién me refiero. La capitana Bëtris me dijo que pasaremos cerca del planeta donde vive en nuestra próxima entrega, así que le daremos una visita. Deséame suerte como la que te deseo a ti. Hasta pronto".
Ushuk sonrió.
—Buena suerte, hijo mío.

CONTENIDO

Agradecimientos 6
Glosario 7

PRIMERA PARTE 15
CAPÍTULO I 17
CAPÍTULO II 57
CAPÍTULO III 89
CAPÍTULO IV 123
CAPÍTULO V 171
CAPÍTULO VI 209

SEGUNDA PARTE 267
CAPÍTULO VII 269
CAPÍTULO VIII 311
CAPÍTULO IX 341
CAPÍTULO X 377
CAPÍTULO XI 401
CAPÍTULO XII 433
CAPÍTULO XIII 463
CAPÍTULO XIV 493
CAPÍTULO XV 527

EPÍLOGO 557

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 12 días del mes de septiembre de 2023, el mismo día de 2016 en que falleciera la escritora zuliana Josefina Urdaneta